



Aviso Legal

Revista

Título de la obra:	<i>Cuadernos Americanos</i>
Director:	Silva Herzog, Jesús
Forma sugerida de citar:	<i>Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/</i>

Datos de la revista:

Año III, Vol. XIII, Núm. 1 (enero-febrero de 1944).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

1

CUADERNOS
AMERICANOS
(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Av. Rep. de Guatemala N° 43
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE:
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO:
JUAN LARREA

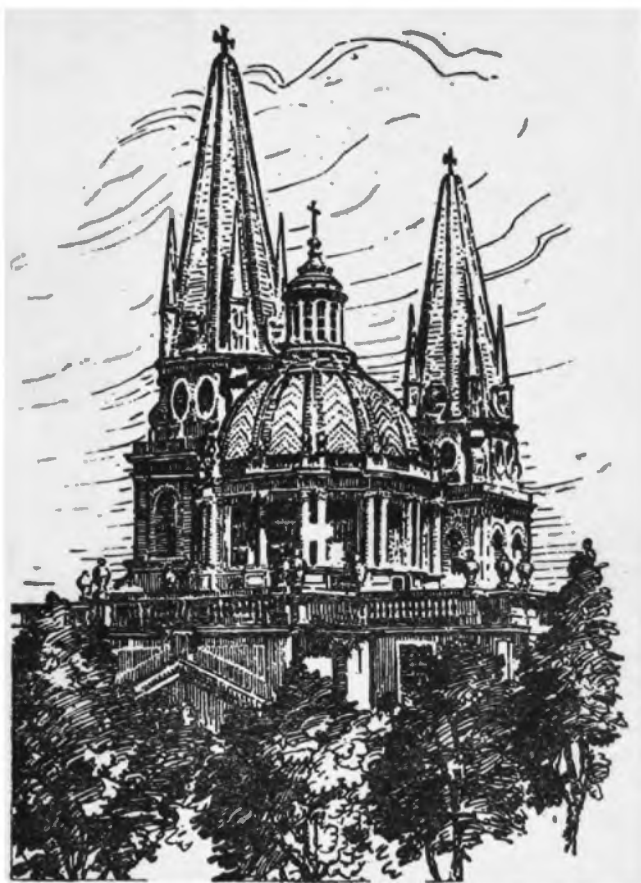
1

ENERO - FEBRERO

1 9 4 4

INDICE

Pág. V



GUADALAJARA, fundada en 1541, cobró gran importancia desde luego cubriendo su suelo con monumentos de bella arquitectura y tomando parte importante en nuestra Historia.

Ha tenido fama también, tanto por su clima como por la sonrisa acogedora de sus alrededores llenos de matices musicales; pero sobre todo por el encanto de sus mujeres que llevan en la sangre y en los ojos la gracia andaluza.

Los Ferrocarriles Nacionales de México tienen para esa Capital un servicio rápido y confortable.

Invitación a los hombres de empresa del país

- SI DESEA USTED COLOCAR SU CAPITAL CON RENDIMIENTOS SEGUROS.
- SI NECESITA DINERO A LARGO PLAZO PARA INTENSIFICAR SU PRODUCCION INDUSTRIAL.
- SI SU EMPRESA REQUIERE UNA REORGANIZACION, TRANSFORMACION O FUSION.
- SI TIENE ALGUN PROYECTO PARA LA CREACION DE EMPRESAS, BIEN SEA QUE NO CUENTE CON DINERO O LE FALTE CAPITAL.
- SI DESEA APROVECHAR DETERMINADO RECURSO NATURAL POR MEDIO DE CONCESION FEDERAL.
- SI PRETENDE LANZAR AL MERCADO ACCIONES, BONOS, OBLIGACIONES U OTRA CLASE DE VALORES, VEANOS O ESCRIBANOS; TENDREMOS GUSTO EN ESCUCHAR SU PROBLEMA Y BUSCARLE UNA SOLUCION ADECUADA.

**NACIONAL FINANCIERA,
S. A.
DEPARTAMENTO DE PROMOCION**

Venustiano Carranza N° 45.
Tel. Eric. 13-82-88

México, D. F.
Tel. Mex. J-49-07

Sabor.. Suavidad.. Fragancia..



LAS cualidades supremas de los cigarros BELMONT, resultan de una mezcla finísima de genuinos tabacos Virginia, Burley y Turco. Difícilmente las encontrará usted aun en las más conocidas marcas importadas. Sin embargo, BELMONT cuestan mucho menos!



Para los fumadores difíciles

LIBROS SOBRE HOY Y MAÑANA

Salvemini y LaPiana

¿QUE HACER CON ITALIA?

376 p. \$6.00

Dos intelectuales italianos opinan sobre el futuro de su antigua patria. El problema de Italia es el mismo de todos los países fascistas y ocupados hoy por el Eje. ¿Qué va a ser de ellos al terminar la guerra?

Max Lerner

AHORA O NUNCA

352 p. \$7.00

Hay que dar una nueva forma a la democracia. La que hemos tenido hasta hoy ha demostrado su ineficacia. ¿Cuáles han sido sus errores? ¿Cuáles son sus remedios?

Franz Neumann

BEHEMOTH: PENSAMIENTO Y ACCION EN EL NACIONAL - SOCIALISMO

584 p. \$12.00

Contiene una exposición minuciosa de la organización política, social y económica de la Alemania actual. La evolución de sus instituciones aparece por primera vez analizada y desmenuzada con un criterio científico.

Roban D'O. Butler

RAICES IDEOLÓGICAS DEL NACIONAL-SOCIALISMO

376 p. \$7.50

¿De dónde surge el credo nazi? Butler examina en este importante libro la evolución de las ideas básicas del nazismo, y de su filosofía. La "doctrina" nacional-socialista no surgió en veinticuatro horas, pero son pocos los que conocen su origen, hasta qué punto no hay solución de continuidad en el pensamiento político alemán.

Solicítelos de su librero o directamente en

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1

Enero - Febrero de 1944

Vol. XIII

INDICE

	Págs.
NUESTRO TIEMPO.	
RODOLFO MÉNDEZ PEÑATE. Defensa de la Intelligencia	7
OSCAR MORINEAU. Aportación de la América Latina al mundo de la post-guerra	14
MARIANO RUIZ-FUNEZ. Las responsabilidades políticas en España	31
<i>Franco y las Universidades españolas</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	57
<i>Los universitarios españoles y Franco</i> , por PEDRO BOSCH-GIMPERA	60
<i>Política y estrategia de la Victoria</i> , por LUIS CÓRDOVA	65
AVENTURA DEL PENSAMIENTO.	
JUAN DAVID GARCÍA BACCA. Las flores y la flor; la filosofía y las filosofías	77
E. NOULET. Una doctrina de la vida	86
LUIS MENDIETA Y NÚÑEZ. Las clases sociales	97
<i>Las nuevas orientaciones del psicoanálisis</i> , por FEDERICO PASCUAL DEL RONCAL	117
PRESENCIA DEL PASADO.	
WIGBERTO JIMÉNEZ MORENO. La colonización y evangelización de Guanajuato	125

	Págs.
JOSÉ LÓPEZ PORTILLO. La incapacidad del indio	150
MARIANO PICÓN-SALAS. Vísperas de Revolución	163
<i>Los orígenes del hombre americano.</i>	
I, por DANIEL F. RUBÍN DE LA BORBOLLA.	193
II, por JOSÉ L. COSSÍO	201

DIMENSION IMAGINARIA.

LEÓN-FELIPE. Un signo. . . ¡quiero un signo!	209
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Lo que no espera la esperanza	218
WALDO FRANK. Minas Geraes	229
ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ. El hombre del buhu	238

EDICIONES

CUADERNOS AMERICANOS

LA COLECCION DE LIBROS EN CASTELLANO QUE
MEJOR CORRESPONDE A LA PRESENTE HORA,
HORA DEL NUEVO MUNDO

- 1.—GANARÁS LA LUZ, *Poesía, Biografía y Destino*, por León Felipe.
- 2.—JUAN RUIZ DE ALARCÓN, *su Vida y su Obra*, por Antonio Castro Leal.
- 3 y 4.—RENDICIÓN DE ESPÍRITU (*Introducción a un Mundo Nuevo*), por Juan Larrea.
- 5.—LOS ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet.
- 6.—VIAJE POR SURAMÉRICA, por Waldo Frank. (*En prensa*).

NOVEDADES

- CERVANTES, GOETHE, FREUD**, por Thomas Mann. \$ 4.00
Tres ensayos magistrales sobre estos tres grandes libertadores del espíritu. Prólogo de Guillermo de Torre. Ilustraciones de Atilio Rossi. Un volumen encuadernado en tela.
- EL JOVEN ARQUIMEDES**, por Aldous Huxley \$ 4.00
Todo el ingenio, la ironía y el originalísimo arte narrativo de Huxley llega a su punto más alto en estas novelas breves. Prólogo de Guillermo de Torre. Ilustraciones de Luis Seoane. Un volumen encuadernado.
- EL PENSAMIENTO VIVO DE FREUD**, por Robert Wael-
der \$ 3.00
La obra del creador del psicoanálisis expuesta y prologada por uno de sus mejores conocedores.
- HASTA LLEGAR A LAS SULFAMIDAS**, por Iago Gald-
ston. \$ 5.00
Historia de una nueva ciencia de curar. Con ilustraciones.
- PUEBLO EN LA NIEBLA**, por María de Villarino. \$ 2.50
LA AGONIA DEL MUNDO. EL ATARDECER DE EUROPA, por Adolfo D. Holmberg \$ 3.00
Recomendados por la Sociedad Argentina de Escritores como los mejores libros del año.
- SOLO EN EL TIEMPO**, por González Carbalho. \$ 3.50
En estos campos el poeta busca su ser verídico y esencial por zonas de soledad donde todas las cosas recuperan su puro simbolismo.
- NOCTURNO**, por Fermín Estrella Gutiérrez \$ 3.00
Forma y Fondo constituyen en *Nocturno* una sola expresión poética, honrosa por la dignidad del canto y de alta jerarquía en el terreno del arte. (La Nación, de Buenos Aires).
- LA ESCUELA PUBLICA RENOVADA**, por Fr. Bovesse. \$ 3.00
Los principios, métodos, planes de estudio y programas de la gran reforma llevada a cabo en la escuela belga por su ministro de Instrucción Pública, señor Bovesse.
- EL PSICOANALISIS Y LA EDUCACION**, por Oscar
Pfister \$ 4.00
Libro único en la bibliografía pedagógica que presenta de modo completo y claro las aplicaciones y conclusiones del psicoanálisis y la educación.
- OBRAS COMPLETAS DE GARCIA LORCA. Tomo V:**
DOÑA ROSITA LA SOLTERA O EL LENGUAJE
DE LAS FLORES. MARIANA PINEDA. Tomo VI:
ASI QUE PASEN CINCO AÑOS. DIVAN DEL TAMARIT. POEMAS POSTUMOS. Cada volumen. \$ 4.00
Tercera edición de estos tomos que incluye numerosos trozos inéditos hasta ahora.
- ANTOLOGIA POETICA**, por Federico García Lorca. \$ 8.00
Compilada por Rafael Alberti y Guillermo de Torre. Un volumen encuadernado en tela.
- MARIANA PINEDA**, por Federico García Lorca. \$ 1.50
DOÑA ROSITA LA SOLTERA, por Federico García Lorca \$ 1.50
NUESTRA NATACHA. OTRA VEZ EL DIABLO, por Alejandro Casona \$ 1.50
- DEFENSAS PENALES. Tomo I**, por L. Jiménez de Asúa \$10.00
EL PLAN BEVERIDGE Y LA SEGURIDAD SOCIAL, por José González Galé. \$ 1.50

EDITORIAL LOSADA, S. A.
Aisina 1131, BUENOS AIRES.

U. D. E.
UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES,

===== S. DE R. L. =====

UNICAMENTE AL POR MAYOR

DISTRIBUIMOS OBRAS, ENTRE OTRAS, DE LAS SIGUIENTES EDITORIALES:

ALBA, Ediciones. Casa Unida de Publicaciones, S. de R. L.
 AMERICA, Editorial.
 ARS, S. A., Compañía Editora y librería.
 ATLANTE, S. A., Editorial.
 CANEK, Ediciones.
 CIMA, Editorial.
 COMPAÑIA GENERAL EDITORA, S. A.
 CONTINENTE, Editora del
 CORMIS, Ediciones.
 CUADERNOS AMERICANOS.
 CULTURA, Editorial.
 EDITORA MEXICANA, S. A.
 E. D. I. A. P. S. A. (Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones, S. A.).
 EL SEMILLERO, S. A., "Ediciones Trucco".
 EMPRESAS EDITORIALES.
 FONDO DE CULTURA ECONOMICA.
 FRONDA, Ediciones.
 GALATEA, S. de R. L.
 IBERO AMERICANAS, Ediciones.
 LATINO AMERICANA, Editorial.
 LEMURIA, Ediciones.
 LEYENDA, S. A., Editorial.
 MALAGA, Colección.
 MENSAJE, Ediciones.
 MINERVA, S. DE R. L., Ediciones.
 NUEVO MUNDO, S. DE R. L., Editorial.
 PANAMERICANA, S. A., Editorial.
 PAX, Editorial.
 PROA, Ediciones.
 QUETZAL, S. A., Ediciones.
 SENECA, Editorial.
 SAYROLS, S. A., Editorial.
 VALLE, Ediciones del.
 ZAPLANA, E., Editor.
 XOCHITL, Ediciones.

**PODEMOS SERVIR EN LAS MEJORES CONDICIONES
 CUALQUIER OBRA EDITADA EN MEXICO**

*Unicos distribuidores de las obras de la Universidad Nacional
 Autónoma de México.*

**Avenida Hidalgo N° 11
 Apartado 2915**

**Eric 12-27-13.
 Mex. J-56-88.**

México, D. F.

Libros de Actualidad y de Interés Permanente

DOCE MESES QUE CAMBIARON EL MUNDO

Por Larry Lesueur
\$7.50

EL HOMBRE LIBRE DE AMERICA

Por el Lic. Ezequiel Padilla
Segunda edición, \$6.00

LA ESPAÑA DE FRANCO

Por Thomas J. Hamilton
\$7.00

UN MUNDO

Por Wendell L. Willkie
Segunda edición, \$5.00

EL SITIO DE SEBASTOPOL

Por Boris Voyetejov
\$5.00

LA SEPTIMA CRUZ

Por Anna Seghers
\$7.50

LA ULTIMA VEZ QUE VI PARIS

Por Elliot Paul
Traducción del francés de José Carner
\$7.00

LA INVASION DE EUROPA

Por Max Werner
\$5.00

EN TODAS LAS LIBRERIAS O POR
CORREO REEMBOLSO DE LA

EDITORIAL NUEVO MUNDO

CALLE DEL AMAZONAS 36. MEXICO, D. F.

COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$30.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina,

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



Domicilio Social
y
Oficina General de Ventas:
BALDERAS N° 68.
Apartado 1336.
MEXICO, D. F.

FABRICAS
en
MONTERREY, N. L.
Apartado 206.



CALIDAD

PEPSI-COLA

MARCA REGISTRADA

CANTIDAD

EN TODAS LAS OCASIONES
ES MEJOR!

PRIDALA SIEMPRE

PROP. D.S.P. N° 9948

PEPSI-COLA COMPANY DE MEXICO, S.A.

PEPSI

CONSUMA USTED
C E R V E Z A



LA BEBIDA
MAS PURA
Y MAS SANA



*Asociación Nacional de
Fabricantes de Cerveza*

Desde la Esquina
de la Profesa...



En tiempos de nuestros abuelos, cuando se paseaba en berlina por Plateros, no existían grandes problemas de transporte. De entonces acá hizo su aparición el automóvil que con la revolución industrial que produjo impuso la solución de muchos problemas técnicos, tales como el de la lubricación.

Entre el primer lubricante que se produjo en México y MEXOLUB, hay la misma diferencia que entre un automóvil de 1899 y un modelo 1942.

MEXOLUB es un lubricante de calidad AL DIA.

PETROLEOS MEXICANOS



Mexolub





RESERVADO PARA LA
UNION NACIONAL
DE PRODUCTORES
DE AZUCAR





Su fama...
ES INTERNACIONAL!

GINGER ALE
CANADA DRY

El Champagne de los Refrescos.

**ACADEMIA
HISPANO
MEXICANA**



**ENSEÑANZAS SECUNDARIA.
PREPARATORIA Y COMERCIAL**

Internado - Medio Internado - Externos

PASEO DE LA REFORMA, 80.

Tels: 13-03-52 — L. 51-95.



KINDER Y PRIMARIA

Medio Internado - Externos

REFORMA, 835 (LOMAS)



CONSEJO - PATRONATO

LIC. AARÓN SÁENZ

ING. GONZALO ROBLES

ARQ. CARLOS OBREGÓN SANTACILIA

LIC. DANIEL COSÍO VILLEGAS

LIC. JOSÉ CARNER

DR. JUAN ROURA PARELLA

DR. RICARDO VINÓS, Director de la Academia.

ARTE LITERATURA HISTORIA



LA OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS

La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI ha sido considerada ya por el público como la OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS... Lo es por la gigantesca labor intelectual realizada por su autor y por el enorme esfuerzo editorial que supone su publicación.

La HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA rebasa los límites de cuantas obras haya podido conocer el lector hasta ahora. Es la primera ¡Y LA UNICA! que presenta al público de lengua española el más extenso y documentado estudio de todas las culturas. En sus trece volúmenes se recoge la HISTORIA, el ARTE y la LITERATURA de cada época.

La obra monumental de SANTIAGO PRAMPOLINI constituye, por sí sola, una verdadera biblioteca. En lo que han intervenido bajo la sabia e ilustre dirección de JOSE PIJOAN, las figuras más preclaras de la intelectualidad Hispano Americana. Usted no puede privarse de ella, para deleite de su propio espíritu, ni puede privar tampoco al resto de sus familiares.

Envíenos ¡HOY MISMO! el cupón que aparece en este anuncio y recibirá un LUJOSO FOLLETO DESCRIPTIVO

EXPOSICION PERMANENTE DE LA OBRA EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 8. - APDO. 140 bis. MEXICO. D. F.



EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AVENIDA INDEPENDENCIA 8.
APDO. 140 bis. MEXICO. D. F.

Tengo verdadero interés en recibir, sin compromiso alguno, el folleto descriptivo de la HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA y amplios informes sobre facilidades de pago.

Nombre y apellidos

Profesión y ocupación

Dirección



EL MUNDO DE LA POSTGUERRA

EL año que en este primero de enero se extiende ante nuestros ojos se nos aparece probabilísimamente como el del armisticio en Europa. Las armas llegarán a una tajante decisión y la Victoria abrirá el paso a otro género de actividades menos impropias que las actuales de una verdadera condición humana. Otra vez el mundo, tembloroso aún por la espantosa pesadilla, restañará sus heridas en un nuevo período de postguerra.

Todos, febrilmente, nos preparamos para esta circunstancia aunque sin saber a punto fijo, por la complejidad que ha de caracterizarla, cuál será su fisonomía peculiar. Algo, sin embargo, puede desde ahora afirmarse. Que para nuestro hemisferio, continente de paz, esa época significa el retorno hacia su estado de naturaleza con un incremento nunca visto hasta hoy de esta industria esencialmente pacífica que llamamos turismo. La hora habrá sonado para América de conocerse a sí misma, de que sus habitantes entren, de República a República, en comunicación unos con otros, visitando sus ciudades y comarcas atractivas, de manera que el interamericanismo deje de ser una actividad reservada a las grandes instituciones oficiales para convertirse en una función propia de cualquier ciudadano celoso de su propio bienestar así como del pasado y del futuro del mundo en que vive y de cuya atmósfera pacífica habrán de beneficiarse sus hijos. Norte, Centro y Sur América, países afines aunque diferenciados, habrán de cambiar a un ritmo cada vez más caudaloso sus contingentes viajeros. Prepararse para ello, evitando que los acontecimientos nos sorprendan desprevenidos, es tarea de estricta sensatez.

México, cuya posición geográfica privilegiada le predestina a desempeñar un papel preponderante en este orden de cosas, está dando pruebas de poseer a fondo dicha virtud. Todo está aquí preparado para abrir de par en par las puertas a los futuros visitantes con objeto de encantarlos con las maravillas que sobre él han derrochado la naturaleza, el clima y la industria de las generaciones pasadas. Primogénito del continente, se encuentra más interesado que nadie en mostrar, con sus títulos de nobleza, la legitimidad de su primogenitura. Y sobre todo tal vez en predicar con el ejemplo, revelando sus esfuerzos en pro de un mundo de paz y libertad.

F. L. S.

Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero dirigirse a:

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO

AVENIDA JUAREZ 76
MEXICO, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO III

VOL. XIII

1

ENERO-FEBRERO

1944

MÉXICO, 1º DE ENERO DE 1944

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, Director del Instituto Nacional de Antropología e
Historia, de México;

Daniel COSIO VILLEGAS, Director General de Fondo de Cultura
Económica;

Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-
xico;

Eugenio IMAZ, escritor.

Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de
Madrid;

Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;

Manuel MARTINEZ BAEZ, Presidente de la Academia de Medicina
de México;

Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;

Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.

Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Eco-
nomía, de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG.

Secretario
JUAN LARREA.

Se prohíbe reproducir los artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Rodolfo Méndez-Peñate* Defensa de la inteligencia.
Oscar Morineau Aportación de América Latina al mundo de la post-guerra.
- Mariano Ruiz-Funes* Las responsabilidades políticas en España.

Notas, por Jesús Silva Herzog, Pedro Bosch-Gimpera y Luis Córdova.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Juan David García Bacca* Las flores y la flor; la filosofía y las filosofías.
- E. Noulet* Una doctrina de la vida.
- Luis Mendieta y Núñez* Las clases sociales.

Nota, por Federico Pascual del Roncal.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Wigberto Jiménez Moreno* La colonización y evangelización de Guanajuato.
- José López Portillo* La incapacidad del indio.
- Mariano Picón-Salas* Vísperas de Revolución.

Notas, por Daniel F. Rubín de la Borbolla y José L. Cossío.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- León-Felipe* Un signo. . . ¡quiero un signo!
- Luis Cardoza y Aragón* Lo que no espera la esperanza.
- Waldo Frank* Minas Geraes.
- Enrique González Martínez* El hombre del buho.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Español del éxodo y del llanto	12
El poeta Antonio Machado en su lecho de muerte	13
España 1936-1944	32
GOYA. El tribunal de la Inquisición. <i>Oleo</i>	33
Mapa de las villas de San Miguel y de San Felipe	144
El P. Alonso Espino, cura de León, Gto. <i>Oleo</i>	148
Escultura de Coatlicue. (Museo Nacional de México)	158
La ciudadela de Teotihuacán	159
Uxmal. Pirámide del Adivino	160
Chichén Itzá. Templo de los guerreros	"
" " "El Castillo" visto desde el templo de los guerreros	"
" " Juego de Pelota	"
" " Escultura del templo de los guerreros	"
Palenque. Cabeza de la fachada del templo del Sol	"
" Relieve del templo del Sol	"
Junutla. Sacerdote presentando una ofrenda	161
Juguete sobre ruedas encontrado en Tres Zapotes, Veracruz	204
Pendiente de oro con la cabeza de <i>Ueneteotl</i> el viejo dios del fuego. Cultura mixteca. Coixtlahuaca, Oax	205
MORENO VILLA. Dédalo fabricando sus alas. Dibujo	210
GIOTTO DI BONDONE. La resurrección de Lázaro. <i>Fresco</i> . Padua	211
Iglesia de Nosso Senhor do Bom Jesus de Matosinhos, Congonhas do Campo, Minas Geraes, Brasil, 1777	232
O ALEIJADINHO. Estatua de Apóstol, del templo de Congonha	233

Nuestro Tiempo

DEFENSA DE LA INTELIGENCIA *

Por Rodolfo MENDEZ PEÑATE

NADA puede definir y caracterizar mejor la naturaleza zoológica del régimen totalitario franquista que el *¡Muera la inteligencia!* de Millan Astray en la Universidad de Salamanca. En esta circunstancia dramática en que se juega el destino mismo del hombre y de la cultura, ninguna profesión de fe más en consonancia con la tradición civil de la Universidad de La Habana y con los valores históricos y espirituales que encarnan esta constelación representativa del profesorado universitario español en el destierro, que este grito preñado de sentido humano y, por ende, entrañablemente antifacista: ¡Viva la inteligencia! Esta profesión de fe que postulamos y contraponemos al alarido de Millan Astray es palabra viva y activa y comporta, en consecuencia, responsabilidades ineludibles.

La inteligencia, en efecto, no sólo tiene derechos. La inteligencia también tiene deberes. Y el más importante de todos, aquel que precisamente justifica su vida y le confiere la plenitud de potestades, es estar al servicio de la verdad, proclamarla e imponerla a precio de sacrificio, desoír a Erasmo e imitar a Sócrates. Sin este coraje profundo de atreverse a ser lo que es, la inteligencia carece de dignidad y opera inexorablemente en el proceso histórico como un instrumento de esclavización, degradando y degradándose. El único partido al cual la inteligencia puede afiliarse, sin traicionarse a sí misma, es al partido de la libertad y pugnar por ésta, en el gabinete y en la plaza pública, sin desmayos ni vacilaciones, con la serena entereza de Giordano Bruno en la hoguera y de Tomás Moro

* Discurso del Rector de la Universidad de La Habana, Dr. Rodolfo Méndez Peñate, en la sesión inaugural de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados.

ante el hacha del verdugo. "Si todos barriesen el frente de su casa —dejó dicho Goethe— el mundo estaría limpio". Barrer el mundo de todo lo que lo afea, ensombrece y encona, barrerlo de injusticias y de miserias, de pústulas y de espinas, comprenderlo y guiarlo por las rutas en perpetuo renuevo de la investigación, del ensueño y del canto, estar a toda hora junto al pueblo, traducir en doctrinas sus aspiraciones ideales, alentarlo y seguirlo en su prometeico afán de traer el cielo a la tierra: he ahí el deber supremo de la inteligencia. Y es para que lo cumpla, y no para que lo incumpla, que queremos que viva.

En todos los tiempos y singularmente en las etapas de tránsito social y espiritual, ha habido intelectuales que han desertado de sus deberes humanos, encendiéndole una vela a Dios y otra al diablo. Pertenecen todos al partido de Erasmo. Los hay hoy, caso sin precedente en la historia, aunque afortunadamente pocos, que proclaman, con irracional alborozo, la muerte de la inteligencia. El mito nazi de la superioridad de la raza aria es el fruto nefando de esa autoaniquilación del espíritu. Digamos ya a voz plena y con el pecho henchido de racional alegría, que los Profesores universitarios españoles que honran hoy esta casa han sabido ser fieles a su misión y a sí mismos, han padecido y sufrido por la verdad, han luchado por la justicia y contribuido a limpiar la mugre que inficionaba el frente de su casa. Y representan, por eso, en su exilio sin dobleces ni debilidades, una forma específica de existencia de la dignidad humana. Pertenecen al mismo partido en que figuraron Luis Vives, Francisco Giner de los Ríos y José Martí. Pertenecen al partido de Sócrates.

La Universidad de La Habana, al invitarlos para que examinen en su seno los problemas de la reconstrucción democrática de España a la luz de la Carta del Atlántico, cumple también con los deberes que le impone su pasado y su presente, afrontándolos, con quijotesca bizarría, a pecho descubierto. Si más de una vez figuras esclarecidas de la inteligencia española han iluminado nuestras aulas con su rico saber y su acendrada experiencia, los convocamos ahora en su condición expresa de profesores universitarios republicanos, en su calidad inequívoca de porta-

voces de la España popular y democrática, para que, como tales, puedan afirmar soberanamente el derecho inalienable del pueblo español a restituirse el régimen político que le fué violentamente arrebatado por el fascismo internacional, en manifiesta complicidad con los grupos afines de los países democráticos. A la Universidad de La Habana, a esta casa bicentenaria que os recibe con el himno de Riego y con la invicta bandera de Guadalajara, Belchite y Teruel, que siente como propios vuestros dolores y esperanzas, que os abraza por mi conducto con fraternal efusión, que ve en vosotros a los herederos legítimos de Ramón Pintó y Francisco Pi y Margall, que al ofrecereros su tribuna funde simbólicamente en el recuerdo y en la gloria a los héroes de Palo Seco y a los milicianos de Madrid, le cabe este alto honor en América, el honor inmarcesible de haberse atrevido a ser lo que es, como antaño lanzara a la flor de sus hijos a enfrentarse con el despotismo colonial y hogaño se irguiera, con impar bravura, contra los conculcadores de la libertad y de la justicia, sufriendo en su carne y en su espíritu los zarpazos brutales de la tiranía.

La Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados es, pues, la lógica resultante de una actitud espiritual permanentemente mantenida; responde, en última instancia —sé bien lo que digo— a la progenie mambisa de la Universidad de La Habana, que si fué siempre el centro rector de la vida cultural de Cuba, nunca “pudo contemplar el crimen en calma” ni jamás fué sorda a los requerimientos de la historia. No podía encontrar, por eso, obstáculos ni reservas, la noble iniciativa del Dr. Pittaluga, que fué acogida y auspiciada fervorosamente por mí y puesta en marcha por el voto unánime del Consejo Universitario, haciendo así posible que el milagro se haya realizado, que estemos esta noche viviendo en presencia y realidad lo que hace unos meses sólo era una esperanza y un anhelo. Por haberle propiciado esta histórica coyuntura, que anuda definitivamente a la Universidad de La Habana con la Universidad española del futuro a través de vosotros y a nuestro pueblo con el vuestro, el Dr. Gustavo Pittaluga merece la gratitud imperecedera de esta casa.

Si es a los profesores invitados a quienes exclusivamente incumbe escudriñar y discutir los problemas de España en el curso de esta memorable reunión, me corresponde a mí dejar constancia de nuestra postura y del papel que la Universidad de La Habana aspira a desempeñar en este trance. La enorme expectación que se ha suscitado en torno a ella obliga a poner las cosas en su verdadero sitio. Sería, en verdad, descaminado a todas luces, pretender que de este enjundioso debate surgiera la solución radical del trágico problema de España o la liquidación por decreto del régimen totalitario franquista. Ya el Dr. Pittaluga y el presidente en funciones de la Reunión, el insigne profesor Dr. José Giral, han fijado, con entera nitidez, el ámbito y las finalidades de aquélla. Ni siquiera sería posible, por las razones ya expuestas, acometer un estudio a fondo de la estructura de la república española de mañana desde un punto de vista puramente técnico. Y aunque fuere posible, sería inútil e incluso contraproducente. Lo que la república española deba ser, en su contenido social y en su figura política, es de competencia única del pueblo español, que la trajo con sus votos y la defendió con su sangre, que la conserva hoy como patrimonio propio en los campos de concentración y en las cárceles, ya incorporada a su propia vida y a su propia muerte, que es suya porque la hizo suya y porque la guarda. El pueblo español, y sólo el pueblo español, podrá restablecerla de nuevo. Nadie podrá dársela. He hecho ya demasiada historia para tolerar pasivamente que se la hagan los extraños por muy limpias intenciones que pregonen. Ni el franquismo sobrevivirá al desenlace de esta guerra antifascista, ni la dinastía borbónica, de ser resturada desde fuera o en connivencia con Franco, podrá seguir en el disfrute de su usurpación si la Carta del Atlántico se aplica efectivamente. Si de otra suerte aconteciera —hay que decirlo— este documento redentor tendría su primer mártir en España. Su quiebra visible en esta hora decisiva es, precisamente, el tratamiento que recibe el régimen totalitario franquista de las potencias democráticas, producto, en gran medida, de las tendencias reaccionarias y apaciguadoras aún predominantes en determinados círculos.

No es éste, ciertamente, el espíritu que anima a las masas populares de las naciones unidas, ni a los hombres que fatigan hoy el heroísmo en el Pacífico, en Italia y en el frente soviético. Hace sólo unos días que el presidente Roosevelt, en su mensaje al Congreso de los Estados Unidos, definió, como objetivo cardinal de la coalición democrática, el exterminio completo de las formas fascistas de vida en todo el mundo. Es un síntoma sobremanera reconfortante y una saludable advertencia a los que todavía sueñan con una paz negociada o con un sistema de relaciones internacionales fundado en transacciones y componendas. Los soldados de la libertad les despertarán de esa lúgubre pesadilla. La guerra está ya militarmente ganada por el heroísmo inglés, el empuje norteamericano, el ímpetu ruso y la tenacidad china. Y también se ganará la postguerra, el mundo mejor que augura la Carta del Atlántico. No hay que olvidar que ésta es una guerra del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Y cuando el pueblo es quien hace la guerra la postguerra es siempre lo que el pueblo quiere que sea. La era que despunta en el horizonte histórico de la humanidad es, efectivamente, la era de la liberación integral, el señorío del hombre sobre la máquina, el disfrute plenario de la justicia distributiva sobre el primado de la soberanía popular.

España ha conquistado ya un puesto de rango en ese mundo que amanece. La primera batalla de este duelo gigantesco contra las potencias regresivas de la historia se libró en su suelo. Una imponente muralla de corazones le salió resueltamente al paso, escribiendo una de las páginas más épicas de la historia de todos los tiempos. Nunca fué España tan culta como en ese acaecer descomunal, que puso a contribución sus esencias más puras e insobornables. Aun más. Por haberse planteado en España la lucha contra el fascismo en términos definitivos, asumió ésta una dimensión universal, un entrañado sentido humano que removió la conciencia de todos los pueblos. El *no pasarán* madrileño fué coreado por las abnegadas mujeres de China. Los pueblos hispanos de América, otrora juzgados por los Austrias y los Borbones, se alzaron virilmente en torno al pueblo español y una legión valerosa le

ofrendó su sangre, codo a codo, en hazañosas empresas. La juventud cubana fué acaso la que aportó a la defensa de la libertad española un contingente más nutrido y valioso, que yo me complazco en simbolizar en la figura gallarda, noble y generosa de Pablo de la Torriente Brau, caído de cara al enemigo en una alborada fragante de ilusiones. La España que promovió ese clamor y ese holocausto era, evidentemente, una España al servicio de la humanidad. La victoria de la república sobre el fascismo hubiera sido la victoria de todos. Su derrota fué también, por idénticas razones, la derrota de todos. En España comenzó la guerra y en España habrá de terminarse, con el restablecimiento de la república por inapelable determinación popular.

La Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados tiene, sin embargo, una clara y fecunda misión que cumplir, la misión que ella misma se ha dado con probidad aleccionadora: proclamar la legitimidad de la república española y ofrecer, como fruto de su acervo científico, un apretado esquema de las bases generales del proceso de reconstrucción técnica de la España de la post-guerra. Si ella se cumpliera, y seguramente habrá de cumplirse, la Universidad de La Habana habría contribuído eficazmente a la derrota del fascismo, a la victoria de la democracia y al restablecimiento de la república en España y la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados le habría propinado una estocada a fondo al régimen totalitario franquista y acelerado la libertad de los que, en el suelo ensangrentado de la tierra natal, custodian y velan, con su rebeldía y con su sacrificio, la dignidad histórica de un gran pueblo en desgracia.

Permitidme ahora que os entregue nuestra tribuna. Es digna de vuestra jerarquía y de vuestra ejecutoria. Un semillero de mártires es su lámpara votiva. La independencia de Cuba tuvo en ella su más firme e irreductible baluarte. La España de los encomenderos y de los capitanes generales jamás tuvo en ella cuartel. La España popular y democrática, la España que fluye ininterrumpidamente desde los comuneros de Castilla hasta los días espléndidos de la reconquista de Barcelona y de la defensa de Madrid, la España que es nuestra como de ella son Bolívar, Juárez



El español del éxodo y del llanto.



El poeta Antonio Machado en su lecho de muerte, envuelto en la bandera republicana.
(Collioure, Francia, 22 de febrero de 1939).

y Martí, la usó siempre como propia, aun en los días más duros. Sé que la honraréis con vuestra palabra y vuestra conducta.

Entregaros esta tribuna era nuestro anhelo más caro. No ha sido fácil realizarlo. Ni podía serlo en estos tiempos azarosos que vivimos. Pero mucho más difícil hubiera sido, sin duda, de no haber contado con la colaboración entusiasta e infatigable de los profesores Roberto Agramonte, Juan B. Kouri, Aureliano Sánchez Arango, Adriano Carmona y Raúl Roa, quienes, conjuntamente con el Dr. Gustavo Pittaluga, integraron la Comisión Preparatoria de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados. Me parece indispensable que sepáis que los profesores universitarios cubanos designados lo fueron por haber defendido, con su palabra y con su pluma, en condiciones adversas, la causa de la república española, por pertenecer, también, como vosotros, al partido de Sócrates. A ellos, que son además profesores de subidos merecimientos en sus respectivas disciplinas, mi gratitud más profunda.

Por mi parte, sólo quiero añadir que me siento profundamente orgulloso de haber podido contribuir a la liberación del pueblo español y de ser el Rector de una institución que no ha vacilado en darse a esa empresa próspera, reafirmando así su gloriosa historia pasada y su altiva posición presente. La Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados es el más alto homenaje que podemos tributar en esta hora cubana a cuantos cayeron por enaltecer y redimir a nuestra patria: la ofrenda de Cuba libre a la España democrática y republicana, el vivo testimonio de solidaridad de los universitarios cubanos con aquellos que antes de la guerra en el ejercicio de sus cátedras, durante la misma en los puestos que el deber les señalara y, después de ella, en la patética dispersión del destierro, jamás dejaron de ser lo que siempre fueron: servidores de la verdad, maestros de juventudes y ciudadanos ejemplares.

APORTACION DE LA AMERICA LATINA AL MUNDO DE LA POST-GUERRA

Por *Oscar MORINEAU*

PARA muchos ha llegado a ser axiomático que este Continente es el heredero de la cultura occidental y la tierra de la libertad. Es verdad, tenemos en América una tradición de libertad política y un ambiente de paz que facilitan el desarrollo de la cultura. Europa, por otro lado, está dividida por pequeñas nacionalidades y dentro de cada nacionalidad también está dividida por ideales e intereses de carácter religioso, político, social y económico. Esta falta de armonía en Europa ha desarrollado un espíritu militarista, el culto a la violencia y al odio que prácticamente han destruído la civilización europea.

Sin embargo, no es evidente que seamos los herederos de la cultura de Occidente ni la tierra de la libertad. En primer lugar, no podemos heredar la cultura en la forma en que se hereda el dinero. La cultura no es una cosa; es una riqueza viviente y dinámica: es la capacidad de vivir nuestras vidas de acuerdo con aquellos principios espirituales que sirven para desarrollar el amor, la amistad, la inteligencia, la verdad, la lealtad y la belleza; es la capacidad para conseguir la armonía dentro de nosotros mismos y entre nuestros semejantes. Esto es lo que significa para nosotros la libertad. En consecuencia, no podemos heredar la cultura porque ésta es una manera de ser y no una manera de tener. Si donamos a una tribu salvaje en el corazón del Africa un surtido completo de objetos, máquinas y obras de arte, junto con la más completa biblioteca, es evidente que esta tribu no habrá adquirido una cultura. Pero debe ser igualmente evidente que la cultura es susceptible de desaparecer aun cuando haya sido en el pasado parte de nuestra manera de ser. La historia nos

proporciona suficientes pruebas de esta afirmación en Egipto, Grecia, Roma, etc. En estos momentos somos testigos de la destrucción de la cultura en el mundo por la guerra, la violencia y el odio. Además, la pereza mental, la indiferencia y los prejuicios son obstáculos para la adquisición y desarrollo de la cultura. Es así posible que mientras Europa destruye la cultura nosotros acá somos incapaces de desarrollarla debido al odio racial, a la intolerancia, a la concentración de la riqueza, al afán de lucro y la sed de poder, al hábito de confort excesivo y a otras muchas características de la vida actual en los Estados Unidos y en el resto de la América. ¿No será posible que el sufrimiento purifique a Europa y Asia creando allá la tensión espiritual necesaria para obligarlos a formar un nuevo mundo más de acuerdo con la cultura, mientras que la América llegue a ser el asilo de la reacción y de los intereses creados, todo en nombre de la libertad y de la democracia?

La contribución material de la América Latina en la postguerra es importante porque representa grandes cantidades de alimentos para el mundo, y de minerales para sus industrias. La América Latina llegará a ser el mejor lugar del globo para inversiones en actividades agrícolas, mineras e industriales y un consumidor de primera categoría. Finalmente, dará la oportunidad a millones de inmigrantes que deseen iniciar una nueva vida en un nuevo mundo. Todo esto es muy importante. Sin embargo, tales contribuciones no serán capaces de crear un mundo nuevo. En el pasado las aportaciones materiales de la América Latina han servido de estímulo a la codicia imperialista de los extranjeros y han provocado la corrupción de los nativos; han sido un tremendo obstáculo en el desarrollo cultural de la América Latina y han representado una aportación secundaria para el mundo.

¿Puede existir aún alguna duda acerca del fracaso de la civilización europea para salvarse si no sufre un cambio fundamental? Ya no es posible titubear para rechazar las reglas corrientes de eficiencia, el confort y el desarrollo material como solución de los problemas vitales del mundo. En la América Latina no vacilamos en decir que nuestra

cuando enseña historia, literatura, ciencias naturales, etc., a los futuros peones del campo, plomeros, carpinteros, la inmensa mayoría de nuestro pueblo.

Sin embargo, para poder aceptar esta orientación es necesario considerar a los jóvenes exclusivamente en función del trabajo, como unidades destinadas a producir y a reproducirse, como máquinas que deben ser dirigidas por una minoría selecta. Desde este punto de vista la secundaria no solamente resulta inútil sino que es perjudicial porque las materias culturales que enseña provocan en los estudiantes, en los futuros obreros, agricultores, una inquietud antisocial, abriéndoles horizontes de belleza y de expansión espiritual que serán después un lastre para las unidades destinadas a una vida vegetativa y de trabajo manual.

La doctrina antes expuesta es lógica dadas sus premisas y además fué sincera y estuvo conforme con la realidad de hace un siglo. Hoy todo esto es falso porque no coincide con la realidad viva sino con una realidad arqueológica que quiere imponerse a la juventud. Una es la realidad que fué, el feudalismo, la colonia; otra la realidad que vivimos y hacia la cual nos dirigimos. La realidad de la tumba nos dió una muy pequeña casta de profesionistas y de políticos, frente a una clase media insuficiente y una abrumadora cantidad de parias. Esta aristocracia del pasado dejó la riqueza del país en manos de extranjeros. Es cierto que llegó a formarse una clase más o menos refinada que veía con éxtasis todo lo europeo; es cierto también que llegó a imperar cierta honestidad en los funcionarios; debemos confesar que actualmente impera la rapiña y la irresponsabilidad en las esferas sociales —con honrosas excepciones que nos llenan de orgullo—, y que el público acepta esta situación en la mayoría de los casos o protesta débilmente. He ahí por qué el argumento de la tumba tiene tanta fuerza.

Por otro lado nadie puede negar la necesidad de preparar bien a los alumnos para su ingreso a las facultades y quizá la preparatoria de cinco años sea la solución del problema universitario. Hay aún algo más trascendental en relación con la universidad: su crisis económica y moral.

Mientras no exista en México una minoría organizada y perfectamente capacitada desde el punto de vista técnico y moral y desde el punto de vista universal de la cultura, no será posible ninguna labor profunda de creación y de consolidación social. Esta labor selecta corresponde a la universidad. Mientras la universidad lo mismo que las escuelas secundarias y el ambiente social en que vivimos no estimulen la formación de hombres de carácter dotados de un gran sentido de responsabilidad y dispuestos a sacrificarse por su país, todo lo que hagamos será secundario frente a este problema moral que nos aflige.

Sin embargo, la solución del problema universitario nada tiene que ver con el problema de las secundarias. Constituye un error de orientación creer que la secundaria debe preparar para la universidad o para la lucha por la vida. La tragedia educativa del país se debe, más que a falta de preparación de los maestros o de los alumnos—in-discutible en muchos casos—, a la carencia de orientación permanente. Nuestros programas educativos han sufrido constantes cambios motivados por cambios políticos y por el capricho de los funcionarios. Tenemos el ejemplo contrario del clero en la primera época de nuestra historia, cuando realizó una labor educativa profunda y duradera. Supo desde un principio lo que quería y por eso pudo realizarlo a través de los siglos. Carece de sentido la discusión acerca de los programas concretos de la secundaria si previamente no se han establecido las bases de esta educación.

No conseguiremos ninguna aportación digna para el mundo mediante nuevas distribuciones de poder o nuevas instituciones o mediante la expedición de más leyes. Ha llegado a ser cuestión de vida o muerte cambiar los principios internos que determinan el comportamiento de los hombres. La única forma de lograrlo es mediante la educación de las masas. La intervención de las masas en el poder es el acontecimiento más importante de la civilización contemporánea. Este acontecimiento es también el ejemplo más colosal de nuestro fracaso en la previsión social. Dejamos libre una fuerza gigantesca—irracional y biológica—, las masas, y candorosamente esperamos que el resultado sea una forma democrática y civilizada de go-

bierno. Es cierto que el ejercicio del poder estará siempre en manos de una minoría, pero también lo es que en los gobiernos actuales estas minorías se ven obligadas a estimular las pasiones más bajas de las masas para poder asumir y conservar el poder. Por otro lado, estas minorías capaces de usar semejantes armas son necesariamente insinceras, demagógicas e incultas. Es así como los gobiernos contemporáneos contribuyen a la corrupción del hombre y a la decadencia de la cultura. Hitler, por ejemplo, estimula en las masas el odio racial, el amor a la gloria y el terror. En la misma forma y en diversos grados éste es el procedimiento adoptado en el mundo por todos los gobiernos. Tomemos como ejemplo los efectos perniciosos de la política en los Estados Unidos del Norte con motivo de la próxima lucha electoral. Con el objeto de conseguir los votos del Sur, de los católicos, de los obreros, etc., el bien del país y del mundo devienen secundarios. Tomemos también como ejemplo la llamada organización democrática de los sindicatos obreros en los Estados Unidos del Norte, en donde la presión, la violencia, la mordida y los prejuicios son armas indispensables para el éxito. En relación con los gobiernos e instituciones democráticas en la América Latina, prefiero guardar silencio porque me vería obligado a entrar al mundo de la ficción.

Sin embargo, el mal de los gobiernos populares no radica en el hecho de que los políticos se vean obligados a ganarse la opinión pública. Esto es indispensable y saludable. El mal radica en la calidad de la opinión pública que se ven obligados a ganar. El mal radica además en el hecho de que no todos los ciudadanos tienen el valor de participar en la política. El gobierno popular coincidirá con la cultura cuando lleguemos a formar un tipo superior de hombre medio. Cuando este tipo aparezca, el nivel moral y cultural de las minorías subirá hasta el cielo. Ahora bien, esto solamente es posible mediante una educación apropiada.

Los mexicanos contamos con un tesoro inagotable de experiencia derivada de nuestros errores y de los de la humanidad. También contamos con aciertos que nos convencen de que es posible educar y transformar a los pueblos

en forma radical mediante la educación. Esta experiencia —el conocimiento del pasado y el conocimiento de nosotros mismos—, nos enseña cuál es nuestra vocación característica en la historia y cuáles son los elementos constitutivos de toda cultura. Ambos conocimientos, el conocimiento de lo que es genérico, universal a todo hombre y a toda cultura y el conocimiento de nuestra peculiar vocación son la base objetiva con que contamos para formular los elementos de la educación en México. En este artículo nos limitaremos a la educación secundaria.

La educación secundaria es inconfundible y se distingue de cualquiera otra educación. Es la educación del adolescente. Se refiere al momento crítico del ser, cuando se le exige a la persona la máxima tensión en su adaptación para la vida. Podremos después adquirir una técnica, un barniz y un sentido de madurez, pero las reacciones morales y emotivas ya fueron canalizadas para siempre al salir de la adolescencia. En esta época aparecen y deben articularse en forma armónica las inclinaciones básicas del ser: nace el instinto sexual y con él todas las manifestaciones espirituales; nace el ideal con posibilidades infinitas de carácter místico, moral, social, cultural en general. La vida deviene un maravilloso espectáculo de adentro para afuera. Durante la madurez llegaremos a dar preferencia al conocimiento en sí y a creer en un proceso de afuera para adentro, mientras que la adolescencia coincide con la floración del ser que busca en el mundo exterior la realización de sus ideales. Durante esta etapa trascendental en la vida del hombre, no podemos pensar en darle una preparación técnica ni vocacional, porque esto equivaldría a cerrarle para siempre las puertas del mundo espiritual y cultural. Nos encontramos frente a algo mucho más importante y urgente que la producción y que la técnica: frente a la persona que se asoma por primera vez al mundo infinito del espíritu. Por este motivo debemos pensar en este momento solamente en los intereses del ser y no en actividades instrumentales como son las que pertenecen al mundo del tener. Las necesidades que tienen que ver con la técnica serán satisfechas después. Por lo pronto es urgente conducir al adolescente al mundo al cual lo hemos

traído: presentarlo con el pasado para que se vincule en forma orgánica y no exterior con su familia, su patria y con la humanidad. Es el hombre un hijo del pasado que debe conocer a sus padres, al patrimonio cultural que viene a heredar. Por eso le enseñamos historia. También es necesario que articule con claridad y belleza y le enseñamos la lengua materna. Es necesario que se conozca físicamente y le enseñamos biología; que conozca la naturaleza y le enseñamos ciencias naturales; que sepa el lugar donde radica y le enseñamos geografía. Viene a un mundo de contornos físicos y le enseñamos a medir y calcular. Vive en sociedad y deberá aprender las reglas de la convivencia social. Pero todas estas materias deberán orientarse en función del adolescente para que devengan parte articulada de su ser y no en función de las materias en sí como disciplina muerta, como catálogos de cosas que se deban aprender de memoria a la manera de la enseñanza norteamericana.

La educación secundaria tiene que ver con la formación de la persona, del ser como mundo en sí. Por tanto, no tendrá por objeto satisfacer las necesidades de la producción (la técnica), o de la universidad (educación vocacional), o del elemento obrero (educación de clase), o del clero (educación sectaria). La educación secundaria tiene por objeto lo universal y por sujeto lo individual. Consiste en armonizar el microcosmos con el macrocosmos.

Sin embargo, la educación es adaptación. Por esto no debemos divorciar al adolescente de su mundo, de su futura vocación, de la economía, del Estado, de la religión. Lo importante es no subordinarlo a ningún interés. Se le enseñarán todos los aspectos de la realidad en función de su personalidad. Aspiraremos a formar personas, hombres y mujeres integrados y armónicos y no esclavos ni del Estado ni del clero, ni de la producción, ni de sí mismos. La adolescencia es la floración del ser y la educación secundaria deberá fomentar su liberación.

Ahora bien, la liberación del ser en este mundo consiste en su vinculación espontánea. Somos como átomos dispersos emanados del Espíritu Universal. Tenemos hambre de vinculación. En primer lugar aspiramos a Dios. El hombre que a partir de la adolescencia no está en comunión

con Dios, no es un ser en sí sino un fenómeno biológico y mecánico, cuando más un animal sano y una máquina eficiente. Ya es tiempo de que se transforme esta idea en axioma indiscutible de nuestra educación para que esta aspiración universal sea respetada como cosa sagrada. Sólo entonces dejarán nuestras escuelas de ser sectarias o antirreligiosas y podremos dar contenido verdadero al principio de libertad religiosa.

En segundo lugar, aspiramos a nuestros semejantes. Es una necesidad vital la convivencia con los demás. Al venir al mundo nos recibe la familia. La educación secundaria deberá fomentar la tradición y el respeto familiares. Sin embargo, la familia que fomenta el exclusivismo del clan trabaja en contra del adolescente porque convierte esta unidad social indispensable que es la familia, en una finalidad en sí que se opone a la persona en su carácter de ser autónomo y a la sociedad que es donde se desarrolla el hombre en forma plena. También es perjudicial la familia mexicana que fomenta el individualismo egoísta porque atrofia y pervierte la natural inclinación del adolescente a vincularse con sus semejantes.

El hombre es feliz cuando se entrega a Dios y a sus semejantes. La libertad es el derecho a entregarnos espontáneamente a los demás; esto es, a entregarnos de adentro para afuera y no por presión externa. La libertad es la oportunidad de servir a Dios y a nuestros semejantes; es el derecho de realizar nuestros deberes.

No debemos temer a estas ideas, ya que se fundan en tendencias universales del hombre; el ciudadano que haya sido educado en ellas tendrá que reaccionar favorablemente. En caso contrario, se trata de un enfermo al que hay que curar evitando que dañe a los demás.

Tampoco debemos temer estas ideas inspirados en un positivismo atávico e inconsciente, en la creencia de que al acercarse el hombre a Dios está en peligro de divorciarse del mundo y de aniquilar su personalidad. Esta tendencia es característica del Hindú, donde sus místicos llegan a Dios mediante la disolución de su personalidad concreta. Nosotros somos los herederos de la más vigorosa y sublime tradición mística de Occidente, de San Juan de la Cruz y

de Santa Teresa. Para nosotros acercarse a Dios significa exaltar la personalidad y no convertirla en nebulosa.

Nuestros semejantes son todos los hombres en la misma forma que Dios es el Dios de todos los hombres. Esta verdad debe tener en México un contenido incondicional y saturado de pasión. No es ésta para nosotros una afirmación vaga aplicable solamente a nuestros iguales, a los miembros de nuestra tribu, a la usanza de los anglosajones, teutones, judíos y japoneses. Al referirme a estas nacionalidades que se consideran superiores a sus semejantes, me limito a consignar un hecho. Sin embargo, no sería sincero si con ello pretendiera callarme un prejuicio antisemita o justificar los crímenes nazis. La brutal persecución judía no tiene ninguna justificación. Es culpable la humanidad del complejo que ha creado en los judíos mediante la persecución a través de los siglos. La única solución de este lamentable estado de cosas radica en la aceptación incondicional del concepto del prójimo aquí expuesto. La aceptación de este concepto tampoco obligaría a los judíos a mezclar su sangre con los demás y quizá su diferenciación constituye su mejor aportación a la humanidad. Asimismo la aceptación de este concepto es también la única forma en que los Estados Unidos del Norte puedan borrar la mancha del odio a los negros, a los mexicanos y a otros grupos que consideran inferiores. Muchos norteamericanos se aterrorizarán creyendo que les propongo mezclarse con los negros o con nosotros. Esto no es necesario y quizá tampoco sea conveniente. El amor entre el varón y la hembra es un fenómeno de atracción espontánea y requiere afinidad física y espiritual. Por otro lado, la formación de mulatos insignes ha sido hasta hoy privilegio de la América Latina. En México la igualdad racial no sólo es un imperativo derivado del cristianismo sino asimismo un imperativo derivado de nuestra peculiar vocación: somos hijos de la mezcla de razas diferentes y por tanto símbolo de la igualdad racial.

Al vincularse el hombre en forma espontánea con Dios y con sus semejantes, será posible resolver el problema económico. Sencillamente los intereses económicos serán colocados en el lugar que les corresponde, como instrumento

al servicio del hombre. El valor humano estará siempre por encima del valor económico; la persona por encima de la cosa. Desaparecerá la vergüenza contemporánea del intelectual que rinde culto a un cerdo y de las masas envilecidas por el hambre; renacerá la dignidad humana. Desaparecerá también por ridícula, la beligerancia concedida hoy a muchos especialistas que son hombres a medias, desequilibrados y unilaterales, que se han constituido en orientadores de la juventud y de la opinión pública. Ya no veremos el absurdo de un hombre que es portador de una técnica especial —de un valor instrumental—, resolviendo cuestiones de carácter universal. La aspiración de la educación —¡cuando menos por un momento en la vida del hombre, durante la adolescencia!— será la formación de personas y no de funciones.

Al conciliarse el hombre con Dios y con sus semejantes, se conciliará con la naturaleza y consigo mismo. El conocimiento de la naturaleza se orientará hacia la emancipación del hombre. Desaparecerá el miedo que paraliza tantas vidas. Cuando el hombre está en comunión con Dios no le teme a la naturaleza; desaparece el terror a la vida y a la muerte. En México tiene especial importancia esta liberación interior. Nuestra tradición de esclavitud, de superstición y de idolatría ha creado en las mayorías un complejo de inferioridad que ha sido una traba constante para el desarrollo del mexicano. Muy pronto descubrirá que tiene una gran sensibilidad para la belleza, que es excepcionalmente inteligente, que sabe resistir al dolor; en fin, que se ha liberado y puede realizar una gran obra de cultura.

Muchas personas sinceras sentirán terror a esta orientación por creer que fomentará la formación de zánganos, enemigos del trabajo. Es muy cierto que la llamada educación del pasado sirvió para que el alumno se convenciera que lo habían preparado para hacer trabajar a los demás. El deseo y la capacidad de trabajo estuvieron en relación inversa con la educación recibida. Mediante una educación equivocada, pero educación en cuanto orientación o desorientación de la juventud, hemos conseguido algo increíble, un milagro: atrofiar en forma permanente una

tendencia innata en todo hombre como es la de moverse, la de jugar, la de ejercitar sus músculos, la de sentir la necesidad y el placer de trabajar. La escuela secundaria deberá fomentar el amor al trabajo, la dignidad de todo trabajo honrado, el deber sagrado que tenemos todos de contribuir con nuestra faena a las labores del día. En este aspecto la educación que se da en los Estados Unidos es digna de admiración.

El trabajo manual no solamente es una necesidad biológica sino que enriquece el espíritu del hombre porque desarrolla su sentido de responsabilidad y le da la sensación de ser útil para algo concreto al permitirle colaborar con éxito en el mundo físico. Esta es la única justificación que encontramos en el servicio militar obligatorio en México en tiempos de paz: el esfuerzo físico sostenido, la disciplina, la convivencia con los demás; esto es, la formación del ciudadano. Debemos estudiar muy seriamente este problema relacionado con el trabajo físico y resolverlo a través de la instrucción militar o bien a través de la enseñanza de oficios. Sin embargo, iremos al fracaso si la educación militar consiste en marchar media hora diaria o el oficio en cortar una tabla todos los días. La actividad mental hacia el trabajo debe imperar en todo el ambiente escolar y en el hogar y por esto el esfuerzo debe ser suficiente y constante para estimular los tejidos y crear una necesidad permanente en el adolescente.

Sin embargo, debemos confesar que el servicio militar obligatorio lleva en sus entrañas un elemento profundo de contradicción. Desde el punto de vista de la creación, es una actividad estéril y desde el punto de vista social y universal, choca abiertamente con el concepto del prójimo aquí expuesto. Es cierto que mediante la instrucción militar conseguimos la disciplina y la convivencia con los demás, pero también es cierto que constituye la milicia una preparación para destruir a nuestros semejantes. Esta disciplina del ciudadano se justifica diciendo que es, en todo caso, la preparación para defendernos en contra de la agresión; pero nunca podrá sostenerse que la guerra sea un bien en sí. Debemos aspirar a darle al adolescente una disciplina creadora que forme en él una actitud universal

frente a sus semejantes y no un concepto agresivo y destructivo como es el que se deriva de la instrucción militar. La única actividad física en armonía con la naturaleza moral y social del hombre es lo que podríamos llamar el servicio civil obligatorio, practicado con éxito en Suiza y en otros países. Este servicio sería de consecuencias trascendentales en la transformación de nuestra juventud. Para poderlo realizar en forma amplia, podría reducirse el año escolar a siete meses, tiempo más que suficiente para desarrollar los programas de la escuela. Se agregarían como parte de la enseñanza obligatoria, tres meses más en que los jóvenes vivirían en campamentos especiales, dedicados a trabajos físicos de utilidad social. Precisamente en la adolescencia aprendería el joven a acercarse a su pueblo resolviendo con el trabajo personal, sus problemas básicos. México es un campo virgen para esta labor y nos brinda el privilegio de realizarla al mismo tiempo que enriquece nuestro espíritu al hacernos sentir que todos contribuimos a la transformación del país.

Para poder educar tenemos que respetar las limitaciones impuestas por la realidad, en la misma forma que el hombre de ciencia respeta las leyes de la naturaleza para poderlas utilizar a su favor. Desde este punto de vista, el dato más notorio derivado de la realidad es la desigualdad: todos nacemos dotados por la naturaleza en distintas proporciones. Cada quien, además de ser hombre y de comportarse como todos los hombres, es un mundo en sí con diferentes capacidades e inclinaciones. En este aspecto podemos decir que lo fundamental lo trae consigo cada quien desde su nacimiento. Por este motivo la escuela secundaria no será una fábrica de producción en serie. Cuando la escuela secundaria trata como iguales a seres que son diferentes por naturaleza, solamente consigue reprimir y entorpecer el desarrollo de la personalidad. Debe ser sagrada para el maestro esta variación que existe entre los alumnos. Se impone la necesidad de que los grupos escolares sean poco numerosos. También se impone la necesidad de atender en forma especial a los superdotados, sin imponerles demoras ociosas que los obligan a seguir el paso lento de quienes van entrando en una etapa de cultura

para la que no los han preparado ni su tradición familiar ni su capacidad, ni su ambiente actual.

El segundo dato notorio se deriva de la realidad social. Es la necesidad de provocar en los ciudadanos un mínimo de reacciones uniformes, sin las cuales es imposible la convivencia. Afortunadamente esta uniformidad en el comportamiento no aniquila la falta de uniformidad que caracteriza a las personas. En primer lugar, el hombre es un animal social, como dijo Aristóteles. Junto con la unicidad que define a cada persona existe la uniformidad derivada del hecho de ser hombre y de ser el hombre un animal social. La vida en sociedad es una cadena que resulta liviana cuando nuestras actividades de cooperación social son realizadas en forma voluntaria, de adentro para afuera y cuando tienen el carácter de hábitos formados desde la niñez.

El tercer dato notorio derivado de la realidad es que la educación no la da solamente la escuela. La da todo el ambiente en que vivimos. Debemos provocar desde luego una íntima unión entre la escuela y todas las actividades extra-escolares del adolescente. A la inversa, deberán colaborar con la escuela tanto los padres como las instituciones culturales del país.

El cuarto dato notorio derivado de la realidad es la incapacidad de los maestros. Sin embargo, debo confesar que este artículo se debe al estímulo que provocó en mí el conocimiento de maestras y maestros de secundaria que han hecho de su vida una obra de arte, una constante entrega con generosidad a la formación de los alumnos. Esto es alentador porque existe en un ambiente de incertidumbre económica y de intriga burocrática, frente a muchos maestros que no son más que esclavos ignorantes, especializados en la adulación y frente a otros que no son más que enfermos histéricos y envenenados, completamente incapacitados para orientar a la juventud. Se necesita, como bien lo dice una de las profesoras que me han estimulado, "la preparación (reeducación quizá) de una planta de maestros libres de frivolidad, petulancia e indolencia; la creación (por esos maestros), de una escuela, de una pedagogía mejor dicho, flexible, susceptible de matices", adaptada a las necesidades de cada alumno.

El quinto hecho notorio lo proporciona el régimen económico imperante. Sus ramificaciones son tan sutiles que invaden la totalidad de nuestra vida sin que nos demos cuenta de ello. Bastará con un ejemplo para poner de manifiesto la trascendencia que tiene la tecnología maquinista. La invención del reloj mecánico y su uso general son símbolo del régimen en que vivimos. Este admirable aparato para medir el tiempo invade todos los aspectos de nuestra vida, en adelante no daremos un paso sin su permiso. El determinará cuándo deberemos dormir, levantarnos, comer, trabajar, amar y orar. La invención del reloj, la más perfecta de las máquinas, hace posible todas las demás máquinas, no solamente porque son adoptados sus principios técnicos, sino principalmente porque mecaniza la vida toda del hombre y hace posible la organización industrial actual. La actitud mental creada por el reloj, la disciplina social impuesta por él, hacen posible la producción contemporánea. Todo se subordina a su mandato y poco a poco el hombre se convierte en una unidad, simplemente en uno de los factores de la producción, tales como el capital y la tierra. Cuando la finalidad primordial llega a ser la de producir por lucro, para conseguirlo se establecen las bases técnicas y mecánicas necesarias sin tener en cuenta la naturaleza del hombre. Todo será medido entonces por el dinero y por el tiempo mecánico, por valores abstractos e impersonales. Sin embargo, no podemos ni debemos rechazar la máquina. Procede conocerla para así emanciparnos y servirnos de ella. Esto lo conseguiremos si colocamos los intereses humanos siempre por encima del mundo mecánico. La máquina deberá ser colocada en su jerarquía correspondiente como valor instrumental al servicio del hombre.

El sexto dato notorio es el divorcio que existe entre el pensamiento y la acción. Es cierto que jamás coinciden el ideal y la realidad. No importa, ya que es conveniente tener siempre frente a nosotros nuevos mundos por descubrir y mucho por realizar. También es útil e inevitable cierto bovarismo a condición de que no se transforme en un estado patológico de disociación completa entre la realidad objetiva y nuestro mundo interior. Sin embargo, aquí

quiero referirme a la falta de coincidencia moral que constituye uno de los obstáculos más graves en la convivencia social. No me refiero al bandido que roba en los caminos. Este personaje se coloca abiertamente en contra de la ley y paga con su vida; en su caso la sociedad sabe a qué atenerse. Me refiero al llamado hombre decente cuando se asemeja a una manzana que está podrida por dentro y aparece pura y bella por fuera.

La educación secundaria deberá enseñar que el heroísmo más grande consiste en decir lo que se siente y en vivir la vida de acuerdo con nuestros ideales. La lealtad hacia nosotros mismos y hacia los demás será la virtud moral suprema del hombre, por encima del talento, del genio y de la belleza, supuesto que es obra nuestra y manifestación constante y sublime de armonía. Es cobardía vivir dos mundos antagónicos, el ideal y el real, pero es un crimen invocar el ideal para engañarnos a nosotros mismos o a nuestros semejantes. Quizá a esto se reduzca la educación: a desarrollar en el adolescente el heroísmo de la lealtad.

Se dirá que el ideal de la educación secundaria es irrealizable por tratarse de un lujo por encima de nuestras posibilidades. Esto será cierto mientras nuestras posibilidades se midan por el presupuesto asignado a Educación, pero no lo será cuando tanto el Gobierno como todos los ciudadanos se decidan a realizar esta labor. Lo que se pide como mínimo para el adolescente no es nada en comparación con el derroche pavoroso que es la vida misma. Si para llegar a la formación de la especie humana ha dado tantas vueltas la naturaleza y exhibe tal lujo de energías, bien podemos nosotros aspirar a formar el espíritu de nuestros hijos. A la naturaleza corresponde entregarnos al animal; a nosotros orientar el espíritu del hombre. Esta es nuestra peculiar vocación como hombres y también es el más grande imperativo de nuestra vida.

Por último, la educación del adolescente es el requisito previo para la democracia, no para la farsa política que llamamos democracia, sino para la formación de hombres libres que vivan en paz con la sociedad.

Esperemos que la América Latina se perfeccione en el arte de vivir.

LAS RESPONSABILIDADES POLITICAS EN ESPAÑA

Por *Mariano RUIZ-FUNES*

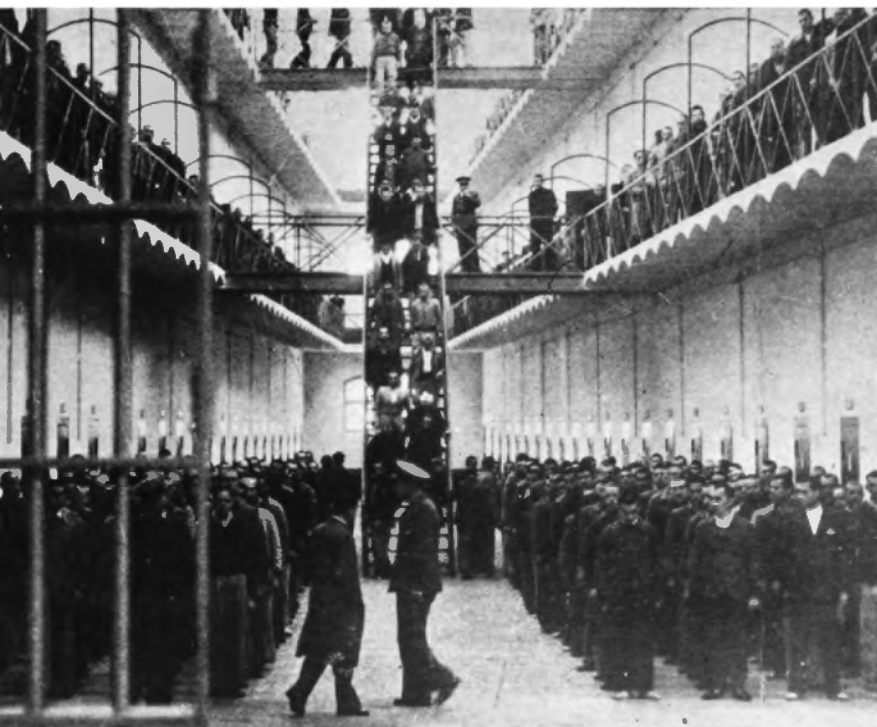
I. CONCEPTO DE LA RESPONSABILIDAD POLITICA

PARA la exigencia de la responsabilidad en el orden político basta con que un hecho o una actuación sea la obra formal de una persona, y no su obra intelectual ni su acción voluntaria. No hace falta presupuesto psicológico alguno. Se exige tan sólo que haya realizado el acto, sin que importen los móviles, ni su entender y su querer. De la política se excluyen los motivos intencionales. En ella se valora sólo la acción. Pueden existir no sólo fracasos políticos no dolosos, sino incluso procedentes de la buena fe. De ellos es responsable su autor, pero a condición de que esta responsabilidad objetiva comporte como medida sancionadora la exclusiva separación de la vida pública. Distintos son los actos inmorales o criminales cometidos en el ejercicio de funciones políticas. Para los primeros se asocia a la exclusión el vituperio colectivo, que anula como político y deshonra como ciudadano. Para los segundos funcionan, como es obligado, las sanciones establecidas en el código penal común.

Las responsabilidades construídas por los técnicos del general Franco tienen otro contenido y diverso alcance. La simple profesión de ideas políticas determinadas da lugar a ellas. No se purgan los actos del hombre; se penetra en la intimidad de su conciencia. No se derivan de la acción, sino del pensamiento. Este se capta y se sanciona dondequiera que se encuentre, aun cuando no se haya traducido por la palabra o por el obrar. La sanción se propone atacarlo en su raíz y rectificarlo. Actúa en la intimidad del sujeto, terreno peligroso, en el que no es nunca posible

comprobar el arrepentimiento. El sancionado podrá traducirlo en actos exteriores, señalados de antemano por la ley con una caracterización no exenta de defectos, o por medio de enumeraciones incompletas, pero conservará íntegras sus convicciones en la profundidad de su conciencia. Podrá dar vivas al Caudillo, dedicándolos a la República; hacer mensajes al Papa, abrigando dudas sobre su infalibilidad; escuchar la Internacional cuando se interprete el himno de Falange; firmar una ficha de inscripción en esa *maffia* política, y dirigir todos sus pensamientos, y sus actos, cuando le sea posible, a enervarla, desacreditarla o destruirla. Los juristas del general Franco no saben psicología. Por eso han construido una doctrina de las responsabilidades políticas cuyo antecedente hay que buscarlo en los principios inspiradores del nuevo derecho penal alemán.

Estas responsabilidades se exigen en la España de Franco, que nada tiene que ver con la auténtica España. La España de Franco es un país sometido por la tiranía y la crueldad a todos los excesos de la demagogia, cuyas tristes características podrían resumirse en las siguientes: economía empobrecida, que soporta fuertes deudas con naciones extranjeras, en pago de la ayuda prestada a la guerra civil; emigración de materias primas y de víveres, absorbidos por esas naciones; encarecimiento de la vida; transportes destruidos o paralizados por desgaste del material o por falta de combustible; ejército sin medios económicos y sin armamentos, porque unos y otros se destinan al sostenimiento en Marruecos de las tropas coloniales, necesarias para las eventualidades bélicas de los países directores; enseñanza anémica, porque fueron eliminados por el destierro o por la persecución sus mejores elementos; grandes masas de brazos y de inteligencia en la emigración y en las prisiones; considerable número de ciudadanos ejecutados como tributo a la tiranía y a su aliado el terror; inseguridad pública; delincuencia común abundante e impune; latrocinio político; miseria y miedo. Tal es el clima en que se reglamentan y se exigen esas responsabilidades políticas. Su nota predominante es que son inagotables. La justicia no cesa en su labor.



España 1936 - 1944.



GOYA. El tribunal de la Inquisición.

II. LEGISLACION DE GUERRA EN LA PAZ

ESTA es la característica relevante de todos los regímenes totalitarios. Viven en estado de guerra, aun en épocas en que la guerra no existe. La lucha es su signo y su destino. Cuando no están en guerra preparan la guerra: la guerra internacional y la guerra interior. Necesitan asegurar, mediante el empleo de la fuerza, su preponderancia política. Cualquier disconforme es un beligerante. Contra el heterodoxo no se emplean las nobles armas de la convicción, sino las sevicias del terror. Se sabe bien que el terror no convence; pero vence, abate, rechaza al interior del sujeto sus dudas y sus convicciones y las desarraiga del mundo exterior. Crea a la vez un nuevo medio de lucha, insidiosa, sorda, pasiva, que no ataca a los actos del régimen, pero que socava sus cimientos. El régimen se defiende cada vez con mayor encono, porque percibe la inestabilidad de su equilibrio. Es una doble defensa contra los ataques del agresor y contra el pánico de la caída.

III. LA INSPIRACION EPICA DE UNA LEY PENAL

LA ley franquista de responsabilidades políticas de 1939 contiene en sus preceptos elocuentes declaraciones de orden político, totalmente exóticas en la economía de un texto legal. Las anima un soplo épico, traducido en fórmulas programáticas. Su antecedente hay que buscarlo en las ordenanzas de Hitler. Así, esta ley de responsabilidades sanciona las culpas contraídas por quienes contribuyeron con actos u omisiones a forjar la subversión *roja*, a mantenerla viva durante más de *dos años* y a entorpecer el triunfo *providencial e históricamente ineludible* del movimiento nacional. ¿Qué es todo esto? Un delito de rebelión militar cometido por los representantes legítimos del poder público y por sus colaboradores contra los sublevados. En síntesis, una subversión, en la que los delincuentes persiguen a los órganos naturales de su justicia.

Una inspiración expiacionista pesa sobre la ley; persigue las culpas morales y trata, mediante la pena, de pu-

rificar las almas de los culpables. Esta expiación encubre un designio de esclavitud: se trata de someter a la servidumbre totalitaria a los hombres que libremente profesaban sus ideas.

Se llama subversión roja a los actos de autoridad de un poder legítimo frente al ataque contra los órganos de la democracia directa, el Estado y sus instituciones. Y se califica el movimiento nacional, es decir, la rebelión cívico-militar, fundada en el perjurio y promovida y ayudada por potencias extranjeras, de "providencial e históricamente ineludible", asociando al concepto expiatorio un sentimiento de fatalismo histórico, incompatible, seguramente, con las ideas católicas de la oligarquía clerical y militar que predomina actualmente en la vida española. Hecha esta afirmación, nos asaltan en relación con su exactitud ciertas dudas que no queremos eludir. Evidentemente que al comienzo de la llamada, con notoria exactitud, guerra civil, los clericales y los militares son los rebeldes y los beligerantes. Falange es entonces un germen, pero este germen adquiere, con el transcurso del tiempo, un desarrollo hipertrófico y además aleccionador para cuantos creen evitar la realidad española apartando de ella los ojos. Falange es una creación de apariencia fascista y de intimidación nacional-socialista. El nacional-socialismo desprecia a la Iglesia católica y la somete, con éxito hasta ahora casi unánime. Las voces disidentes son tan ilustres como escasas. Adula al ejército porque lo necesita, pero lo somete también. Hitler dirige esta guerra, y no su estado mayor. Un régimen de privilegio es otorgado a la casta militar y una política de favor económico se sigue con ella. Se le conserva su preponderancia y se desarrollan los efectivos militares con designios de guerra futura, pero se mantiene al ejército confinado en su misión. Como la historia española impide, por desgracia, esta circunscripción eficiente, Falange, fuerza nazista, soporta cada día más la ofensiva del ejército español, que no se resigna a su misión militar y anhela otra suerte de mandos. Falange es un nazismo con oposición militar.

IV. PENITENCIA Y PENA

LA ley franquista de responsabilidades asume un carácter catártico. Trata de purgar, mediante la penitencia de la pena, las almas extraviadas de los republicanos. Tenemos que agradecer este gesto generoso del general Franco, que pretende limpiar mediante el sufrimiento la lepra de nuestros pecados políticos y facilitarnos, por el duro camino del dolor, el tránsito a la vida eterna. La doctrina ha culminado en una larga lista de ejecuciones capitales, que aguardaban la contrición final de los condenados, en la hora dramática de la venganza, para que sus almas purificadas fueran al cielo.

El nuevo derecho penal alemán es expiatorio, pero cuenta con cumplir su función circunscrita a la vida temporal del reo; el derecho penal franquista tiene una trascendencia vinculada a la eternidad. Los términos religiosos de la ley están recogidos en algunas de sus disposiciones: borrar los yerros pasados, dice uno de sus artículos, mediante el cumplimiento de sanciones justas y la firme voluntad de no volver a extraviarse. Las leyes penales nada tienen que ver con los errores humanos. Se concretan a la conducta exterior criminal. No contemplan tampoco los extravíos ni tienen por qué rectificarlos. Todas estas formas de actividad se refieren a la conducta ética y nada tienen que ver con el derecho sancionador. Se trata de ideas morales integrantes del pecado, no del delito, que para una mente auténticamente religiosa no tendrían más sanción que la penitencia. La confusión entre penitencia y pena es la principal nota de la ley franquista de responsabilidades políticas, y pone bien a las claras su inspiración religiosa. Perseguir con sanciones jurídicas el pensamiento equivocado y extraviado, equivale a confundir la religión con la penología, en mengua de su prestigio espiritual y de su pureza. Una mentalidad y un sentimiento católicos deberían apresurarse a exteriorizar su protesta contra esta prostitución penal de los principios religiosos, alimentada por una venganza humana, demasiado humana.

V. LA PREOCUPACION POR LA RUINA

Los redactores de la ley de responsabilidades no podían permanecer ajenos a la penuria económica que asolaba a España al día siguiente de la guerra. Por eso se apresuran a declarar, ante la resonancia social que pueda alcanzar su inextinguible afán vindicativo, desarticulando la vida del país, que la ley de responsabilidades políticas es *constructiva* y que se propone no quebrar la vida económica de los particulares. Sólo trata de prevenir el peligro de posibles actuaciones futuras, que cuando se sancionan es porque se temen. Para cumplir este fin se combinan las sanciones pecuniarias con otras medidas de seguridad que afectan a las actividades políticas, como la inhabilitación para determinados cargos o a la libertad de residencia, como el destierro, que aleja al reo del lugar donde desenvuelve habitualmente su existencia, y, en los casos de gravedad suma, a la pérdida de la nacionalidad, que se pronuncia "para los que no merecen el honor de ser españoles". Todas estas providencias de carácter penal son libremente escogidas por los tribunales, que a los efectos de su pronunciamiento están investidos de un arbitrio ilimitado.

Dos conceptos se manejan implícitamente en esta parte de la ley: el de prevención del daño futuro y el de medida de seguridad. Los dos se enlazan, estrechamente, con un criterio de peligrosidad política. Los redactores de la ley temen al futuro y racionalmente esperan que la situación de hecho conquistada por ellos ha de ser perturbada o violada. Perciben el peligro y tratan de contenerlo con sanciones, y entre ellas con una verdadera pena del pasado: la que pone al hombre fuera de la ley, privándolo de su nacionalidad.

VI. UNA JURISDICCION POLITICA

LA ley es aplicada por un órgano especial. Este órgano es un tribunal compuesto por representantes del ejército, de la marina y de Falange. Una jurisdicción profesional y política, que aplica una verdadera justicia de clase. Los ele-

mentos armados son los colaboradores de las fuerzas extranjeras que derrocaron al régimen republicano. Los miembros de Falange, afiliados al único partido político oficial tolerado, constituyen también una representación beligerante. Unos y otros no han de juzgar a delincuentes, sino a sus enemigos políticos. No procederán seguramente en nombre de la justicia, sino impulsados por los móviles oscuros y crueles del rencor. Pero en esta labor de persecución y de exterminio tampoco son soberanos, sino servidores del gobierno. La ley se cuida de declarar que ese tribunal superior es un órgano administrativo, que, para condenar, debe ponerse de acuerdo con el poder ejecutivo.

VII. EXTENSION DE LAS RESPONSABILIDADES POLITICAS

Las responsabilidades alcanzan a las personas físicas y a las jurídicas. Entre las últimas se incluye a los partidos y agrupaciones políticas y a las logias masónicas.

Las personas físicas que *de jure* quedan sometidas a las disposiciones de la ley son, entre otras, las que hayan sido condenadas o lo sean ahora por haber participado de cualquier modo en la rebelión,¹ en virtud de sentencia de un tribunal militar. Aquí se construye una original paradoja. La rebelión a que se refiere la ley pudiera definirse de esta forma: "la oposición legítima a la rebelión auténtica". También se sanciona el haber ocupado cargos dentro de un partido político e incluso la simple afiliación en el mismo y hasta el hecho, adventicio y anecdótico, de haberle prestado ayuda económica.

La ley de responsabilidades políticas no contempla sólo las actividades de la mal llamada guerra civil; sus efectos se retrotraen hasta las elecciones de 1936, en las que fueron derrotados los partidos de derecha. Cualquier forma de

¹ Según el artículo 237 del Código de Justicia Militar, son reos de rebelión los que se alcen en armas contra la Constitución del Estado republicano, contra el Presidente de la República, la Asamblea Constituyente, los cuerpos colegisladores o el gobierno constitucional y legítimo. Por las figuras de delito de ese precepto estamos siendo juzgados los republicanos.

intervención en esas elecciones da lugar a una figura de delito.

Otras conductas criminales, en relación con los elementos republicanos, están constituidas por las especiales circunstancias de haber sido diputado a Cortes, francmasón, juez de fascistas, y excitado o difundido opiniones o actividades que pudieron fomentar la oposición efectiva al movimiento nacional. Los que durante la guerra permanecieron en el extranjero también son delincuentes, por expresa declaración de la ley. Se sancionan, en relación con ellos, los cambios de nacionalidad, la aceptación de misiones conferidas por el gobierno republicano; y se exime a los que se fugaron. Son, finalmente, consideradas criminales cuantas acciones favorables al Frente Popular se hayan podido realizar incluso en sociedades y conferencias. Se percibe claramente que lo que sanciona la ley son actividades políticas puras. Por rudimentaria que sea la idea que se tenga del delito político, es fácil delimitar en este orden de hechos el crimen del acto lícito. El delito político es el ataque contra la vida del Estado.² En esta ley sólo se sancionan las acciones dirigidas contra la política representada por el general Franco y sus secuaces; los hechos de agresión a esa política manifestados no ya por la disconformidad con ella, sino por profesar ideas contrarias, y esas ideas consideradas en abstracto y cuantas creencias se opongan a la doctrina oficial. Así, la ley retrotrae sus sanciones a cuantos hayan participado, no importa en qué grado, en las elecciones generales en que fueron derrotadas las derechas por el sufragio universal. Alcanzan sus sanciones no sólo a los supuestos delincuentes individuales, sino a las colectividades o agrupaciones políticas, considerándose como

² La ley de protección al Estado de 11 de abril de 1943 viene a completar la legislación penal de excepción. Los órganos de la prensa única publicaban con frecuencia el siguiente *entrefilet*: "Si eres buen español denuncia a los enemigos". Los enemigos del Estado, según esa ley, son los traidores, los rebeldes, los separatistas, los conjurados, los huelguistas, los que circulen rumores falsos, en el país o en el extranjero, que desacrediten a las autoridades, los que funden grupos políticos, los que hagan propagandas contra "la opinión nacional". Las penas oscilan desde cinco años de prisión hasta la de muerte. Se sanciona también la no denuncia de estos hechos.

criminal la mera afiliación a las mismas. Cualquier forma de participación en la vida del Estado, no sólo en funciones políticas transitorias, que implican la profesión de una determinada ideología, sino también en puestos administrativos, de carácter puramente técnico, en los que es presumible el apoliticismo, son igualmente sancionados. Persigue la norma penal incluso a los que ganaron el extranjero, haciendo suyo el conocido concepto de Beccaria de que no haya lugar en la tierra donde el delito quede impune.

VIII. CIRCUNSTANCIAS

ESTÁN exentos de responsabilidad los menores de catorce años, los laureados militares y los que demuestren un arrepentimiento activo, circunstancia esta última que confiere una prima subidísima a la apostasía política.

Son consideradas como atenuantes la edad menor de dieciocho años, los servicios eficaces prestados al movimiento nacional, el haber sido herido en campaña, el alistamiento voluntario en las fuerzas militares y el haber perdido un hijo o un padre en campaña o asesinado. Existen circunstancias atenuantes por analogía.

Agrava la responsabilidad la consideración social, cultural, administrativa y política, cuando por ella puede estimarse al responsable "como elemento director o prestigioso de la vida nacional, provincial o local, dentro de su respectiva actividad".

Existe una agravante masónica específica, derivada de la destacada categoría que se ocupe en la organización.

La ley penal común, y desde luego todas las leyes penales especiales, elevaban la menor edad penal hasta los dieciséis años. La de responsabilidades políticas la rebaja a los catorce, en abierta contradicción con los límites de tiempo defendidos por la doctrina. Las leyes políticas españolas no concedían el derecho de sufragio y la elegibilidad en los cargos públicos hasta los veinticinco años. Los partidos republicanos tenían sus juventudes. Contra ellas va esta limitación; pero hay un hecho evidente: que no eran los

catorce años ni muchísimo menos la edad que habilitaba para formar parte de esas organizaciones juveniles. Las ansias persecutorias del franquismo, con derogación de los principios universalmente admitidos, alcanzan hasta una edad fronteriza entre la infancia y la adolescencia.

De los arrepentidos es el reino de los cielos y también las ventajas del régimen nuevo. Los hechos de guerra constituyen una atenuante, que purifica la adhesión anterior a una organización política nefanda. Es el rescate por la sangre. Llega este rescate hasta el hijo o el padre, como una especie de limpieza por representación.

Las personas destacadas de algún modo en la vida nacional cometen, con toda evidencia, un desafuero más grave al vincularse a una política ominosa. Esta agravante se halla dentro de la lógica. Quienes no lo cometen son los afiliados a las logias masónicas, implacablemente perseguidos, con una hostilidad traducida del italiano.

Lo curioso de estas responsabilidades políticas es su autonomía y por lo tanto su coexistencia con las derivadas de la rebelión, exigibles por la justicia penal militar y sancionables con las penas que establece el código castrense. Con ellas queda derogado el principio penal *non bis in idem*. Como comportan penas pecuniarias se exigen en rebeldía a los exiliados políticos, se les condena a sanciones patrimoniales y se sujetan a traba y a venta sucesiva los bienes de todas clases que éstos dejaron en España. La exigencia de responsabilidades penales queda en suspenso hasta que son aprehendidos y llevados al territorio español.

IX. CARACTERÍSTICAS DE LA JUSTICIA FRANQUISTA

LAS formas exteriores de la justicia falangista, entendiendo por justicia la represión de las actividades contrarias al partido oficial, con la crueldad característica de la cobardía, cuya simbiosis señaló sutilmente Montaigne, son preferentemente estas cuatro:

a) inversión de la rebelión, considerando como complicados en ella a las autoridades legítimas de la República y a sus colaboradores;

b) afán de sevicia moral y material, totalmente imprescriptibles: cada día nuevos procesos, nuevos delinquentes, nuevas penas, nuevas ejecuciones capitales; en definitiva, persistencia sin tregua, mediante sacrificios expiatorios;

c) servidumbre total de la justicia técnica en su relación con el poder político totalitario;

d) persecución del pensamiento criminal, con abstracción completa de las conductas.

En orden al delito, las responsabilidades se estiman en bloque y se acepta para su exigencia incluso la solidaridad criminal de la familia, como en el derecho griego tradicional. Las formas de codelinuencia en la rebelión se multiplican según los caprichos del poder político, con exclusión de toda lógica y de toda técnica jurídica. Surgen como delitos nuevos actividades totalmente lícitas, como la adscripción a una logia masónica o la profesión de ideas comunistas, de acuerdo con las normas promulgadas en la Italia fascista, uno de los modelos oficiales del régimen.

El delito común crece, favorecido por la impunidad. Las conductas criminales auténticas, que desde hace varios años habían experimentado en España una sensible disminución, se multiplican ahora, estimuladas por los ejemplos del poder. El robo y el asesinato son sus actividades predilectas. ¿Por qué extrañarse de que las copie la iniciativa privada? Por degenerado que esté un régimen político, no puede liberarse de los imperativos de la dialéctica. Los falangistas ladrones y asesinos consideran con una simpatía subconsciente a los ladrones y asesinos que, aun no perteneciendo a Falange, resultan sus correligionarios en la innoble y vil religión del delito.

Se han resucitado las ejecuciones infamantes de la pena de muerte, canceladas en España desde hace más de un siglo, con exclusiva aplicación a los supuestos delinquentes políticos. Algunos de ellos en vez de ser muertos en privado y mediante el fusilamiento, sufrieron la última pena en público, con exhibición en un tablado y mediante la horca. Junto a esta pena del pasado, se resucitan la confiscación total de bienes y la muerte civil.

Un régimen policial permite la subsistencia de las detenciones arbitrarias e indeterminadas, sin que las cubra la garantía de un proceso.

Funciona una policía específica de Falange, con cometido extra-estatal y con cárceles particulares, en las que se retiene indebidamente a los disconformes, y no sólo a los disconformes, sino también a cuantos se oponen a las depredaciones y a los crímenes de los falangistas.

Nuevas formas aparecen también en el proceso penal. Se priva a los reos de la defensa, como en la Alemania de Hitler, o se les nombran defensores de oficio, rechazando las designaciones formuladas por ellos. Se les juzga por la justicia militar, en juicio sumarísimo, con restricción, cuando menos, de las garantías procesales.³ Funcionan tribunales políticos, mediatizados por el ejecutivo, que en definitiva es absorbido, íntegramente, por el general Franco. Tal ocurre con dos tribunales especiales: el de responsabilidades políticas y el encargado de reprimir los nuevos delitos de masonería y comunismo. Los miembros de ambos tribunales son de nombramiento directo del gobierno.

El proceso no es la averiguación de un delito, sino un arma de coacción, que arroja sobre el encartado el peso de una amenaza incierta. Un caso concreto pondrá de relieve el empleo de este instrumento de tortura moral. Un médico prestigioso de una ciudad española es detenido y procesado como partícipe en la *rebelión republicana*. Se le pide por el fiscal la pena de muerte. Un buen día el instructor ordena su libertad y le advierte que gozará de ella a condición de que se abstenga del ejercicio profesional: es la ruina; pero a la vez le advierte que el proceso queda abierto, en el trámite en que arbitrariamente fué interrumpido, y que si falta a la condición impuesta seguirá a mar-

³ El procedimiento sumarísimo se aplica, según el Código de Justicia Militar (Arts. 649 y siguientes) en los casos de flagrante delito que tenga señalada pena de muerte o perpetua. Se considera flagrante, según el texto legal, el delito que se estuviere cometiendo o se acabare de cometer cuando el delincuente sea sorprendido. También subsiste la flagrancia si la persecución del hecho criminal durare o no se suspendiere, mientras "el delincuente no se ponga fuera del alcance de los que lo persiguen" (Art. 650).

chas forzadas hasta su desenlace: opta natural e instintivamente por la miseria.

Se publican también acuerdos judiciales llamando a los testigos de cargo contra determinada persona: es la acusación por voz pública. Se pagan delaciones: es la talla, contra la que se alzó en 1756 la voz inmortal de Beccaria.

El cumplimiento de las penas de privación total de libertad es anómico, es decir, carece de reglas fijas. Los establecimientos están indiferenciados⁴ y el criterio valorativo de la gravedad de la sanción, que servía como base al destino del penado, ha sido abolido. La prisión está limitada en su cuantía hasta veinte años. La propaganda franquista subraya ante el extranjero la benignidad de esta sanción. Veinte años por el hecho de no coincidir con el pensamiento oficial, resulta una pena excesiva.

Funciona una singular institución que merece un comentario aparte: la llamada *regeneración por el trabajo*. A poco de terminada la guerra, la prensa extranjera de derechas, preferentemente los periódicos católicos, comenzaron a hacer elogios de este sistema penal. Era una manera encubierta de testimoniar su adhesión al general triunfador. La regeneración por el trabajo consistía en la fusión de dos medidas totalmente dispares: una, generalizada en todos los países, la obligación de trabajar, como aneja a la pena de privación total de libertad; la otra, igualmente común, pero desnaturalizada, la idea de que la pena reformara al recluso. Lo extraordinario era el alcance de esta reforma. Se comprenderá mejor si se subraya que se aplicaba exclusivamente a los delincuentes políticos, que en principio no tienen por qué regenerarse, reformarse, corregirse o rectificar sus yerros ideológicos. En este caso la regeneración consistía en una especie de palingenesis moral, capaz de conducirlos del malo al buen camino, de los partidos republicanos a Falange. ¡Cuánta crueldad y cuánta hipocresía han quedado prendidas a esta extraña medida! Su aplicación se ha hecho a base de los progresos rea-

⁴ En las Prisiones Centrales se recluyen ahora masas ingentes de presos, sin consideración a su capacidad ni al hecho sancionado. En la de Ocaña, capaz para 1,500 reclusos, hay 12,000. Es el caso más impresionante.

lizados por el reo, y ha consistido en una reducción gradual de la pena, que ha llegado en ocasiones hasta la extinción total de la misma. El principio general es que los progresos religiosos, artísticos e intelectuales pueden degradar la pena hasta un máximo de seis meses de duración, y que este término es susceptible de ser ampliado cuando se trate específicamente de progresos religiosos. Como caso tipo puede ofrecerse el siguiente: Un recluso del Reformatorio de Alcalá de Henares, que en época normal se dedicaba a acoger a los delincuentes comunes menores de veintiún años y mayores de dieciocho y que era una de las mejores instituciones penitenciarias de España, fué totalmente liberado de su pena, porque talló un Cristo en madera con el diseño de obsequiar con la escultura al Santo Padre.

Los progresos son apreciados y certificados por un informe de los sacerdotes adscritos al servicio religioso de las prisiones y de los directores de las mismas, miembros activos de Falange, que realizan una labor de propaganda cerca de los reclusos mediante el diálogo privado y la conferencia, obligándoles, además, a prácticas religiosas católicas. Con lo expuesto se ve que eso de la regeneración por el trabajo no pasa de ser una medida expiatoria, que se propone imponer a la conciencia del reo unas ideas religiosas determinadas y valerse de los sufrimientos de la servidumbre penal para convertirlo en prosélito del partido oficial. Se trata de un síntoma más del régimen implantado en España, que no es otra cosa que un imperialismo demagógico. El general Franco ha dicho claramente en su discurso de 8 de diciembre de 1942 que en España se practica un nuevo sistema político, que no es peculiar de una nación ni de una raza: que representa una nueva fe, que significa una revolución contra la hipocresía del mundo liberal. En ese mismo discurso ha significado que el Imperio español ha combatido y combate al liberalismo y a todo lo que representa, y que "cuando termine la guerra, la vieja Europa habrá muerto, con su capitalismo, imperialismo y plutocracia". Sería una flagrante injusticia negar al general Franco su sinceridad, y desconocer que siente un profundo desprecio por las democracias, cuyas adulaciones acoge con irónico desdén.

La regeneración por el trabajo no es más que una forma del sufrimiento, que en su doble aspecto físico y moral constituye la nota relevante de la pena en la Alemania de Hitler, de donde ha copiado Franco la institución. Cuando un periódico católico belga, "La Libre Belgique", la elogiaba en 1939 y lanzaba sobre el general Franco los vapores adulatorios de su botafumeiro, el órgano del cardenal-arzobispo de Malinas estaba lejos de pensar que llegaría un día en que se viera forzada a convertirse en hoja clandestina contra el invasor alemán, y que su inspirador eminente, el clero a sus órdenes y los católicos que le rendían obediencia, serían las víctimas predilectas de los inspiradores de esa regeneración por el trabajo, acogida con deleite cuando sólo servía para torturar y deshonar a los republicanos españoles.

En el régimen penitenciario franquista son obligatorios los deportes. Los presos políticos forman equipos gimnásticos, que reconstruyen en sus ejercicios el yugo y las flechas, símbolo de Falange. Se obtienen fotografías de estos alardes y se difunden por la propaganda oficial. Importa mirar en ellas la cara de los gimnastas, desdeñando, de momento, el conjunto. La expresión de sus rostros revela que se están entrenando para la venganza.

Un decreto del Generalísimo, de mayo de 1943, impone también a los presos la obligación de cantar el himno del partido único y terminar su ejecución con vivas a Franco y a España.

X. CASUÍSTICA DE LA JUSTICIA FRANQUISTA

A título de ejemplo interesante nos vamos a referir a tres sentencias políticas, dictadas por la justicia de Franco. En una de ellas se condena a un intelectual porque suscribió una hoja de adhesión al gobierno republicano. Se trataba de un manifiesto dirigido a la opinión mundial, por un grupo de intelectuales, protestando de los bombardeos de Barcelona por la llamada Aviación Nacional. La calificación legal de este hecho se hace en los siguientes términos: "El suscribir los manifiestos que vieron la luz pública, con ob-

jeto de mantener latente el espíritu belicoso y de rebeldía de la zona roja, así como la campaña a que daban lugar en el extranjero, con miras a los que se hallaban preferentemente redactados, es constitutivo de un delito de excitación a la rebelión, previsto en el artículo 240, párrafo segundo, del Código de Justicia militar". Se imponen al procesado seis años y un día de prisión mayor. Esta sentencia está dictada por un consejo de guerra de oficiales generales.

Otra sentencia procede del tribunal especial para la represión de la masonería y del comunismo, integrado por generales del ejército, por un catedrático universitario de Filosofía del Derecho, don Wenceslao González Oliveros, cuyo nombre y profesión estampamos aquí, para que sea objeto del vituperio universal, y por el hijo de un abogado tradicionalista muy conocido, don Víctor Pradera, que era colaborador del diario "A B C". En esa sentencia se condena a una persona muy distinguida, que ejercía en una ciudad española una profesión liberal. Su delito consiste en que perteneció a la masonería durante un cierto período, cesando en 1935 de estar afiliado a ella. En 1941 se le considera "autor del delito de masonería que define el artículo cuarto de la ley de 1º de marzo de 1940", con "la circunstancia agravante de haber alcanzado el grado 33, según precepto del artículo 6 de la ley mencionada". El fiscal lo consideró en el acto del juicio responsable de ese delito *con todo género de agravantes*. La sentencia admite íntegramente esta ignara calificación legal. De ella resulta que las circunstancias de excepción pueden estimarse en bloque y de manera innominada. Se le impone la pena de *treinta años* de reclusión mayor y como accesorias la separación de su cargo e inhabilitación perpetua, extensiva a otros cargos en entidades subvencionadas y empresas concesionarias, gerencias y consejos de administración, en empresas privadas y en puestos de confianza, mando y dirección en las mismas. Para la exigencia de las responsabilidades civiles se ordena remitir testimonio de la resolución al Tribunal Nacional de Responsabilidades Políticas.

La tercera sentencia pone fin a un proceso, instruido con el carácter de sumarísimo en octubre de 1940, que lleva el número *cien mil ciento cincuenta y nueve* de los tramitados con tal carácter excepcional durante ese año de 1940 por el Juzgado militar eventual especial de la primera región (Madrid). Sólo esa Auditoría, nos interesa mucho subrayar el dato, ha instruido en nueve meses de un solo año y con independencia de los procesos sumarios, que son los normales, *cien mil ciento cincuenta y nueve* procesos sumarísimos. Esto es lo que Franco ofrece a España *dieciocho* meses después de la victoria militar que obtuvieron por delegación suya los ejércitos italiano y alemán. En el proceso hay seis encartados. A los seis se les considera autores por participación directa del delito de adhesión a la rebelión militar, previsto y penado en el artículo 238, párrafo segundo, del Código de Justicia Militar, en relación con el 237. A cinco de ellos se les aprecia como agravante la trascendencia del delito y el enorme daño causado con relación a los intereses del Estado. Se les condena a muerte. Dos de ellos son inmediatamente ejecutados. Los otros tres aguardan su ejecución hasta que se les conmuta la última pena por la inferior en gravedad en 21 de diciembre de 1940, a los *dos meses* de dictada la sentencia, que tiene fecha de 21 de octubre de 1940. Al sexto procesado le es de apreciar "como compensación a sus antecedentes políticos y para imponer la pena en la extensión en que lo hace el consejo, en uso de la facultad discrecional que le concede dicho artículo del Código de Justicia Militar, la poca relevancia de los cargos ocupados por él, su nula actividad política a partir del 18 de julio de 1936 y los auxilios prestados a personas de derechas, no en un caso particular, por significado que éste sea, sino en los muchos en que intervino según ha puesto de manifiesto la prueba practicada ante el consejo". ¿Cuáles son las actividades criminales de los procesados? De los dos condenados a muerte y ejecutados, uno de ellos fué director de un diario socialista y ministro durante la guerra; el otro, redactor del mismo diario, secretario particular de un ministro y encargado durante un cierto tiempo "de los partes de guerra rojos". De los tres condenados a muerte y gra-

ciados, uno fué cónsul durante la guerra, el otro ministro plenipotenciario de tercera clase y el tercero censor de prensa en la delegación de Madrid, delegado oficial en el Automóvil Club y secretario diplomático de primera clase. El sexto encartado, al que se le condena a la pena de treinta años de reclusión mayor, fué durante la guerra magistrado del Tribunal de Cuentas y delegado de la Oficina Autónoma del Aceite. La sentencia omite algún cargo político de mayor relieve desempeñado por él en los comienzos del régimen republicano.

XI. REVISIONES Y AMNISTIAS

DE vez en cuando la prensa internacional acoge en sus páginas la noticia de una amnistía dictada por el general Franco. En seguida se apaciguan los ánimos de todos aquellos que conocen sobradamente su crueldad y se argumenta contra los republicanos contumaces, que siguen en el destierro, según los apaciguadores, por una razón de oposición política. Con ello se trata de restar importancia y respeto a nuestros instintos biológicos más elementales, como son: el de morir de hambre, el de perecer por malos tratos en una prisión, el de caer bajo las balas de un pelotón de ejecución.

¿En qué consisten las amnistías del general Franco? La amnistía, como todo el mundo sabe, es el perdón y el olvido del delito. Las de Franco ni perdonan ni olvidan. No perdonan porque sujetan la gracia a una suma de condiciones difícil de cumplir. Para obtenerlas en cada caso concreto, hacen falta informes favorables del cura párroco, de la guardia civil y de Falange. Con ello se desnaturaliza la esencia de la amnistía, que o se aplica de oficio por los propios tribunales sentenciadores o, como ocurrió en Francia con las gracias amnistiantes, durante la liquidación de la guerra anterior, se otorgan individualmente en forma de indultos particulares, acordados mediante decreto por el jefe del Estado, en el ejercicio de su potestad de clemencia.

Las gracias de Franco alcanzan a los que se someten, a los que las adquieren mediante influencias o a los que las

arrancan valiéndose del cohecho, a cambio de una promesa o de una dádiva. Los amnistiados abandonan la prisión. De aquí esas cifras de liberados, cuyo volumen estremece, porque hace legítimamente pensar que fueron muchos los detenidos y que deben quedar bastantes sometidos aún a la sevicia del encierro.

Esos liberados no tienen ninguna garantía. La libertad puede revocarse. Está siempre sometida a las débiles seguridades de un chantaje político. Los poderes policíacos, oficiales y extraoficiales, velan sobre ellos y les dan un trato vejatorio. La revisión de su proceso no la impide la autoridad de cosa juzgada, sin valor alguno en el régimen de la justicia franquista, que también en este extremo es una traducción de la justicia de Hitler. Un día se abre de nuevo el proceso, se revisa y se dicta una sanción nueva, cuyo pronunciamiento no alcanza a evitar el beneficio de la amnistía. Esto sin contar con las actividades de la iniciativa privada, es decir, con los asesinatos de Falange o con las empresas criminales de los delincuentes de la Gestapo, infiltrados arteralmente en todas las capas de la sociedad española. Las prisiones de Franco para ambos sexos, que sólo en Madrid, ciudad de un millón de habitantes, alcanzan la cifra de *diecisiete*, han llegado a contener en un momento dado *millón y medio* de huéspedes,⁵ cifra equivalente al *siete por ciento* de la actual población de España, que además sería obligado aumentar considerablemente, porque los menores de dieciocho años no ingresan en esas prisiones.

Un decreto reciente del ministro de Justicia Aunós, que ha pasado del separatismo catalán a la unidad franquista a través de dilatadas vicisitudes, ha creado reciente-

⁵ Al terminar la guerra había en la zona franquista medio millón de detenidos "por razones meramente políticas". Este número ha sido más que duplicado como consecuencia de la victoria. En 1942 fueron libertados 20,000 presos políticos. Hasta agosto de 1943, 34,000. Datos del diario "Arriba", de 7 de agosto de este último año. El órgano de Falange considera próximo a terminar el período de represión con estas generosas palabras: "Sabemos muy bien que los culpables merecen un castigo inexorable, pero también sabemos que la caridad que dulcifica el castigo es una virtud que los fuertes pueden permitirse".

mente las comisiones de vigilancia de los liberados, para el control estatal, policiaco y político de los beneficiados con la amnistía. La amnistía es, por su naturaleza de perdón absoluto, completamente incondicional. Esta clemencia, vigilada por el poder público, constituye una novedad vejatoria.

La propaganda franquista en América, como una prueba de la generosidad del Generalísimo, cita un decreto de su gobierno que prohíbe a los liberados como consecuencia del perdón vivir en el antiguo lugar de su residencia, y les obliga a alejarse de él, para elegir su domicilio, a una distancia de 250 kilómetros. El decreto declara que no se trata de un *castigo*, sino de una medida que tiende "a evitarles las violencias y las represalias de sus convecinos". Los nombres solos no bastan para identificar los institutos jurídicos. Estos tienen también su contenido particular. Lo que ese decreto establece es la pena de destierro, como complemento de la amnistía. De este modo, lo que se llama amnistía sólo es una conmutación de penas. La razón, alegada por el poder absoluto de un régimen totalitario, de que pueden cometerse con los que abandonan las prisiones, *después de haber liquidado su deuda con la sociedad*, violencias y represalias, sólo podemos aceptarla a condición de que se convenza la opinión universal de que el régimen real de España es una demagogia delincuente.

En esa demagogia hay toda una categoría de personas fuera de la ley y de la convivencia civil. Nos referimos a los *réprobos*, descritos de este modo en una información auténtica efectuada en España en diciembre de 1939 (Año de la Victoria). "La clase de los réprobos se parece, hasta confundirse con ella, a la de los intocables de la India. Es una clase especial, compuesta de las mujeres y de los hijos de los soldados y milicianos rojos, caídos en el frente, reclusos en las prisiones, en residencia forzosa o fugitivos, unos ocultos en el país y otros refugiados en el extranjero. Esta clase desafía toda descripción: me siento incapaz de hacerla: nadie les presta afección ni ayuda; los blancos los detestan; los rojos temen comprometerse y sufrir su suerte. Dante no ha inventado nada: es el infierno terrestre para cientos de miles de desgraciados, quizá de millones.

Tienen una sola esperanza: sus hijos al crecer los vengarán." Por fortuna, esta situación ha variado. Los *réprobos* no han desaparecido; pero, superado el estupor de los primeros momentos, les rodea la simpatía pública, plebiscito ambivalente que constituye a la par una solidaridad con los vencidos y una condenación para los vencedores.

Si el generalísimo Franco hubiera leído a Maquiavelo e incidiera en la tentación de comentarlo, como ya hicieron dos hombres políticos, uno ilustre, Napoleón, y otro despreciable, Mussolini, maestro el último del dictador español, encontraría en el Discurso sobre las Décadas de Tito Livio este consejo de buena política: No se debe jamás abusar de la victoria para no poner en la desesperación a los vencidos. El Generalísimo ha abatido sobre España dos poderosas calamidades, el hambre y la desesperación. Antes de que pusieran fin a su vida las balas criminales de un piquete de ejecución, se lo dijo, con voz que no supo temblar ni aun en la agonía, uno de nuestros mártires más preclaros, el presidente de la Generalidad de Cataluña, Luis Companys. En la hora de la muerte pronunció aproximadamente estas palabras: La historia no os perdonará nunca que hayáis obtenido una victoria, a base de las más vergonzosas concesiones, y no hayáis sabido después qué hacer con ella. La victoria le viene grande a Franco, soldado de fortuna, con mentalidad de militar colonial. Ha aplicado en España las artes de gobierno que conoce; las que aprendió y practicó en la legión extranjera. Gobierna a una gran nación como gobernaría a una partida de bandoleros internacionales, reclutados en las clases más peligrosas de la sociedad. Para él todos los españoles libres son culpables. Por eso los sanciona y luego, para atraer sobre sí las simpatías internacionales, hace como que los perdona. La estupidez o la conveniencia internacional creen, o aparentan creer, en esta farsa de la clemencia, que encubre, bajo apariencias de generosidad, la más insidiosa de las ignominias. En 1869, un gran escritor francés, Barbey d'Aurevilly, que proyectaba su alta calidad literaria y su intransigente ultramontanismo sobre sus panfletos periodísticos, escribía estas magníficas palabras: "Los poderes amnistían a los culpables, pero los culpables no amnistían

a los poderes que los han condenado". Con ellas, Barbey d'Aurevilly se pronunciaba contra la amnistía en general, que comparaba por su esterilidad con la doctrina literaria del arte por el arte. Nosotros aplicamos el concepto a estas amnistías políticas de las que, imitando una frase de Tomás Moro, podríamos decir que crean a los delincuentes para darse después el gusto de perdonarlos.

Las características de la amnistía concedida por el dictador español con ocasión del cuarto aniversario del término de la guerra, han sido reglamentadas por una orden complementaria del Ministerio de Justicia de fecha 19 de abril del año en curso. En ella se ratifica el propósito de perdonar a cuantos descuenten penas no superiores a veinte años, por delitos de rebelión, pero se supedita la aplicación de la clemencia a la condición *sine qua non* de que obtengan sendos certificados que garanticen su buena conducta moral y política *antes y durante* la guerra civil. Tal requisito hace totalmente inaplicable la amnistía. Es una condición imposible, que en buenos principios jurídicos se debería tener por no puesta, que funciona como resolutoria del perdón, que no es susceptible de ser cumplida y que por esta circunstancia hace la clemencia ilusoria. Un examen breve de esos requisitos demostrará hasta la saciedad nuestra aseveración.

Las condenas no superiores a veinte años se imponen, de acuerdo con el Código de Justicia Militar vigente en España, que es el que aplican los tribunales de Franco, a los actos de participación secundaria en la rebelión. La rebelión, según la tesis franquista, es la legitimidad republicana. Cuantos han colaborado en esta legitimidad, aun con hechos de mínimo relieve político, como es la emisión del sufragio, que es un deber según la ley electoral española, son rebeldes. ¿Cómo van a obtener un certificado de buena conducta política antes y durante la guerra civil, así, conjuntamente, si *antes* mostraron su adhesión a los republicanos, aunque *durante* la contienda se hayan abstenido de toda actividad política? Es, además, imperativo que acrediten su buena conducta moral, término ambiguo, que de acuerdo con la mentalidad franquista sabemos sobradamente que se refiere a la intimidad ideológica, es decir, a

la profesión de buenas ideas, que en una tiranía se refunden en la sumisión al tirano. ¿Quiénes han de dar estos certificados? Falange, que como único partido oficial sólo estará dispuesta a librarlos a sus correligionarios y como asociación de malhechores los expedirá únicamente mediante un soborno suficiente; las autoridades municipales, hechura de Falange, y la guardia civil, al servicio incondicional del régimen. En nombre de estas instituciones deben certificar sus órganos locales, es decir, los más próximos al reo, los que experimentan más intensamente el rencor contra él y los que por su contigüidad abrigan, con respecto al condenado, anhelos vehementes e inextinguibles de venganza. Hemos agotado los argumentos para demostrar lo que calificamos antes de innoble farsa de la clemencia.

Por cierto que en otras amnistías se oía también a los curas párrocos, sobre el mismo hecho de la conducta moral y política de los condenados, antes y durante la guerra. En ésta se elimina su testimonio. ¿Es que por fin habrá sido purificada la sequedad de sus corazones por aquel celo evangélico que hemos echado de menos en su conducta, desde que el furor vindicativo está liquidando la guerra civil?

XII. LA INFRACCION DEL ASILO POLITICO

EL general Franco desea que sus persecuciones alcancen a todos los ámbitos del mundo. Fiel a esta doctrina, se ha complacido en violar el asilo político. La violación de este asilo es, por fuerza, un acto bilateral, exige una demanda de extradición y una entrega. Colaboran en ella el que pide y el que otorga. A los efectos de las terribles responsabilidades, de índole política y moral, contraídas por estos actos, es oportuno no olvidar que la violación del asilo la han cometido conjuntamente el que la solicitó en nombre de la crueldad y el que se allanó a ella impulsado por la cobardía o por la adulación.

Tres procedimientos se han empleado por Franco para violar el asilo político: la demanda directa, la aceptación de las presas que le entregaban sus jefes naturales y los es-

birros de su régimen, y la sugestión combinada con el fraude.

En orden al primero, las demandas de extradición formuladas eran tan absurdas que en general no se ha dado lugar a ellas.⁶ Reclamar a un político destacado y honorable como inductor abstracto de delitos de asesinato, olvidando que la extradición se funda en un auto de procesamiento y éste sólo se dicta por hechos concretos, constituye la muestra más elocuente de que la justicia de Franco asocia a la ceguera pasional una ignorancia enciclopédica.

Cuando los alemanes se posesionaban de las tierras europeas, que se les rendían como resultado inexorable de la habilísima operación psicológica del apaciguamiento, las autoridades españolas, con violación de los derechos más elementales de soberanía, colaboraban con las de ocupación en la caza del refugiado político. Tan bárbaro sistema ha ocasionado muchas víctimas. Franco recibía a estas pobres presas del acoso y se apresuraba a fusilarlas. Tenemos que declarar, a título de hombres lógicos, que tal procedimiento tiene sus antecedentes en el empleado con los desertores de la legión y es un producto lógico de la mentalidad del Generalísimo.

El más útil de todos los medios empleados ha sido el que se relaciona con la sugestión. Al terminar la guerra, muchos españoles, que probablemente no tenían responsabilidades políticas, abandonaron en masa el país, aterrados por la táctica de crueldad que practicaba el falangismo en las localidades ocupadas por él. Conocidos por todos esos métodos persecutorios, la salida de España constituyó para muchos nacionales la satisfacción de un instinto elemental de defensa contra el seguro agresor. Nadie ignora la situación dramática por que hubieron de pasar los españoles

⁶ Se piden las extradiciones sin precisar la participación del reclamado en los actos criminales que se le imputan y sin determinar la fecha de los hechos ni las personas perjudicadas. En un caso concreto que conocemos, la demanda de entrega se fundamenta de este modo: "Haber logrado por sus provocaciones, seguidas de efecto, lanzar las masas en una implacable persecución contra personas sin defensa y esto sin ningún móvil político, lo que ha tenido como resultado conducir a innumerables asesinatos". Constituye una novedad penal "la demanda de extradición por *innumerables asesinatos*".

en los campos de concentración de una Francia que no era la Francia eterna y que estaba produciendo, por un fenómeno de madurez, su propia derrota y el feliz alumbramiento de los Pétain y de los Laval, que habían de consumir su sacrificio. Salir de esos infiernos era un anhelo elemental. Empezaron a practicar el viaje de regreso bastantes de ellos. Las autoridades francesas les exigían una declaración jurada de que volvían a su patria voluntariamente. Sus familiares de España les proveían en muchos casos de documentos de identidad y de los famosos certificados de conducta. Así entraron en España verdaderas masas de refugiados. Una vez en ella no les ocurrió nada durante un tiempo discrecional, el necesario para que se convirtieran, cerca de sus compañeros de los campos franceses, en propagandistas de las ventajas de la vida bajo el régimen de Franco. La dureza del asilo y la nostalgia de la patria decidió a muchos a volver. Cuando una cantidad crecida de ellos habían ganado sus hogares, se abrió la era de la justicia y comenzaron los procesos y los pronunciamientos de sanciones, con inclusión de la muerte. Por este hábil procedimiento, impregnado de astucia criminal, han perdido la vida muchos republicanos.

XIII. DILETANTISMO CRIMINAL

EDMOND LOCARD, director del Laboratorio de Policía de Lyon, que es una figura ilustre de la criminalística y un fino y sutil escritor, inventó hace años la palabra *enclitofilia*, que literalmente quiere decir amor a lo vituperable. Los enclitófilos no son otra cosa que los diletantes del crimen, es decir, los aficionados al arte criminal, que todavía no han encontrado ocasión de delinquir y probablemente no la encontrarán nunca. Son también lo que se llama en criminología criminales latentes o potenciales. No queremos insistir más en el problema, que tiene un largo alcance técnico. Ante el crimen, de cualquier clase que sea, no sólo es ilegítima la complacencia, sino la simple neutralidad. El Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, en el discurso que pronunció en el primer aniversario de la entrada de México en la guerra, habla de "la convicción

entrañable de que no hay neutralidad posible frente a los crímenes y de que la resignación al delito equivale a una muda complicidad". Esa convicción es común a la intimidad moral de todos los hombres de bien de la tierra.

Se puede simpatizar con las ideas políticas de Franco, pero de ningún modo es lícita esta simpatía cuando se trata de sus crímenes. Al profesarla, por mucho que se vele, y aun cuando quede sepultada en las profundidades del inconsciente, se pone de relieve, por ese solo hecho, una verdadera peligrosidad social, muy superior a la de ciertos pobres criminales episódicos, que fueron arrastrados a sus conductas, a través del camino del *eterno dolor*, por la inspiración de esas musas desmedradas y tristes que se llaman la miseria y la ignorancia.

Nos importa salvar de esta tempestad de pasiones la integridad de nuestro patrimonio moral de españoles, y repetir con el profeta que nuestras espaldas han soportado todos los golpes, pero no hemos cubierto nuestro rostro con la ignominia.

FRANCO Y LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS

EL día 31 de julio último se publicó en el Boletín Oficial de España una ley para reorganizar las universidades de aquel infortunado país. Según las noticias recibidas aquí en México, el decreto contiene un preámbulo firmado por el Generalísimo Francisco Franco, en el cual expresa que el objeto de la reforma es ayudar a las universidades españolas a que recuperen su antiguo prestigio, en consonancia con su gloriosa tradición; pero no sólo esto, que poca cosa es para los propósitos ambiciosos del flamante estadista. Hay algo más, se trata de que esos centros de alta cultura conquisten nuevo renombre en un amplio escenario de magnitud mundial.

¿Y cuáles son los caminos—se preguntará el lector—para alcanzar esas metas deslumbradoras? La respuesta nos la da el mismo Generalísimo: La Universidad—dice—es “el ejército teológico para combatir la herejía, para defender la unidad religiosa de Europa y la creadora de la Falange Misionera que debe afirmar la unidad católica”. ¡Admirable! ¡Admirable! Mas vayamos despacio. ¿Qué es lo que quiere decirse al afirmar que la Universidad es el ejército teológico para combatir la herejía? La respuesta es bien clara: Lo que quiere decirse—ello es obvio—es que de las universidades españolas saldrán las legiones que combatirán la herejía en el interior de España y también en el exterior; pero ¿a qué herejía o herejías se refiere Francisco Franco? ¿A las herejías valdenses del siglo xv? A las herejías luteranas o calvinistas del siglo xvi? No, seguramente que no. Se refiere sin duda a las herejías contemporáneas. Bien, ¿y cuáles son estas herejías? Pues sencillamente todas las ideas, todos los anhelos y todos los propósitos antagónicos a los propósitos, a los anhelos, a las ideas del Gobierno de Franco. Las ideas de libertad son herejías; los anhelos de superación humana en un mundo libre son herejías; los propósitos de mejoramiento colectivo dentro del marco de una democracia auténtica son también herejías. La Carta del Atlántico es la mayor de las herejías. La lucha del hombre a través de varios siglos para conquistar el derecho a pensar sin obstáculos, sin barreras, en un horizonte inmenso, con la cabeza en alto para descubrir nuevas constelaciones, es grave e imperdonable herejía; y para combatir todas estas

herejías, para destruirlas hasta no dejar de ellas ningún rastro hay que reformar las universidades de luminosa trayectoria en la España inmortal.

No hay que olvidarlo, la reforma también tiende a defender la unidad religiosa en Europa, de conformidad con las palabras del mismo Generalísimo. ¿Quién ignora que en la Europa cristiana existen la religión católica, la ortodoxa y todas las ramas derivadas de las reformas del siglo XVI? ¿Quién ignora que los esfuerzos de unificación religiosa han fracasado siempre a través de los siglos y a pesar de la sangre muchas veces derramada? ¿Qué el General Francisco Franco y sus consejeros desconocen la historia de su continente? ¿Creen acaso que es posible dar un salto fantástico y absurdo de centenares de años hacia el pretérito? ¿Tiene el Franquismo la fuerza económica y militar bastante para imponer sus ideas religiosas en los países balcánicos, en Francia, en la Unión Soviética, en Inglaterra y en la misma Alemania? Francamente al leer tales desatinos, por lógica asociación de ideas, se piensa sin quererlo, en la angustiada soledad de los manicmios; se recibe la impresión de que el Generalísimo y sus generales, sus ministros, su Falange y sus colaboradores todos, han perdido el centro de gravedad, quizá torturados por la visión de la sangre inocente sin piedad vertida y por el peso macerante de sus crímenes.

Hay algo todavía. No dejemos de lado ninguna de las frases elocuentes de Franco. La Universidad española será además "la creadora de la Falange Misionera que debe afirmar la unidad católica". Estas palabras aclaran más aún los conceptos anteriores. La Falange Misionera no está formada—como todo el mundo sabe—por grupos de beatíficos franciscanos de ropas raídas, de rostros ascéticos, con un crucifijo entre las manos, que van a conquistar las almas en tierra de infieles con palabras de paz, con las ideas fulgurantes del Sermón de la Montaña y con las parábolas que contara a sus discípulos el Cristo del Calvario. No, la Falange Misionera no tiene misión de paz, sino de guerra: no persuade, sino injuria; no trata de hacer adeptos, sino de aniquilar sin misericordia a los adversarios. La Falange Misionera no es amor, sino odio; no es virtud, sino vicio; no es hidalguía, sino traición. Es la Falange Misionera de todas las injusticias y todas las infamias.

Y esta Falange Misionera saldrá de la Universidad de Salamanca, de la Universidad de Madrid, de las otras grandes universidades españolas, grandes por el espíritu, para afirmar la unidad católica sobre la faz del planeta.

Y ante tamañas atrocidades inauditas no es posible contener la protesta que fluye de la entraña y se torna en grito que clama justicia, en grito que defiende la dignidad del hombre, con la esperanza de herir los oídos de los estadistas que se reúnen en conferencias para señalar el rumbo que, según ellos, deberá seguir mañana esta humanidad mutilada y deshecha por el dolor y la muerte.

La Universidad española —agrega la información periodística que tenemos a la vista— de acuerdo con el nuevo Decreto, pasa a ser parte de los estados sindicalizados como “una corporación de maestros y estudiantes”. Se dice además que el poder de la Iglesia es reconocido y que todas las universidades tendrán un director de educación religiosa cuyos cursos serán obligatorios para todos los estudiantes universitarios: los de ciencia, medicina, farmacia, veterinaria, leyes, etc. Así termina el breve y escalofriante cablegrama de Madrid.

Como se ve, la religión católica será impuesta a la juventud española. Será una herejía hablar de libertad religiosa, de libertad de conciencia, de libertad de pensamiento. Allí está la Falange Misionera para evitarlo. Hay que volver al siglo XVI, a Felipe II, a los siglos de los inquisidores; pero con mayor decisión todavía, con mayor dureza, con la técnica aniquiladora y brutal que para destruir al adversario inventó Mussolini, perfeccionó Hitler y ahora imita Francisco Franco.

Claro, el flamante Decreto produce indignación; mas después del inevitable desbordamiento del decoro humano que se siente herido, el ánimo se tranquiliza y no es posible dejar de encogerse de hombros y hasta de sonreír. ¿Cómo van esos hombrecillos a impedir que las corrientes de la historia no fluyan hacia el mar... y retrocedan remontando la montaña, transformándose en cataratas invertidas hasta llegar a su fuente originaria?

Después de todo, se recuerda la frase de Fouché cuando Napoleón hizo fusilar al Duque de Enghien: *“es peor que un crimen, es una equivocación”*.

Jesús SILVA HERZOG.

LOS UNIVERSITARIOS ESPAÑOLES Y FRANCO

FRANCO ha tratado de aparentar que tiene consigo algo parecido a lo que fué la Universidad española y de organizarla para convertirla en instrumento de su política. Pero el hecho evidente es que la Universidad y los intelectuales españoles no están con él. Los que en España quedaron se ven imposibilitados de hablar. Y son muchos —la mayoría de los que cuentan— los que emigraron. Incorporados a la vida de América, a la que ofrecen lo mejor de su trabajo en debido agradecimiento, los universitarios españoles no olvidan la solidaridad con su propia tradición ni los problemas de su patria y esperan que los acontecimientos del mundo habrán de terminar con la liberación de los pueblos esclavizados, que un día —pese a todos los apaciguamientos— habrán de ver cumplidos los principios de la Carta del Atlántico.

Para meditar sobre los problemas de España y de su reconstrucción, se reunieron unos cuantos profesores bajo los auspicios de la Universidad de La Habana, desde el 22 de septiembre al 3 de octubre pasados y de su labor resultó una Declaración y unas ponencias sobre cuestiones que habrán de ser vitales para volver a la normalidad. Los que suscriben los documentos de La Habana son los siguientes: José de Benito, Cándido Bolívar, Pedro Bosch-Gimpera, Demófilo de Buen, Francisco Giral, José Giral, Alfredo Mendizábal, Félix Montiel, Manuel Pedroso, Augusto Pi y Suñer, Gustavo Pittaluga, Fernando de los Ríos, Mariano Ruiz Funes, Paulino Suárez, Antonio Trías Pujol, Joaquín Xirau, María Zambrano, Luis de Zulueta.

En la Declaración, proclamada solemnemente en el Aula Magna, presididos por el Rector Dr. Méndez Peñate, y en el ambiente de cordial simpatía y de emoción profunda del Claustro y del pueblo cubanos, los profesores españoles manifestaron su fe, en nombre propio y en el de los españoles obligados por la tiranía a guardar silencio, en la perennidad del sentimiento de libertad de España y de sus seculares instituciones democráticas, gloria del pensamiento español de todos los tiempos. De acuerdo con esta tradición, que es la de todos los pueblos españoles y el legado de su espíritu al mundo que España

contribuyó a formar, se proclamó la solidaridad con la causa por la que luchan las Naciones Unidas, incompatible con las aspiraciones expresas o encubiertas del Estado falangista, manifestando que *"el pueblo español, vinculado por su sangre, idioma y convicciones a las Repúblicas que constituyeron en otro tiempo las Españas, se enorgullece de su grandeza, no siente afán de imperio y anhela una fraterna colaboración para mantener y enriquecer el patrimonio común; con expresa adhesión al principio de solidaridad interamericana y el deseo fervoroso de contribuir a la compenetración armónica de los elementos raciales y culturales que integran el hemisferio occidental"*. Se manifiesta también que España habrá de *"contribuir al establecimiento de un orden internacional justo y eficiente", "dispuesta a llegar a limitaciones de su soberanía en un sistema de estricta reciprocidad"*.

"Conforme a los mismos principios de la carta del Atlántico, España tiene el derecho indiscutible de recobrar su poder soberano, de escoger su gobierno y de decidir la fórmula de integración de sus pueblos en una fraternal comunidad". No puede persistir, por tanto, *"un caudillaje o la imposición de cualquier otro gobierno o régimen político no establecido por autodeterminación de los españoles"*. Y éstos sabrán encontrar fórmulas para resolver la pluralidad y unidad de sus pueblos, de manera que ninguno se sienta oprimido y que su propia libertad fortifique la superior unidad, cerrando el período de errores seculares que han desconocido la fecunda diversidad española y sus gloriosas tradiciones peculiares de cultura, intentando unificar y centralizar violentamente e impidiendo a España constituirse de acuerdo con su propia naturaleza.

Libertad para los hombres y para los pueblos, libre coordinación de unos y de otros para formar la comunidad española, cooperación con los demás pueblos del mundo para la solución pacífica y justa de todos los problemas humanos: tal fué el ideal que inspiró a los profesores reunidos en La Habana, hombres de muy diversas ideologías, procedentes de todos los pueblos españoles, unidos en un ideal y en un sentimiento.

Terminaban su Declaración exhortando a crear un organismo que, estableciendo una tregua en las disensiones políticas, *"coopere a la liberación de los españoles y prepare la decorosa convivencia de todos en un régimen de libertad y de justicia social"* que sea una representación de la legitimidad republicana, abierto a todas las colaboraciones sinceras y no contagiadas por las ideas nazifascistas.

Las ponencias desarrollaron distintos aspectos de la reconstrucción de España.

Ante todo, se reconocía que, tras lo ocurrido, sería un grave error intentar un retorno puro y simple al pasado y que España habrá de pasar forzosamente por una etapa transitoria en la que, constituida en República, por ser éste el último régimen legítimo, está regida por un gobierno provisional de ideología liberal y democrática, que habrá de promulgar un estatuto también provisional en el que se recojan las normas fundamentales de la Constitución del 31 y de la legalidad republicana compatibles con las circunstancias, en el que queden aseguradas las libertades necesarias para unas elecciones constituyentes, convocadas en el momento oportuno, en las que se manifieste con toda pureza la voluntad del país. Los Estatutos de autonomía de los pueblos hispánicos habrán de ser adaptados, como la Constitución misma, a las circunstancias por medio de Comisiones mixtas, semejantes a las que ya funcionaron bajo la República, pero con mayores facultades. Habrá de procederse a la revisión de las sentencias y actos administrativos dictados desde el 17 de julio de 1936, en atención a las circunstancias extraordinarias y declararse abiertos nuevos plazos en cuanto a derechos caducados o prescritos después de aquella fecha. Debe establecerse la solidaridad de todos los españoles y la responsabilidad directa del Estado para la reparación e indemnización de los daños causados por la guerra y por la represión ulterior, con el carácter de liberación económica y de asistencia obligatoria a inválidos e incapaces, quedando los daños resultantes de delito sujetos a las leyes emanadas de los poderes legítimos.

El Estado español debe afirmar y garantizar la libertad religiosa de nacionales y extranjeros, no pudiendo ser la condición religiosa causa de favor ni de persecución. Admitido el principio de la soberanía del Estado y de la libertad de las Iglesias, las relaciones entre el Estado y la Iglesia católica habrán de ser objeto de un Estatuto convenido entre ambas instituciones, garantizándose la libertad de asociación para fines religiosos dentro del orden jurídico general.

Una ponencia especial trató de señalar los elementos morales y económicos de los problemas sociales, afirmando la obligación social del trabajo que nadie puede eludir, destacando el respeto debido al trabajo intelectual proponiendo normas en que debiera inspirarse la economía social, tomando en cuenta la necesidad de una distribución justa y equitativa de los beneficios de la producción, con un régimen adecuado de salarios que garantice la seguridad del trabajo y de segu-

ros sociales y una planificación que organice e incremente la producción tanto en el campo como en la esfera industrial. Se estudiaron también los problemas de la alimentación y de la vivienda, así como los de la sanidad colectiva y de la asistencia pública.

Particular atención se consagró a los problemas de educación y cultura, que fueron objeto de una detallada ponencia que parte de la necesidad de continuar e intensificar la labor desarrollada por la República. Se afirmó la orientación liberal y democrática de la enseñanza, que el Estado debe organizar como un servicio público, admitiéndose la existencia de centros particulares de enseñanza, aunque controlados por el Estado. Se reconoce el valor de la religión para ser enseñada desde el punto de vista histórico, reservando a las Iglesias, fuera de la escuela, su enseñanza confesional. Se propugna la necesidad de facilitar el acceso a los centros de enseñanza de todos los órdenes a todos los estudiantes capaces y desprovistos de recursos económicos, así como de reanudar la labor iniciada por las misiones pedagógicas para levantar el nivel de la cultura popular, aun en las regiones más retrasadas. En la enseñanza secundaria, se señala como ideal la generalización del tipo del Instituto-Escuela. Se desea introducir la enseñanza del catalán y del portugués. En la enseñanza universitaria y técnica, se fijan orientaciones para su reforma y desarrollo, afirmándose la necesidad de restablecer la autonomía de la Universidad de Barcelona y de implantar un régimen análogo en las de Madrid y Salamanca. Se dan normas para fomentar la investigación científica y las relaciones culturales internacionales, especialmente con las naciones hispano-americanas.

EN estos momentos en que se ha intentado repetidas veces y muy especialmente por el régimen que oprime a España, enrolar a los intelectuales como instrumentos serviles de una acción totalitaria y de una política tendenciosa, la Conferencia de universitarios de La Habana representa la posición opuesta y la solidaridad de sus hombres con lo que afirman como la auténtica tradición española, democrática y humana, la única compatible con los derroteros que habrá de seguir el mundo, después de la actual contienda, al reorganizarse. Creen que, dentro de sus líneas, es posible la pacificación de España y la convivencia de todos los españoles, una vez se hayan liberado de la superposición y del contagio totalitario. Y creen también que sólo tal España puede ser un factor de colaboración pacífica.

La que Franco pretende formar, continuando desviaciones imperiales, alegando aspiraciones a continuar la herencia de un Estado que pretendió la hegemonía mundial y que aherrojó las libertades de los pueblos de España y de América, habría de ser, por el contrario, un nuevo factor de discordia y no concebiríamos—si la actual lucha tiene algún sentido—cómo las naciones democráticas y cómo los pueblos de América podrían entenderse con ella.

Los pueblos libres de este continente, cuya razón de ser ha consistido precisamente en su resistencia al dominio, no pueden dialogar con quienes encubren solapadamente, tras de los lazos de lengua y de cultura, una Hispanidad que reivindica las tradiciones imperiales, por mucho que las quiera disimular. El diálogo es posible tan sólo con una España libre y democrática, consciente de su verdadera tradición y de que ella ha contribuido a formar altos valores humanos, dispuesta a nuevas aportaciones generosas al acervo común, sin la menor sombra de imperialismo, en un pie de absoluta igualdad.

Y esta España, que intentó hacer la República, sólo puede salir de una nueva República. Difícilmente podría establecerse el diálogo con una monarquía que de España sólo restaurase sus propios valores y que, en sus fiestas de la Raza, como en la caída en 1931, siguiera pensando demasiado en la gloria militar de los conquistadores y demasiado poco en la civil y humana de los educadores. En definitiva, con la República española comenzó América a poder dialogar, porque ella significaba que también España se había libertado al fin de lo mismo que había oprimido a América revelando que la opresora no había sido España—que volcó su espíritu en América—sino su Estado imperial continuado a través de su decadencia hasta la política de los últimos Borbones y precisamente en Cuba.

Una España representada por una nueva monarquía, heredera legítima de la antigua, o por Franco, aspirante a heredero ilegítimo, es inconciliable con América. Y es inconciliable con todo lo que representa los auténticos valores españoles. Así lo comprendió la Universidad de La Habana y por esto auspició la Conferencia. Ello es un símbolo. Fué Cuba el último de los pueblos americanos que se libertó del yugo de un Estado español caduco: en Cuba se han reunido ahora unos españoles para pensar en el resurgimiento de España y para afirmar que éste no puede salir sino de la liberación española de cuanto intenta continuar aquel Estado contra el que lucharon las naciones americanas.

Pedro BOSCH-GIMPERA.

POLITICA Y ESTRATEGIA DE LA VICTORIA

MOSCU - EL CAIRO - TEHERAN

*"A partir de hoy y desde este lugar,
comienza una nueva era de la histo-
ria universal".*

GOETHE.

ESTAS palabras de Goethe, pronunciadas en el campo de batalla de Valmy, comentando el triunfo obtenido por las armas de la Revolución Francesa, sobre la reacción europea, el 20 de septiembre de 1792, están a la orden del día, pues son el mejor juicio de la Conferencia de Moscú, celebrada a fines de octubre de 1943.

Antes de la Conferencia de Moscú, la coalición formada por las Naciones Unidas tenía, en gran parte, un valor virtual, a pesar del apoyo mutuo de varia especie que se prestaban las potencias aliadas en los distintos frentes de la guerra.

El enemigo, auxiliado por toda suerte de apaciguadores, aislacionistas y quintacolumnistas más o menos emboscados, supo explotar a su favor todos los defectos y vicios de la coalición, inarmonías notorias en los movimientos del gigante, mejor que grietas en el bloque de las naciones.

La coalición, declarativa y casi estática, no tenía ni podía tener una política de guerra unificada, ni tampoco, consecuentemente, una estrategia conjunta. Obligada por largo período a la defensiva, después de pasar por amargas pruebas, la desconfianza mutua y una prudencia sin sabiduría, frenaban constantemente la acción política y la acción militar y, en ciertos gobiernos, parecía viva aún la nefasta tradición de Munich. Por su parte, las clases sociales privilegiadas en varios países, inspirados de sus respectivos gobiernos, tenían que llevar adelante una guerra de necesidad y no querían renunciar a sus simpatías y prejuicios de clase; de tal modo que, en ciertos momentos, parecía que el enemigo no era Alemania, Italia o el Japón, sino la URSS, una nación con régimen social distinto, que suscitaba siempre un simple automatismo de sospecha y temor.

No tiene caso hacer historia de la etapa anarquizante de nuestra coalición, pero basta citar dos casos para caracterizarla: aquel en que dos gobiernos tomaban una decisión y, por conducto de un emisario especial, la hacían saber al tercero; o bien, el caso mejor en que un gobierno reclamaba reiteradamente una medida, como el Segundo Frente, por ejemplo y resultaba que, a la postre, uno de los aliados argüía públicamente en contra del proyecto, indiferente a que sus razones fueran tomadas en cuenta o no por los demás.

En Moscú, las naciones concurrentes se unieron en una coalición dinámica, que se expresa en una política de guerra conjunta y una estrategia unificada, que las conducirá a la victoria.

Ahora bien, la Conferencia fué posible porque ya se habían sentido una serie de supuestos en la realidad, entre los cuales descuellan los brillantes triunfos obtenidos por las armas aliadas en el campo de la lucha: la asombrosa campaña invernal 1943-44, que culminó en la epopeya de Stalingrado, proseguida por el Ejército Rojo en el verano pasado y que se prolongará en una nueva campaña de invierno 1943-44, con la expulsión de los ejércitos nazis más allá de las fronteras de la URSS; los triunfos obtenidos por las divisiones anglo-americanas en Noráfrica e Italia, así como su indiscutible poderío aéreo sobre la *Lutwaffe*, que ha golpeado implacablemente las industrias de guerra germanas.

En un ambiente de escepticismo, si no es que francamente pesimista, se desarrolla la Conferencia de Moscú y, cuando se conocen sus resultados, cunden el entusiasmo y el asombro.

Por aquellos días la revista norteamericana *Time and Tide* dijo: "Mucho menos que adoptar una decisión sobre esta o aquella cuestión, la Conferencia tiene la misión de crear un ambiente. Esta tarea es extraordinariamente difícil, porque ya ha sido creada una atmósfera cuyo humo, más bien sulfuroso, necesita ser despejado de antemano".

Un conocido comentarista responde a la pregunta: ¿Qué es lo que realmente quiere Moscú?, hasta con seis hipótesis. He aquí algunas: "Los rusos buscan un pretexto para hacer una paz separada con Alemania, de acuerdo con condiciones que dejen libre la totalidad de sus territorios". "Quiere hacer creer a los pueblos subyugados por el Eje, que le serán deudores de su liberación, cuando ocurra, aun cuando las fuerzas anglo-americanas hagan su aparición en el último momento". "Sospecha que los aliados occidentales, especialmente los ingleses, están demorando la apertura del Segundo Frente por razones políticas, con

la mira de dejar que Rusia se desangre todavía más". "Están tratando de reforzar su posición en las negociaciones con sus aliados occidentales, con el argumento de que, quienes hacen los mayores sacrificios, son los que tienen derecho a los mejores frutos de la victoria".

Pero no llegó hasta allí la insidia desplegada: a fines de octubre último, coincidiendo con el desarrollo de la Conferencia de Moscú, en el Senado de los Estados Unidos de Norteamérica, el Senador Connally, Presidente del Comité de Relaciones Exteriores, presentó una iniciativa que versó sobre un sistema de cooperación internacional para prevenir y evitar otra guerra.

Vale la pena reflexionar un poco sobre esta coincidencia porque, aunque no lo queramos, se nos viene a la memoria la actitud que asumió el Senado del vecino país, hace casi veinticuatro años, recién terminada la primera guerra mundial, cuando le fueron sometidos para su ratificación el Tratado de Versalles y el Convenio de la Liga de las Naciones. Entonces, como se recordará, el Senado opuso su veto a las dos convenciones y el Presidente Wilson vio derrumbarse sus más caras ilusiones.

Próximas las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, se trató de infligir al Presidente Roosevelt una gran derrota política que impidiera su posible reelección en 1944, obteniendo que el Senado aprobara la proposición Connally y no los convenios de Moscú.

Los términos de la proposición Connally, de "estudiada ambigüedad", como comentó el Senador Pepper, no evitan sino que impelen a una III Guerra Mundial. Se registró una animada discusión sobre el término peligroso: "autoridad internacional", cuyo establecimiento se proponía y los debates duraron dos semanas, con el resultado de que Connally saliera perdidoso, al ver aprobada con enmiendas considerables su moción, a la que se incorporó textualmente lo convenido en Moscú sobre la seguridad colectiva.

En el curso de las discusiones quedó en evidencia "la mente" de Connally y sus compañeros aislacionistas. Dijo el Senador Reynolds: "si la Rusia Soviética intenta retener y conservar las repúblicas libres del Báltico y partes de Polonia... tal intención debe ser resistida por la fuerza de las armas... Las naciones civilizadas nunca deben ser aislacionistas, en su actitud hacia los bandidos internacionales". De igual modo, el Senador Wheeler que encontró excusa al reparto de Checoslovaquia en Munich, se preocupó demasiado por los designios soviéticos en la Mongolia Exterior. A estos y otros senadores, L. F. Stone, comentarista de *The Nation*, les llama humorísticamente

“pseudoaislacionistas” porque . . . “la posición aislacionista que ellos asumieron durante el período de la expansión hitleriana, se ha tornado en el más abierto intervencionismo contra la URSS. Los que se negaron a morir por Danzig, ahora están dispuestos a dar todo lo que tienen por Besarabia”.

Los cinco documentos firmados en Moscú, como briosos bajeles, salieron avantes de la tempestad y, el Ministerio del Dr. Goebbels, no fué ciertamente el que menos movió el agua.

En el Comunicado de la Conferencia Tripartita, se asignó como principal objetivo de la reunión abreviar la guerra. Sin duda, las discusiones de las medidas militares para acortar el plazo de la guerra fueron mucho más allá del proyecto —que ya se estaba haciendo clásico— de establecer un Segundo Frente, como lo demuestra la declaración oficial de la posterior Conferencia de Teherán: “Llegamos a un completo acuerdo en lo que se refiere al desarrollo de las operaciones, que se han de llevar a cabo en el este, en el oeste y en el sur”.

Los estrategas de Hitler, a mucha distancia ya de la doctrina bélica de la Blitzkrieg, dan muestras de tener una mentalidad “Maginot”, cuando hablan de que la Fortaleza Europa —Festung Europa— es inexpugnable y su último recurso estratégico consiste en prolongar la guerra por todos los medios posibles, para obtener una paz negociada. De aquí que, la resolución de acortar el conflicto, por la aceleración de las operaciones es, desde luego, un revés político para Hitler y, muy pronto, el principio del fin en lo militar.

Estamos en presencia de la etapa final de la guerra, ya que la decisión del conflicto se ha ganado merced, principalmente, a los esfuerzos y sacrificios del ejército y pueblo soviéticos; y ese triunfo tiene que capitalizarse, en una gran ofensiva final de las Naciones Unidas.

Una vez en ejecución las operaciones militares, la solidaridad y cooperación de nuestros países se habrá fortalecido verdaderamente y permitirá, como se indica en segundo término en el Comunicado, que prosiga esa colaboración en el período posterior a la terminación de las hostilidades.

En la Declaración Conjunta de las Cuatro Potencias, causó sorpresa la intervención de China, más cuando que esta potencia no figura en el Comunicado de la Conferencia Tripartita. La inclusión del valeroso país chino enseña que, aunque el fin inmediato de la Conferencia de Moscú fué la cuestión europea, mediatamente tiene los alcances de un tratado de proyección mundial y no es exagerado compararlo, en cuanto a su importancia, con un Versalles que se adelanta

a los acontecimientos, en los que, no obstante, tiene fincada vigorosamente su raíz.

El motivo por el cual China no aparece como signataria del comunicado oficial de la Conferencia, estriba en el deseo de evitarle a la URSS toda posibilidad de fricción con el Japón, país con el cual no está en guerra.

No es posible exponer aquí in extenso, la situación de la URSS en el Pacífico, pero no está por demás advertir, como hecho reconocido, que es principio fundamental de la Estrategia de la Victoria que "primero" Alemania y no el Japón, será la que soporte todo el peso de las armas aliadas. Ya el Presidente Roosevelt, en la entrevista que concedió a la prensa el 12 de octubre próximo pasado, fué suficientemente explícito: al preguntársele si era cierto, como un senador norteamericano afirmaba, que se salvarían las vidas de un millón de soldados yanquis, si la URSS permitiera que Inglaterra y los Estados Unidos utilizaran las bases soviéticas en el Pacífico, Roosevelt contestó: "Suponiendo que tuviéramos esas bases, ¿qué tendríamos que hacer primero? Enviar tropas, obreros y abastecimientos y los japoneses intentarían impedirlo. Invadirían Siberia ¿o no? Y los rusos tendrían que resistir. ¿Estamos en condiciones de afirmar francamente, desde un punto de vista de estrategia militar, que Rusia debe proceder a luchar contra el Japón?"

La inclusión de China en la Declaración de las Cuatro Potencias, al conferirle un valor igualitario, fortalece su posición política y abre perspectivas valiosas para el desarrollo de las operaciones en el Lejano Oriente.

Según un vocero autorizado, el punto 4 de esta Declaración es el más importante a juicio de los Estados Unidos de N. América: "... la necesidad de establecer en el momento más conveniente una agrupación general internacional fundada en el principio de igualdad de soberanía para todos los estados amantes de la paz, organización en la cual podrán ingresar todos los Estados, grandes y pequeños, a fin de conservar la paz y seguridad internacionales".

Ya se ha visto que no hay el peligro de que los Estados Unidos vuelvan la espalda al mundo, como en 1920, puesto que su Senado ratificó anticipadamente esta parte del convenio, incluyéndola, como enmienda, en la proposición Connally.

El punto 6 de esta Declaración, ha promovido las especulaciones de los observadores, al tratar de aplicarlo a los llamados "territorios

sujetos a controversia"; los Estados del Báltico, la parte de Polonia que recuperó la URSS en 1939 y el destino de Finlandia, principalmente.

Dice este punto: "Que después de la terminación de las hostilidades, no emplearán (las Naciones Aliadas) sus fuerzas militares dentro del territorio de los demás Estados, excepto en los casos previstos en esta declaración y después de consultas colectivas".

"No puede asumirse que este problema—los territorios sujetos a controversia—, esté previsto por el punto 6 de la Declaración de las Cuatro Naciones", dice el Foreign Policy Bulletin, órgano semioficial de los Estados Unidos de Norteamérica y se ha dicho también por otra parte, que el Secretario Cordell Hull decidió considerar la cuestión de los Estados del Báltico como un *fait accompli* y que, si esto fué tratado en Moscú, no constituyó precisamente un punto neurálgico, en las buenas relaciones de las potencias participantes.

Por su lado, la prensa soviética, antes de la conferencia, fué lo bastante clara y terminante para afirmar, que las fronteras occidentales de la URSS no estaban sujetas a controversia, como no lo podían estar las fronteras de ciertos Estados de la Unión Norteamericana. Sin género de duda, esta declaración debió considerarla el Senador Reynolds, como una puya de mal gusto.

Es un hecho que la URSS considera entre sus territorios invadidos a las Repúblicas Soviéticas de Estonia, Lituania y Latvia que se incorporaron, antes del conflicto con Alemania, al seno de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas.

Por lo que se refiere a Polonia, es sabido que, en 1920, el Mariscal Pilsudki invadió Rusia y trató de extender el Imperio Polaco a través de la Ucrania hasta el Mar Negro, capturando una superficie de quinientas mil millas cuadradas, más allá de la frontera establecida en el Tratado de Versalles. Este es precisamente el territorio que el Ejército Rojo recuperó en septiembre de 1939 y lo tomó, debe advertirse, detrás de la Línea Curzon, trazada por la Liga de Naciones.

La política de la URSS, en contra de un nuevo *cordón sanitario*, formado con territorios que, en otro tiempo, pertenecieron al Imperio Zarista y sobre los cuales acredita justos derechos hereditarios, fundados en razones legales, históricas y demográficas, no será puesta en tela de juicio por la Comisión Consultiva Europea, organismo nacido en la Conferencia de Moscú. Nos inclinamos a creer, que las medidas

de seguridad que la Unión Soviética ha tomado en el pasado y las que tome en el futuro, no serán motivo de controversia insuperable al momento de la paz.

La Declaración sobre Italia establece una serie de precedentes saludables, no sólo para las naciones invadidas de Europa, sino para todo el mundo: "... la política aliada hacia Italia, debe descansar en el principio fundamental de que el fascismo y toda su influencia y configuración, deben ser totalmente destruídos".

Es de considerarse que los siete puntos de esta Declaración, constituyen todo un viraje en la política de la Gran Bretaña y los Estados Unidos de Nortemérica hacia Italia y, tan es así, que no es posible pasar por alto esta paradoja: quienes apoyaron a la Casa de Saboya, hoy tratan con el Conde Sforza sobre lineamientos republicanos. Sin embargo, para disipar dudas acerca del pasado los señores Hull y Eden han declarado que la acción de sus gobiernos en la península "fué tan lejos como la requirió la importancia de los objetivos militares".

La libertad y la democracia en Italia no son dejadas íntegramente, de acuerdo con la Declaración, al arbitrio del comando militar, que debe atenerse a las instrucciones recibidas de los Jefes Combinados del Estado Mayor, con la siguiente taxativa además: "Nada que figure en esta declaración podrá llevarse a la práctica si está en contra del derecho del pueblo italiano para escoger su propia forma de gobierno".

No sólo razones de generosidad inspiraron el "nuevo trato" al pueblo italiano, sino la necesidad de lograr una plena movilización antifascista que el Rey y Badoglio, por su turbio pasado, están imposibilitados de encabezar.

Este golpe definitivo al darlanismo ha empezado a producir resultados favorables a corto plazo.

En la Declaración sobre Austria se desconoce al Anschluss, impuesto a esta nación el 15 de marzo de 1938, con la trascendencia de que repercute, con mayores probabilidades de éxito, en todos aquellos pueblos sujetos al nuevo orden nazi, que no tienen ninguna afinidad con los germanos. El no reconocimiento de las anexiones logradas con la expansión hitleriana y la Declaración sobre Italia, son una garantía a los pueblos, hoy sojuzgados, de que serán dueños y señores de su porvenir.

La segunda parte de esta Declaración, es un llamado a las naciones satélites del III Reich, para que se separen del mal camino. Los gobiernos de estas naciones, enzarzados en una competencia de abyección,

esperan obtener las migajas de una sobremesa en donde, seguramente, los nazis no estarán.

Los bombardeos de las ciudades inermes de España, iniciaron la inmensa cadena de crímenes y crueldades inauditos, cometidos sin ninguna justificación por los nazifascistas. La monstruosidad, el sadismo y la degeneración moral puestos de manifiesto por los soldados, oficiales y jefes nazis, en las regiones ocupadas en la URSS, recrudecidos y multiplicados ante las derrotas que han sufrido a manos del Ejército Rojo, merecieron capítulo especial en la Declaración sobre las Atrocidades, el quinto documento firmado en Moscú: "... los culpables pueden tener por seguro, que las tres potencias aliadas los perseguirán hasta los confines de la tierra y los entregarán a sus acusadores, a fin de que se imparta justicia".

En esta seria advertencia no se involucra a todos los alemanes, porque las Naciones Unidas no aspiran a la venganza, sino a la justicia. Las depredaciones y saqueos, los actos de bandidaje cometidos en el Palacio Peterhof, en Yasnaia Poliana y en el santuario de Tchaikovsky, no se castigarán con los incendios de las bibliotecas de Marburgo y de la Casa de Goethe en Weimar.

Si al árbol debe juzgársele por sus frutos, son magníficos los que ha producido la Conferencia de Moscú, hasta el momento en que CUADERNOS AMERICANOS entra a las prensas.

En los Estados Unidos de Norteamérica cuenta y mucho, el haberse obtenido la ratificación de su Senado, al convenio sobre la seguridad colectiva y la conservación de la paz internacional.

En Austria, el estímulo recibido por el movimiento insurgente, ha reclamado las sangrientas represiones de la Gestapo.

En Finlandia, afloran cada vez con más franqueza los sentimientos pacifistas del pueblo.

En los Balcanes, una nueva situación adversa a los nazis, parece a punto de estallar.

En Turquía, la afirmación de su alianza con Inglaterra, que data de 1939; la tendencia a una neutralidad benévola que se inclina a permitir el uso de bases militares turcas por los aliados y una conferencia particular de pronóstico reservado, celebrada por el Presidente Inonu con el Presidente Roosevelt y Churchill en El Cairo.

En Italia, el pueblo, paso a paso, obliga a los fascistas a ceder terreno: Badoglio ha prometido renunciar tan pronto como Roma sea liberada. El Conde Sforza se niega a formar un gabinete bajo el Rey, e

insiste en la abdicación como requisito para inaugurar un gobierno efectivo y su posición es respaldada por un manifiesto del Comité de Liberación de Roma.

En Yugoslavia, la formación del nuevo gobierno popular presidido por el General Tito y el Dr. Ivan Ribar, y el cambio de política hacia el pueblo yugoeslavo por parte de los Estados Unidos de Norteamérica e Inglaterra, que desautorizan las maquinaciones de Mikhailovich y del inepto gobierno en el exilio.

La Conferencia de Teherán, celebrada entre el Presidente Roosevelt, Winston Churchill y José Stalin, quizá es el más prometedor de todos esos frutos. Todo indica que dicha Conferencia versó sobre aquellas cuestiones que sólo en principio fueron resueltas en Moscú o que deliberadamente se dejó a la resolución de los Tres que, en último análisis, representan el brazo providencial y ejecutivo.

Una consecuencia de la intervención de China en la Declaración de las Cuatro Potencias, fué la Conferencia celebrada en el Cairo por el Generalísimo Chiang Kai Shek, Roosevelt y Churchill, donde fueron establecidas las bases de una política y una estrategia conjuntas en la lucha contra el Japón.

Cualquier acuerdo internacional de largo alcance, esclarece los problemas de las áreas con las cuales no está directamente ligado y, así, la Conferencia de Moscú, donde reconoce las libertades fundamentales del hombre, delinea la política de los Estados Unidos de Norteamérica hacia las naciones de este hemisferio, que no tienen un régimen fascista o fascistoide y que han considerado la Carta del Atlántico como una solemne promesa.

Por nuestra parte, las Naciones Latinoamericanas adheridas a la coalición de las Naciones Unidas contra el fascismo en todas sus formas, recibimos también el hálito vivificante de la Conferencia de Moscú, que nos abre nuevas perspectivas de libertad en el interior y en nuestras relaciones internacionales.

Con todo el respeto que nos merece la soberanía de los países hermanos, en esta hora de esperanza, constatamos con amargura la existencia de una política de persecución y ahorroamiento implacables contra valiosos antifascistas que libres —y si se quiere en el destierro— rendirían su valioso contingente a la causa de las Naciones Unidas. Emulando los sacrificios de intereses particulares y partidistas que fueron hechos en Moscú, los gobiernos latinoamericanos aliados a las Cuatro Grandes Potencias, bien podrían, sin el menor riesgo de su

estabilidad, ampliar el ámbito de la libertad de sus pueblos y dar un contingente brillante de luchadores por la democracia, en lugar de dejarlos languidecer y morir en los presidios. Otra actitud resulta de tal modo contradictoria que, cuando llegue la paz, los gobiernos en cuestión, no tendrán la menor autoridad para hacer valer los derechos y las libertades de sus pueblos.

Luis CORDOVA.

Aventura del Pensamiento

LAS FLORES Y LA FLOR; LA FILOSOFIA Y LAS FILOSOFIAS *

Por *Juan David GARCIA BACCA*

DE la Flor, así en singular y con mayúscula, decía Mallarmé que era “la ausente de todo ramillete”; que todo ramillete se compone de claveles o de rosas, de anémonas o de camelias juntas, separadas o convenientemente escogidas para dar un ramillete “bello-de-ver”; mas en ningún ramillete concreto y real entra la Flor, que, a pesar de tal designación singular y mayúscula, es la “eterna ausente de todo ramillete real”.

A juzgar por las eternas y nunca terminadas disputas y disquisiciones sobre la Filosofía —también en singular y con mayúscula—, parece suceder algo muy semejante a lo tan deliciosamente dicho por Mallarmé: que es “La Filosofía” la “ausente de todo ramillete de sistemas filosóficos concretos”, la ausente de todos los sistemas filosóficos históricamente realizados.

Empero esta afirmación, a base de una metáfora poética, ¿no pasará a su vez de ser una metáfora filosófica sin importancia ni trascendencia para decidir la cuestión sobre “la” esencia de La Filosofía?

Preciso el sentido de mi afirmación en las siguientes proposiciones concretas:

PRIMERA: No existe La Verdad —así en singular maestático—, sino las verdades concretas, que son las flores y las frutas, presentes, vivas y vivificantes en todo ramillete real y en todo frutero relleno y jugoso.

El espectro de la Verdad —única, sola, grande—, el prejuicio de que la Verdad es única, absoluta y eterna, fal-

* Trabajo presentado en la sesión inaugural del Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Autónoma de México.

sea por su raíz misma la posición del problema sobre "la" esencia de la Filosofía, pues se pretende que la Filosofía, la gran aspirante a la mano de la Verdad, ha de ser parecidamente única, absoluta, eterna y perenne.

Y me sospecho que el *hecho histórico* de que, a pesar de los siglos y del despecho de los filósofos, la Filosofía continúe inaccesible, depende de una manía semejante a la del Frutero loco que buscase la Fruta como algo superior, único y eterno fuera de las frutas reales, jugosas y perecederas de cada estación; y eso de "la Filosofía perenne" me parece sospechosamente parecido, hasta en los modales y palabras de los que la buscan o dicen buscarla o tenerla, a la locura del florista que fuese en pos de la Flor, fuera y más allá de las flores concretas de cada región y estación. Y los que creen o se creen o nos quieren hacer creer que están en posesión de la Verdad y de la Filosofía no tienen en definitiva en sus manos más que una filosofía concreta —medieval, cartesiana, kantiana . . .—, la flor de un lugar y tiempo histórico. Lo demás es propaganda y apologética, fanena de gendarmes y guardia civil disfrazada, técnica de anuncios luminosos frente a los cuales las personas distinguidas adoptan unánimemente la reacción de no comprar lo anunciado.

SEGUNDA: El *hecho* histórico, confirmado por la historia de todos los siglos y por las producciones de todos los filósofos, de que no existe la Filosofía sino las filosofías no debe hacernos desconocer otro *hecho*, una tendencia de hecho, a saber: el permanentemente renovado y siempre renaciente intento de convertir cada filosofía en La Filosofía, la pretensión de cada filósofo de ser El Filósofo.

Y el *hecho* de esta tendencia no lo es menos que el *hecho* anterior: el de la "eterna ausencia" histórica de la Filosofía entre las filosofías. Y en la pertinazmente afirmada presencia de estotro *hecho-tendencia* de las filosofías hacia la Filosofía, se distingue la ausencia de la Filosofía entre las filosofías frente a la ausencia de la Flor entre las flores, de la Fruta entre las frutas.

Cada flor, cada fruta no lleva en sí, al parecer, la tendencia monopolizadora y absorbente de convertirse en

la Flor y en la Fruta. Si existe tal tendencia será a lo más como plan de propaganda y monopolio de algún comerciante avaro o como programa mejor o peor disimulado de voluntad de dominio, de ambiciones imperialistas espirituales o materiales. Podríamos imaginar, y no anda muy lejos de las posibilidades de nuestra química —un procedimiento maravilloso para convertir todas las frutas en una sola, de manera parecida a como —en principio y en casos sueltos—, es posible convertir una clase de átomos en otra. Se trataría de una química orgánica maravillosa; mas estoy seguro de que los que hubiesen catado y saboreado los diversos sabores de las diversas frutas jamás perdonarían al químico genial y déspota que las hubiese convertido todas en una: en la Fruta. Y me temo que un plan, diabólicamente semejante, de convertir e imponer una filosofía cual si fuera La Filosofía, y una cierta verdad cual si fuera la Verdad se halla entre las posibilidades “*mecánicas*”, de técnica societaria, de nuestros tiempos más que de otros.

Los que hayan paladeado en *sus mismas obras* los sabores propios y originales de cada una de las filosofías —veniendo esos sospechosos aspavientos de asco ante los sistemas de los “otros”—, se estremecerán de *horror vital* ante la pretensión —“real” históricamente, real en muchos tiempos—, de imponer la Verdad, la Filosofía, la Religión, la Flor, la Fruta.

Por esto resulta ineludible que estudiemos —alusivamente, pues no dan para más ni el tiempo ni las circunstancias—, el *hecho* innegable y real de esa “*pretensión*” de toda filosofía de convertirse en la Filosofía, única, eterna, perenne.

Y para proceder ordenadamente distingo dos aspectos más.

TERCERA: Cada flor y cada clase de fruta poseen su contextura particular. La contextura eidética, ideológica o ideiforme —dispensad que no me detenga en explicaros los matices que distinguen estas tres palabras—, de cada filosofía histórica es, parecidamente, diversa.

Y la primera cuestión a dilucidar —antes de atacar la de la Filosofía—, tal vez deba ser la de fijar las estructu-

ras originales de todas o de algunas cuando menos de esas frutas históricas que han sido los grandes sistemas de filosofía; y hacer resaltar tales originalidades estructurales frente a la estructura de la ciencia; para así decidir la cuestión, perfectamente decidable, de la distinción entre filosofía y ciencia.

Aludo en una frase a la distinción estructural entre filosofía y ciencia.

No se basa primariamente en el contenido; aunque parezca ser parte integrante de toda filosofía ir englobando, cual bola de nieve, que del ápice de esa montaña que es el Absoluto desciende, todo lo que halle a su paso; mientras que la ciencia y cada ciencia tiende a obtener —y lo ha conseguido ya en muchos casos, en las ciencias formuladas axiomáticamente—, el englobar todo y sólo lo de “un” orden.

Pudiera, pues, suceder, que el *contenido* de una filosofía y el de una o varias ciencias en una determinada época histórica fuera el mismo; pero el “*sabor*” —sapiencia, sabor, sapere—, el *gustillo* sería totalmente diverso.

Toda filosofía *sabe a dialéctica*; y toda ciencia *sabe a lógica deductiva*.

Y de nuevo eso de saber —a— dialéctica es un plural, pues hay muchos sabores dialécticos.

En cambio: todas las ciencias tienden a saber al *único* sabor de *lógica formal*. Y aludo a un *hecho* histórico vulgar ya y vulgarizado: al de la fundamentación lógica de las ciencias exactas y naturales.

Esta unidad de sabor *lógico* de las ciencias les proporciona un cierto aspecto de “supratemporales, supraespaciales y supra individuales”; de manera que de ellas valdría, tal vez, eso de “la” ciencia en singular, muy más que de la filosofía. Las ciencias saben a un único sabor, son “una” sapiencia.

¿Qué es eso de saber —a dialéctica, como contrapuestamente diverso a saber —a— lógica? ¿Qué, no es la lógica norma intrínseca y suprema dentro de toda filosofía? Dejemos de lado esta pregunta insidiosa; que es la lógica formal la que pone de continuo a la filosofía la asechanza

mortal para convertirla en ciencia —la lógica es el peligro *intrínseco* de toda filosofía—, y volvamos a la primera.

Imaginemos una montaña de pendiente tan proporcionada que un copo de nieve, el copo de la nieve de la cumbre, pudiera descender en forma de espiral que englobase en forma de bola de diámetro creciente todos los copos de nieve de la ladera del monte —la metáfora dicha más bellamente, es de Bergson.

Toda auténtica filosofía incluye siempre un ápice o punta por la que *apunta* al Absoluto y por la que, cual por la punta de nuestros pararrayos, se nos descarga el Absoluto no bajo forma de luz, de calor o de electricidad, sino bajo las formas de Bondad, Belleza, Verdad, Unidad, Amor . . . , Y este *contacto* puntiforme con lo Trascendente —tipo de contacto diverso en Platón, en Plotino, en Santo Tomás, en Kant . . .—, constituye el *ímpetu* primero-primario de cada filosofía, *ímpetu* que se comunica a *un solo* elemento o copo de nieve —que es, por ejemplo, copo de nieve eidética en Platón, copo de unidad en Plotino, copo de Bondad en Kant . . .—, y que dará *un movimiento* original resultante con tendencia a englobar *todo*, a pasar por *todo* —diálogos, dialéctica; es decir, resulta *una dialéctica*.

a) Y como el plan de englobar todo en uno y desde uno tiene que incluir en *nosotros los hombres*, como parte principalísima, aquella que por su constitución misma engloba y sintetiza máximamente que es la Razón, de aquí que toda dialéctica sea por una de sus partes integrantes *racional, lógica, propositiva*.

b) Y porque el programa de englobar todo en uno y desde uno se propone englobarlo todo y cada cosa en su *realidad* misma, en lo que tenga de *realidad-de-verdad* —que es lo que tenga de ser—, de ahí que toda dialéctica incluya, como parte integrante, una *óntica*; y por lo dicho en (a) una *óntica* hablada con logos; o sea, una *onto-logía*.

e) Pero porque, en fin —para limitarme a lo más preciso—, la dialéctica engloba en virtud de un *ímpetu* trascendente, de un *empuje* venido de fuera y de lo Alto, el tipo de movimiento dialéctico se comunica de original

y propia manera a la ontología y a la lógica; y no se explicará o dará *razón dialéctica* de igual manera que se da *razón lógica* pura y simple de un "on" o ente cualquiera —físico, matemático . . .

Las razones *dialécticas* sobre una cosa o sistema de cosas son *diversas* toto coelo, están bajo otro cielo y otras constelaciones que las razones *lógicas* puras sobre tal cosa o sistema de cosas.

CUARTA: Mas a todo esto, alentador y ensobreciente, hay que poner una *salvedad* que lo salve de un error básico: la descomunal pretenciosidad oculta en la Filosofía y en toda filosofía.

No me sería difícil —pues bastan algunos años de lectura filosófica—, rellenar con datos —conocidos unos, menos en circulación otros—, lo que voy a decir con una metáfora clásica y con una frase técnica. La metáfora es de Plotino; la frase técnica, de Husserl.

En la cinemática —y en el más vulgar movimiento del más vulgar cuerpo—, se distingue cuidadosamente entre elementos o componentes *reales* —masa, volumen, densidad, temperatura, energía. . .—, y aspectos *vectoriales*, como la dirección —cosita sutil que ni pesa, ni calienta ni se ve ni es *real* en el mismo plano y sentido que el color, el volumen, la masa o la temperatura. . .

Pues bien: en toda filosofía y solamente en la filosofía entran *esencialmente*, como propios y exclusivos, ciertos aspectos *vectoriales* puros, ciertas direcciones típicas que Plotino expresó en una frase maravillosa: en la de *athróa prosbolé*, que es un convertirse o darse la forma de bala (athróos), condensar y transformar ante todo el ser de cada cosa y el de uno en *bala*, en tipo de *sér-proyectil*, dejando la forma óptica normal de todo sér, que es la de ser en sí y para sí, para adoptar la de sér-en-bala, la de sér en salimiento de sí *hacia* lo Absoluto, y así salir disparado (pros-bolé) hacia Aquél, hacia el Transcendente.

Platón se había servido ya de la misma metáfora, sólo que dicha con otras palabras. Lo que proporciona al universo de las cosas la forma dialéctica no son ni las leyes lógicas ni las científicas en general, sino la *epíbasis* y la

hormé: el servir de *escalones* hacia el Absoluto, hacia el Principio absoluto, y el actuar de *hormonas*, de excitantes y aperitivos de lo Absoluto, darnos en total *ganas* de lo Transcendente (tou epékeina).

Y son precisa, propia y exclusivamente estos componentes *vectoriales*: ganas de, escalón hacia, dispararse hacia, salirse de sí hacia . . . los que pueden dar a todas las cosas y a todos los universos de todas las cosas la forma *dialéctica*, el sabor y estructura *filosófica*.

Pero, y aquí va el gran *pero*, todos estos componentes no pasan de ser eso: ganas, ímpetus, salida de sí hacia, apetito, ansias . . .

Con una pareja de términos complementarios que Husserl ha vuelto a la circulación filosófica diaria —aunque se encuentren ya y más expresivos en la filosofía griega—, diría que lo que proporciona al universo de las cosas —reales, ideales; materiales, espirituales; formales, concretas; . . .—, la forma o configuración propiamente filosóficas son componentes del tipo "*intención significativa*", intención o tendencia o movimiento hacia lo Absoluto, sistema de signos, de alusiones, de índices o indicios de Aquél.

Y tales *intenciones* o tendencias en fase o en carrera *hacia* lo Absoluto transforman hondamente, radicalmente, el "*contenido*" significativo de todas las cosas y seres, pues tales *tendencias hacia* lo Absoluto dan a los seres, aun a los más rebeldes, forma de *bala*, propiedades cinéticas, y al conjunto de todas las cosas la forma de *vía* hacia el Absoluto.

Empero por sola filosofía no podríamos jamás convertir y superar el estadio de *intención significativa* de lo Absoluto, de carrera balística hacia lo Transcendente, en "*cumplimiento intuitivo*" de lo Absoluto, en un *rellenarnos* (Erfüllung) de El.

Las pocas experiencias fidedignas que de tal cumplimiento o contacto con el Absoluto ha recogido la historia dan la impresión de un contacto *fundente*, tal que se le funden al pobre hombre todas sus estructuras, le sobreviene una completa noche oscura de potencias y sentidos; y, para decirlo con una maravillosa frase de nuestra Santa

Teresa de Jesús, "este rayo que de presto pasa, todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural lo deja hecho polvos" (Morada sexta, cap. XI, n. 2); y deja hecho polvos mucho más fácilmente la teología, la dogmática, la filosofía y las ciencias.

Así que la condición que hace posible la filosofía es de naturaleza antifenomenológica: a saber, que se da, cual *factum transcendens*, un conjunto de *intenciones significativas*, de *tendencias hacia* lo Absoluto o lo Absoluto o lo Transcendente tales que "*no pueden*" convertirse dentro del estado normal del hombre, en cumplimientos intuitivos, en *contacto* con el Absoluto.

Y precisamente porque en el *estado normal del hombre* sólo se *tiende hacia* el Absoluto, cabe una cierta *divergencia* y pluralidad de ángulos de convergencia, cual la de los diversos radios que de diversos puntos de la circunferencia parten y tienden convergentemente hacia el Centro. Tal divergencia hace *posible* una multitud real y jugosa de filosofías.

Más aún: tal multitud de filosofías es *necesaria*, y no eliminable; pues precisamente por no ser dioses o no ser el hombre Dios en persona, todos nuestros anhelos, tendencias, intentos transcendentales encierran un atentado contra nuestro ser de hombres.

De consiguiente: el ser del hombre exige mientras lo es, la multitud de filosofías; aunque a la vez que, por ser el ser del hombre ser que está *de hecho* en salida de sí hacia el Absoluto, tiendan todas las filosofías a la Filosofía, que a medida que los radios progresan hacia el Centro parecen irse reuniendo en un punto y desapareciendo su pluralidad. Pero tal punto es *humanamente* inaccesible, pues su consecución o contacto llevaría consigo la *fusión*, desleimiento, anulación óptica del hombre en cuanto tal.

Termino, pues, con las afirmaciones:

1. El *hecho de la multitud histórica de filosofías* se funda en el *hecho* de que somos pura y simplemente hombres.

2. El *hecho* de que toda filosofía *tienda* a convertirse y *pre-tenda* ser la Filosofía se funda en la pretensión real de transcendencia, en la *transfinitud* real del hombre.

3. El hombre, mientras sea tal, no puede convertir su transfinitud en infinidad, sus pretensiones de ser Dios en ser Dios; por tanto la pluralidad de filosofías es indicio de que *todavía* somos puros y simples hombres. Y el problema de la Filosofía o la tendencia de las filosofías hacia la Filosofía es, a su vez, indicio, de que podemos dejar de ser hombres, de que "*hombre*" es algo-de-paso, algo que tiene que ser superado.

Dejar de ser hombres, para ser ¿qué?; para ser tal "qué" ¿cómo, cuándo, dónde?

Yo no lo sé; que si lo supiera no fuera ya hombre.

Una cosa puedo decir: que ser valientemente, plenamente, desmesuradamente filósofos es la mejor y más peligrosa preparación para *ser* Dios, que cuanto más alto se eleva un pararrayos y más sutil es su punta tanto más probable es que un rayo poderoso del cielo lo funda, disuelva y volatilice, y deje así de ser pararrayos y llegue a ser rayo.

UNA DOCTRINA DE LA VIDA

Por E. NOULET

EN LA LABOR genial de Henri Bergson, *L'Evolution Créatrice* cobró, al parecer, a los ojos de la crítica y la filosofía, lugar un tanto desdeñado, como si la bella apostura del escrito, el hálito vencedor que lo anima, o las deducciones metafísicas por él implicadas lo hicieran legible, si es lícito hablar así, al dominio inferior de la literatura, del lirismo o de la mística. Como si la filosofía no acertara a sufrir más que lenguaje técnico, paso cejijunto, conclusiones inmediatas. Otros consideran que en esta obra, recargada de demostraciones y ejemplos intencionalmente agrupados en vista de una tesis por una ciencia demasiado pintoresca, buscaríase en vano la virtud serena que alcanzara a tranquilizarles en lo relativo a la parte de verdad conseguible. Y, finalmente, se llega a estimar reprochables las propias dimensiones del mundo recorrido en sus páginas, que contienen a la vez una cosmogonía, una biología, una psicología y unas consideraciones escatológicas. Ello es debido a que no se considera bastante que *L'Evolution Créatrice* representa en la labor bergsoniana no precisamente una síntesis, sino una terminación, y que *Les Données Immédiates de la Conscience y Matière et Mémoire*, en cuanto se den por admitidos los resultados de sus razonamientos y de sus refutaciones, pueden conducir, partiendo de esos mismos resultados, todavía más lejos. Y aunque se opinara que el impulso del pensamiento, hecho, apenas se resume, saledizo, por ello proyecta ese punto de arribo más allá de su lugar estricto, no se hallaría menos el tal en la trayectoria de una deducción no desviada.

Pero no ha de ser ese enlace entre las premisas y la conclusión, entre las teorías anteriores y las concepciones más

generales de *L'Evolution Créatrice*, objeto de nuestra insistencia. Al contrario, vamos a suponer que se le admite y aun, si es necesario, que se le reconoce irrefutable. Queremos, desprendiendo su discurso de todas las pruebas y de todas las llamadas que contiene, buscar su enseñanza más lineal. Al punto se ve que se reduce e iguala a una ley de la vida. Al establecer este hecho, por otra parte, no se hace más que parafrasear su título, que formula la definición misma de esta ley.

Bergson, en efecto, se limita en *L'Evolution Créatrice* a demostrar que, partida de un centro del que recibe su ímpetu inicial, la vida, que es libertad, conciencia, invención —tres palabras que le resultan aproximadamente sinónimas— se nos muestra como un impulso que, por el propio hecho de desenlazarse, acrece el ímpetu primero. Pues siendo cada avance, por definición, imprevisibilidad, viene él a ser engendrador de una situación nueva, cuya solución exige a su vez invención, conciencia, libertad, esto es, un nuevo potencial de vida, una nueva carga de la corriente creadora, y así consecutivamente.

Se concibe, pues, que el filósofo haya empezado la demostración de su tesis por la insistencia en la idea de *imprevisibilidad* de la dirección del movimiento impulsivo, y de la *novedad* absoluta de cada situación que engendra.

Para cada situación que se produjere, será menester una solución nueva, improvisada y útil, extraída —contra el instinto de la inteligencia, que quisiera aferrarse a lo conocido—, no de la imitación o de la comparación, sino de la invención sola. La inteligencia tiende, efectivamente, a minorar su trabajo, a eliminar la sorpresa, y a afianzarse en el principio, nunca contravenido, que va de la causa al efecto, y, como medida de seguridad, a retener en todo fenómeno lo que se repita, se parezca, y obedezca a la clasificación. Se siente adversa a esa parte de sí misma, la invención, cuyo cometido esencial es, sin embargo, el de prever, esto es, dar figura a lo posible y juzgar lo inaparecido. Su pereza lleva las de ganar sobre su curiosidad, y se complace en la historia y en la ciencia en vez de crear mundos.

Para Bergson, cada "estado" psicológico (y ponemos ese nombre entre comillas porque para Bergson casi carece de sentido) es, pues, enteramente inédito, original, único. Lo engendra, sin duda, el pasado, y ciertamente un pasado mucho más total que las ascendencias directas y las disposiciones prenatales estrictas, pero "de esa supervivencia del pasado resulta la imposibilidad, para una conciencia, de atravesar el mismo estado de veces" (p. 6). Porque ese estado trae consigo, en las combinaciones de los antecedentes hereditarios, en su adaptación a las presentes circunstancias y sobre todo en la modificación esencial que le confiere el hecho de atravesar el tiempo, elementos que le son enteramente propios, y por ello inesperados.

Cada estado de nosotros mismos es pues un alma nueva, en parte explicable por el pasado, y en otra parte inexplicable: "... el organismo que vive es cosa que dura. Su pasado se prolonga por modo cabal en su presente, y permanece en él actual y activo" (p. 16). Esta alma nueva es un presente distinto del que las deducciones lógicas podrían prever, y dispone un futuro no menos imprevisible. De esta suerte "nos creamos continuamente a nosotros mismos" (p. 7). Y dado que la corriente creadora pasa a través de todos los seres, ninguno de ellos, tomado en particular, ha de poder, ni por mientes, ganar ventaja sobre sí mismo más allá de cierta medida; ya que, por cuanto tiende a perpetuar la especie, la vida se opone a la cabal realización de la individualidad en cada uno de nosotros.

A la idea de imprevisibilidad viene, pues, enlazada la idea de franquía; a la novedad de una situación ofrecida, la de la elección del desempeño que la resuelva. No hay voluntad sin este requerimiento del incidente; la voluntad gratuita, que se imponga a sí misma un cambio de dirección, no existe. Por ello Bergson cuida de establecer la diferencia que aparece entre la acción imprevista, bañada de libertad, y la acción caprichosa y desrazonable "que consiste entre oscilar mecánicamente entre dos o más partidos estereotipados, y a hincarse, con todo, finalmente, en uno de ellos" (p. 51).

No se ciñe la tesis del filósofo a la vida humana, la que no es más que un caso particular de aplicación, o, mejor,

un modo de explicar aquélla, antes bien se extiende a la vida universal y aun al universo, que comprende lo inorgánico como lo orgánico, el mundo material como el espiritual. Bergson, esto es, ve en nuestra evolución interior una imagen de la evolución de la vida, o viceversa, obedecientes ambas al mismo carácter esencial de lo que goza de conducta libre. El universo, puesto que "dura", recibió el impulso inicial, y está sometido al mismo poder transformador del tiempo, a la misma interna revolución creadora que pasa por los hombres y consigue una finalidad a ellos exterior: "El universo dura. Cuanto más ahondemos en la naturaleza del tiempo, más comprenderemos que la duración viene a significar invención, creación de formas, continua elaboración de lo absolutamente nuevo" (p. 11).

Semejante idea de las acciones y reacciones de la fuerza vital depende evidentemente de cierta concepción del tiempo, de la continuidad, del progreso, términos reversibles en Bergson, y a los que prefiere el de duración, que a todos los contiene. La definición de ésta por él dada, es harto conocida y se muestra parecida en todas las obras del filósofo. La vemos matizada en *L'Evolution Créatrice* de tal manera, que nos mueve a pensar en las teorías de Lemaître. El esparcimiento del tiempo, sus efectos, según Bergson necesariamente aumentativos, selectivos, progresivos, nociones son semejantes a las de *L'Expansion de l'Univers*, las que tienden a hacer del espacio un tiempo que se desarrolla. Advirtamos, al paso, una curiosa analogía de vocabulario entre las dos obras, y singularmente la frecuencia de la palabra *dilatar* en *L'Evolution Créatrice*, con todo anterior (si nuestra memoria nos es fiel) a la obra de Lemaître. La teoría de Bergson, que acarrea la revisión de las cosmogonías tradicionales, y trastorna aun su misma definición, coincide con los últimos resultados de la ciencia, o tal vez se anticipa a ellos: "... la idea de creación se hace más clara, pues se confunde con la del crecimiento". Y, de nuevo: "... porque el universo no está hecho, sino que se hace incesantemente" (p. 202).

No niega Bergson que ese poder autogenerador de la vida se vea contrarrestado por fuerzas adversas: la tendencia al automatismo, o, más implacable todavía, la atracción

de la inmovilidad. Cabría, según él, distinguir en la corriente vital dos tendencias contradictorias, la de la vida que forma y se forma, la de la muerte que deshace y deforma. Pero compete a la primera la facultad de transmitirse a través de los individuos y de escapar así al anonadamiento: "...el organismo que vive es cosa que dura..." (p. 16). La vida no sólo "dura", sino que arrastra consigo toda su historia, lo que es cierto para cada organismo vivo: "Su pasado se prolonga cabal en su presente, y permanece en él actual y activo" (p. 16).

Al transmitirse de uno a otro individuo, la vida, no obstante, no pierde las adquisiciones que le costaran la experiencia individual; y de ser a ser, pero mejor de especie a especie, evoluciona hacia mayor conciencia de adaptación: "Lo esencial es la continuidad de progreso, que prosigue indefinidamente, progreso invisible sobre el cual todo visible organismo cabalga durante el breve intervalo de tiempo en que le es dado vivir" (p. 29).

Esta memoria de la ganancia cobrada y de su trasmisión que, en el plano universal, corresponde al obligado mejoramiento del individuo que obra, conduce al filósofo a la visión de una edad de oro venidera, a la visión de la única inmortalidad a que puede pretender el linaje humano, y en que la personal gloria individual carece ya de todo precio y se disipa ante la marcha colectiva de la especie hacia su propia luz: "... y la humanidad entera, en el espacio y en el tiempo, es una hueste inmensa que galopa al lado de cada uno de nosotros, y delante y detrás de nosotros, en una carga arrebatadora, capaz de volcar todas las resistencias y de franquear buena copia de obstáculos, y quizá hasta la misma muerte" (p. 294). Pero dejemos de lado esa ampliación grandiosa de una doctrina de la cual nos importa una más restringida validez. Bergson asienta, pues, como principio que la evolución es el trazo característico de la vida, y que ésta, en tanto que evolutiva posee en sí todas las riquezas del pasado: "Continuidad del cambio, conservación del pasado en el presente, duración verdadera" (p. 24).

Pero si en vez de mirar tras ella y medir lo que arrastró consigo, se ensaya uno en prever el presente que está fa-

brikan lo a cada instante, se ve que lo que de ella sale, lo que delante de ella se proyecta, es inanalizable y sin común medida con aquel pasado: esto es, que en lo que concierne a lo por venir, esa evolución es esencialmente de naturaleza creadora.

Para admitir la tesis de Bergson es menester, evidenti-simamente, aceptar la teoría del transformismo, que ya él aceptó. Por lo demás, recorre el filósofo los principales argumentos de ella (paleontológicos, biológicos, embriogénicos), insistiendo en los que se adaptan a su tesis y deduciendo de los tales, en su beneficio, nuevas consecuencias. Así pone de relieve el lazo entre lo que engendra y lo engendrado, mas sobre todo, afianzado en el poder creador de una cédula inicial, afirma, de acuerdo con los últimos descubrimientos científicos, que "la experiencia establece que lo más complejo pudo salir de lo más simple por vía de evolución" (p. 25): hecho de importancia suma, no sólo para asegurar la idea capital del libro de Bergson, sino también para sostener la teoría que queremos buscar en él.

Si lo más complejo pudo salir de lo más simple, a su vez refluirá hacia lo más simple hinchándolo de una riqueza imprevista, engendradora ella misma de un acontecimiento. El golpe de rechazo que propina todo minuto vital a su origen modesto, retorna al punto hacia lo venidero, cargado de más ávida celeridad. Dinamismo que se apoya en la certidumbre del pasado; lozanía del porvenir abierto a todos los posibles. Esas prolongaciones zagueras, hacia un punto fijo al que regeneran, y las delanteras, hacia un fin móvil por ellas elegido, ese vaivén que es la esencia de la explicación bergsoniana, representa a la vez su valor moral y aun político. *La situación* de la conciencia ante esa oscilación fecunda, parece inmejorablemente comentada por un pasaje que encontramos en *L'Energie Spirituelle*: "El acto voluntario . . . no es más que un conjunto de movimientos aprendidos en anteriores experiencias y doblados en dirección cada vez nueva por la fuerza consciente cuyo cometido muy bien podría ser el de aportar, nunca en sosiego, algo nuevo al mundo. Sí, crea ella lo nuevo fuerza de sí misma, pues diseña en el espacio movimientos imprevistos, imprevisibles. Y crea también novedad en el re-

cinto de sí misma, ya que la acción voluntaria reacciona sobre el que la quiere, modifica en cierta medida el carácter de la persona de quien emana, y cumple, mediante una especie de milagro, la creación de sí por sí mismo, que tan grande apariencia ofrece de ser el objeto mismo de la vida humana".¹ De aquí la definición de la existencia: "...existir... para un ser consciente, consiste en cambiar, cambiar para madurarse, madurarse para crearse indefinidamente a sí mismo" (p. 8 de *L'Evolution Créatrice*).

Siendo el tiempo, o, mejor dicho, la duración lo que condiciona lo "nuevo", se concibe que Bergson haya consagrado varios capítulos a la refutación del finalismo y del mecanismo, ambos, cada cual a su modo, destructores de la noción de una fuerza perpetuamente creadora, y hostiles a la de la acción imprevisible del tiempo.

A la acción prevista del finalismo, a la acción automática del mecanismo, opone él la acción libre evolucionadora, cuidando de distinguir entre la acción imprevista y la acción caprichosa o desrazonable: "... esta realidad es sin duda creadora, esto es, productora de efectos en que se dilata y se excede a sí misma" (p. 56).

En esta fuerza anónima a la que, falto de mejor nombre, llama al pronto Bergson corriente vital, hay que integrar, definiéndolos, por una parte el instinto de los animales, por otra la inteligencia humana. También aquí tienden a probar sus razonamientos que la vida engendra la vida, de cualquier modo y en cualquier forma que sea. De esta suerte, después de haber establecido que la diferencia fundamental entre el instinto y la inteligencia se halla en la utilización por los animales de un instrumento determinado y perfecto, y, la por los hombres de un instrumento fabricado e imperfecto, demuestra la superioridad del instrumento fabricado sobre el natural. Consiste ella, en lo que concierne a la cantidad de las acciones, en el número indefinido de los empleos. Y, en lo que concierne a la calidad de la acción, se funda en que la misma imperfección del instrumento humano libra al hombre del automatismo, supuesto que la imperfección dicha conduce el

¹ *L'Energie Spirituelle*, p. 32-33.

hombre a nuevas invenciones y a una creación indefinida: "Por cada necesidad que satisface, éste (el instrumento creado por el hombre) crea una necesidad nueva, y por ello, en vez de cerrar, como el instinto, el círculo de acción en que el animal se moverá automáticamente, abre a esta actividad un campo indefinido en que la impele cada vez más lejos y la hace cada vez más libre" (p. 153).

Ya Kant había visto que la presciencia de los animales y su perfecta habilidad —que deslumbran a los hombres, de sino inquieto y arduo—, no representan sino su inferioridad y su esclavitud: "La Naturaleza ha querido que el hombre logre completamente de sí mismo todo aquello que sobrepasa el ordenamiento mecánico de su existencia animal, y que no participe de ninguna otra felicidad o perfección que la que él mismo, libre del instinto, se procure por la propia razón".² La palabra razón es lo único que no hubiera Bergson refrendado en el antedicho *principio* y en el bello desarrollo que le sigue.³ Cuestión de terminología. A tal palabra, aun ensanchada en sentido kantiano, hubiera preferido la de conciencia, que para él representa la razón de Kant y además lo que él llama "las franjas", región de cambio en que ella empeña sus curiosidades y donde recibe órdenes más urgentes y más necesarias. En cambio, la expresión "libre del instinto", es ya de *estilo bergsoniano*.

Tales consideraciones nos llevan a precisar qué cometido asignó Bergson a la inteligencia en ese acrecimiento de nosotros mismos que resulta de nuestra duración en el tiempo. Ya vimos que no era el primero ni el más eficaz. Es menester que nos ocupe de nuevo. Hecha para aplicarse a lo inorganizado, la inteligencia no puede pensar, según él, el fenómeno de la organización, esto es, de la penetración recíproca de distintos componentes. Preocupada de aislar, de clasificar y de fijar, no puede concebir ni la continuidad ni la "movilidad pura".

La inteligencia, si la dejaran, no haría de nosotros más que sabios y sabihondos, en diversos grados, y operaríamos

² KANT. Filosofía de la Historia, trad. Imaz. Ed. del Colegio de México, p. 44.

³ Ibid. p. 44 y 45.

no sobre lo real viviente, sino sobre una especie de calco de lo real, debidamente dividido, catalogado y denominado. Quedaría ella (con nosotros, por ella cegados) en el umbral de la vida, sin admitir trazo alguno de su significación verdadera, universal y plenaria. "Precisamente porque anda siempre buscando reconstituir, y reconstituir con lo ya dado, la inteligencia deja que se evada lo que hay de nuevo en cada momento de una historia" (p. 177).

En cambio, armada por una parte de su poder de transformación de la materia en medio de acción, y, por otra parte, "caracterizada por la potencia indefinida de descomponer según cualquiera ley y de recomponer según cualquier sistema" (p. 170), se tiene a sí misma por instrumento único del conocimiento.

De esas ideas, mal interpretadas, se vino a deducir una depreciación de la conducta ilustrada y del señorío sobre los motivos, en provecho de un obscuro empirismo moral, cada uno de cuyos dictados será anticipadamente admitido.

Ahora bien, lo que Bergson dejó descrito en las líneas precedentes es lo que él llama la función natural o el declive de la inteligencia, lo que igualmente podría llamar su función parcial, o, si se quiere, habitual. Porque lo que nos muestra es la impotencia de ella cuando, desecada, se la reduce a sus formas razonadoras, cuando se la despoja de modalidades complejas que, para facilidad de la representación y aun del vocabulario, se procede a dividir en funciones separadas: "La inteligencia sigue siendo el luminoso núcleo alrededor del cual el instinto, aun ensanchado y depurado en términos de intuición, no figura más que una vaga nebulosidad" (p. 192).

Sobre ello, repitamos que si Bergson pareció rebajar el orgullo de la inteligencia, lo hizo en protesta de un uso demasiado estrecho, que la compone de las categorías lógicas. Toda su dignidad, toda su eficacia le devuelve bajo otro nombre, el de la conciencia: tras esta denominación le restituye su potencia primitiva, no desdoblada. Intuición y conciencia corresponden a puntos de aplicación diferentes, pero su origen es común. Es pues falsedad atraer, como lo hizo la literatura, la intuición hacia el instinto, mientras que, al contrario se esfuerza ella hacia la inteli-

gencia. La tan calumniada intuición bergsoniana, antes que una zambullidura en las tinieblas, es una mirada libre y aun un juicio puro en los parajes en que la inteligencia, en su significación restringida, se ve apretada por la lógica o el hábito.

“La vida, esto es, la conciencia, lanzada a través de la naturaleza” (p. 192), nuestra vida en que la conciencia trasciende la acción, sólo acertará a ser dominada y conducida si permanecemos alerta, sensibles a la ascensión espiritual que toda experiencia nos propone.

Desde el momento en que el acto reacciona sobre el agente y aumenta su capacidad inicial, desde el momento en que todo efecto integra su causa, y, como capital colocado a interés compuesto, admite inversiones multiplicadas, ya sólo se tratará de desprender la inteligencia de la mecanización, a la que propende a deslizarse, de desviarla de la ley de causalidad⁴ que la fascina y la traba, para que recobre, o cobre al fin, su libertad, su fecundidad, su invención.

Ante una realidad que “aparece como un manadero ininterrumpido de novedades” (p. 50), se enhiesta una voluntad que, “por vía de maduración gradual” (p. 54), se encamina a un acto cada vez más inteligente, esto es, más libre. Distanto no poco de autorizar la facilidad y las soluciones a ciegas, esa doctrina afirma, al contrario, la apología de la dificultad, origen de la clarividencia y de la maestría.

Así, durante el curso de su demostración se ve que el filósofo se endereza a identificar, como al principio lo dijimos, las nociones de progreso, de conciencia, de invención, de creación, condicionadas unas por otras: “Cuando reinstalamos nuestro ser en nuestro albedrío, y nuestro albedrío mismo en la impulsión que lo prolonga, comprendemos, sentimos que la realidad es un crecimiento perpetuo, una creación que prosigue interminablemente” (p. 260). O, fórmula más concisa, y que más aptamente resume la doctrina que intentamos extraer: “El ímpetu de vida consiste, en suma, en una exigencia de creación” (p. 273).

⁴ No se trata de que más allá del mundo físico no se realice la relación de causa a efecto, sino de que no tiene ya aplicación alguna.

Esto es, que la ley de la vida es también, por lo tanto, imagen de la vida. Pero demos un paso adelante y osemos decir que la imagen de la vida es también la ley del cerebro que la da a luz.

No se trata, claro está, de negar la existencia real del mundo exterior, como lo pretendiera cierta filosofía, sino de leer en la naturaleza las normas de nuestra razón de ser. Creemos ver, desde el exterior—desde un exterior independiente y material— los signos de un dios que habita en nosotros. La evolución del mundo, la evolución de la vida, la evolución en sí misma, tal como Bergson la describe, tiene trazas de proyección de un mecanismo cerebral, que el filósofo difundiera por el espacio y el tiempo; presta, en efecto, a la entera vida orgánica las características de su propia filosofía mental, los atributos de una inteligencia de que el occidente europeo ha proporcionado el tipo: menosprecio de la apariencia, constancia en el esfuerzo de liberación, confianza en la iniciativa creadora, actividad y método que se perfeccionan mutuamente y acaban por confundirse, sentido y necesidad de la eficiencia material armonizados con los de la perfección espiritual.

LAS CLASES SOCIALES

Por Lucio MENDIETA Y NUÑEZ

INTRODUCCION

Ciertas realidades sociales se ofrecen con tal evidencia que las aceptamos de manera empírica, sabemos que existen; pero ello no obstante cuando intentamos definir las o siquiera configurarlas dentro de conceptos precisos, se nos escapan como seres intangibles. Así las clases sociales cuyo papel es importantísimo en la organización y en la vida de las sociedades, tienen realidad indiscutible: a todos nos consta que la población, en los países de cultura moderna, se divide en clases y sin embargo nos es imposible precisar, en un momento dado, la esencia de ellas y sus características.

Si acudimos a los sociólogos, bien pronto nos convencemos de que, a pesar de la extraordinaria importancia que en Sociología tienen las clases sociales, aún no han llegado a definir las o a expresar, sobre ellas, conceptos satisfactorios. Sus ideas al respecto varían, de unos a otros, según la escuela o la doctrina que representan o profesan.

Algunas definiciones, por su excesiva abstracción, no logran darnos idea exacta. Von Wiese, por ejemplo, dice: "la clase es una forma bastante indefinida de los estratos sociales, imaginable como producto de determinadas relaciones sociales".¹ Mas es indudablemente necesario llegar a una concepción suficientemente concreta, respecto de las clases sociales, para realizar, sobre ellas, estudios, investigaciones y especulaciones sociológicas con un mínimo de rigor científico.

En este ensayo intentaremos hacer una revisión crítica de los puntos de vista adoptados por diversos autores, en la

¹ L. VON WIESE. *Sociología*. Editorial Labor. Página 126.

definición de las clases sociales, con objeto de ver si es posible derivar, de tal revisión, un claro concepto sobre la materia.

CLASIFICACION Y CRITICA DE LAS DEFINICIONES SOBRE CLASE SOCIAL

UNA previa clasificación de las principales definiciones que se han dado, habrá de servirnos como guía inapreciable para lograr el propósito señalado. En nuestro concepto pueden ordenarse en cinco grupos de acuerdo con el criterio que las sustenta:

a) Etnico; b) de división del trabajo; c) económico; d) cultural; e) complejo de dos o más de estos factores.

Analizaremos separadamente cada una de estas posiciones.

A). Gumpłowicz afirma que las clases sociales son el resultado de la lucha de razas. "En todo país, dice, en que la estructura étnica primitiva del pueblo no está amasada con una nacionalidad común, obra de siglos, encontramos una superposición: clases dominantes y clases más o menos dependientes o subordinadas. Pero ahí también, donde una organización durable de la dominación ha impreso, a una comunidad social, un sello más o menos unitario, encontramos una superposición de clases que se mantienen en un conjunto de profesiones y ocupaciones hereditarias y que un análisis histórico, por poco profundo que sea, nos fuerza a reconocer como anexo con antiguas posiciones étnicas, en una antigua heterogeneidad".²

Sin discutir si, en su origen, las clases sociales se derivan de diferencias de raza, parece indudable que en aquellos países en los cuales la mezcla racial ha sido muy intensa, ese factor no determina la clase social. Por otra parte, sería difícil sostener que dentro del mismo grupo étnico dominante no existen diferencias de clase. Esas disparidades son notorias y en consecuencia es imposible atribuir exclusivamente a la raza el fundamento de las clases sociales.

² LUIS GUMPLÓWICZ. *Lucha de razas*. Madrid, La España Moderna. Págs. 226-227.

Pero si bien el factor raza no puede servir como base para un concepto general de clase, tampoco debe desestimarse en aquellos países de población heterogénea en donde, efectivamente, ciertos grupos étnicos son los que constituyen, preponderantemente, determinadas clases de la sociedad.

B). Federico Engels figura entre los principales representantes de la teoría que relaciona la clase social, con el gran fenómeno sociológico y económico de la división del trabajo.

Las clases, según este autor, nacen al establecerse la división del trabajo. "De la primera gran división social del trabajo nació la primera gran escisión de la sociedad en clases: señores y esclavos, explotadores y explotados".³

La diversificación de los oficios, en la ciudad, produce la segunda división importante: el oficio manual se separa de la agricultura. En los umbrales de la civilización surgen los mercaderes que constituyen otra clase social. En la época del capitalismo se forma nueva clase: la aristocracia de la riqueza.⁴

Como representantes de la misma tendencia podemos citar los siguientes autores modernos: el jurista León Duguit define a las clases sociales diciendo que son "grupos de individuos pertenecientes a una sociedad dada, entre los cuales existe una interdependencia especialmente íntima, porque realizan una tarea del mismo orden en la división del trabajo social".⁵

El sociólogo italiano F. Squillace dice: "En el sentido sociológico entiéndese por clase una categoría de personas en el seno de una sociedad, caracterizada por especiales funciones y costumbres, accesible, empero (a diferencia de la casta) a cualquier elemento que sabe uniformarse con ella".⁶

³ FEDERICO ENGELS. *Origen de la Familia, de la Propiedad y del Estado*. Colección Nueva Cultura. México, D. F. Página 176.

⁴ ENGELS. Obra cit. págs. 182 y siguientes.

⁵ LEON DUGUIT. *La Transformación del Estado*. Trad. de Angel Posada. Editorial Beltrán. Madrid. Pág. 297.

⁶ F. SQUILLACE. *Diccionario de Sociología*. F. Granada y Cía. Editores, Barcelona.

Según estas ideas hay tantas clases sociales como actividades de trabajo. Aparentemente el problema queda resuelto con extremada sencillez, pues así resulta fácil determinar la clase social de acuerdo con la especie de trabajo a que se dedican los individuos: quienes trabajan en el comercio pertenecen a la clase de los mercaderes, los que se dedican a la agricultura a la de los agricultores, los militares a la clase militar, etc., etc. Pero en realidad esto equivale a enmascarar el problema, a eludir su solución. No puede sostenerse fundadamente que un soldado raso y un militar de la más alta graduación pertenecen a la misma clase social, ni que un dependiente de comercio o de banco está en la misma categoría social, de los grandes banqueros y comerciantes.

C). No obstante la importancia que dentro de la teoría marxista tiene la lucha de clases, ni Marx ni Engels llegaron a dar un concepto claro de clase social.⁷ Sus ideas a este respecto son contradictorias, pues mientras en aquél se identifican, según hemos visto, clase social y género de trabajo, en Carlos Marx la clase está condicionada o caracterizada por el modo de producción: "Los que no tienen, dice, sino fuerza de trabajo, los dueños de capital y los terratenientes, cuyas respectivas fuentes de ingreso son el jornal, el beneficio y la renta, es decir, trabajadores retribuidos, capitalistas y terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad, que se fundan en el modo de producción capitalista".⁸

Y más adelante agrega: "cabe preguntar: ¿qué es lo que forma una clase y además qué es lo que convierte al trabajador retribuido, al capitalista y al terrateniente en formadores de las tres grandes clases?"

"A primera vista es la identidad de sus fuentes de ingreso y de sus ingresos. Se trata de tres grandes grupos sociales cuyos individuos viven del jornal, del beneficio y de la renta, es decir, de la valorización de su fuerza de trabajo, de su capital y de su propiedad de la tierra".

⁷ P. SOROKIN. *Les Theories Sociologiques Contemporaines*. Paryot. París, 1938. Pág. 401.

⁸ CARLOS MARX. *El Capital*. Trad. de M. Pedrozo. M. Aguilar. Ed. Madrid, 1931. Pág. 1603.

El sociólogo francés M. Aarón critica, en nuestro concepto atinadamente, estas ideas diciendo que: "La teoría económica de las clases sociales ha fracasado". "Marx, agrega, basándose en la concepción de Ricardo, distingue las tres fuentes de rendimiento; el suelo, el trabajo y el capital. Intentó constituir a los beneficiarios de cada especie de rendimientos en una clase económica definida"; pero, continúa, "desde luego no podría pasarse directamente de una división pragmática de las típicas fuentes de rendimiento (o de factores de producción) a una división sociológica de las clases".

"No sólo no hay, concluye, homogeneidad, ni material ni psicológica entre los grupos o los individuos que, en esta interpretación pertenecerían a la misma clase, sino que aun el mismo individuo pertenecería simultáneamente a varias clases (rendimientos mixtos)".⁹

A pesar de las críticas enderezadas en contra de la teoría económica de las clases sociales, no ha desaparecido del pensamiento moderno. Menzel, por ejemplo, afirma que: "en cuanto a la clase, es decisiva la situación económica, se trata aquí de relaciones con la propiedad y la producción de la riqueza".¹⁰

Y es que, como veremos más adelante, el factor económico tiene, indiscutiblemente, gran valor en la caracterización de las clases sociales; el error consiste, según pensamos, en considerarlo como factor único de tal caracterización.

D). Para muchos autores la clase es una cuestión de cultura:

"Cultura y clase, afirma Spengler, son conceptos equivalentes, nacen y perecen como unidad."¹¹

Esta misma idea se desprende de otras definiciones y conceptos en los que, aun señalándose en primer término el factor económico, se acaba por establecer el concepto de clase social sobre una serie de elementos culturales.

⁹ RAYMOND AARON. *El Concepto de Clase*. Revista Mexicana de Sociología. T. No. 1. 1939.

¹⁰ ADOLFO MENZEL. *Introducción a la Sociología*. Edición Fondo de Cultura Económica. México, Pág. 179.

¹¹ OSWALD SPENGLER. *La Decadencia de Occidente*. T. I. 130.

Por cultura entendemos, en este caso, no solamente el saber de cada grupo o de cada individuo, sino el conjunto de hábitos, de ideas, de modos de ser sociales, la forma de vida, en fin, que distingue unas de otras a las clases.

Parece, en efecto, que la cultura es la determinante de la clase social, puesto que, como hemos visto, individuos que se dedican a un mismo género de ocupaciones, de hecho pertenecen a diferentes capas de la sociedad porque los separa su cultura, entendida como ya queda expresado. No es menos cierto que el aristócrata, por ejemplo, que repentinamente ve disminuir sus ingresos y su fortuna hasta quedar en la ruina, ello no obstante, sigue perteneciendo a la aristocracia, puesto que sus relaciones, sus hábitos, su forma de vida, sus ideas, sus prejuicios, etc., continúan siendo los mismos. También es frecuente ver a empleados públicos o a otras personas de cortos recursos, vestirse, vivir y actuar como individuos de la clase media, a pesar de sus ingresos inferiores a los de un obrero calificado que, sin embargo de su alto salario, vive dentro del círculo de las clases populares.

Vemos así que el punto de vista cultural encierra gran fuerza, parece definitivo; pero analizándolo llegamos a la conclusión de que la cultura no basta, por sí sola, para caracterizar a la clase social, pues todos los ejemplos antes citados y los que pudieran aducirse no pasan de ser excepciones. En conjunto, abstracción hecha de casos particulares, sólo puede concebirse a cada clase de la sociedad en relación directa con determinada situación económica.

E). De lo expuesto se desprende que ninguna de las teorías señaladas explica las clases sociales. Todas pecan de unilaterales y ya sabemos que los hechos sociológicos son complejos tanto en sus causas como en sus manifestaciones.

Se acercan, seguramente, más a la verdad, aquellos autores que consideran a la clase social como el resultado de una combinación de diversos factores: culturales y económicos, culturales y de división del trabajo. Entre ellos debe citarse a Arthur Bauer para quien "los hechos sociales son el producto de la actividad de las clases sociales; esta actividad se resuelve en fuerzas elementales desarrolladas por

los miembros del grupo; estas unidades, gracias a la abstracción que es una necesidad científica, pueden ser consideradas como expresiones idénticas de un tipo común; y en fin, el tipo es caracterizado por un conjunto de tendencias, de ideas, de creencias y de hábitos fortificados sin cesar por el género de vida, género de vida que está, en gran parte, regulado por la naturaleza de las ocupaciones.¹²

Esta definición en realidad, aun cuando toma en cuenta la cultura como uno de los factores determinantes de la clase social, debe considerarse entre aquellas que relacionan la clase con el fenómeno de la división del trabajo puesto que en último análisis, según el autor, "*la naturaleza de las ocupaciones*", regula el "*género de vida*" el cual influye sobre "tendencias, ideas, creencias y hábitos" es decir sobre la cultura, de quienes se dedican a cada "género de ocupaciones". Conviene por lo mismo, a este concepto, la crítica ya expuesta sobre las definiciones que se basan en la división del trabajo.

Por otra parte, es evidente que el género de la ocupación no basta por sí solo para determinar a una clase social, en todo caso sería la categoría que el individuo desempeña dentro de un cierto orden de actividades la que podría servir para establecer su situación social o, lo que es lo mismo, su condición económica.

CONCEPTO DE CLASE SOCIAL

EN nuestro concepto la clase social está determinada por una combinación de factores culturales y económicos. Podríamos decir que las clases sociales son grandes conjuntos de personas, conjuntos que se distinguen por los rasgos específicos de su cultura y de su situación económica.

Es necesario, ahora, precisar el concepto expuesto, porque, admitiendo que la clase social sea un complejo cultural y económico, resulta indispensable saber en qué se concreta ese complejo.

¹² ARTHUR BAUER. *Les Classes Sociales*. "Analyse de la vie Social". Paris, 1902. Página 103.

Se dice, independientemente de su naturaleza esencial, que la clase es un grupo o un estrato o una unidad colectiva, palabras que inducen a confusiones porque grupo da idea de algo organizado, coherente, unido; estrato por su relación con términos técnicos de la geología, parece indicar especie de capas sólidas bien separadas unas de otras; y por último la unidad colectiva sugiere, con más fuerza aún que la palabra grupo, organización, dirección, finalidad, tal como pueden hallarse, por ejemplo, en un sindicato.

Nada de eso encontramos en las clases sociales, pues como observa Duguit no obedecen a una diferenciación jurídicamente definida y a ello se debe que "los límites que las separan son por necesidad extremadamente indeterminados. Es muy frecuente la imposibilidad de fijar la clase, habiendo muchos individuos colocados en la línea frontera, muy indecisa, que separa las clases vecinas".¹³

Se comprende mejor esto si tenemos en cuenta que las clases no son grupos cerrados, infranqueables, hay, contrariamente, constante paso de una a otra; según observa el sociólogo italiano B. Pareto "las clases sociales no están completamente separadas aún donde existen castas; en las naciones civilizadas modernas se produce una circulación intensa entre las diferentes clases".¹⁴

La observación nos indica, en efecto, que las clases sociales sólo pueden fijarse en sus grandes conjuntos, como algo permanente a pesar de los cambios individuales incessantes que en ellas se operan, por lo cual es imposible demarcar sus límites con precisión matemática. No pueden señalarse fronteras precisas partiendo de cualquiera de sus características o de todas ellas. El índice económico, que parece el más concreto, no sirve para este propósito. ¿A partir de qué cifra de capital se es de la clase alta? La respuesta es imposible. No menos imposible es señalar un índice de cultura exacto para cada clase.

Acaso un ejemplo gráfico pueda ilustrar el concepto que hemos expuesto. La división de la sociedad en clases es muy antigua, Aristóteles dice: "existen en cada Estado

¹³ LEON DUGUIT, obra citada, página 294.

¹⁴ B. PARETO. *Traité de Sociologie Générale*. Payot. 1919. Vol. II, Núms. 20-26.

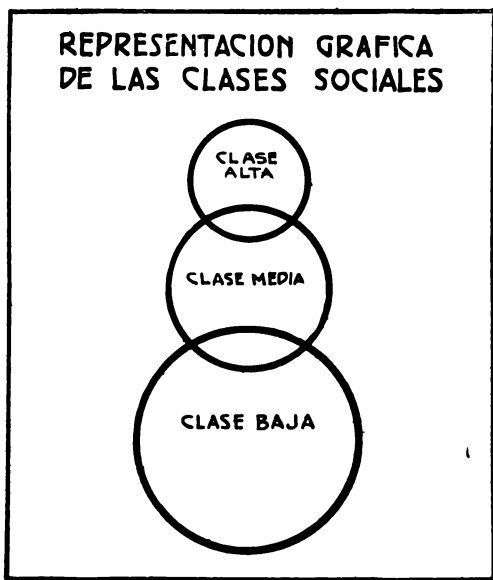
tres clases de ciudadanos: los riquísimos, los pobrísimo y los que no son ni muy pobres ni muy ricos".¹⁵

Esta clasificación corresponde a la que en la actualidad está generalmente aceptada, según la cual toda sociedad se divide en: clase alta, clase media y clase baja. Si nos imaginamos a cada una de estas clases representada por un círculo, colocado uno sobre otro, cortándose en una pequeña sección de su respectiva superficie, o en otras palabras, si representamos a las tres clases sociales por tres círculos secantes, nos daremos idea bastante aproximada de lo que son en la realidad de la vida las clases sociales. Cada círculo tiene un contenido cultural y económico que le es propio, diferente del contenido cultural y económico de los otros dos. Esos contenidos los constituyen relaciones económicas y un acervo de ideas, prejuicios, costumbres, necesidades, sentimientos, conocimientos, formas de conducta, etc., etc., que pueden señalarse con cierta precisión en una sociedad dada y en un momento dado, de tal modo que ofrecen indudable permanencia, cuando menos en sus lineamientos fundamentales.

Los individuos son los que se mueven dentro y a través de los círculos, permaneciendo unos, en el correspondiente círculo, durante toda su vida; otros, acercándose al contiguo hasta penetrar en él en movimiento de ascenso o descenso, según el caso. Pero como dentro del círculo cultural y económico de cada clase siempre hay un número de personas que se manifiesta en conjunto, en volumen, de ahí la estabilidad de las clases por la continuidad y persistencia de los círculos culturales y económicos, en el tiempo y en el espacio, concretados constantemente en un número indefinido de personas.

Así se pone de manifiesto que aun cuando el factor económico tiene una gran importancia para la determinación de la clase social, en realidad el factor decisivo es el de cultura, puesto que sólo es posible el paso de los individuos de uno a otro círculo mediante la adaptación cultural. El hombre de la clase media, o el peón que por azares de la Fortuna se tornan ricos de la noche a la mañana, no por eso entran desde luego a la clase alta sino

¹⁵ ARISTOTELES. *La Política*. París. Garnier Hnos. Página 263.



se aproximan a ella a medida que adquieren sus costumbres, su educación, su forma de vida hasta asimilarse por fin sus ideas, sus sentimientos, sus prejuicios, etc., etc., es decir su cultura, llegando así a una total identificación. Mientras esto no se realiza, son "nuevos ricos"; pero no propiamente seres de la llamada clase superior.

En consecuencia, hay en las clases sociales muchos estados intermedios fundamentados en situaciones económicas y en transiciones de cultura, lo que está representado en la gráfica por las superficies secantes de los círculos.

CARACTERISTICAS DE LAS CLASES SOCIALES

ACEPTAMOS la división tripartita de las clases sociales, ya citada. De acuerdo con el concepto de clase social que hemos expuesto, ella es un complejo económico y de cultura; pero la situación económica y la cultural de cada clase ofrecen características esenciales que la distinguen de

las otras y es, por lo mismo, necesario fijar tales características.

Señalar los caracteres distintivos de las tres clases, es tarea en extremo difícil porque están fuertemente condicionados por las circunstancias históricas, sociales, étnicas, económicas, culturales, de cada grupo humano. Sólo de manera muy abstracta pueden establecerse ciertos rasgos de valor universal.

LA CLASE ALTA

Las características fundamentales de la clase alta son las mismas desde tiempo inmemorial. Aristóteles señala entre ellas: "el orgullo de su cuna o su riqueza".¹⁶ "La conciencia del propio estado afirma Tönnies es un fenómeno bien conocido que caracteriza normalmente a los estamentos dominantes, es decir, a los aristócratas, mientras lo son y destacan sin más como tal estamento. Dicha conciencia se muestra muy especialmente como orgullo, el llamado orgullo nobiliario, que se manifiesta como altanería de casta oprimiendo a los estamentos inferiores y dominados".¹⁷

Ese mismo orgullo fundado en la riqueza y el poder, subsiste en la sociedad burguesa de nuestros días, independientemente de toda consideración de sangre.

"Desde el final del siglo xv y a principios del xvi, dice el autor citado, se ha realizado en la parte más importante de Europa, en forma más o menos fuerte, el paulatino ataque y arrinconamiento de la nobleza religiosa y secular. La sociedad burguesa es una nueva unidad social, cuya idea ha surgido de relaciones de igualdad y contra lo autoritario. Dentro de ella subsisten, sin embargo, la desigualdad de poder, la de "los bienes de fortuna" y la de su más fuerte concausa: "el éxito, la ciega Fortuna que eleva a unos y hunde a otros en el abismo. De todos estos elementos favorecidos, en colección parcial con los subsistentes del estamento señorial, se forma una "clase" dominante, que

¹⁶ ARISTOTELES. *La Política*. Página 263.

¹⁷ TÖNNIES. *Principios de Sociología*. Edición del Fondo de Cultura Económica. Pág. 102.

se diferencia del estamento señorial en que no es cerrada por naturaleza, sino abierta y en que se destaca menos de la gran masa del pueblo por signos exteriores como nombre, título y tradiciones. El estamento señorial sobresalía no sólo por esta característica, sino por su riqueza en instrumentos o medios de dominación —en su forma más perfecta, dominación sobre tierras y hombres. La nueva "clase" dominante se limita, en cambio, a la disposición de "medios", a través de los cuales dispone y domina de modo indirecto sobre las gentes, sobre su libre voluntad y sus capacidades, es decir sobre sus fuerzas de trabajo, tanto generales como especiales".¹⁸

El sociólogo norteamericano E. A. Ross también considera que "normalmente el ideal personal que se desarrolla en una clase superior es el de ser orgulloso, de gran ánimo y tener completa libertad. Nacidos en la riqueza y el poder los miembros de un grupo privilegiado manifiestan independencia de carácter, franqueza, simplicidad de maneras y una dignidad de aspecto que se interpretan como la apariencia natural de la aristocracia, o de lo mejor. De esta manera es muy fácil popularizar el mito de que la nobleza tiene su origen en el reconocimiento deliberado y en la promoción de los mejores".¹⁹

Resumiendo y ampliando las ideas expuestas, diremos que la clase alta se caracteriza por su forma de vida refinada en el sentido de que habita en lujosas mansiones, usa las mejores prendas de vestir, consume los alimentos de mejor calidad, tiene a su servicio a las personas cuando menos indispensables para proporcionarse toda clase de comodidades materiales. En cualquiera circunstancia de la vida: viajes, diversiones, enfermedades, etc., la clase alta goza de las más grandes ventajas gracias a los recursos económicos de que dispone. Esta situación privilegiada que se transmite de padres a hijos por las uniones entre personas de la misma clase, le da un sello innegable de distinción que se advierte en el aspecto físico de sus miembros, en las maneras, en la presentación individual, en el trato; los ras-

¹⁸ TÖNNIES. *Obra cit.* Págs. 104-105.

¹⁹ E. A. ROSS. *Principles of Sociology*. Third Edition. D. Appleton. Century Company. New York. London, pp. 419-420.

gos externos distintivos de esta clase social son tan evidentes que es posible, salvo excepciones, apreciarlos a la simple vista, lo mismo si se trata de personas adultas que de niños o jóvenes. Se mantienen a pesar de los frecuentes ingresos de personas de otras clases, generalmente por el camino del poder y del dinero, a los círculos de las clases altas. Esto se debe a que la persistencia de una familia venida de clases inferiores a la clase alta en esta clase, aún sin mezcla alguna de sangre con ella, da, no obstante, a los descendientes, al cabo de unas cuantas generaciones, las peculiaridades exteriores o formales de la clase alta que se derivan, según creemos, de lo que bien pudiera llamarse "cultivo social" por semejanza con el de los vegetales. Así como una rosa de jardín, resultado de esmeradas atenciones es diversa de la rosa silvestre, y superior a ella en varias cualidades, así las personas que desde su nacimiento son cuidadosamente atendidas en sus necesidades físicas y morales llegan a alcanzar un tipo humano de selección indudable.

En resumen, de modo suficientemente general para obtener abstracciones aplicables a toda sociedad civilizada, puede decirse que los caracteres distintivos de la clase alta son:

- 1.—Posesión de la riqueza, bienes de fortuna, capital, poder.
- 2.—Forma refinada de vida material y moral. Satisfacción de las necesidades humanas, individuales y colectivas por medio del goce de las cosas mejores.
- 3.—Sentimiento de seguridad y de orgullo de clase.
- 4.—Reflejo orgánico, en el aspecto físico, en las maneras, de las características antes mencionadas, hasta constituir tipos diferenciados de selección como resultado del "cultivo social".
- 5.—Comportamiento dominado por las conveniencias sociales rigurosamente cumplidas. Vida de frecuente relación y trato dentro de círculos reducidos.
- 6.—Preocupación constante por guardar las apariencias.
- 7.—Espíritu reaccionario y conservador.

A estas características debe agregarse las correspondientes a los modos formales del pensar que según Max Scheler están determinados por la clase y que en la clase alta, dice el mismo autor, son los siguientes:

1.—Retrospectivismo de los valores en la conciencia del tiempo; 2.—punto de vista del ser; 3.—interpretación teológica del mundo; 4.—idealismo (el mundo preponderantemente como reino de ideas); 5.—espiritualismo; 6.—saber a priori, racionalismo; 7.—intelectualismo; 8.—perspectiva pesimista del futuro y retrospección optimista a “aquellos buenos tiempos”; 9.—modo de pensar basado en la identidad; 10.—pensar nativista.²⁰

CLASE MEDIA

LA determinación de la clase media es uno de los más importantes y difíciles problemas de la Sociología. Desde luego se presenta la cuestión de si se trata de una clase o de varias. Algunos sociólogos sostienen que no debe hablarse de clase media sino de clases medias.

Nosotros pensamos que la clase media como las otras clases se halla integrada por diferentes sectores, cada uno de los cuales ofrece rasgos peculiares; pero esos sectores tienen ciertos aspectos comunes que dan un sello especial al conjunto.

Señalar con precisión los rasgos distintivos de la clase media entraña dificultades, al parecer, insuperables, precisamente porque es media, es decir, por su indefinición entre dos términos de cada uno de los cuales recibe cierta influencia que se concreta en una síntesis de contornos inasibles.

En este mismo sentido se expresa Müffelmann quien trata de hacer una definición de la clase media que comprenda “diversos grupos económicos que perciben una renta de regular cuantía; pero como tal característica deja un amplio margen de apreciación, de aquí que la delimitación de la clase media tropiece con algunas dificultades.”²¹

Caracterizar a la clase media, como a cualquiera otra clase social, por el sólo factor económico, resulta inadmisibles, según ya tenemos dicho.

²⁰ MAX SCHELLER. *La Sociología del Saber. Revista de Occidente*. Madrid. Págs. 193-194.

²¹ DOCTOR LEO MÜFFELMANN. *Orientación de la Clase Media*. Edición Labor. Pág. 5.

F. Simiand dice: "Es necesario entender por clases medias una categoría durable de personas, consideradas con su familia, que tienen rentas y también frecuentemente un patrimonio de nivel medio, intermedio entre el de la clase social más elevada y el de los trabajadores y asalariados. Ellas se refieren más bien a categorías de población urbana, y sobre todo de pequeñas ciudades. Comprenden el alto artesanado, los pequeños y medios comerciantes e industriales, una parte de las profesiones liberales y los funcionarios medios".²²

Aun cuando M. Halbwachs estima que esta definición es exacta, a nosotros nos parece demasiado vaga y muy alejada de la realidad de las cosas. Adolece del mismo defecto que la expuesta por Müffelmann pues hace consistir la característica de la clase media en el índice económico, muy imprecisamente señalado, como es la renta y el patrimonio. La definición no responde a la realidad social porque son innumerables las personas que carecen de renta propiamente dicha y de patrimonio y que ello no obstante pertenecen indudablemente a la clase media como, por ejemplo, los empleados públicos y los de empresas privadas que perciben cortos sueldos con los que apenas pueden satisfacer sus necesidades; pero esas necesidades son las comunes a la clase media.

El mismo Halbwachs al analizar la definición dice que se reduce a una enumeración: "nos hace pasar revista a cierto número de grupos. Pero estos grupos son muy diversos, y la dificultad está en saber qué es lo que hace que estén así reunidos en una misma clase".²³

"¿Cómo podremos, agrega, definir ahora el conjunto de esos grupos, de manera que reconozcamos que presentan una unidad y que ésta sea, en efecto, posible? Notemos que lo que caracteriza a todas estas categorías, cualesquiera que sean y siempre que se agrupen bajo la rúbrica de "clases medias", es que su actividad es, ante todo, una

²² Definición transcrita por Maurice Halbwachs en su artículo *Las Características de las Clases Medias*. Revista Mexicana de Sociología. Vol. I. No. 3, 1939, pág. 98.

²³ MAURICE HALBWACHS. Art. cit. Revista Mexicana de Sociología. Página 99.

actividad *técnica*, lo que supone el conocimiento práctico de cierto número de reglas, y la aplicación muy segura y muy exacta de estas reglas, pero que no supone nada más”.

De acuerdo con nuestra clasificación, esta definición de las clases medias puede colocarse en el grupo de las que derivan la separación de la sociedad en clases, de la división del trabajo. Aun cuando seguramente contiene una parte de verdad, como toda explicación simplista de los fenómenos sociales está muy lejos de ser suficiente.

El mismo autor define la técnica diciendo que es “un cuerpo de preceptos y reglas que están preparadas de modo que puedan aplicarse de una manera uniforme a la generalidad de los casos”.²⁴

De esta definición se desprende que las actividades *técnicas* en las sociedades modernas, no están exclusivamente en manos de la clase media. Es indudable, por ejemplo, que el obrero calificado ejerce una actividad técnica y que ello no obstante pertenece a la clase baja.

M. Halbwachs distingue entre técnica y función. Esta última es imposible sin la técnica; pero la técnica se halla subordinada a la función. La función tiene un carácter general y gran amplitud e importancia; su realización está encomendada enteramente a las actividades de orden técnico. Según el autor citado la función se encuentra en manos de la alta burguesía, y la técnica, como hemos visto, en las de la clase media.

Nosotros pensamos que muchas funciones son ejercidas por individuos de la clase media y si bien es cierto que, en efecto, ella desempeña principalmente actividades técnicas, esta circunstancia no es su característica determinante, no puede serlo porque la actividad es el resultado de cualidades esenciales en el individuo y no a la inversa.

En nuestro concepto pueden señalarse como caracteres específicos de la clase media los siguientes:

1.—Imita las formas de vida de la clase alta que parece ser, en este aspecto puramente formal, su ideal constante: vestidos, muebles, habitaciones, espectáculos, etc. La diferencia única está, siempre considerando a la clase media

²⁴ M. HALBWACHS. Art. cit. Revista Mexicana de Sociología. Páginas 102-103.

en su gran masa, en la calidad de las cosas, en la plenitud de las satisfacciones.

2.—Concede gran importancia a la cultura, a la ciencia, a la técnica, a las profesiones como medios para conseguir bienestar económico y satisfacción moral.

3.—Tiene un alto sentido ético y religioso.

4.—Sus ambiciones se limitan a obtener el bienestar y la satisfacción moral principalmente por medio del trabajo. No se preocupa de acumular riqueza.

5.—Se debate, siempre, en una contradicción ideológica: es conservadora en virtud de que sufre notable desviación de criterio ante el derecho de propiedad privada. La ama y respeta porque la ha adquirido mediante ímprobos esfuerzos y privaciones o tiene la esperanza de adquirirla y siente el natural temor e indignación ante la sola idea de ser desposeída de lo que considera, con razón, el producto de su trabajo. La justificación de su derecho, sobre la pequeña propiedad que posee, la lleva a justificar todo derecho de propiedad sin fijarse en que las enormes propiedades de la clase alta no tienen el mismo fundamento.

A esta especialísima circunstancia psicológica se debe que la clase media sea considerada como factor de moderación, de equilibrio, en la lucha social. La clase alta debe mucho a la clase media, pues sin ella, pronto sería destruída por el proletariado. Este, a su vez, juzga que la clase media retarda el triunfo de su causa porque es conformista, pusilánime, antirrevolucionaria.

Sin embargo, la cultura y el alto sentido ético y religioso de la clase media lleva a muchos de sus integrantes al análisis crítico de las sociedades humanas. Es así como de la clase media han salido, en todos los tiempos, grandes revolucionarios, grandes reformadores, los apóstoles de la justicia social.

6.—Exhibe una arraigada tendencia a cubrir las apariencias, a guardar las formas sociales aun a costa de los más grandes sacrificios.

7.—Tiene una base económica, un cierto bienestar material mínimo derivado de la renta de pequeñas propiedades, de reducidos capitales, o del trabajo personal o de ambos elementos. Este bienestar se acerca a la comodidad

desahogada, a cierto lujo en algunos sectores de la clase media; pero sin llegar al lujo desorbitado y ostentoso de la clase alta.

8.—Se ocupa, como lo hace notar M. Halbwachs de trabajos técnicos, generalmente. Está integrada, en los países civilizados, por la burocracia, los pequeños rentistas, los pequeños industriales y artesanos, los pequeños propietarios rústicos y urbanos, y los profesionistas, los empleados de empresas privadas. En todos estos casos la clase media realiza labores intelectuales y materiales que requieren cierta cultura y en la mayoría de las veces, conocimientos científicos y técnicos, facultades de dirección y decisión, de organización y ejecución.

CLASE BAJA

LA llamada clase baja, por el hecho de que se encuentra colocada en situación inferior a la clase media y a la clase alta, es aquella que está integrada por individuos sin patrimonio o cuyas propiedades tienen muy escaso valor, de tal modo que viven casi o exclusivamente del producto de su trabajo.

De esto parece desprenderse que la característica de la clase baja es de índole económica; pero en realidad y como en la clase alta y media la cultura es su signo determinante.

Buscando los rasgos distintivos, universales, de la clase baja, pueden encontrarse los siguientes:

a). Instrucción rudimentaria; en algunos países, grandes sectores de esta clase son analfabetos; pero en todo caso sus conocimientos se limitan a los que se imparten en las escuelas de la llamada primera enseñanza.

b). Se dedica a trabajos manuales que requieren, principalmente, el empleo de fuerza material o de la acción física personal.

c.) Su forma de vida es inferior a la de la clase media. La calidad de su indumentaria comúnmente usada, la de su habitación, alimentos, es siempre de escaso valor; ocupa las localidades más baratas en los espectáculos pú-

blicos y los servicios de toda índole que requiere en su vida son, siempre, de bajo costo.

d). Sus maneras de hablar y de conducirse son burdas.

e). Es muy religiosa, sin comprender en toda su profundidad y abstracción los principios de su religión.

f). Es imprevisora.

g). No obstante la fuerza de su número que le permitiría realizar, en un momento dado, una total subversión social, respeta el orden existente, es el más firme sostén de la división en clases y de la estructura jurídica que mantiene las desigualdades y las injusticias sociales. Esta paradoja sólo se explica por razones de cultura y de religión.

La clase baja, por sí misma, es, generalmente, incapaz de organizarse en movimientos ideológicos. A pesar de su situación económica, acepta el estado de cosas existente y sólo reacciona y se rebela cuando gentes de las otras clases sociales, especialmente de la clase media, la dirigen y le dan un programa y una bandera.

A estos caracteres deben agregarse los observados por Nicéforo:

1.—Falta de estratificaciones psicológicas más recientes, y a veces, de las más delicadas de la época en que viven. 2.—Falta de desarrollo de la sensibilidad moral. 3.—Ausencia de pudor o por lo menos éste se manifiesta en forma bastante primitiva. 4.—Concepciones mentales pobres y primitivas. 5.—Estacionamiento del desarrollo intelectual. 6.—Imposibilidad para elevarse a ideas abstractas. 7.—Mentalidad automática y no constructiva. 8.—Organización defectuosa de los centros de inhibición. Consecuencia: impulsivismo.²⁵

Por su parte Max Scheller refiriéndose a las formas del pensar de esta clase las caracteriza así: 1.—Prospectivismo de los valores en la conciencia del tiempo; 2.—punto de vista de la génesis; 3.—interpretación mecánica del mundo; 4.—realismo (el mundo preponderantemente como resistencia); 5.—materialismo; 6.—inducción, empirismo; 7.—pragmatismo; 8.—visión optimista del futuro y re-

²⁵ ALFREDO NICEFORO. *Fuerza y Riqueza*. T. I. Pág. 86 y siguientes.

trospección pesimista; 9.—modo de pensar que busca las contradicciones o modo de pensar dialéctico; 10.—pensar inspirado por la teoría del medio.²⁶

LA VIDA SOCIAL

Las tres clases sociales se encuentran en continuo contacto y relación; pero no como unidades, sino por medio de los individuos que las integran o de las agrupaciones formadas dentro de ellas. Las clases sociales no están organizadas como tales, no hay una clase alta organizada, ni una clase media ni una clase baja constituídas en corporaciones aun cuando dentro de cada clase sí se constituyen sindicatos, sociedades, clubes, etc., etc., de tipo jurídico-económico o simplemente social.

Las personas físicas y las morales de cada clase de la sociedad sostienen relaciones culturales y económicas unas veces de cooperación, otras de oposición y de lucha, entre ellas mismas o entre personas físicas y morales de distinta clase social. Hay grandes asociaciones de tipo económico jurídico o simplemente social compuestas por individuos de dos o de las tres clases —sociedades anónimas; partidos políticos, clubes internacionales, etc., etc.— en que predomina un interés común y también otras que, contrariamente, aun estando formadas por miembros de una misma clase, se hallan divididas profundamente por intereses y anhelos o propósitos contradictorios.

Este complicado tejido de relaciones culturales y económicas es lo que constituye la vida social.

Para comprenderla es necesario tener en cuenta un claro concepto de lo que son las clases sociales y la idiosincrasia de cada una de ellas, lo cual sólo podrá lograrse después de estudios profundos y sistemáticos, que apenas inician los sociólogos, y que tienen que ser complementados con investigaciones de sociología Nacional si se quiere darles valor pragmático, pues, como decimos en este ensayo, en la configuración formal y en la esencia de cada una de las clases de la sociedad intervienen factores históricos raciales y mesológicos de excepcional importancia.

²⁶ MAX SCHELLER. Obra cit. Págs. 193 y 194.

LAS NUEVAS ORIENTACIONES DEL PSICOANÁLISIS

LA PRIMERA reacción ante un nuevo libro sobre psicoanálisis es la de desconfianza. Es tanto y tan malo lo que se ha escrito y divulgado acerca de tan difícil y sugestivo tema que tomamos con prevención cualquier volumen de contenido más o menos psicoanalítico.

A la repulsa con que, en un principio, fueron acogidas las geniales ideas de Freud sustituyó, más adelante, una "impregnación" del pensamiento europeo con estas doctrinas; se escribieron novelas, dramas y ensayos "psicoanalíticos", la mayor parte deleznales y en los que se barajaban, tergiversándolos con evidente superficialidad, conceptos tan complicados como el de libido, transferencia, sublimación, complejo de Edipo, etc. Todo el mundo se creía en la necesidad de exponer su opinión sobre el psicoanálisis y—lo que es peor—ponerlo en práctica. Así, muchos médicos, especialistas o no, hablaban con frecuencia de haber practicado "un psicoanálisis" a alguno de sus pacientes. Estos flamantes psicoanalistas actuaban como un fígaro de aldea que quisiera operar una hernia.

Afortunadamente este pernicioso sarampión pasó y ya hace años que sabemos que el psicoanálisis constituye, por sí solo, una difícil especialización, para la cual no basta, ni mucho menos, la lectura de las voluminosas obras de Freud y de sus numerosos continuadores.

De los numerosos discípulos de Freud, algunos, siendo psicoanalistas bien preparados y con profundo conocimiento de la doctrina, se separaron pronto de la ortodoxia e incluso crearon movimientos psicológicos distintos; entre ellos los más conocidos fueron Adler y Jung. Otros, la mayoría, permanecieron fieles al maestro y han aportado nuevas experiencias y valiosas observaciones. Por último un tercer grupo, al que pertenece Karel Horney, ha ido evolucionando gradualmente hasta colocarse en un campo que, sin dejar de ser freudiano, ofrece ciertas discrepancias, algunas muy importantes.

Naturalmente el nombre de Karel Horney es una garantía; discípula directa y predilecta del psicólogo de Viena, colaboradora insigne del Instituto Psicoanalítico de Berlín y más recientemente del de Chicago, en el cual ocupa un lugar preeminente, los trabajos con su fir-

ma son siempre interesantes y están dentro del más riguroso espíritu científico. Su amplia labor es bien conocida de los que se dedican a estas disciplinas y sus tres obras más recientes *The Neurotic Personality of our Time*, *New ways in Psychoanalysis* y *Self-Analysis*¹ llenas de ideas originales, aun cuando se salen de la ortodoxia freudiana, muestran su personalidad de primera fila en el campo del psicoanálisis.

En EL NUEVO PSICOANÁLISIS² expone Horney el resultado de una ya larga vida y experiencia. No trata en esta obra de "señalar solamente las equivocaciones del psicoanálisis, sino de eliminar los elementos discutibles". Con ello la autora favorece las ideas freudianas, es decir, edifica, no destruye, aparta muchos de los conceptos que han perjudicado al psicoanálisis. Cuando Otto Rank, uno de los mejores discípulos de Freud, asegura muy seriamente en su obra *Das Inzest-Motiv in Dichtung und Sage* que las mejores obras del teatro universal no expresan, en el fondo, y simbólicamente, sino el complejo de Edipo, levanta una ola de protesta. La tesis de que la neurosis es solamente la expresión de una sexualidad infantil reprimida atrae hacia el psicoanálisis más adversarios que adeptos, destacando entre aquéllos figuras como la de Jung, cuya profundidad de pensamiento y sagacidad de observación no pueden ser puestas en duda. No quiere esto decir que la teoría del complejo de Edipo deba ser, ni mucho menos, desechada, pero quizá sí revisada. Es lo que hace Horney cuando, en el capítulo de su obra dedicado especialmente a este tema concreto, expone sus dudas respecto a la naturaleza pura y exclusivamente sexual e instintiva del complejo. Como hace notar, con sagacidad, esta teoría ha necesitado el apoyo de otras dos hipótesis posteriores: la de la represión de dicho complejo y la de la existencia, en determinados casos de un complejo de Edipo homosexual, invertido. En lo que discrepa Horney, como anteriormente otros autores, entre ellos McDougall y algunos norteamericanos, es en la naturaleza biológica instintiva del complejo. Precisamente ya en esta discrepancia estriban fundamentales diferencias entre Jung y Freud: los instintos pertenecen a la esfera biológica, los arquetipos jungianos a la órbita de la cultura y es exactamente en el aspecto cultural, social, ambiental de las neurosis sobre el que insiste Horney, sin dejar por ello de tener en cuenta los instintos, pero encerrando a éstos en el marco que les corresponde.

1. Editadas las tres por W. W. Norton & Co., New York, en 1937, 1939 y 1943, respectivamente.

2. KAREL HORNEY: *El nuevo psicoanálisis*. Versión española de Salvador Echarri. México, Fondo de Cultura Económica, 1943, 89, 260 págs.

Una de las objeciones más serias que se ha hecho a la teoría freudiana de las neurosis, es el no querer reconocer que las tendencias en conflicto del neurótico son parte del ambiente y de la época cultural en que está sumergido el hombre, considerándolas exclusivamente como tendencias instintivas. Ello es tanto más sorprendente cuanto que Freud ha investigado hasta dónde puede llegar el hombre en su afán de cultura, es decir, tiene muy en cuenta la cultura, pero la coloca "fuera" del territorio de las neurosis.

Como ha señalado Binswanger, el conocimiento científico hace siempre *tabula rasa* cuando se encuentra ante una barrera infranqueable. Así, Freud tiende a explicar los hechos culturales del mismo modo que las neurosis: el capitalismo sería una cultura erótico-anal, la guerra tendría su origen en el instinto de destrucción y las obras culturales serían sublimaciones de impulsos libidinosos. Al hacer la crítica de estas ideas K. Horney se lamenta, con razón, de que tales aseveraciones, que considera intromisiones en el campo de la sociología y de la antropología, han sido tomadas como armas para desacreditar al psicoanálisis, sin penetrar en el verdadero sentido de las mismas.

Es indudable, y los tres libros de Horney ofrecen esta misma tendencia, que nuestra época es, en sí misma, un terreno "neurosígeno" si se nos permite la expresión y que, en la actualidad, no es posible atribuir exclusivamente a la sexualidad infantil reprimida y a los instintos la génesis de la neurosis. Ante la hostilidad ambiental, ante la dureza cada vez más intensa de la lucha, ante la crisis de la moral porque se atraviesa, el hombre se siente desvalido, indefenso, angustiado, desorientado; necesita una defensa más poderosa que aquella para que está dotado y todos estos factores influyen, a no dudarlo —aun cuando no sean el *primun movens*— en el desarrollo de un estado neurótico. No llega tal estado a constituir una neurosis *in sensu strictus*, pero el desaliento, la ansiedad, la inquietud que provocan crean ese público que después de muchas dudas y vacilaciones, después de inquirir por su propia cuenta, de leer libros poco comprensibles, de acudir al confesor o al amigo íntimo se deciden a consultar a un psiquiatra.

La tesis que Horney defiende y expone a lo largo de sus tres volúmenes derroca lo que la psicología de Freud tiene de instintivista y genética. En su lugar da gran valor a las "tendencias neuróticas" que, evidentemente, se observan en el hombre de nuestro tiempo. Estas tendencias son muy variadas: la necesidad neurótica de afecto y aprobación, la necesidad neurótica de un compañero, la de poder, la

de control de sí mismo y de los demás, la de engañar a los otros para sacar provecho de ellos, la de prestigio social, la de admiración personal, la ambición neurótica de perfección, la de independencia y otras muchas que van implícitas en las anteriores y cuya exposición y comentario nos llevaría demasiado lejos. Estas tendencias ofrecen asimismo sus contrarias: el miedo al abandono, a la humillación, a la impotencia, a pasar por estúpido, etc.

Se comprende que en la época en que Freud comenzó valiente y tenazmente a exponer sus ideas éstas fuesen rechazadas "honorablemente" por la sociedad de aquel tiempo. Los temas sexuales eran entonces tabú y a nadie le era permitido hablar ni pública ni privadamente de tales *indecencias*. Todavía se designaban algunas enfermedades como "secretas" y Ehrlich escandalizaba a una distinguida concurrencia con sólo pronunciar la palabra sífilis. Pero medio siglo de distancia, y gracias precisamente al propio Freud, ha permitido que el pansexualismo freudiano sea mirado sin remilgos y pueda ser, por tanto, aceptado en lo que tiene de cierto y revisado en sus errores. Hoy, la vida sexual es más libre, más natural, no es reprimida ni ocultada con la intensidad tremenda, infernal, de antaño y, sin embargo, los tipos neuróticos han aumentado considerablemente. Por ello K. Horney y con ella la escuela de Chicago que, como sumergida en la vida norteamericana, participa del tono ambiental, tiene en cuenta estos factores de la vida moderna y adapta las normas de la psicoterapia a las realidades actuales.

Como hace notar la autora eran muchos los psicoanalistas—especialmente los norteamericanos— que no estaban satisfechos con los resultados terapéuticos del psicoanálisis y, por otra parte, hay muchos sujetos que sin ser precisamente neuróticos, por su caracterología, por su ambiente o por el medio cultural en que viven, necesitan de una psicoterapia profunda.

Con esa propensión a lo práctico que caracteriza a los norteamericanos, la escuela de Chicago modificó las técnicas y las ideas freudianas—sin hacerlas perder su espíritu—y tiende a hacer del psicoanálisis, no una ciencia médica, sino social. Alexander, Kubie, Sharpe y otros muchos han dado nuevas orientaciones al psicoanálisis saliendo de aquella rigidez casi mística que limitaba los beneficios de esta terapia.

En su primer libro publicado en Estados Unidos, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Karel Horney expone ya sus orientaciones sobre las dificultades neuróticas del hombre actual, Neso de nues-

tro siglo, víctima de la cultura. Con EL NUEVO PSICOANÁLISIS nos da, en un volumen relativamente breve, una síntesis clara y objetiva de las teorías fundamentales del psicoanálisis, pero exponiéndolas con sus propias críticas, innovaciones y experiencias. Es este, probablemente, uno de los mejores libros para aquellos que, sin ser psicoanalistas, quieran entender tan compleja doctrina.

Su última publicación *Self-Analysis* es quizá la más audaz, ya que, saliéndose totalmente de las normas psicoanalíticas, pretende demostrar cómo, en determinados casos, puede el sujeto autoanalizarse.

La reciente traducción de uno de estos libros al castellano ha sido hecha cuidadosamente y es de desear que los otros dos sean también objeto de la atención editorial hispanoamericana, ya que se complementan entre sí.

Federico PASCUAL DEL RONCAL.

Presencia del Pasado

LA COLONIZACION Y EVANGELIZACION DE GUANAJUATO EN EL SIGLO XVI

Por Wigberto JIMENEZ MORENO

POCAS regiones tienen orígenes tan ignorados como Guanajuato—corazón de México—no obstante que allí nacieron historiadores preclaros. Las verdaderas fechas de fundación de pueblos son muchas veces desconocidas o se aceptan las dadas en papeles colmados de anacronismos. De sus indios inquietos y sus colonos pacientes no se sabe nada, y de ambos provienen las gentes más mestizas, que son, por lo mismo, las más mexicanas. Era indispensable ir a los archivos, y el autor, al hacerlo, consiguió los datos que aquí se presentan en breve sumario.

I.—*Los Tarascos y sus Vecinos Septentrionales y los Principios de la Colonización y Evangelización de Michoacán y Guanajuato (1519-30).*

No es posible adentrarse en la historia de la Conquista de lo que hoy es el Estado de Guanajuato sin esbozar previamente cuál era la situación en la época precolombina. Ahora bien, es sabido que la parte meridional, es decir la que está al sur del río Lerma, pertenecía al llamado "Reino" de los Tarascos. La "Relación de Michoacán" sugiere que tenían algunas guarniciones en puestos estratégicos como una medida de defensa contra los chichimecas.

En épocas más antiguas, es muy probable que los tarascos hayan dominado aun regiones más al norte del río Lerma, y el hecho de encontrarse la llamada cerámica "tarasca" y algunas otras en varias regiones del Estado de Guanajuato, es una clara indicación de que la frontera

de los pueblos sedentarios contra los nómadas ha sufrido un retroceso, pues parece que este límite pudo coincidir, en otro tiempo, casi con los actuales linderos de Guanajuato con San Luis Potosí; si más tarde fué el río Lerma el límite más septentrional contra los bárbaros, ello pudo deberse a que quizá los tarascos—al someterse a los españoles—no pudieron ya detener el empuje de la invasión de los nómadas. Sin embargo, parece probable que aun antes de la Conquista, los pueblos sedentarios que hayan vivido al norte del río Lerma debieron tener el amago constante de los llamados “chichimecas”, pues así lo sugieren los numerosos lugares fortificados del Suroeste de Guanajuato y Sureste de Jalisco, que, en compañía del Sr. Noguera, pude visitar.

Los vecinos septentrionales de los tarascos eran conocidos para los mexicanos con el nombre de *teochichimecas*, es decir, “chichimecas auténticos”. Sahagún aplica el nombre de “chichimecas” a tres grupos de pueblos: primero a los otomíes; luego a los que él llama *tamime* (= “flechadores”), que parecen identificarse con aquellos pames que estaban entremetidos dentro de la zona otomí y que iban siendo lentamente aculturados a un nivel superior; por último, a los *teochichimecas*, a quienes los españoles llamaron “teules chichimecas”. La verdadera significación de este vocablo *chichimeca* es “linaje de perros”, por lo que podría parangonarse con otros nombres tribales como, por ejemplo, el de los *cazcanes* que quizá equivalga a “coyotes”.

En mi concepto, los *teochichimecas* de los informantes de Sahagún podrían identificarse con aquellos de los pames que conservaban mejor la vida nomádica, y, así mismo, con los guamares y cuachichiles y algunos de los pueblos del sur de Zacatecas y de la sierra de Nayarit; pero estoy convencido de que en épocas más antiguas, como, por ejemplo, la del principio del “imperio” tolteca, aquel nombre se aplicó también, preferentemente, a pueblos nahuatlanos o nahuatoides. En cambio, los chichimecas de Xólotl eran seguramente pame-otomíes y así lo indica una tradición que recogió el misionero P. Soriano, y lo comprueban varios argumentos expuestos por Mendizábal.

En una obra interesantísima, escrita por 1574, y que se titula "Guerra de los Chichimecas", Gonzalo de las Casas nos dejó una vívida descripción de las costumbres de los pames, guamares y cuachichiles que vivían en Querétaro y Guanajuato. Utilicé tales informes—aunque atribuyéndolos erróneamente a Gil González de Avila— en mi "Brevisimo Resumen de Historia Antigua de Guanajuato" (León, Gto., 1932-33), donde asimismo anoté algo acerca de la arqueología de esta zona, y por ello no insisto en temas arqueológicos o etnográficos. Sólo diré que de los datos de Las Casas se desprende que tanto los guamares como los cuachichiles—y algunos otros grupos confederados con ellos— eran tribus nómadas, belicosas y crueles.

Puede verse, en el mapa anexo, cómo los pames se extendían por Querétaro y ocupaban el noreste de Guanajuato (hacia la Sierra Gorda) y también el sureste hasta Acámbaro y Yuriria. Los guamares empezaban allí donde terminaban los pames, y, al efectuarse la colonización otomí de Acámbaro (1526-28), quizá alcanzaban hasta este lugar, pero posteriormente debieron retroceder hasta un punto al norte del río Lerma, hipotéticamente colocado entre Yuriria y Salamanca; abarcaban luego casi todo el resto del Estado, salvo las regiones habitadas por los pames y una pequeña faja en el suroeste—que correspondía a los actuales municipios de León, San Francisco y Purísima del Rincón, Piedra Gorda y tal vez algo de Pénjamo— comarca habitada por los cuachichiles, quienes también estaban en toda la parte oriental del Estado de Jalisco, especialmente en Los Altos, y en Lagos, y luego continuaban hacia el norte por San Luis Potosí (su verdadera madriguera) hasta terminar en la región de Saltillo, del Estado de Coahuila. Confederados con los guamares estaban los copuces que, a su vez, tenían por aliados a los guaxabanes y los sanzas, no obstante que estos últimos eran de lengua cuachichil. Por supuesto, había todavía algunas otras tribus o "parcialidades" que quizá no eran sino meras subdivisiones de las anteriormente enunciadas, como los "mascorros" de San Luis, que no eran sino un grupo cuachichil, y los "samues", quizá identificables con los pames, aunque estaban entre-

metidos dentro del habitat de los guamares, en las "Cuevas Pintadas", donde está "El Cubo" (cerca de San Felipe), famoso por una caverna con pinturas muy interesantes.

Volviendo ahora a la región meridional, conviene aclarar que ciertos lugares como Acámbaro (quizá incluyendo su sujeto Apaseo), Yuriria y Pénjamo, parece existían ya desde antes de la conquista española, y es posible que también estuvieran ya pobladas varias localidades alrededor de la laguna de Yuriria, donde abundan los toponímicos tarascos. No hay pruebas, en cambio, de que existieran en esa época algunos poblados que llevan nombres de origen otomí, o pame, excepto, tal vez, Xichú, que sí parece ser muy antiguo y que —según Beaumont—, constituía la avanzada más septentrional de los tarascos en el centro de México.

Lo dicho prueba que no es posible estudiar los orígenes de Guanajuato sin referirse a la historia de Michoacán, ya que en esta área podría incluirse, culturalmente, parte de aquella entidad. Conviene, por tanto, contemplar las postimerías del reino tarasco y los comienzos de su colonización y evangelización por los españoles.

Coincidiendo casi con el arribo de los europeos a San Juan de Ulúa, *Tangaxoán II* o *Cacxoltzin* (el señor de la sandalia vieja), había ascendido al trono tarasco en 1519 y hubo de ocuparlo por más de diez años, hasta que fué injustamente atormentado y muerto por Nuño de Guzmán, a principios de 1530. A poco de lograda la conquista de Tenochtitlán, este soberano creyó prudente someterse a Cortés, como lo hizo en 1522. Los españoles enviaron algunas expediciones a tierra tarasca, pero en realidad no hicieron por entonces ningunos esfuerzos serios de colonización, ya que ésta sólo empezó al iniciarse la labor evangélica de D. Vasco de Quiroga. Es que el problema de colonizar Michoacán no podía resolverse sin la previa evangelización de los tarascos, y ésta no avanzó mucho bajo el gobierno de *Tangaxoan II*, pues si bien *Cacxoltzin* había pedido de *motu proprio* que se le enviaran algunos frailes a su reino, lo cierto es que ni Fr. Martín de la Coruña y sus acompañantes —llegados a Michoacán en 1525-26—, ni

sus inmediatos sucesores, lograron mucho fruto. La empresa estaba reservada, como veremos, tanto a D. Vasco de Quiroga como a Fr. Juan de San Miguel.

II.—*Primeros Intentos de Conquista y Colonización por los Españoles y los Otomíes: Acámbaro, Querétaro y Apaseo (1526-33).*

UNA de las zonas primeramente conocidas de los españoles debió ser la de Yuriria, ya que tempranamente fué adjudicada a la Real Corona, lo que es un indicio de su importancia. Al oriente estaba el pueblo precolonial de Acámbaro que parece sirvió de puesto fronterizo entre el "imperio" mexica y el de los tarascos. Pero los orígenes de la colonización otomí de Acámbaro no son muy claros: la Relación de Celaya —que data de 1580— pretende que el establecimiento de los otomíes en esa zona ocurrió antes de la Conquista. En cambio, la Relación de D. Nicolás Montañés de San Luis afirma que Acámbaro fué fundado en 1526-28 por otomíes procedentes de hacia Jilotepec, los que sostuvieron un combate contra indios guamares, y éstos, después de vencidos, aceptaron formar allí un poblado, al paso que hacían lo mismo los otomíes y los tarascos. Aunque esta última Relación, se confeccionó tardíamente, a base de recuerdos más o menos adulterados, no creo que debamos desecharla, ya que, entre otras cosas, fija dicho poblamiento durante el gobierno del tesorero Alonso de Estrada, quien precisamente regía a la Nueva España en el período de que se trata. Es posible que esta primera empresa de colonización otomí en territorio de Guanajuato haya estado conectada con otra que había preparado Cortés, y de la cual da noticia en su carta de 1526, donde se lee lo siguiente:

"Entre la costa del norte y la provincia de Mechuacán hay cierta gente y población que llaman Chichimecas; son gentes muy bárbaras y no de tanta razón como estas provincias; también envió agora sesenta de a caballo y doscientos peones, con muchos de los naturales nuestros amigos, a saber el secreto de aquella provincia y gentes. Llevan

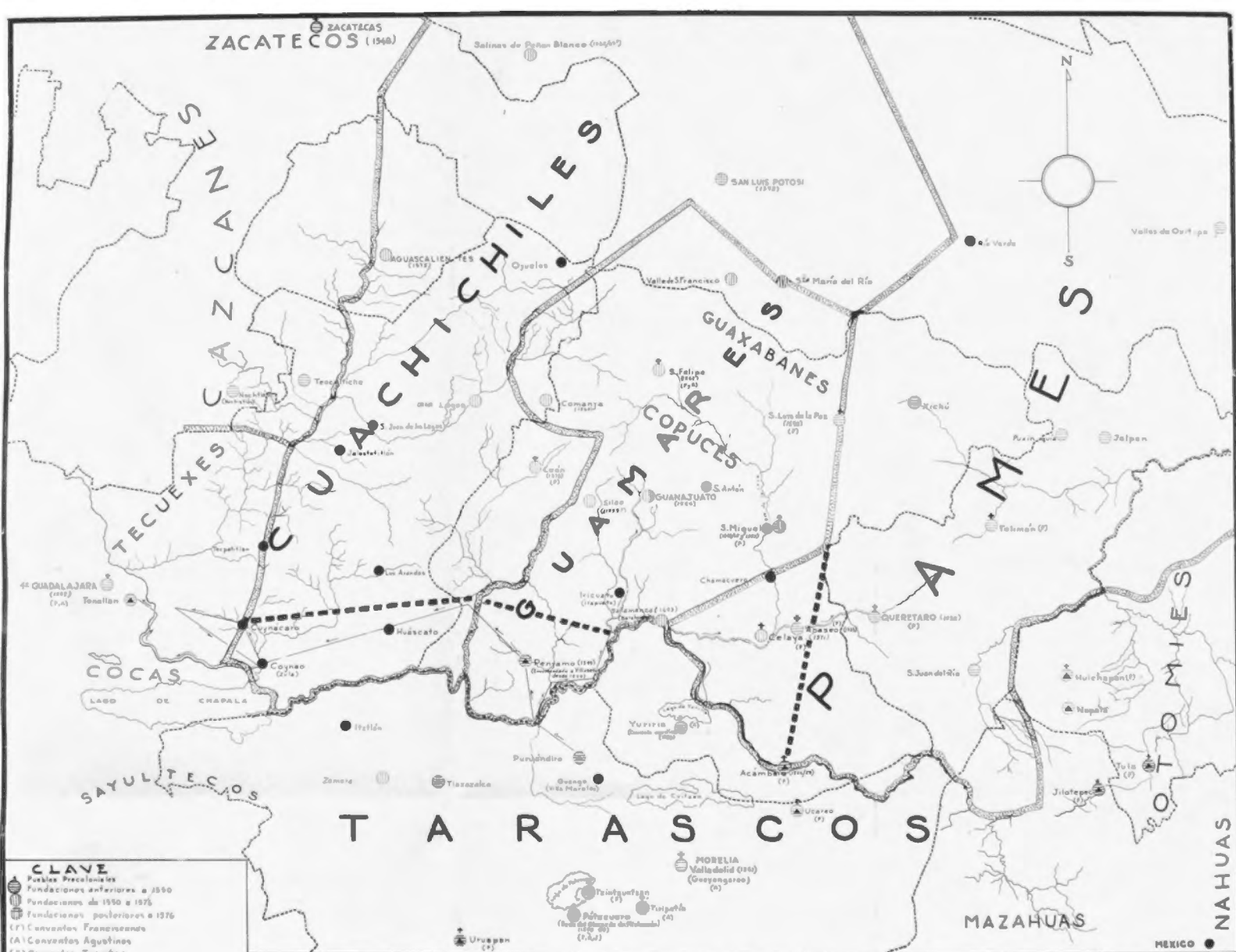
mandado por instrucción que si hallaren en ellos alguna aptitud o habilidad para vivir como estotros viven, y venir en conocimiento de nuestra fé, y reconocer el servicio que a vuestra magestad deben, los apaciguar y traer al yugo de vuestra magestad y pueblen entre ellos en la parte que mejor les pareciere; y si no los hallaren como arriba digo y no quisieren ser obedientes, les hagan guerra y los tomen por esclavos, porque no haya cosa superflua en toda la tierra ni que deje de servir ni reconocer a vuestra majestad, y trayendo estos bárbaros por esclavos, que casi son gente salvaje, será vuestra majestad servido y los españoles aprovechados, porque sacarán oro en la minas, y aun en nuestra conversación podrá ser que algunos se salvarsen.

“Entre estas gentes he sabido que hay cierta parte muy poblada de muchos y muy grandes pueblos y que la gente dellos viven a la manera de los de acá, y aun algunos destos pueblos se han visto por españoles; tengo por muy cierto que poblarán aquella tierra, porque hay grandes nuevas della de riqueza de plata”.

Existe una cita en la obra de López de Gómara sobre la Conquista de Nueva España acerca de esta expedición y es éste, hasta ahora, el único otro dato que sobre ella conocemos.

A fines de 1529, D. Nuño de Guzmán partió en busca del fabuloso país de las Amazonas con un ejército de más de 500 soldados españoles y alrededor de 10,000 indios auxiliares, en su mayor parte aztecas. Esa fábula de las Amazonas tuvo su origen en el nombre nahua para el occidente que es *cibuatlampha* (“hacia el lugar de las mujeres”). Recordemos, igualmente, que había por Jalisco y Colima lugares llamados *Cibuatlán* y también en la costa occidental de Guerrero, no lejos de Michoacán, existe hasta la fecha Sihuatanejo, cuyo nombre proviene de *Cibuatán*. Es importante constatar que las huestes de D. Nuño observaron que en algunos lugares entre el lago de Chapala y el río Santiago, las mujeres tenían cierta preponderancia, y hasta se menciona el caso de una reina famosa.

No nos interesa, por ahora fijar todo el derrotero de D. Nuño, sino sólo su recorrido por el actual Estado de



ZACATECAS (1540)



CLAVE

- Puntos Precolombios
- Fundaciones anteriores a 1550
- ⊙ Fundaciones de 1550 a 1575
- ⊕ Fundaciones posteriores a 1575
- (F) Conventos Franciscanos
- (A) Conventos Agustinos
- (J) Conventos Jesuitas
- Rutas de D. Nuño de Guzmán
- Expediciones dudosas de D. Nuño de Guzmán
- Fronteras aproximadas de los grupos indígenas
- () La línea continua corresponde a la época de la abita delimitada de las Casas (1570) y se interrumpe a una situación anterior

LA COLONIZACION Y EVANGELIZACION DE GUANAJUATO EN EL SIGLO XVI

POR WIGBERTO JIMENEZ MORENO

Guanajuato. Después de llegar a Puruándiro, fué a Conguripo, y muy cerca de allí atravesó el río Lerma por el vado que denominó "de Nuestra Señora", pasando a tierras guanajuatenses, a principios de 1530. Acampando en las inmediaciones de dicho sitio, hizo ajusticiar inicuaamente a *Cacoltzin* y envió una expedición a recorrer el río arriba, la que parece tardó tres días en su viaje de ida y vuelta. Tello pretende que los enviados de D. Nuño llegaron hasta Querétaro y Guanajuato, y así nos dice:

"... conquistó a Querétaro, Guanajuato, Pénjamo el Grande, Ayo y Huascatillos, que eran gente de guerra derramada en Bohíos y habría de esta gente como tres mil hombres, que le recibieron bien y de paz y tomó posesión de ellos por su conquista, aunque algunas personas graves se lo contradijeron, particularmente Villaseñor, diciendo que eran de su encomienda, por la provincia de Mechucán; y no obstante eso, lo metió en su conquista y estuvo allí cuatro días, tanteando su entrada y comunicando lo que haría, aunque no estaba muy contento de estos indios de Ayo tan rústicos y pueblezuelos de tan poca importancia, y de aquí salió con su campo para el valle de Cuina".

Como —salvo este caso y otros dudosos— no se cita a la capital de Guanajuato como conquista de D. Nuño, me parece no existen pruebas suficientes para tenerla como tal. Se sugiere, en cambio, para Querétaro —en información abierta en Guadalajara en 1561— que a aquel lugar pudieron acercarse las gentes de Guzmán en sus exploraciones preliminares. De todos modos, consideramos como seguro que los enviados de ese conquistador llegaron hasta Pueblo Nuevo o Salamanca, al recorrer el río Lerma hacia su nacimiento.

Regresados los miembros de esa expedición al Vado de Nuestra Señora, partió la hueste hacia Pénjamo, los Ayo (Grande y Chico), Huáscato y Cuina o Coinao, lo que nos lleva hasta cerca del Lago de Chapala. Ayo el Grande estaba en los límites de Jalisco con Guanajuato, al sur de Piedra Gorda, y Coinao o Cuina parece identificarse con Zula, aunque también llevaba aquel nombre un extenso valle que desde el último lugar se extiende hasta Jacona y Zamora. El resto del itinerario no nos interesa ahora, y só-

lo expresaremos nuestras dudas acerca de una pretendida visita a las regiones de Comanja y Zacatecas, realizada por Peralmíndez Chirinos, en una exploración que le encomendó D. Nuño. Queremos, en fin, puntualizar este hecho: la subyugación de la Nueva Galicia, con sus atrocidades bien conocidas —y particularmente la costumbre de incendiar los pueblos conquistados— no fué únicamente obra de los españoles, sino también de sus auxiliares aztecas, que continuaban sus viejos métodos de conquista al lado de un capitán feroz y poco escrupuloso. En cierta medida, fué esa la última conquista azteca.

Recién fundada la primera Guadalajara en Nochistlán, Maximiliano de Angulo —uno de los alcaldes ordinarios— partió a recorrer la jurisdicción de dicha villa, y, como se consideraba que los términos de ella —y, en general, los de la Nueva Galicia—, llegaban hasta el río Grande o Lerma, fué recorriéndolo hacia su nacimiento, y al encontrarse con su afluente llamado hoy río Laja, debió seguir por él hasta Querétaro, donde le salieron unos indios de guerra; después de derrotarlos, los dejó “asentados de paz”, fundándose allí un pueblo de indios en 1532. La “Relación” de Ramos de Cárdenas refiere que en aquel lugar había residido ya, desde poco tiempo después de la Conquista, un indio llamado *Conin*, originario de Nopala, que desde antes comerciaba con los chichimecas. Con parientes y amigos se estableció en La Cañada, a la que —por su semejanza con el lugar donde se jugaba a la pelota— se le llamó *Andamaxei* en lengua otomí y posteriormente llegaron algunos españoles, como el encomendero de Acámbaro, Hernán Pérez de Bocanegra, y sus auxiliares tarascos cambiáronle el nombre, dándole el de Querétaro, que era en su lengua el equivalente del que ya tenía. Fué bautizado *Conin* y se llamó D. Hernando de Tapia. Al año siguiente se fundó el pueblo de San Juan Bautista Apaseo, y parece que se le dió tal patrono por la participación que en ello tuvo el P. Juan Bautista, encargado alguna vez del curato de Tula. En el año de 1533, una nueva expedición comandada por Oñate —lugarteniente de D. Nuño en el gobierno de la Nueva Galicia— repitió el recorrido de Maximiliano de Angulo, llegando también a Querétaro,

pero fué aún más adelante, pasando por Jalpan para llegar luego a los valles de Oxitipa, pues se trataba de encontrar un camino entre la Nueva Galicia y la antigua gobernación de Pánuco, que antes había regido D. Nuño.

III.—*Michoacán desde la muerte de Cacoltzin hasta el advenimiento de Quiroga como Obispo (1530-38).*

MIENTRAS tanto, la situación de Michoacán era bastante desconsoladora. Ajusticiado el *Cacoltzin*, los tarascos fueron gobernados por D. Pedro hasta su muerte, acaecida en 1542 o 1543, cuando acababa de redactarse la "Relación de Michoacán", en cuya elaboración intervinó.

Estaban los tarascos muy quejosos de los desmanes de los soldados y colonos españoles y no podían creer en sus buenas intenciones, ni aun en las de los frailes. El único de éstos que lograba algún fruto era Fr. Juan de San Miguel, que residía en Uruapan. Para averiguar lo que ocurría en Michoacán y al otro lado del río Grande, habíase hecho algunas informaciones como la levantada en 1531 y publicada en el Epistolario de Nueva España (T. II, pp. 14-23), en la que se dice que desde Jalisco envió Guzmán a Antonio de Godoy, para que "con toda la gente que pudiese haber, así españoles como indios, fuese a paciguar ciertos pueblos que cerca de la dicha provincia de Mechuacán están, que se dicen Iztlán e Cuinao e otros"; también se afirma que la comarca de Acámbaro—o una región próxima a ella—era tierra de guerra. El monarca español tenía mucho interés en obtener datos acerca de la geografía de Nueva España y por esto se envió a Juan de Villaseñor en 1532 a que recorriese Michoacán, y éste tocó la zona de Yuriria al desempeñar su cometido. Por último, los oidores de la segunda audiencia decidieron que uno de ellos—D. Vasco de Quiroga—fuese a visitar Michoacán. Consta que D. Vasco acababa ya de llegar a esta provincia a principios de agosto de 1533, y que desde luego procuró atraerse a los naturales que vivían en Tzintzuntzan y en otros pueblos del lago de Pátzcuaro, dándoles seguridades de que no serían molestados y de que

tendrían ciertas ventajas económicas al aceptar el cristianismo. En Santa Fé de la Laguna —hoy llamada Quiroga— tuvo un centro muy importante de catequesis, al que solían acudir no sólo tarascos de regiones distantes, sino aun chichimecas de más allá del río Grande. Para consolidar su empresa, D. Vasco quiso fincar un núcleo de colonización española cerca de Tzintzuntzan, y parece que por allí estableció, en 1533-34, una villa de españoles a la que llamó Granada, que tuvo vida efímera. Tuvo, más tarde, que regresar a México, y sus ocupaciones le impidieron volver a Michoacán, hasta que fué nuevamente allá para tomar posesión de su obispado en 1538.

Mientras tanto —abierta ya la brecha— los franciscanos fundaban numerosos conventos, y uno de los que más prosperaban era el de Acámbaro. Por eso, al constituirse en 1536 la custodia de Michoacán y Jalisco. Acámbaro fué asignado a ella. Casi al mismo tiempo se erigió el obispado de Michoacán, pero no tuvo obispo efectivo sino hasta que se nombró al oidor Quiroga para tal cargo, del que tomó posesión en Tzintzuntzan, en agosto de 1538, y fué luego consagrado en México, en diciembre de ese año, por Fr. Juan de Zumárraga.

IV.—*Quiroga, Zumárraga y los Agustinos. Mendoza y su lucha contra los Cazcanes (1538-42).*

EL mismo año de 1538 en que Zumárraga consagró a Quiroga como obispo, se inició el "pleito grande" entre los dos obispados de México y Michoacán. El principal motivo fué la posesión de Querétaro, a lo que se añadió después la disputa por los diezmos de las estancias que se fundaron en el oriente de Guanajuato. Para entonces, la colonización española había avanzado bastante hacia Querétaro, que en 1540 constituía un baluarte contra los chichimecas; además, se estaba iniciando el poblamiento de la comarca de San Juan del Río, y entre ésta y la de Jilotepec —en los llanos del Cazadero— se efectuó en ese año una montería, participando en ella el virrey Mendoza.

Mientras tanto, D. Vasco se había establecido en Tzintzuntzan desde 1539, pero no residió allí más de un año

y en 1540 trasladó la sede de su obispado a Pátzcuaro, que desde entonces usurpó a Tzintzuntzan el sobrenombre de "Michoacán" que le correspondía a ésta. Pátzcuaro fué desde luego un foco de cultura, pues allí se fundó en el mismo año el colegio de San Nicolás, y esa ciudad fué un centro de atracción para los españoles, que fueron a establecerse allí y pronto adquirieron tierras en las zonas circunvecinas y al otro lado del Río Grande, de modo que la primitiva colonización del suroeste de Guanajuato fué realizada por los vecinos de Pátzcuaro, que allá tuvieron sus estancias o haciendas.

Contemporáneamente a la empresa evangélica de D. Vasco, la que desarrollaban los agustinos no tenía menor importancia: habían llegado por 1538 a establecerse en Tiripetio, donde Fr. Alonso de la Veracruz fundó la primera Casa de Estudios que hubo en América, y desde ese pueblo—que estaba encomendado en Juan de Alvarado—un fraile del mismo apellido fué a iniciar la fundación del convento de Yuriria en 1539, estableciéndose en terrenos que a los agustinos fueron donados por D. Alonso de Castilla.

Así como Pátzcuaro había usurpado la primacía a Tzintzuntzan, una nueva ciudad—Valladolid (hoy Morelia), fundada en 1541 en el valle de Guayangareo por orden de Mendoza—habría de disputar a Pátzcuaro el ser cabeza de la provincia, especialmente desde la muerte de Quiroga, en 1565.

Otra nueva población fundábase por ese tiempo: era la cuarta Guadalajara, que desde 1542 se estableció en el sitio que actualmente ocupa, habiendo participado en esto el virrey Mendoza durante la reñida lucha contra los cazcanes, que puso en tan grave aprieto la colonización de la Nueva Galicia.

V.—*La Primitiva Colonización Ganadera de Guanajuato y la Evangelización de los Guamares de San Miguel y Pénjamo (1542-49).*

HASTA entonces había sido costumbre otorgar mercedes para estancias de ganado en la región de Zumpango—al

norte de la capital—, y en el Valle de Toluca. Pero, vencida la resistencia de los cazcanes y de sus aliados, fué posible iniciar la colonización del oriente de Guanajuato, la que sólo adquiere importancia desde 1542, cuando se dan las primeras mercedes de la comarca de Apaseo y Chamacuero, poblándola de ganados. La provincia de “Las Chichimecas” atrae entonces la atención de los colonos y hasta se da una provisión a Juan Jaramillo, en 1543, para que vaya a descubrir las tierras de que algunos indios le habían dado noticia.

Formábase, por esta época, el pueblo de indios de San Miguel, y la colonización avanzaba hacia el interior con ritmo acelerado, así que en 1546 se concedía a Rodrigo de Vázquez la estancia de Guanajuato—que hasta allí era una sierra espesa y despoblada—y aun se pretende—en un documento lleno de anacronismos—, que en 1547 se fundó la congregación indígena de Iricuato. Si no hay pruebas de que Irapuato tuviera desde entonces este rango, sabemos, al menos, que ya se conocían lugares cercanos, como Cuchicuato. Más adelante, hacia el suroeste, la colonización había progresado hasta el punto de que en 1549 varios indios guamares aceptaron ser reducidos al pueblo de Pénjamo, que en ese momento se fundó con ellos y con indios tarascos, gracias a la persuasión de los religiosos y a los esfuerzos de D. Juan de Villaseñor. Desde 1544 le había sido encomendado a éste el pueblo citado, con otros cercanos, por andar sus habitantes remontados a la sierra, debido quizás, a las perturbaciones causadas por la rebelión de la Nueva Galicia. Esta fundación marca un triunfo en la evangelización de los guamares.

Estos indios, sin embargo, habían sido ya objeto de las tareas apostólicas de Fr. Juan de San Miguel, que en 1542-45 partió del convento de Acámbaro—donde era guardián—acompañado de indios catecúmenos, y fundó con guamares, otomíes y tarascos, el pueblo de San Miguel (“San Miguel Viejo”). Véase retratado en un curioso cuadro que existe en la parroquia de San Miguel Allende, en el cual se indica que la fundación ocurrió en 1542: lo cierto es que ya se menciona aquel lugar en la merced de Guanajuato a Rodrigo de Vázquez, que data de 1546.

Desde aquella misión Fr. Juan de San Miguel hizo varias entradas a territorios de los guamares y cuachichiles, llegando a Río Verde, y regresando más tarde al punto de partida. Parece que una de sus predilectas empresas fué la de fundar hospitales que, por cierto, eran bien necesarios a causa de la terrible peste de 1545. Es casi seguro que él fué también el fundador del Colegio de San Miguel.

Mientras tanto, la lucha entre el obispado de Michoacán y el de México no cesaba, y había tenido un momento álgido entre los años de 1544 a 1547, disputándose entonces, además de Querétaro, las estancias de Soria, de Burgos, de Cuenca y otras, inclusive la de Guanajuato. La querrela no terminó sino hasta 1584, pero se atenuó un poco con la ida de D. Vasco a España en 1547.

VI.—*El Conflicto entre los Obispos de Michoacán y de la Nueva Galicia, la apertura del camino de México a Zacatecas y las primeras dificultades con los Chichimecas (1548-54).*

EN 1548 fué erigido el Obispado de la Nueva Galicia con sede en Guadalajara, y se nombró a don Pedro Gómez de Maraver para ocuparla; aun no amainaba el conflicto entre las diócesis de Michoacán y México cuando surgía otro para la primera, y ahora don Vasco —insigne pleitista— iba a enfrentarse a un personaje impetuoso con quien habría de tener serias dificultades. Por 1549, Gómez de Maraver y las autoridades neogallegas empezaron a cobrar diezmos en las estancias de "Las Chichimecas" y al año siguiente se escribió en Guadalajara un interesante expediente que, con el título de "Determinación de Límites entre los Obispos Neogallego y Michoacano. . ." ha sido publicado en el T. I. de la "Colección de Documentos. . .referentes al Arzobispado de Guadalajara". Entonces fué comisionado Diego Ramírez por el Virrey Velasco para trazar los límites de ambos Obispos, y así lo hizo aquél en el año de 1551, habiéndose producido algunos episodios desagradables al asentar los mojones.

Dentro de la Nueva Galicia acababa de registrarse un acontecimiento de suma importancia: la fundación, en 1548, de la villa de Zacatecas, que pronto se hizo famosa por sus ricas minas y atrajo un movimiento inusitado de colonización hacia esa zona. Esto produjo, al poco tiempo, serios conflictos con los chichimecas, que hasta entonces no presentaron seria resistencia al establecimiento de los hispanos dentro de su territorio. En 1550 iniciaron sus ataques los zacatecas, cuachichiles, guamares y aun otros grupos, y asegura Gonzalo de las Casas que el primer asalto lo hicieron los zacatecas "entre Morcilique y los rrios de Tepeçala en unos yndios tarascos q(ue) yvan a Çacatecas, con mercadería, mataro(n)los a todos y rrobaron larropa, despues estos mismos Çacatecas dende a pocos días hizieron otro salto e(n) unas rrequas, de (christ) obal de Oñate y de Diego de ybarra, una legua antes de la Çenagilla del monte, y tres de Çacatecas, e(n) q(ue) hizieron mucho daño".

A partir de allí los asaltos de los chichimecas iban a ser continuos y no cesarían sino hasta que se arreglara la paz con ellos en 1590. Por el momento sólo consignaremos que la primera expedición que salió a combatirlos fué la encabezada por el Alcalde Mayor de Zacatecas, Sancho de Caniego, verificada el año de 1551.

La importancia creciente de las minas de Zacatecas hacía necesario que se abriera un camino que las comunicara con la ciudad de México. Sabemos que trabajó en esto San Sebastián de Aparicio, dedicándose al tráfico de carretas, y parece que fué en Querétaro en donde tuvo el centro de sus actividades. Por 1550 tanto este pueblo como el de San Miguel estaban en pleno auge a causa de la apertura de aquel camino, y por eso abundan las donaciones de tierras, para que en ellas se establecieran ventas u hospederías. Algunos de los vecinos más connotados de Zacatecas tuvieron ventas por San Miguel, y las tuvo igualmente el Colegio que aquí dirigía el Padre Fray Bernardo Cossin (o ¿Cousin?) quien sucedió a Fray Juan de San Miguel como guardián del convento sanmiguelense. Fué este fraile quien continuó la labor apostólica de su predecesor, y sabemos que misionó primeramente entre

los guaxabanes, fundando una misión que llamó San Francisco "q(ues) al carilazejo" (quiere decir "Carrizalejo") y luego penetró al actual Estado de San Luis Potosí, estableciendo otra entre la gente del Xale, a la que llamó Santa María; otra más en los Macolías, junto a una laguna, llamándola San Lorenzo; y en todos estos lugares dejó algunos *pilbuanes* o catecúmenos jóvenes, que doctrinaron a los indios, después de lo cual marchóse a Zacatecas. Regresó luego a su punto de partida, para volver nuevamente a estas minas y a las de San Martín —ésta aún no descubiertas— habiendo sufrido el martirio a manos de unos indios, en una fecha que situaríamos por 1554. Por este tiempo hubo un asalto de los copuces, quienes mataron 14 ó 15 personas "en un pueblo de indios pequeño, cercano a San Miguel" y esto fué la causa de que se despoblase este último lugar que, como se ha dicho, estaba poblado de chichimecas, tarascos y otomíes: los chichimecas, que eran de la parcialidad del Copuz viejo, se fueron a San Antón —hoy San Antón de las Minas, cerca de Dolores, Hidalgo— los otros indios se asentaron en "El Mezquitil", es decir, en la región de Celaya. Todo esto ocurría, quizá, por 1552-54. El pueblo de indios junto a San Miguel, de que habla Las Casas, no era quizá otro que San Miguel viejo, y ya veremos que habría de fundarse, bastante inmediata, la villa de españoles de San Miguel el Grande.

VII.—*Desde la Fundación de Guanajuato hasta su erección en Alcaldía Mayor (1554-1560).*

AL principio el Gobierno Colonial no había tomado muy en serio la represión de los asaltos de los chichimecas, pero parece que, a partir de 1554, empezaron a ser enviados algunos funcionarios o capitanes a combatirlos y quizá el primero comisionado para ello fué el licenciado Herrera, Oidor de la Real Audiencia, quien les hizo guerra, y ahorró a muchos, y a otros sólo los prendió; después fué proveído para lo mismo Hernán Pérez de Bocanegra y tras él otros capitanes. La expedición del oidor es también

mencionada en una interesante carta escrita en 1582 por el Obispo de Michoacán Fray Juan de Medina Rincón. El historiador Antonio de Herrera pinta lo grave de la situación en 1554 y el P. Cavo dice que los chichimecas tenían entonces, como su jefe, al indio Maxorro, que en una junta recomendó a los suyos emplearan ciertas tácticas para compensar las ventajas que a los españoles daban las armas de fuego. Nueva expedición contra los chichimecas tuvo lugar en 1559-60, encabezada por el Alcalde Mayor de Xilotepec. De otras posteriores hablaremos adelante.

Mientras tanto, se había establecido el Real de Minas de Guanajuato, por 1554. Esta fecha tradicional parece probable, porque consta que la fundación ocurrió cuando era Alcalde Mayor de Pátzcuaro Juan Velázquez de Lara, y sabemos que éste tuvo tal cargo durante los años de 1554 a 1557. Dícese que las vetas de Guanajuato fueron descubiertas por arrieros que transitaban el camino a "las Zacatecas", poco después del poblamiento de esta ciudad. La villa de San Miguel fundóse un año más tarde, en 1555: recordemos que desde 1542-45, existía ya, en las cercanías, un pueblo de indios que luego fué abandonado a causa de un ataque de los chichimecas. Precisamente, para reprimir sus desmanes, el Virrey Velasco mandó fundar la villa y hasta vino a Apaseo para tal objeto, pero enfermó y se tuvo que regresar a México, y entonces comisionó a Angel de Villafañe para poblarla. Inmediatamente acudieron muchos españoles a avecindarse, y a su lado los otomíes tuvieron cierta importancia. Estos últimos fundaron, según parece, el pueblo de Silao —o de "Santiago Silagua"— por 1557: un documento atribuye la fundación al famoso D. Nicolás Montañés y le asigna la fecha de 1537, pero como le llama "capitán contra los chichimecas" y es sabido que sólo en 1557 se le otorgó ese título, creemos prudente corregir tal fecha; consta, en todo caso, que Silao es citado desde 1560.

Por consiguiente, para entonces la colonización otomí de Guanajuato había avanzado mucho, y así encontramos que en 1560 las autoridades coloniales trataban de fundar, con vecinos de Xilotepec, una "Villa de San Luis Nueva

Xilotepec" y se había encargado, tanto al Alcalde Mayor de Xilotepec, como a sus lugartenientes —y entre éstos a Juan Sánchez de Alanís— que buscaran el sitio más adecuado para establecer esa villa. Por desgracia, no podemos todavía precisar cuál fué el lugar escogido para dicha puebla, pero parece que dos fueron los puntos preferidos: uno, entre San Luis de la Paz y San José Iturbide, y otro, en donde hoy está la villa de San Felipe.

Mientras tanto, la querrela entre los Obispaños de Michoacán y la Nueva Galicia, continuaba indecisa, y fué preciso hacer un nuevo amojonamiento de límites en 1555.

VIII.—*Los Primeros Años de la Alcaldía Mayor de Guanajuato (1560-65).*

LA importancia de la recién fundada población de Guanajuato creció tan rápidamente, que en 1560 fué erigida Alcaldía Mayor, encargándose de ella D. Alonso de Peralta. En el mismo año, Juan de Jaso, Corregidor de Yuriria, descubrió las minas de Comanja y consiguió que se le permitiera utilizar los servicios de indios de Yuriria y de otros lugares próximos, para la construcción de las casas de los españoles que allí se iban a avecindar. El sitio era ya conocido desde mucho antes, pues se nombra la "Sierra de Comanja" en 1550. La importancia de este nuevo centro minero era tanta en 1561, que se nombró un Teniente que lo administrara, dependiente del Alcalde Mayor de las minas de Guanajuato. Pero la Nueva Galicia —con unos días de anticipación— había nombrado también un Alcalde Mayor para que rigiera Comanja. Prevaleció, sin embargo, el designado por la Nueva España —que fué Juan de Jaso— y por parte del otro Reino se levantó entonces una información, haciendo constar que todas esas tierras —y aun todo lo que hoy es el Estado de Guanajuato, hasta Querétaro— había sido incluido en la conquista de Nuño de Guzmán y en las expediciones de Angulo y de Oñate a que ya nos referimos. Contábase, como un antecedente, que en otro tiempo—quizá por 1550—

había habido una disputa sobre términos de jurisdicción entre el Alcalde Mayor de Teocaltiche (a quien correspondía la administración de los Llanos de los Chichimecas) y el Teniente que residía en Querétaro y que representaba al Alcalde Mayor de Xilotepec.

Al poblarse, en 1562, la villa de San Felipe, la Nueva Galicia temió una nueva invasión de la Nueva España hacia lo que aquella consideraba sus términos, y para impedirlo se fundó, en 1563, la villa de Santa María de los Lagos. También en este año se amojonaron de nuevo los linderos de los Obispos de Michoacán y Guadalajara, cuyas disputas tenían ciertos nexos con las de los reinos atrás mencionados.

Habíase planeado desde 1560 la fundación de la villa de San Felipe y hubo de realizarla, en 1562, D. Francisco de Velasco. Constituyó esa población un fuerte o presidio contra las incursiones de los bárbaros, y parece que los misioneros allí radicados pronto atrajeron a elementos indígenas, con los que fundaron un pueblo de indios donde se llama actualmente Analco. Los vecinos hispanos de este nuevo núcleo se distinguieron por su dinamismo como colonizadores, y quizá pudiéramos atribuirles el descubrimiento de las salinas de Peñón Blanco, si no fuera porque otros datos sugieren que fueron descubiertas desde Zacatecas. También explotaron los de San Felipe los extensos tunales que había al norte de su villa, entre ésta y el valle de San Francisco (hoy Villa de Reyes), para trabajar la grana. Y asimismo debemos atribuirles los primeros intentos de colonización del actual Estado de San Luis Potosí.

Fué de gran importancia para el desarrollo de San Felipe, en sus primeros años, la influencia de un personaje a quien la "Relación de Querétaro" cita como evangelizador de esta última zona: Juan Sánchez de Alanís, que apareció en escena cuando se fundó Querétaro, y posteriormente desempeñó el cargo de Justicia Mayor de Las Chichimecas, después de lo cual fué Justicia de la villa de San Felipe; por 1564-65 ordenóse de sacerdote y a partir de entonces se dedicó por entero a la evangelización del norte de Guanajuato. No es éste el único caso de un estanciero

mudado en sacerdote, pues hemos hallado ejemplos similares.

Entretanto, la colonización del occidente de aquel Estado progresaba mucho, y en el año de 1563 se daban numerosas mercedes en la zona de las minas de Comanja y Señora, dentro de la que se incluía el sitio que hoy ocupa León. Se mencionan también, con bastante frecuencia, donaciones de tierras en los Llanos de Silao, y aparece citada varias veces la Estancia de los Labradores o de Iricuato. Sin embargo, un poco más al suroeste, el pueblo de Pénjamo sufría un serio ataque de los chichimecas, y aun quizá era destruido, poco después de 1563. En el extremo sur, la zona entre Yuriria y la estancia de Barahona (donde en 1603 se poblaría Salamanca), era por entonces intensamente colonizada. No es de extrañar, por tanto, que en 1565 surgiera un conflicto entre las alcaldías Mayores de Michoacán y Guanajuato, pretendiendo aquella que siempre le correspondió tener jurisdicción sobre el sur del Estado y que Yuriria misma había dependido de Pátzcuaro, por lo cual resentía la intromisión de Guanajuato. El pleito, sin embargo, lo ganó esta última.

IX.—*La lucha contra los Chichimecas de 1560 a 1576.*

APENAS establecida la Alcaldía Mayor de Guanajuato, en 1560, sus autoridades lucharon durante ese año contra unos negros cimarrones refugiados en la sierra. Luego, en 1561, estalló una rebelión terrible de zacatecas y cuachichiles que abarcaba el actual Estado de Zacatecas y las porciones más inmediatas de los de San Luis Potosí, Jalisco, etc., estando confederados con ellos algunos indios del de Guanajuato, tales como los guamares. Pudo reprimirse esta rebelión gracias a los esfuerzos de Pedro Ahumada de Sámano, que nos dejó un relato muy interesante acerca de su campaña. De éste se desprende que en muchas ocasiones algunos indios ya catequizados de San Miguel y Pénjamo, proporcionaban ayuda a los insurrectos, y aun les daban a conocer los planes que tenían contra ellos los españoles. No era, pues, extraño que fuera tan difícil

dominar estas llamadas "sublevaciones", que en realidad no eran tales, puesto que los chichimecas no fueron conquistados.

Dijimos ya que, por 1563-64, una incursión de chichimecas tal vez destruyó Pénjamo, y ahora agregaremos que el P. Barajas, Cura de dicho pueblo, organizó una expedición en busca de los malhechores, de cuyos resultados nada sabemos. Las cosas empeoraron cuando, por 1568-69, los bárbaros atacaron Comanja y asesinaron a los españoles que vivían en ella, escapándose sólo dos: el cura Juan de Cuenca, y un Juan de Zayas, los que vinieron a refugiarse en las inmediaciones de lo que hoy es León. También atacaron los chichimecas, en 1569, el Puerto del Robledal, cerca de Guanajuato, como lo cuenta Torquemada, y por eso el Alcalde Mayor de esas minas—Juan de Torres de Lagunas—salió en persecución de los incursores, y, no encontrándolos fácilmente, se internó en el actual Estado de San Luis Potosí, hasta llegar a Villa de Valles, donde encontró emisarios de Fray Andrés de Olmos, que evangelizaba La Huasteca, y regresó luego por otro camino, al punto de partida. Parece haber sido ésta la primera expedición exploradora de alguna importancia que se adentrara a tierras potosinas.

Indudablemente, la situación creada por las hostilidades de los chichimecas se había hecho muy seria. Sus incursiones llegaban hasta Xilotepec y por eso no extraña que en 1570 el Virrey urgiera al Ayuntamiento de la Capital para que aportara toda ayuda posible, a fin de equipar otro ejército que los castigara. Pretende Cavo que el Virrey en persona encabezó la hueste, y aún añade un autor que debió llegar hasta el sitio donde se levanta Celaya, y que por eso ordenó que se poblara esta villa, como se hizo en los primeros días de 1571. Finalmente, el Virrey ordenó el establecimiento de los presidios de Portezuelo y Ojuelos, para seguridad del camino que iba a Zacatecas. También se registra, para 1570, una empresa punitiva a cargo del Doctor Sandi, como resultado de la cual fueron ahorcados algunos indios considerados como culpables. No hay que olvidar que otra expedición contra los chichimecas le fué cometida a Gonzalo de las Casas.



Mapa de las villas de San Miguel y San Felipe que data, probablemente, de 1580.

Enríquez de Almanza era, en cierto modo, una fiel imagen de Felipe II y, como éste, cuidaba mucho de conocer las opiniones de los eclesiásticos sobre la legitimidad y justicia de sus empresas guerreras. Por eso convocó, en 1569, a una junta de teólogos que discurrieron sobre la justicia de la guerra que se hacía a los chichimecas, y poco después, en 1574, reunió otra nueva asamblea con igual objeto, y parece que fué precisamente para esta última para la que escribió Gonzalo de las Casas su inestimable obra, de tan gran valía para los etnólogos como para los juristas. La fecha de su redacción debió ser 1574: primero, porque se advierte que es posterior a 1571, ya que en el texto se cita éste como "año pasado"; y segundo, porque se nota que es anterior a 1576, pues no menciona la villa de León, que se fundó en enero de tal año, sino que designa el lugar como "Valle de Señora"; por último, toda la obra está claramente enfocada a la discusión del problema que se ventilaba en aquella junta de 1574.

X.—*Desde la Fundación de Celaya hasta la Erección de la Alcaldía Mayor de León (1570-80).*

RELATAMOS ya que en 1570 el Virrey Enríquez había ordenado que se asentara la Villa de la Purísima Concepción de Celaya, lo cual se realizó a principios de 1571. La fundación tuvo éxito, pues acudió gran número de pobladores que aprovecharon las tierras para el cultivo del trigo, y pronto existieron abundantes molinos para fabricar harina. Fué elevada, por tanto, dentro de la misma década en que ocurrió su poblamiento, a la categoría de Alcaldía Mayor, y desde 1573 se estableció allí un convento franciscano. Sin embargo, Celaya también estaba expuesta a los ataques de los chichimecas y uno de los fines a que debió su origen era el de contenerlos. Poco después de establecido el Convento, los PP. Doncel y Burgos, que habitualmente vivían en San Felipe y habían tenido que ir a México, pasaron, a su regreso, por el monasterio de Celaya y se dirigieron luego hacia San Felipe, pero entre Chamacuero y la villa de San Miguel—en un

estrecho paso que hasta la fecha se llama "Puerto del Fraile" —fueron asaltados por los chichimecas y martirizados horriblemente, y es tradición que el Crucifijo que uno de los religiosos llevaba consigo es el mismo que hoy se venera en San Felipe como "El Señor de la Conquista". Hasta la fecha celébranse cada año, en el lugar donde ocurrió el martirio, unas notables "danzas de concheros", en las que los indígenas tratan de reproducir la indumentaria propia de los antiguos chichimecas.

Mientras tanto, el Virrey Enríquez continuaba su política que tendía a lanzar aún más hacia el norte a los belicosos salvajes por medio de villas que contuviesen sus incursiones, y por eso mandó fundar, en 1575, la villa de Aguascalientes y a principios del siguiente año la de León.

Los comienzos de la vida de esta última no fueron felices, pues, aparte del constante amago de los chichimecas —que obligaba a los vecinos a vivir armados— surgió muy pronto un nuevo peligro: el de los mulatos.

Los negros y mulatos eran numerosos en regiones inmediatas como las de los actuales municipios de San Francisco y Purísima, y todavía nos habla de su antigua influencia el nombre de una localidad, "Cañada de Negros". Los mulatos eran empleados como vaqueros en las haciendas que allí poseía don Pedro Lorenzo de Castilla, hijo de don Luis, y poseedor de extensas encomiendas en la zona de Pinotepa, donde abunda, por cierto, la población negra. Ahora bien, parece que uno de los alcaldes ordinarios que gobernaron León en el primer año de su vida —el mulato Antonio Rodríguez de Lugo— se valió de su influencia para atraer a la naciente villa a un buen número de gentes de su casta, que poco a poco fueron posesionándose en ella de los mejores sitios, con gran disgusto de los españoles, que en un interesante expediente se quejan de los desmanes cometidos por los mulatos. Las autoridades de la población eran impotentes para reprimir esos abusos porque su jurisdicción no alcanzaba sino hasta lugares próximos y, por su parte, las otras justicias, como las de Pátzcuaro, Yuriria o Celaya, al tratar de perseguir a los malhechores, tropezaban con graves dificultades por la distancia que les separaba de los lugares donde se co-

metían esos delitos, y, si llegaban hasta ellos, los mulatos huían a refugiarse a la Nueva Galicia, cuyos límites estaban donde hoy empiezan los de Jalisco, y ya entonces era imposible capturarlos. Por ello la villa de León fué erigida en Alcaldía Mayor en 1580, dándosele jurisdicción sobre los actuales municipios de León, San Francisco y Purísima del Rincón, Piedra Gorda y Pénjamo, de modo que sus términos llegaban hasta el río Lerma, y esta demarcación subsistió hasta el siglo XIX, como se ve en el mapa de Guanajuato por D. José Guadalupe Romero, que se halla en sus "Noticias para la Historia y Estadística del Obispado de Michoacán".

XI.—*Desde la erección de la Alcaldía Mayor de León hasta el fin de la Guerra contra los Chichimecas y las fundaciones de San Luis de la Paz y San Luis Potosí (1580-92).*

EN 1580 el actual Estado de Guanajuato, estaba dividido ya en varias Alcaldías Mayores —las de Guanajuato, Celaya y León— y es posible que también por entonces se haya erigido otra con las villas de San Miguel y San Felipe, que originalmente dependían de la provincia de Xilotepec. En el mapa de Guanajuato, de 1863, por el canónigo Romero, puede observarse una división en cinco distritos, cuatro de los cuales coinciden precisamente con las jurisdicciones arriba anotadas y el último —llamado "Distrito de Sierra Gorda"— corresponde a otra cuyo centro estuvo en San Luis de la Paz, zona que se conservó indígena aun hasta nuestros días.

Entretanto, la guerra contra los chichimecas —que había menguado un poco— cobró nuevo ímpetu según las indicaciones que, en una carta suya, nos da el Obispo de Michoacán, en 1582. Fueron frecuentes los asesinatos de frailes o clérigos, como cuando en 1581 dieron muerte en Comanja al antiguo cura, el P. Juan de Cuenca, refugiado en León. En 1582 se había creado la parroquia de León, nombrándose beneficiado de ella al Bachiller Alonso Es-

pino, de cuya biografía nos ocupamos en el artículo "El Bachiller Espino y la Guerra contra los Chichimecas", donde se ve a las claras cuál era la situación imperante en 1585. Al año siguiente, el P. Espino fué muerto por los chichimecas en el Arroyo de la Losa, y esto infundió tal pánico a los eclesiásticos, que no quisieron venir ni fundar convento en aquella villa sino hasta 1589, en que los franciscanos llegaron. Su arribo ocurrió precisamente cuando los vecinos, desalentados, habían acordado desampararla, yéndose a pueblos cercanos, y la presencia de aquellos monjes detuvo la desbandada.

También en 1589 se realizó una empresa evangélica de trascendencia: partiendo de Pátzcuaro, donde los jesuitas tenían un importante centro, el P. Gonzalo de Tapia—después misionero de Sinaloa—atravesó Guanajuato, predicando a los chichimecas, y se estableció en San Luis de la Paz, cuya parroquia conserva su primer libro de bautismos—que empieza con el año de 1590—, y por él se ve que la actividad evangélica del P. Tapia no se limitaba a la región citada, sino que atañía también al actual municipio de Dolores Hidalgo y a lugares próximos a la frontera de Guanajuato con San Luis Potosí. Así mismo he encontrado—en el Archivo Episcopal de Morelia—, un curioso expediente que habla de los trabajos que en San Luis Potosí, antes de su fundación, habían realizado ya los PP. Tapia y Nicolás de Arnaya, por 1590-91, cuando se acababa de lograr la sumisión de los cuachichiles, pero aún no se fundaba aquella villa minera, que sólo fué establecida en 1592.

La colonización del centro de la entidad potosina partió a la vez de las villas de San Felipe y de San Miguel, y sabemos que, por 1585, salió de esta última una expedición que se dirigió a aquella zona para recobrar unos ganados, pues los estancieros de aquellas villas dejaban que sus reses se internaran en los pastales del norte.

En fin, en 1590 se sometieron los chichimecas, gracias a los esfuerzos del mestizo Caldera y del P. de la Magdalena. Se comprometió el Virrey a alimentarlos suministrándoles carne, y con esto se fundó, a los pocos años,



El P. Alonso Espino, cura de León, Gto.

una residencia jesuítica en San Luis de la Paz, que fué un centro de atracción para los indígenas recién pacificados. Todavía ahora subsisten algunos de ellos viviendo en una colina próxima, y sabemos que conservan muchas de sus costumbres antiguas, como su desmedida afición por el ganado ajeno, que con gran habilidad atrapan—aun a grandes distancias— durante excursiones nocturnas, harto atrevidas.

LA INCAPACIDAD DEL INDIO

Por José LOPEZ-PORTILLO

EL PROBLEMA de la incapacidad del indio interesa a todo aquel que trate de proyectar en su conciencia la sección horizontal de la Humanidad entera, de la Humanidad con mayúscula, la que puebla el globo en todas sus latitudes, con todos sus colores, estaturas, rasgos distintivos físicos, cualidades y defectos.

Para México, país de mestizos, ésta no es cuestión de mero interés académico. Es asunto vital, que afecta loscimientos mismos de una nacionalidad que empieza a ser y que ha de ser en plenitud en el futuro, pues si el mestizo sólo puede esperar del indio defectos, o en el caso más favorable, ausencia de cualidades, el porvenir de nuestro pueblo no podría presentar matices más sombríos.

Aceptar la incapacidad del indio, equivale a admitir su inferioridad racial. La raza es un hecho cierto, aunque indefinible; un axioma evidente, cuya falsedad se puede demostrar. No se sabe lo que son las razas, pero existen. Ahora, que ninguna es inferior. Todas tienen su finalidad propia, como entre la equina los finos caballos de carrera y los toscos frisones tienen la suya.

Los hombres somos muy vanidosos. Creemos que el mundo fué hecho *para* nosotros, y que está siendo adaptado *por* nosotros. La verdad, es que está siendo modificado *con* nosotros, que descendemos así al papel, nada autónomo, de "fuerza natural". Seamos humildes, y no creamos que lo que nos beneficia, o que creemos que nos beneficia, sea lo realmente benéfico. Mas para discutir este problema aceptemos como buena la escala de valores humanos, considerando aspectos que en ese caso no deben omitirse.

La Historia y la Geografía han hecho de México un receptáculo de fusión, y arrojado en él ingredientes hu-

manos que difieren entre ellos más, mucho más, de lo que difieren los que se funden en la mayor parte de las otras marmitas nacionales contemporáneas, sin excluir por ahora el famoso "meltingpot" de que tanto se habla en el vecino país del Norte. No lo excluimos por ahora, nada más, porque, cuando en Estados Unidos los negros se impongan por su número, (cosa inevitable si nos atenemos a su fecundidad, que las estadísticas comprueban como muy superior a la de los blancos), la situación cambiará para los anglosajones de América que aún se mantienen puros en buena proporción, pero cuyos descendientes serán mulatos. Entretanto, México supera en sus mezclas étnicas a todos los países de fusión.

El mestizaje en México abunda, con débil proporción de blanco y con porcentaje, creciente en cada generación, de indio; mas no es imposible que en futuro cercano el blanco inmigre en gran número, modificando substancialmente su ecuación étnica. Barruntos de ello hemos tenido en nuestros días con la inmigración ibérica, de la cual parte, por lo menos, arraigará definitivamente entre nosotros para mutuo beneficio.

La existencia del indio es hecho que se estima por algunos como hecho consumado e indiscutible, friamente; por otros, con la pasión propia de las preocupaciones raciales o políticas. Hay quienes consideran que en México el indio es "lastre" que quisieran echar por la borda; y en cambio, no faltan otros (algunos claramente mestizos, y hasta criollos), que desearían eliminar por completo al blanco y volver al régimen de los tiempos de Motecuhzoma. Tan sanguinarios anhelos, claro está, tendrán que quedar siempre insatisfechos, pues la realidad, que pobló originalmente con indios esta zona ístmica entre las masas continentales de América, ha traído también a los blancos que ahora estratifican en la cima del conglomerado racial, y no es cosa de consumir hecatombes por dar gusto a tales fanáticos.

La manera de considerar el problema difiere, como es natural, entre derechistas e izquierdistas. Por curiosa inversión, por recíproco, aunque incompleto canje de antecedentes, el derechista mexicano, que pretende ligarse ge-

Esto, podría suscribirlo Hitler.

Es innegable que en México el indio aparentemente puro se extiende aislado y solo en los estratos inferiores de la pirámide social. El indio actual es no más "aparentemente puro", porque en México no hay uno que carezca de su gota de sangre blanca. Cuatro siglos de encomendados, de hacendados y de tenderos españoles, y uno de revoluciones, son demasiados siglos y revoluciones para suponer que pueda conservarse incólume una pureza racial.

LA parte de la Humanidad que ha demostrado hasta hoy capacidad de progreso se desarrolló separadamente en tres núcleos, dentro de los cuales nacieron sendas culturas: en el primero, contamos al que pobló Europa, Eurasia y la parte Norte de Africa; en el segundo, los pobladores de Asia Oriental; y en el tercero, los habitantes de América. Claro que con esta afirmación no se niega la posibilidad de que el futuro progreso humano vaya a brillar entre africanos y polinesios. Es, nada más, reconocimiento de lo ocurrido hasta hoy.

Los núcleos de Eurasia y Asia Oriental, aunque autónomos en sus actividades y separados por distancias enormes, se mantuvieron en continuo contacto, compartieron inventos y descubrimientos, y sus desarrollos culturales fueron paralelos, lo que no ocurrió con el aislado y olvidado núcleo de América.

El hombre manifiesta su cultura por medio de su actitud frente a los problemas del espíritu; por su influencia física sobre el medio ambiente, y por las reacciones que estos dos elementos ejercen uno sobre otro.

La doma del caballo, del toro y del perro, que abundaban en el Antiguo Continente, permitió a asiáticos y europeos éxitos que la naturaleza vedó al indio: el caballo, hizo posible recorrer enormes distancias; la res, el cultivo de los campos, el comercio de las carnes, el transporte de cargas pesadas; el perro, la ganadería, el aniquilamiento de las fieras, la seguridad nocturna.

La influencia sobre la cultura de la distancia profunda no ha sido convenientemente analizada. La cultura au-

menta y se aquilata con las posibilidades que admite; y sólo el ambiente amplio permite la aceptación indefinida de posibilidades; la mente encerrada dentro de limitado horizonte material, se torna miope. Ni el europeo ni el asiático creyeron ser jamás únicos habitantes de un Universo cerrado, reducido el pequeño escenario en que moraban ellos y sus inmediatos vecinos.

Como la cultura es el desarrollo natural de las posibilidades que admite, la dilatación lógica de las premisas plantadas en el abismo de los tiempos desde el pasado más remoto, la cultura del Antiguo Continente superó a la del Nuevo por razón natural: eran más numerosas sus premisas, buenas o malas.

Espiritualmente, el europeo y el asiático admitieron la existencia de dioses, antropomorfos, sí: pero claramente sobrehumanos, muy personales, dotados de voluntad, de enormes poderes, y los concibieron buenos y malos; para los buenos, imaginaron cielos y paraísos, siempre risueños; para los malos, infiernos llameantes; la moral se apoyó en la religión; surgió la familia; apareció el derecho de propiedad agraria, y el dominio de los metales permitió la forja de herramientas e instrumentos con los cuales pudieron edificarse murallas resistentes, templos y palacios suntuosos, sólidas moradas, armas ofensivas y defensivas, y, sobre todo, la rueda. Hay que insistir en el concepto de serenidad, de belleza risueña, que revistieron las culturas del Antiguo Continente, aunque fuera en forma parcial.

La Agricultura, vuelta intensiva por la ayuda del buey y del caballo, y la Ganadería, que proporcionó alimento sano y fuerte, hicieron posible la aparición de vastos imperios; de poblaciones densas, bien alimentadas. Y el hombre que come es optimista.

El caballo también facilitó el Comercio en gran escala y a gran distancia, y con él vino el contacto mental. Apareció la moneda metálica. Tanto el europeo como el asiático, con el espíritu despierto por las narraciones de viajeros a veces veraces, a menudo exagerados, y en ocasiones francamente embusteros, admitían honduras de lejanía inconcebibles para el indio, la existencia de elementos y sustancias desconocidos, la de tierras extrañas, y en ellas, de otros se-

res dotados de apariencias disformes: hombres con un ojo en la frente, con la boca en el pecho, con un solo pie, etc. Este conocimiento vago y confuso de la inmensidad dió al hombre del Antiguo Continente una libertad y una profundidad espirituales de que careció el indio. Para el blanco, la empresa del Genovés fué temeraria; entre los indios, era imposible que hubiera surgido Colón.

El indio desarrolló su cultura sobre bases apoyadas en menos pilotes que el europeo y el asiático. No llegó a convivir en América con equinos, ni con perros, ni con reses. Los búfalos no son dóciles como los toros, y por otra parte, un límite geográfico muy neto les impuso frontera infranqueable hacia el Sur, de manera que no llegaron a ser factor económico en la sociedad autóctona, sino de unas cuantas tribus nómadas, muy contadas, aisladas y salvajes, como las que encontró Vázquez de Coronado cuando recorrió un continente persiguiendo una fantasía.

El indio no llegó a dominar la distancia, ni a labrar los metales industriales. Apenas si usó los preciosos para ornato. Se creyó habitante de un pequeño universo íntegro, reducido a lo que conocía. No parece que jamás lucubrara sobre lo que pudiera existir más allá de la ondulante llanura del Océano, o en las profundidades del Norte, o del Sur. Tenoshtitlán ignoró al Tahuantinsuyu, y viceversa.

Los númenes indios, habitantes de cielos que eran infiernos, nacidos de las mentes de una raza pobre y hambrienta, son a modo de fuerzas ciegas, ni buenas, ni malas, pero siempre crueles, que vivían una vida que necesitaba de la vida misma para pervivir, lo que trajo consigo la monstruosidad del culto cruento; de los millares de víctimas sacrificadas en aras de horrendas imágenes; penitencias terribles, que llegaban a la mutilación, e inútiles, porque no se explicaba la finalidad de ese sufrimiento. Para Huitzilopochtli como para Mefistófeles, era la sangre "licor muy singular". La cultura es siempre resultado de una Religión y la india fué una cultura delirante, edificada sobre la muerte y el dolor, en la cual sobrevivía la antropofagia con disfraces de rito.

La moral y la religión estuvieron siempre entre los indios por completo desligadas. Aquella fué meramente con-

suetudinaria, y variable, por lo mismo, casi de tribu a tribu. Demasiado fué que, sin freno ninguno, el indio, a menudo adorador, en extraños cultos, del símbolo universalmente humano de las potencias creadoras, del falo, no cayera en los abismos de sensualidad a que descendieron algunos asiáticos y europeos.

Clara vocación matemática le permitió analizar el Tiempo en su aspecto flúido, mas esta habilidad fué aplicada sólo a fines místicos. No llegó a descubrir la escritura, pero sus jeroglíficos y símbolos lo facultaron para connotar, siempre, cifras, y a veces, ideas rudimentarias. Por cierto que los códices en que las figuras policromas de estos gramas aparecen, producen en el ánimo una impresión de horror y espanto, a pesar del brillo de los colores. ¡Tan impregnados así están del espíritu cruel y sanguinario que permeó en todas las manifestaciones de esta extraña cultura!

Aparentemente incapacitado por falta de herramientas para labrar esculturas comparables con las europeas y asiáticas, a menudo suplió la falta con inspiración, con técnica y con paciencia, y en ocasiones alcanzó cimas de verdadero arte; (la "Cabeza de Muerto", la del "Caballero Aguila", etc.), aunque debe recordarse que su escultura no tenía la belleza como finalidad, ni era de "imágenes". Esos ídolos deformes y grotescos, esas figuras horrendas y embrolladas que los conquistadores llamaron, con muy justa apreciación, "bultos", no pretendían ser reproducciones formales de los dioses; sino enumeración de atributos divinos, o sucesión de imprecaciones devotas. Eran letanías esculpidas que debían *descifrarse, leerse*, no admirarse, sin que por un solo momento creyera el indio que sus dioses asumieran la apariencia aplastante y repelente de esos monolitos ante los cuales los veneraban, y que aún nos desconciertan en nuestro Museo Arqueológico. Todas éstas son pruebas de buena capacidad de abstracción intelectual.

Su Arquitectura fué mística: impresionante por el ritmo y grandiosa distribución de sus masas. En la "Ciudadela" de Teotihuacán, quizá el Templo más vasto del mundo, es imposible no experimentar una emoción dividida entre asombro y horror ante el agrupamiento geométrico, inhu-

mano, casi feroz, de aquellas moles de líneas rígidas. Frente a aquella explanada colosal, capaz de albergar a la tribu entera en las ceremonias más solemnes, nos sobrecoge una impresión de angustia. Adivinamos detrás de las aristas interminables el duro espíritu hostil, enemigo, de las deidades a cuyo culto se dedicó. Pero el florecimiento de este Arte fué sólo en el aspecto religioso. La Arquitectura Doméstica en la época de la Conquista, apenas si empezaba a rebasar la fase "cabaña".

El Comercio, basado en el transporte del fardo por el hombre (el tamene), era aleatorio y en pequeñísima escala. De todos los muchos señoríos de nuestro territorio, sólo Tenoshtitlán enviaba al exterior expediciones relativamente importantes de comerciantes-espías. Y no excesivamente lejos. La base de las transacciones era el trueque, y nunca se necesitó de la moneda metálica en el mundo indio. Consecuencias: una economía raquítica y esa impermeabilidad intelectual que caracteriza las mentes aisladas.

La propiedad agraria, tal como la comprendemos, era desconocida entre los indios. El régimen seguido por ellos se aproximaba al comunismo, con base teocrática, aristocrática, militar y monárquica, pues que a veces parecían las tierras propiedad del Tecuhtli, del Estado; a veces de los nobles, o de la iglesia. Algo complicado, casi indefinible e incomprensible para nosotros.

La Agricultura misma era rudimentaria, y ello, unido a la falta de Ganadería, tuvo como consecuencia pobre alimentación de la raza. El maíz y el trigo se balancean bien, pero no suplen elementos nutritivos o vitales que faltan, los que sólo juntos dan la integridad alimenticia. De ahí la debilidad muscular, compensada en parte por la increíble resistencia de los autóctonos, que es cualidad racial. No hay que creer en la fantástica pululación del indio prehistórico: en regiones de agricultura primitiva carente del arado, y sin ganadería, no había manera de dar de comer a copiosa población. El indio, mal alimentado, no se volvió pesimista, pero sí triste, triste.

Resultado natural de las limitaciones básicas de su cultura y de la escasa producción de sus campos, fué su organización política defectuosa: interiormente, tiranías ili-



La diosa Coatlicue.



La Ciudadela de Teotihuacán.

mitadas, en las cuales el tecuhtli era, a la vez, rey, general y sacerdote; exteriormente, algo peor, pues que las colectividades indias fueron o urbes teocráticas, que exigían, pero no administraban, o ciudades feroces que se imponían por el terror a las demás, y las sometían a exacciones, que no tributos, como los "racketeers" las imponen a sastres y joyeros de Chicago o Nueva York, sin que quien cobra dé más que la afirmación personal de que se abstendrá de hacer daño, sin dar en cambio beneficio colectivo, ni organización, a quien sólo explota.

En sus relaciones mutuas, los señoríos indios casi no conocían otras que las de aliados o enemigos. Coronando el extraño edificio de un Derecho, que, a falta de otro nombre, llamamos "Internacional", aparecía la monstruosa institución de la "Guerra Florida", especie de paludismo bélico recurrente, de período mínimo, cuya única finalidad era proveer de víctimas humanas destinadas al sacrificio ante los ídolos.

Por la imposibilidad del jeroglífico para expresar abstracciones, no pudo florecer la literatura, lo que equivale a decir que tampoco surgió la filosofía. La cultura india fué, pues, coja desde su nacimiento; carecía precisamente de aquello que es lo más delicado en todas las culturas. El intelectual indio no pudo obrar sobre la masa apelando a la razón, y tuvo que actuar como sacerdote, como brujo. Indudablemente a veces creía serlo de buena fe, como sin duda lo creyeron los "nahuales", deslumbrados por las vívidas visiones que les provocaban los alcaloides secretados por el peyote, cacto que masticaban frente a hogueras mágicas en noches de evocaciones.

Forman parte integrante de una cultura los idiomas que hablan los pueblos que la comparten. El espíritu no puede engendrar más vocablos que los representativos de las cosas sensibles y los que expresan sus mutuas relaciones. Un idioma es tan característico de una cultura, como un orden arquitectónico, como el traje, como la noción matemática, como la danza... Madariaga ha demostrado las extrañas afinidades que los idiomas inglés, francés y español tienen con las características distintivas de los pueblos que los hablan, y también es de él la aguda observación

de que las danzas vernáculas son "intraducibles". Jamás un nórdico, por ágil y vigoroso que sea, logrará interpretar las danzas españolas con la gracia, con la flexibilidad, con la apariencia de libertad de toda sujeción rítmica que dentro de ritmo perfecto les dan los españoles; y ni las mujeres españolas mismas, a pesar de la comunidad de sangre que con las nuestras tienen, cuando bailan danzas mexicanas logran poner en ellas la expresión de austero simbolismo, que las mexicanas por instinto alcanzan. Nuestras danzas no son eróticas, sino solemnes; evocan siempre movimientos estelares, o misterios de la generación.

Los idiomas indios son tan embrollados y complicados como los "bultos" de los dioses. Son más que aglutinantes, polisintéticos y de raíces ásperas, de sintaxis sorprendentes e imprecisas. Fruto natural de conceptos mentales incompletos.

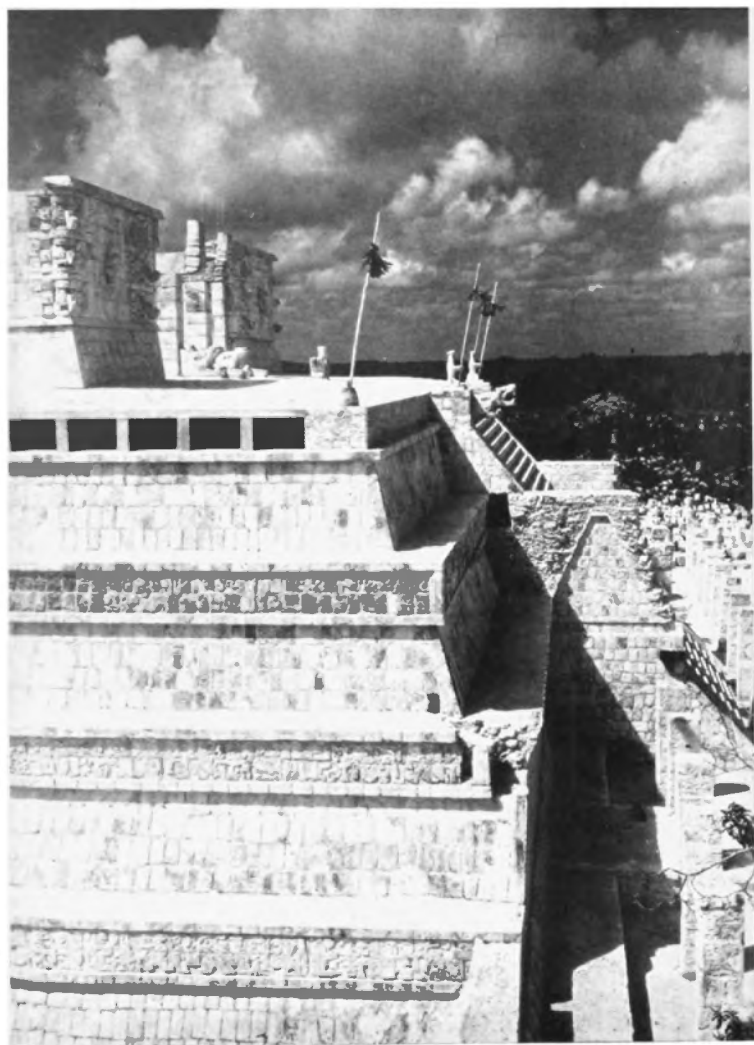
Pero cultura tan avanzada, aunque tan coja desde sus orígenes, que creció sombría y cruenta por las circunstancias que presidieron su nacimiento, tenía que imprimirse profundamente en las mentalidades de sus adeptos. Formaba enorme estructura milenaria, compleja, vasta, con su edificio mental correspondiente. Era producto de una solución definitiva, fundada en el pasado defectuoso. La tristeza del indio no es nacida en tres siglos de dominación ibérica. Es fruto natural de milenios de hambre, de milenios de tan sombría cultura, que siempre presentó a sus adeptos la muerte y el sufrimiento como fin fatal, porque la pobreza y la miseria lo acompañaron desde que puso el pie en América. El indio es resignado por atavismo.

Las leyes de la herencia son ineludibles, y aún debe de haber en nuestros días, entre los indios, "poshtecas" natos, sacerdotes de Huitziloposhtli, brujos y guerreros ingénitos... vocaciones, todas, que quedarán frustradas siempre; reliquias mentales de lo que ya no puede ser. Todas las modalidades de la cultura india, practicadas en el decurso de incontables generaciones, deben de haber producido en el cerebro indígena pesada carga racial, inaplicable desde la Conquista y para siempre; memorias nebulosas, vueltas ya instintos, deseos, anhelos, impulsos congénitos con el ser y enteramente inútiles ya.

CULTURA MAYA



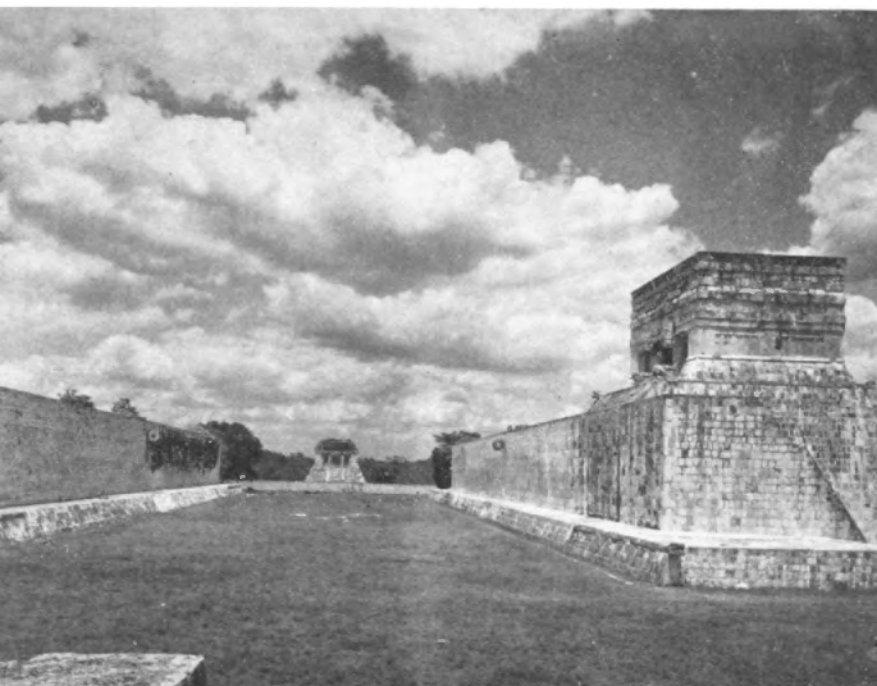
Uxmal. Pirámide del Adivino.



Chichén Itzá. Templo de los guerreros.



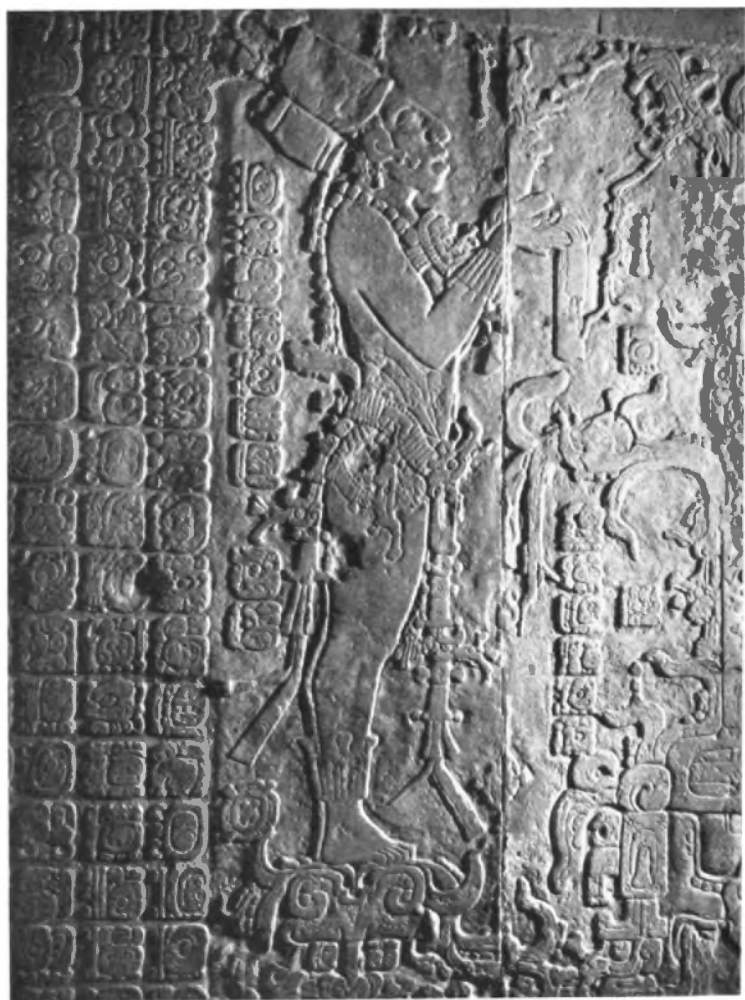
Chichén Itzá. "El Castillo" visto desde el templo de los guerreros.



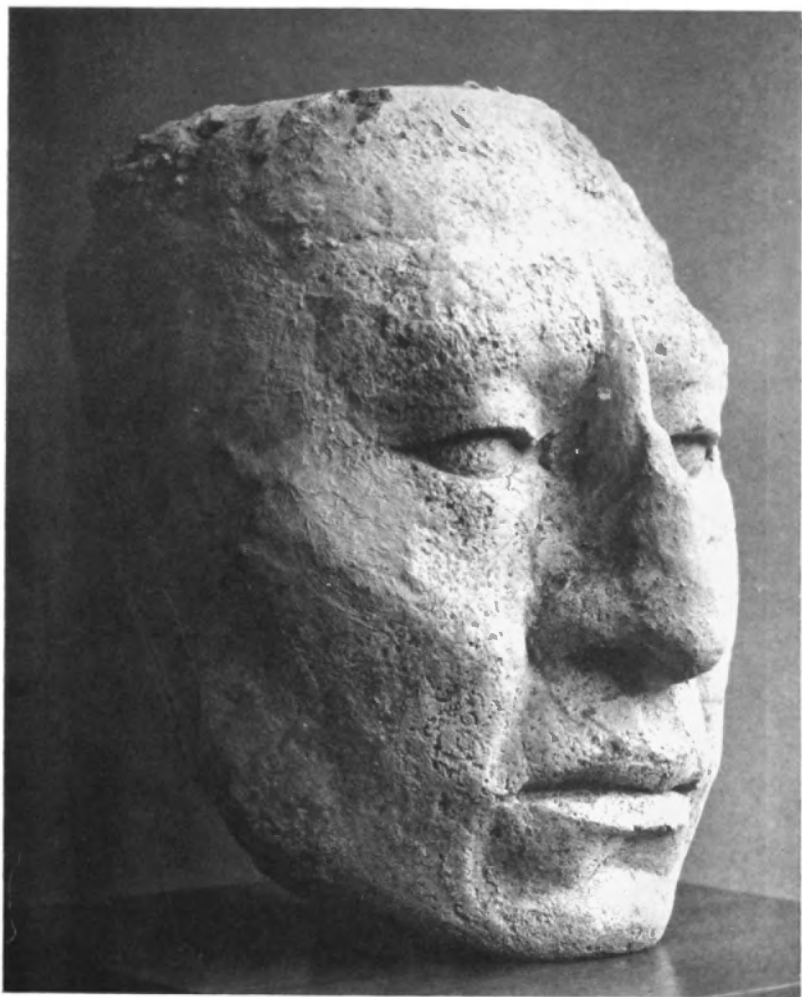
Chichén Itzá. Juego de pelota.



Chichén Itzá. Escultura del templo de los guerreros.



Palenque. Relieve del templo del Sol.



Palenque. Cabeza de la fachada del templo del Sol.



Junutla. Sacerdote presentando una ofrenda.

Porque en 1520, esa cultura se derrumbó en su integridad. El Universo ya no fué para el indio las regiones en que vivía, iluminadas por estrellas enigmáticas que recorrían la comba a distancia imprecisa, pero a tiro de flecha, casi a mano; en el cielo reinaron nuevos dioses importados que eran protectores y providentes, ya no vampiros como los suyos propios, los cuales pasaron automáticamente a la categoría de demonios; basada en la Religión, se impuso una moral rígida; la estructura social se desplomó; desapareció el Imperio de Tenoshtitlán; el hombre rojo, antes amo de un continente, perdió supremacía; en su edificio social el rey, el noble, se sumergieron en la plebe; artes, ciencias, lenguajes, escritura . . . ¡Todo se volvió inútil!

Mi padre me hacía notar que no había habido en el Mundo, y que probablemente no habría jamás, cataclismo como el que para el indio representó la Conquista Española. Aunque a la Tierra vinieran como conquistadores los habitantes de alguna estrella hundida en el insondable infinito, en el escenario del Mundo no se representaría de nuevo tragedia comparable a la de la Conquista, pues que nosotros admitimos la posibilidad, por lo menos, de que existan tales seres y ocurran esos acontecimientos, y para los indios la posibilidad de la Conquista Española era inconcebible. La profecía de Quetzalcóatl es verdad que prometía el arribo de seres sobrehumanos, vengadores de la Serpiente Emplumada, pero esos vengadores no eran más que la edición sublimada de los mismos indios, algo así como emanación exquisita de los conceptos de su propia cultura, nunca sus aniquiladores.

Es lógico que la raza que sufriera tan tremendo colapso, tal hundimiento de todo lo sabido y creído, quedara estupefacta y paralizada.

Es natural que necesite que muchas generaciones mueran en el limbo del asombro, para que las memorias raciales se borren de las mentes; para que los nuevos idiomas se introduzcan como propios en los cerebros, y sirvan para expresar las nuevas cosas, los nuevos conceptos; para que en el horizonte de sombrío horror que en el pasado forman su hambre, su propia complicada cultura, y el desplome

de la Conquista, los negros cúmulus se aclaren y disipen. Mucho tiene el indio que olvidar, para poder aprender.

Los indianistas irreflexivos que tratan ahora de resucitar el uso de lenguajes ya muertos, o condenados a morir por ser absolutamente inadecuados a la situación presente, sólo logran retardar el momento en que el indio, liberado ya de la carga que los recuerdos inconscientes de una situación de dolor representan para él, asuma conscientemente papel activo en la nueva cultura a que se trata de incorporarlo. Los idiomas indios son imprecisos y vagos, porque no era necesario que fueran otra cosa. De su imprecisión tenemos pruebas actuales. Con gran frecuencia difieren las traducciones, aun las perifrásticas, y aun de simples términos de toponimia. ¡Júzguese cómo podrán adaptarse a conceptos de claridad nítida, tal como los exige nuestra cultura!

Mas porque su cultura haya sido coja, deforme y sombría, no podemos inferir que el indio esté condenado irremediabilmente a la inferioridad, si entra en otra más pura y amplia. El indio demostró tener cualidades intelectuales y morales. Es casto, sobrio y resistente. Su aportación al mestizaje en progreso será útil y sana. Debemos tener paciencia, y asumir a su respecto actitud de guías benévolos, de colaboradores comprensivos.

Quizá si los arios más puros, más blancos, más rubios más soberbios, se hubieran hallado hace veinte mil años en las circunstancias del indio, no habrían podido crear ni esa cultura deforme y mutilada. Su furia destructora y sanguinaria en esta Guerra no justifica sus pretensiones de elevación moral, antes demuestra gran capacidad de olvido de nobles enseñanzas; y la habilidad mecánica no podía haberse manifestado en un medio desprovisto de metales.

Ayudemos al indio a olvidar lo viejo, el dolor y la muerte, y a aprender lo nuevo. No lo rebajemos a la categoría despreciable de elemento dócil en politiquerías bajas y de campanario. Cultivemos su dignidad natural, su altiva reserva. Nuestra acción tendrá así noble finalidad humana desprovista de egoísmo, que será capaz de saldar la cuenta a nuestro cargo asentada por nuestros antepasados conquistadores y encomenderos.

VISPERAS DE REVOLUCION *

Por *Mariano PICON-SALAS*

EL COSMOPOLITISMO del hombre europeo que ya no se satisface con su vida tradicional y sale por anhelo científico o por mera inquietud humana a recorrer distantes países o a someter sus valores seculares al paralelo y contraste con el de pueblos más nuevos y hasta ese instante menospreciados; y el cosmopolitismo del hombre criollo que siente en su cerrada órbita colonial la desazón del aislamiento y el gusto de poseer las ideas y aplicaciones de la vieja Europa, son uno de los ingredientes que sazonan hasta en la cultura hispanoamericana del siglo XVIII, ese complejo estado de espíritu o actitud de conciencia, que se ha llamado "Enciclopedismo" o "Ilustración". Mientras que la Contra-Reforma y el Barroco habían acentuado las diferencias religiosas y nacionales entre los pueblos; levantaron recelosas fronteras de país a país, ahora nos encontramos con una nueva época internacional. El mundo ya parece hacerse más angosto y hay el deseo de fundir todos los testimonios y noticias sobre las razas y pueblos, en

* El presente ensayo sobre las ideas y agitación de la conciencia pública que produjo la Filosofía de la Ilustración en el siglo XVIII hispano-americano, forma parte de un extenso estudio sobre la Cultura colonial en Hispano-América desde los orígenes hasta la revolución de Independencia que viene preparando el eminente escritor venezolano Mariano Picón-Salas. Durante el presente año Picón-Salas ha dictado en la Universidad de Columbia, en Nueva York, un curso general sobre la materia, viéndola —lo que es lo más necesario para la comprensión de la psicología hispano-americana, no en una cerrada órbita nacional, como "suma" de historias locales, sino en su contorno internacional—.

Al acoger en *Cuadernos Americanos* este ensayo prescindimos de las abundantes notas bibliográficas que alargarían demasiado el trabajo y que son más propias, también, de una publicación especializada.

una como Ciencia de la Humanidad. El hombre del siglo XVIII quiere saber no sólo en profundidad investigadora sino en dimensión espacial. Aspira con su racionalismo sistematizador, no sólo a definir cómo es el francés o el español, sino el hombre mismo. Complementariamente anhela adornar el venerable jardín de la cultura europea con los productos exóticos de otras civilizaciones. Para la pupila y la sensibilidad dieciochesca los mosaicos pompeyanos se juntan con los jarrones chinos y las japonerías. Al mismo tiempo, uno como estado crepuscular de cansancio le lleva, también, a negar los viejos valores de la Cultura, y buscar como Rousseau en la idealización de cierto mundo natural, ingenuo y espontáneo que se trasporta a los más virginales paisajes ultramarinos, una terapéutica salvadora. Para Hispano-América este pre-romanticismo del siglo XVIII tiene especial importancia en cuanto actualiza el tema del indio y plantea la reivindicación de lo autóctono frente al poseedor español. Hasta un hombre de formación tan cosmopolita como Francisco de Miranda después de leer *Los Incas* de Marmontel y la *Historia de los establecimientos europeos en las Indias* del Abate Raynal, pretende en sus primeros planes y sueños autonomistas que los estados que se funden en el Continente restauren un curioso "Incanato" traducido a la lengua española. Y dispondrá el criollo, para fundamentar su dialéctica nacional, de una abundante literatura descriptiva y crítica inspirada en América y en la que se funden la curiosidad científica de la época y la más concreta propaganda contra España que se elabora en Francia, y más señaladamente en Inglaterra, ávida de abrirse paso a los mercados y rutas ultramarinas del ya vacilante imperio hispano. Junto con la mercadería de contrabando recibirán los colonos el libro prohibido y los argumentos para su creciente subversión. Lo que no les traen los contrabandistas —y las más accesibles zonas de contrabando como la costa venezolana por su proximidad a las Antillas inglesas, francesas y holandesas, serán las más permeables, también, a la propaganda ideológica —los criollos salen a buscarlo en cortes y ciudades europeas. Letrados y conspiradores indianos de tanta significación como Pablo de

Olavide y Francisco de Miranda tienen ya en el último tercio del siglo XVIII larga residencia en Europa y lograron penetrar en los más cerrados círculos aristocráticos o revolucionarios. La "sociedad secreta"—esa creación tan típica del pre-romanticismo de entonces—pone su atracción ritual, su compromiso de cámara oscura y de juramento, en las relaciones de esos utopistas o aventureros geniales; les da su pasaporte litúrgico para pasearse de un país a otro. En los Estados Unidos se ha creado una República que con personalidades como Franklin o Jefferson parece a los adversarios del Absolutismo una de las tierras prometidas y esperadas de la "virtud" y la "felicidad". Aun en el mundo español de las colonias, la Cultura empieza a invadir la calle; polemiza en las tertulias de la naciente burguesía, de los altos funcionarios ya un poco enciclopedistas, de los jóvenes mayorazgos que regresaron de Europa; e inspira la prosa clara y didáctica de los primeros "Semanarios" y "Gacetas". De la propia España de Carlos III ha venido, también, el contagio cultural, y las "Sociedades de amigos del país" establecidas en la península desde 1785 "para mejorar la industria popular y los oficios, los secretos de las artes y las máquinas; para facilitar las maniobras y auxiliar la enseñanza" como decía el Decreto que las autorizaba, comienzan a crearse en América (en Quito en 1792; en La Habana en 1793) y orientan la mentalidad criolla hacia una tarea más realista y concreta. El propio Despotismo Ilustrado de Carlos III había querido barrer por Real Cédula lo que quedaba de degeneración escolástica en la pedagogía española, recomendando a la Universidad de Alcalá "reducir a justas proporciones las sutilezas de los escolásticos" e inspirarse en Feijóo para su plan de estudios. Ello había provocado en los claustros coloniales la enseñanza ya abiertamente anti-escolástica de un Díaz de Gamarra en México, de un Baltasar Marrero en Caracas o la famosa lucha por el Rectorado de San Marcos en Lima hacia 1783, cuando frente al candidato tradicional, los jóvenes levantan la candidatura "enciclopedista" de José Baquíjano y Carrillo. Por primera vez, en esos años, la vida colonial alcanza una

extrema tensión, un avasallador choque de ideas, un patético conflicto de generaciones.

Es claro que esta atmósfera de naciente insurgencia está condicionada por causas más inmediatas y apremiantes como el asceso e importancia que adquieren en la segunda mitad del siglo XVIII los ricos propietarios criollos cuyo auge económico ya no se satisface con el "Reglamento de Comercio Libre" de 1778 y aspiran a negociar, sin trabas, con todas las naciones; que ven en el funcionario peninsular un émulo incómodo y desean complementar su fuerza económica con el poder político. Todo el siglo XVIII vió la subrepticia rebelión, el recelo y el encono de estos propietarios criollos que alcanzan la mayor conciencia de su validez en el momento mismo en que el Estado borbónico trata de imponer, con más eficacia, su sistema de centralización administrativa y fiscal. A diferencia de los buscadores de tesoros de la Conquista y los mineros afortunados del siglo XVII, los hacendados del XVIII sienten un vivo espíritu territorial, experimentan más agudamente el resquemor indiano contra los peninsulares, y árbitros de numerosa clientela, han peleado en los cabildos, su voluntad de predominio. Será precisamente en los países agrícolas que como Argentina, Venezuela y Chile han alcanzado una reciente prosperidad en la segunda mitad de esa centuria, más que en los ricos Virreinos de México y Perú, centros de una vieja Economía minera y más unidos a España por el aparato burocrático y la poderosa clase nobiliaria, donde la chispa insurgente prenderá con mayor violencia. En esos países nuevos del Imperio colonial, el sentimiento criollista no encontrará como en los grandes Virreinos el muro de una nobleza tan vinculada a la monarquía, el peso de una administración mucho más sólido; y por contraste, la pasividad y pobreza de las grandes masas indígenas peruanas y mexicanas.

Si cada época histórica elabora su arquetipo humano, aquel cuyas pasiones, modos de ver o de sentir ejemplarizan las de su siglo, podemos decir que en los criollos más representativos de ese período —un Miranda, un Francisco Javier Eugenio Espejo, un Caldas, etc.— predomina como signo espiritual común, más allá de las diferencias y

vocaciones individuales, la inquietud y el descontento satírico y agresivo. En ese sueño que ya surge de una América libre y próspera, la mordacidad y el sarcasmo con que se censura lo viejo, tienen la misma eficacia que el entusiasmo con que se exaltan las más recientes utopías. Fervor ante el futuro y causticidad para juzgar el pasado, coexisten en personalidades de vida tan rica, y a veces tan contradictoria, como las de los precursores de nuestra Independencia. Descendiendo de los hinchados cielos de la Teología el hombre de la Ilustración aspira ya a un mejor dominio y aprovechamiento de lo terrestre; y su inquietud transformadora, a veces pedantesca, y con ciega fe en el valor ético y social de la Ciencia, contiene ya en germen el tecnicismo y el industrialismo del siglo XIX. ¿No ha dicho Curtius que lo que caracteriza al pensamiento enciclopedista—de donde vendrá la dialéctica de nuestra Revolución—es su abandono de la abstracción pura y el designio de ordenar un conjunto de conocimientos sobre la vida humana y el mundo como palanca favorable a la libertad política, como aurora de formas sociales nuevas? En España los escritores que han compuesto tragedias como Jovellanos no desdénan escribir sobre Agricultura y Comercio, sobre beneficencia pública o trasportes. Esto da al siglo XVIII su prosaísmo pero también su eficacia popular. Que hay muchos más mundos y culturas que la española, lo dice el criollo ilustrado del 1700 casi con injusto menosprecio de lo propio. La orgullosa confianza interior, los medioevales valores de honor, altivez y desdén de lo extranjero que habían caracterizado a la cultura hispana de la época barroca, ahora son sustituidos por un deseo de novedades y hasta de imitación foránea. Los viajes y los idiomas modernos entran como indispensable sazón en el sistema educativo de la época. Cuando el joven militar Francisco de Miranda a quien su temprana inquietud condujo del sosegado valle de Caracas a los cuarteles españoles de Africa, de la Florida y de Cuba y a intimar peligrosamente con oficiales y funcionarios ingleses de Jamaica, se despide—para librarse de la policía que comienza a buscarlo—de su protector Cagigal y prepara viaje a los Estados Unidos, deja escrito en una carta lo

que se puede llamar el ideal humano de un criollo inquieto en 1783. Informa Cagigal que se marcha "para dar principio a mis viajes por países extranjeros. Con este designio —agrega— he cultivado de antemano con esmero los principales idiomas de la Europa que fueron la profesión en que desde mis primeros años me colocó la suerte y el nacimiento. Todos estos principios (que aún no son otra cosa); toda esta simiente que con no pequeño afán y gastos se ha estado sembrando en mi entendimiento por espacio de treinta años que tengo de edad, quedaría desde luego sin fruto ni provecho por falta de cultura a tiempo: la experiencia y conocimiento que el hombre adquiere visitando y examinando personalmente con inteligencia prolija en el gran libro del Universo. Las sociedades más sabias y virtuosas que lo componen; sus Leyes, Gobierno, Agricultura, Policía, Arte militar, Navegación, Ciencias, Artes, etc., es lo que únicamente puede sazonar el fruto y completar en algún modo la obra magna de formar un hombre sólido". ¿No están en esa carta juvenil de Miranda todos los motivos y hasta los lugares comunes de la época de la "Ilustración": el deseo de ver, de viajar, la observación concreta reemplazando al criterio de autoridad, la referencia romántica al "gran libro de la Naturaleza". Y vibra también con su siglo este conspirador genial que a través de su tumultuosa y casi demoníaca vida, al mismo tiempo que urde la más dilatada y subrepticia intriga contra el Imperio español, organiza sociedades secretas, presenta planos al "Foreign Office" y distribuye sus agentes y su propaganda desde México hasta Buenos Aires, anota con prolijidad ejemplar, en los papeles de su inagotable Archivo, cuanto ve, cuanto estudia, cuanto conoce: desde los museos de Italia y Alemania, las comidas y cacerías de la corte rusa, hasta los escudos con que gratificó a una cortesana en Roma. Avidez de saber y aun cierto cinismo materialista que no choca con su a-dor revolucionario y su pulimento de perfecto gentilhombre, coexisten en él con la típica complejidad del siglo.

La inquietud universalista tiene su otra cara en la burla, la sátira y el comentario corrosivo que ya se aplica al circundante mundo colonial. Toda época de cambios so-

ciales y de sustitución de formas históricas, viene precedida por un auge de lo burlesco y lo satírico. En la zarabanda heteróclita de las "danzas de la muerte", de los poemas de Villon y del irrespetuoso desenfado de los cuentistas italianos, agonizó la Edad Media así como la época del absolutismo monárquico se disuelve en la ironía de Voltaire y de las *Lettres Persanes*. Nuestra Literatura del siglo XVIII—literatura de un mundo mucho menos maduro— no puede ofrecer tan gloriosos ejemplos pero produce, sin embargo, testimonios de tan ácida y penetrante risa como *El Lazarillo de Ciegos Caminantes* de Concolcorvo, las páginas de Francisco Javier Eugenio Espejo; la *Lima por dentro y por fuera* de Simón Ayanque (Esteban de Terralla) y hasta los sermones, voluntariamente polémicos de Fray Servando Teresa de Mier como aquel predicado en la fiesta de la Virgen de Guadalupe en 1794 con el que inicia su peripecia de cura revoltoso. Cuando el embozado autor que se hace llamar Carlos Bustamante Inga, alias Concolcorvo, dice que su condición de mestizo no le permitiría título mayor que el de "perrero" de la Catedral del Cuzco y venerar a los españoles como "hijos del Sol", y cuando el indio mezclado de mulato que es el habilísimo quiteño Espejo afirma que a sí mismo debe su nobleza, atacan los fundamentos de desigualdad y privilegio en que se levantaba el edificio colonial. Y en la peregrinación de Concolcorvo de la pampa argentina a la sierra peruana como en el panorama de calles, plazas y balcones limeños en que se entretiene el travieso Terralla, surge hecha ironía, color y sarcasmo la contradictoria fauna humana de esa sociedad en crisis: el Obispo y el corregidor, el cura de los pueblos de indios que sabe administrar el incienso y las procesiones, el leguleyo o la celestina. Hasta la sabia prosa administrativa de viajeros como Ulloa y Juan, en las *Noticias secretas de América*, suele centellear a veces de buídos detalles satíricos y costumbristas. Y años más tarde un hombre de ciencia como Caldas que ha fundado su *Semanario del Nuevo Reino de Granada* para recoger la Estadística, la descripción de la Naturaleza y los productos útiles del Virreinato, los datos meteorológicos y los consejos sobre Agricultura o Industrias, alter-

na sus páginas de claro estilo didáctico con otras cargadas de áspera intención social. Así, por ejemplo, en aquellas en que describe en el tomo III del *Semanario* la ecuatoriana ciudad de Cuenca, el geógrafo y botánico ceden el paso al crítico de costumbres y al sociólogo de luminoso y despiadado realismo. La injusticia y hasta la ridiculez de una sociedad formada de una aristocracia ociosa que vive de las tierras que cultiva mal, amiga de litigios y de triviales querellas de honor y jerarquía; cuyos mohosos e improgresivos blasones gravitan sobre las espaldas del mestizo humillado que hace casi todo el trabajo útil, y sobre el más infeliz indio, víctima de "la dureza de los jefes y los curas", quedan grabadas en esas páginas de Caldas con singular audacia y franqueza. Los viejos valores de la sociedad indiana han degenerado o se tornaron ineficientes ante el reclamo de los tiempos nuevos: el orgullo español se ha convertido en vanagloria; el honor es ahora la máscara de la pereza; la religión más formulista y litúrgica que profunda, sirve de hinchada envoltura a la ignorancia.

Por ese cambio, por esa sincronización de la vida colonial con el veloz tiempo reformista que había comenzado en Europa, y desde 1776 en los Estados Unidos, están clamando, así, no sólo los grandes conspiradores y viajeros como Miranda y Olavide, propagandistas andantes de la "Ilustración", sino también los nuevos doctores, utopistas y filántropos que han surgido en las ciudades indianas, al estilo de un José Antonio de Rojas o un Manuel de Salas en Chile, de un Belgrano en Buenos Aires, de un Licenciado Sanz en Caracas. Dentro de la monarquía española ¿no había visto un estadista de genio como el Conde de Aranda, la urgencia de una reforma radical para anticiparse a la posible segregación del Imperio? La profecía que hace en su "Memorial" en 1783 de la influencia y el estímulo que la independencia de Estados Unidos tendrá sobre las colonias españolas de América; del nuevo gran estado de lengua inglesa que España ha ayudado a libertar y que será fatalmente su émulo, de los nuevos valores de libertad política y económica que se afanará infructuosamente en combatir el antiguo régimen, tiene la significación de una

Historia anticipada. Aranda proyecta para salvar ese mundo español ultramarino nada menos que un "commonwealth" hispánico como el que los ingleses habrán de realizar en el siglo xx. Y dice haciendo el vaticinio de las trece colonias libertadas por Wáshington que se convertirán en los inmensos Estados Unidos: "Esta República ha nacido por así decirlo, pigmea, y ha necesitado del auxilio y apoyo nada menos que de dos estados tan poderosos como Francia y España para conquistar su independencia; pero vendrá un día en que ella será gigante, un verdadero coloso temible en aquellas comarcas, y entonces olvidando los beneficios que ha recibido sólo pensará en su propio interés y su crecimiento. La libertad de conciencia, la abundancia de tierras fértiles en las cuales pueda establecerse y desarrollarse una gran población, así como las ventajas que ofrece el Gobierno recientemente establecido, llevarán a ese país artesanos y agricultores de todas las naciones". Pero para que la monarquía borbónica pudiera realizar un proyecto tan audaz como el de Aranda de crear en la América Española esa confederación de tres grandes estados bajo el patrocinio de España, hubiera sido necesario un Rey y un gran núcleo de hombres a la altura intelectual del Ministro. Después del reformismo de Carlos III, el Estado español vuelve a caer en la política de "camarilla" del mediocrísimo Carlos IV. Y la revolución francesa, la gran aventura de Napoleón, la preponderancia marítima y comercial de Inglaterra, orientarán la Historia Universal por otros caminos. Aranda—el hombre de estado más importante que ha producido España desde los días del Cardenal Cisneros— queda como uno de esos testigos clarividentes de una realidad histórica que trágicamente se escapa de su control y magnífica capacidad humana.

Detengámonos en los más significativos impulsos de la cultura hispano-colonial del siglo XVIII que operaba una revolución en los espíritus varias décadas antes de desembocar en la gran insurgencia armada.

EL "libro de la Naturaleza" de que Miranda hablaba en su carta a Cagigal fué uno de los "leit-motiv" de aquellos días. El creciente interés de países europeos como Inglaterra y Francia por asegurarse libres rutas oceánicas para su comercio internacional, unido al espíritu de investigación naturalista tan propio de la época, hace del siglo XVIII un siglo de viajes y expediciones científicas que tratan de rectificar la confusa cartografía de países y costas lejanas, fijar astronómicamente sus latitudes y estudiar, complementariamente, la Botánica y Zoología ultramarinas. La conveniencia comercial y política se identifica, así, con la curiosidad científica, y los viajeros del siglo XVIII entre los cuales como en el caso del francés Louis de Bougainville se da una compleja dualidad de aventurero y observador de la Naturaleza, informan a la vez al Rey y a las Academias de Ciencias. Con los productos de tan lejanos climas se forman en las capitales europeas—desde Madrid a San Petersburgo—los jardines botánicos, las colecciones mineralógicas, los museos de "curiosidades". Los soberanos del Despotismo ilustrado son, también, reyes coleccionistas. Para la América colonial aquellos viajes fueron especialmente valiosos no sólo porque precisan mejor el conocimiento de su Geografía sino porque traen como reactivo para la nueva mentalidad, métodos y observaciones que enseñan al criollo a conocerse y a conocer su mundo circundante. El viajero de entonces no es un seco especialista que se contenta con levantar sus cartas o determinar la posición de las estrellas sino ofrece también, al público que ha de leerlo, la crónica y los elementos pintorescos de aquellas sociedades remotas. A todo lo largo del siglo se escalona una abundantísima literatura de viajes, y estos franceses e ingleses que desde Frazier (1713) hasta Vancouver (1795) recorren las costas americanas, parecen los precursores del gran Humboldt con quien la Geografía y hasta la Sociología del Nuevo Continente alcanzarán plena madurez científica. Los datos para una nueva visión de la vida americana, la crítica contra el sistema colonial hispano en que estaban empeñados no sólo por gratuidad investigadora sino para servir mejor a sus intereses nacionales; algunos de los argumentos que esgrimirá posteriormente el

criollo contra España (fanatismo religioso, abusos administrativos, atraso cultural, reivindicación del indio) aparecen en esa literatura descriptiva. Naturalmente, el viajero extranjero no suele ver sino a través de los prejuicios o de los mitos de su nación. Con una risa ya volteriana describe, así, Frezier, la influencia de la Iglesia y la hueca ostentación de las ceremonias eclesiásticas, el degenerado gongorismo de los sermones de los curas y el ciego respeto reverencial que imponen sobre las multitudes, en Chile, hacia 1713. Cuarenta y tantos años más tarde, el Comandante Byron, refugiado de su naufragio en la isla de Chiloé mira las costumbres sencillas de aquel apartado rincón de América con una pupila y sensibilidad de lector de Rousseau. Como anticipándose a la poesía de su nieto, Lord Byron, pinta la romántica escena en que la bella sobrina del cura, prendada del marino inglés, abre el viejo arcón colonial en que guarda su saya de fiesta, sus ajorcas y pendientes y parece invitarlo no sólo con su fresca belleza sino también con sus pequeños tesoros aldeanos. Y en un contraste muy propio de la sensibilidad de entonces, opone el Comandante Byron las convenciones y formulismo de la vida europea con la arcádica simplicidad de aquel recóndito mundo indiano. Quisiera vivir allí una novela sentimental que para semejar a la de *Pablo y Virginia* no ha carecido, tampoco, de su patético naufragio. Hay verdes colinas y mar y "sencillos y virtuosos naturales" como en la historia del buen Abate.

Como para emular con Francia e Inglaterra, la propia España del siglo XVIII ha organizado sus expediciones científicas. En 1736 en la comisión de La Condamine y de los sabios franceses que vienen a medir en el Ecuador el grado del meridiano terrestre, participan los famosos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa cuyas múltiples observaciones náuticas, geográficas y sociales han de pasar a los dos célebres libros *Relación histórica del viaje a la América Meridional* y las ya casi revolucionarias *Noticias Secretas*. En Quito la huella de estos sabios extranjeros estimula, sin duda, el trabajo de curiosos eruditos como el Oidor Dionisio de Alcedo quien reunía papeles para una extensa información sobre el Continente, que

servirán después a su hijo Antonio de Alcedo, autor del primer gran *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales* impreso en Madrid treinta y tantos años más tarde (1786-1789); y el sabio Pedro Vicente Maldonado (1710-1748) que se va a Europa en Compañía de La Condamine y es introducido por éste a las Academias científicas de París y de Londres para mostrar las cartas topográficas y mediciones levantadas en territorio ecuatoriano. En Lima los expedicionarios conocieron a José Eusebio del Llano y Zapata, acaso la más firme cabeza matemática que tenía el Continente en aquellos años, quien trabajaba en su ambicioso libro *Memorias histórico-físico-apológicas de la América Meridional*, testimonio de enorme avance sobre los trabajos precedentes de un Peralta y Barnuevo o un Sigüenza y Góngora. Son hombres como Maldonado, Llano y Zapata, y el gran astrónomo y matemático mexicano Joaquín Velázquez Cárdenas y León, los que en aquella quinta década del siglo XVIII encarnan una orientación nueva y más precisa, que opone su claridad y su método a la atiborrada erudición barroca. Pero será bajo el gobierno de Carlos III cuando la gran hazaña de describir y clasificar toda la Naturaleza americana despliegue un esfuerzo extraordinario; cuando se envíe a México la expedición de Martín de Sessé, a Perú y Chile la de Ruiz y Pavón, a Nueva Granada la de José Celestino Mutis. Los admirables dibujos y memorias sobre Botánica, Zoología y climatología indiana, muchas de las cuales aún se conservan inéditas en los museos y archivos de Madrid, constituyen testimonio admirable de ese momento entusiasta y no proseguido, de la Ciencia española.

No todos esos grandes viajeros regresan a la Corte. En Santa Fe de Bogotá queda el gran Mutis formando la hábil generación de naturalistas e investigadores que dirigidos por Caldas redactarán el nutrido "Semanao de la Nueva Granada". En el Perú —para morir ya en los días de la Independencia, como olvidado vecino de la ciudad de Cochabamba— permanece el famoso mineralogista checo Tadeo Haenke. Cuando Humboldt llegue a México a comienzos del XIX no puede sino admirar aquel nuevo

enciclopedismo científico que se alberga en instituciones mexicanas como la Escuela de Minería y en la enseñanza de maestros como Antonio León y Gama (1735-1802), y como Andrés del Río descubridor del Vanadio y primer traductor español de la Química de Lavoisier. En la Ciencia peruana del mismo tiempo puede seguirse una línea progresiva desde los "Almanaques" en que el cosmógrafo Cosme Bueno publicaba informes estadísticos y meteorológicos del Virreinato, pasando por la *Flora peruviana et chilensis* de Ruiz y Pavón (1787), hasta desembocar en aquel pensamiento naturalista, más audaz y rigurosamente moderno, que encarnan a fines del siglo, un Toribio Rodríguez de Mendoza y sobre todo, un Hipólito Unanue. Unanue como Caldas es uno de los criollos de visión científica más universal que produjera ese crepúsculo del coloniaje. Del mismo modo que en Caldas coexisten en él el riguroso observador de la Naturaleza y el apasionado intérprete de los hechos sociales. En sus originalísimas *Observaciones sobre el clima de Lima* que se acercan a los modernos temas de la Geografía humana, trata de fijar las relaciones entre hombre y paisaje geográfico. Lector de Montesquieu, inquiere cómo la psicología social sufre el imperativo del ambiente. Y porque este médico y meteorólogo ha leído, también, a Rousseau, propicia como la mejor terapéutica contra las enfermedades y cómo el fundamento de un nuevo sistema educativo el que acerque el hombre a la naturaleza, el que lo enseñe a gozar del aire libre. La palabra "oxígeno" que había empleado por primera vez Priestley para determinar uno de los componentes del aire, tiene para Unanue una fascinación milagrosa. La Naturaleza es en esos días pre-románticos mucho más que un tema de estudio; el comienzo de una nueva religión, la instintiva maestra a quien se invoca en la ya franca rebeldía contra la vieja cultura erizada de prejuicios y de represiones.

Para que ese movimiento de Ciencia naturalista y de enciclopedismo social llegue a grupos más numerosos de población, florece en la América de fines del siglo XVIII una curiosísima prensa periódica. A las "hojas volantes", "avisos" y "relaciones de sucesos" que de modo muy irre-

servirán después a su hijo Antonio de Alcedo, autor del primer gran *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales* impreso en Madrid treinta y tantos años más tarde (1786-1789); y el sabio Pedro Vicente Maldonado (1710-1748) que se va a Europa en Compañía de La Condamine y es introducido por éste a las Academias científicas de París y de Londres para mostrar las cartas topográficas y mediciones levantadas en territorio ecuatoriano. En Lima los expedicionarios conocieron a José Eusebio del Llano y Zapata, acaso la más firme cabeza matemática que tenía el Continente en aquellos años, quien trabajaba en su ambicioso libro *Memorias histórico-físico-apologéticas de la América Meridional*, testimonio de enorme avance sobre los trabajos precedentes de un Peralta y Barnuevo o un Sigüenza y Góngora. Son hombres como Maldonado, Llano y Zapata, y el gran astrónomo y matemático mexicano Joaquín Velázquez Cárdenas y León, los que en aquella quinta década del siglo XVIII encarnan una orientación nueva y más precisa, que opone su claridad y su método a la atiborrada erudición barroca. Pero será bajo el gobierno de Carlos III cuando la gran hazaña de describir y clasificar toda la Naturaleza americana despliegue un esfuerzo extraordinario; cuando se envíe a México la expedición de Martín de Sessé, a Perú y Chile la de Ruiz y Pavón, a Nueva Granada la de José Celestino Mutis. Los admirables dibujos y memorias sobre Botánica, Zoología y climatología indiana, muchas de las cuales aún se conservan inéditas en los museos y archivos de Madrid, constituyen testimonio admirable de ese momento entusiasta y no proseguido, de la Ciencia española.

No todos esos grandes viajeros regresan a la Corte. En Santa Fe de Bogotá queda el gran Mutis formando la hábil generación de naturalistas e investigadores que dirigidos por Caldas redactarán el nutrido "Semanao de la Nueva Granada". En el Perú —para morir ya en los días de la Independencia, como olvidado vecino de la ciudad de Cochabamba— permanece el famoso mineralogista checo Tadeo Haenke. Cuando Humboldt llegue a México a comienzos del XIX no puede sino admirar aquel nuevo

enciclopedismo científico que se alberga en instituciones mexicanas como la Escuela de Minería y en la enseñanza de maestros como Antonio León y Gama (1735-1802), y como Andrés del Río descubridor del Vanadio y primer traductor español de la Química de Lavoisier. En la Ciencia peruana del mismo tiempo puede seguirse una línea progresiva desde los "Almanaques" en que el cosmógrafo Cosme Bueno publicaba informes estadísticos y meteorológicos del Virreinato, pasando por la *Flora peruviana et chilensis* de Ruiz y Pavón (1787), hasta desembocar en aquel pensamiento naturalista, más audaz y rigurosamente moderno, que encarnan a fines del siglo, un Toribio Rodríguez de Mendoza y sobre todo, un Hipólito Unanue. Unanue como Caldas es uno de los criollos de visión científica más universal que produjera ese crepúsculo del coloniaje. Del mismo modo que en Caldas coexisten en él el riguroso observador de la Naturaleza y el apasionado intérprete de los hechos sociales. En sus originalísimas *Observaciones sobre el clima de Lima* que se acercan a los modernos temas de la Geografía humana, trata de fijar las relaciones entre hombre y paisaje geográfico. Lector de Montesquieu, inquiere cómo la psicología social sufre el imperativo del ambiente. Y porque este médico y meteorólogo ha leído, también, a Rousseau, propicia como la mejor terapéutica contra las enfermedades y cómo el fundamento de un nuevo sistema educativo el que acerque el hombre a la naturaleza, el que lo enseñe a gozar del aire libre. La palabra "oxígeno" que había empleado por primera vez Priestley para determinar uno de los componentes del aire, tiene para Unanue una fascinación milagrosa. La Naturaleza es en esos días pre-románticos mucho más que un tema de estudio; el comienzo de una nueva religión, la instintiva maestra a quien se invoca en la ya franca rebeldía contra la vieja cultura erizada de prejuicios y de represiones.

Para que ese movimiento de Ciencia naturalista y de enciclopedismo social llegue a grupos más numerosos de población, florece en la América de fines del siglo xviii una curiosísima prensa periódica. A las "hojas volantes", "avisos" y "relaciones de sucesos" que de modo muy irre-

gular conocieran en el siglo XVII las ciudades virreinales, les sucede ya en el XVIII un periodismo erudito de "asuntos varios sobre ciencias y artes" como definió en 1772 su publicación, el naturalista mexicano Alzate y Ramírez. De la *Gaceta de México* que se había fundado en 1728 a los periódicos de activa insurgencia política que aparecerán en los días iniciales de la guerra de emancipación como la *Gaceta de Buenos Aires*, la *Gaceta de Caracas* o *La Aurora de Chile* (1808-1810) se puede recorrer en casi noventa años, la compleja y excitada marcha de la conciencia hispano-americana en la búsqueda de su libertad política. Leyendo estos papeles entre los cuales son excepcionalmente notables el *Mercurio Peruano*, el *Papel Periódico* de Santa Fe de Bogotá, el *Papel Periódico* de La Habana y el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* se mide día a día, de capital a capital, cómo ascienden a la conciencia criolla todas las fascinantes utopías que había elaborado el siglo XVIII. Temeroso del efecto que pudiera producir en el alma nativa ese peligroso periodismo ávido de nuevas ideas, escribía en 1784 el Virrey de México, Matías Gálvez: "Yo tengo la *Gaceta* por muy útil, siempre que se reduzca a noticias indiferentes: entradas, salidas, cargas de navíos y producciones de la naturaleza; elecciones de prelados, de alcaldes ordinarios; posesiones de canónigos y otras particularidades apreciables que en un país tan dilatado ocurren. Todo esto se olvida a poco tiempo y entre mucha inutilidad y fruslería que se encuentra siempre en todos los escritos de esta clase, sería este un medio de conservar aquellos sucesos públicos que después de cierto tiempo se olvidan y conviene perpetuar". Y agregaba: "Por otra parte, importa dar materia inocente en que no se cebe la curiosidad del público". Pero estos eruditos y lectores insaciables, ya no se contentan con las "inocentes" noticias de que habla el Virrey Gálvez, porque aspiran a cambiar el estado social y la cultura de sus contemporáneos. Con minuciosa documentación ha narrado el investigador argentino José Torres Revello la historia y las peripecias de ese periodismo colonial, y no vale la pena repetir sus exhaustivas noticias. Lo que nos importa en este breve cuadro de nuestra "Ilustración", es

la imagen del periodista-hombre de Ciencia como Caldas, como Unanue o Espejo que a través de las "Gacetas" se comunica con otros espíritus análogos repartidos en las más importantes ciudades indianas; presenta los datos para una nueva visión del mundo tomada de la corriente naturalista y social del pensamiento enciclopédico europeo, y sobre el mito verbal o la superstición fabulosa que velaba al criollo el conocimiento concreto de su país y su gente, empieza a anclar con firmeza en la realidad americana. Estudia las "plantas útiles", la diversidad de climas y regiones; cómo se pueden mejorar las industrias o cambiar los enmohecidos métodos de enseñanza. Utilitarismo social, filantropía, aprovechamiento de la naturaleza (temas todos del pensamiento enciclopédico) son las ideas fuerzas de esa labor periodística. La palabra "Progreso" con toda su esperanza y su ilusión porvenirista flamea como una bandera en las páginas editoriales de los "Mercurios" y "Gacetas". Los hombres que redactan las sabias "Memorias" que allí se publican no son pensadores solitarios sino decididos hombres de acción. Lucharán como Belgrano, como Manuel de Salas, como Espejo, como Caldas, como Nariño para que se creen escuelas técnicas, se fomenten sociedades económicas, se levanten hospitales, teatros o montepíos. Es conmovedor oír (porque se le siente hablar) a un hombre como Caldas, invitando a aquellos vecinos de Tunja, de Ibagué, de Pore o Popayán, los burgos perdidos en la inmensa soledad del Virreinato, a que le manden noticias sobre sus provincias, sobre el número de nacidos y muertos, sobre las plantas peculiares de la región y sobre los métodos de cultivo. Desde los grandes trabajos del célebre naturalista como el *Estado de la geografía del Virreinato con relación a la economía y el comercio* o el *Influjo del clima sobre los seres organizados* hasta las memorias estadísticas de ciudades y provincias, todo se acoge con el mismo espíritu de servicio público en las páginas del *Semanario*. Para la empresa de descubrir y definir científicamente a su país el gran discípulo de Mutis ha formado su elenco de colaboradores: Joaquín Camacho, Mariano del Campo, Benedicto Domínguez, Jorge Tadeo Lozano, etc. Que ha llegado a la internadísima

Santa Fe de Bogotá después de haber estudiado Ciencias Naturales en Madrid y París un joven químico y mineralogista de nombre José María Cabal y que a requerimiento del director del *Semanario* se compromete a analizar gratuitamente las muestras de minerales que le envíen, es una gran noticia en las páginas del periódico. “Rodeados de la esmeralda, de la ametista, del cinabrio, de la platina, del hierro, del cobre, plomo, pisando el oro y la plata, en el seno de las riquezas—escribe Caldas en aquel aviso—somos pobres porque no conocemos nuestros bienes”. Hace falta saber “distinguir y conocer el mérito y las ventajas que podemos sacar de los bienes de que colmó la naturaleza a estos países afortunados”.

¿Qué le pide a la nueva cultura, cuál es el arquetipo de sabio y de reformador que América necesita, según el pensamiento de Caldas? Él lo ha dicho en un excelente elogio del famoso ecuatoriano Pedro Vicente Maldonado, muerto tan prematuramente. Debe ser “un genio que se distinga de todos sus compatriotas por el saber; que recorra las extremidades de su país, rompa nuevos caminos, navegue, observe, mida; que acopie libros, instrumentos, diseños; que quiera connaturalizar las Ciencias y las Artes en su patria”. Esta concepción dinámica de la Cultura; del pensador que aspira a trocar sus ideas en hechos, era el aporte nuevo de los colaboradores de las “Gacetas” al fondo hasta entonces inmóvil de la sociedad colonial.

DEL estudio de la Naturaleza se pasa en transición lógica al estudio de la sociedad. O los métodos estadísticos, de medición y análisis de la Ciencia naturalista se desean trasladar con un rigor semejante a los fenómenos sociales. Por primera vez, en contraste con el artificialismo, la fuga a lo abstracto, lo decorativo y lo verbalista del pensamiento barroco, ahora se piensa con un realismo despiadado. La crítica social de nuestros escritores de fines del XVIII se proyecta sobre todo a dos aspectos tan vitales de la estructura histórica como la Educación y la Economía. Crítica educativa y crítica económica preceden a la dialéctica política que habrá de esgrimirse en los días de la Independencia.

Sólo por miopía histórica o estrecho nacionalismo cantonal (y los estudios históricos en nuestros países han adolecido de ello) pudiera negarse la estrecha correlación que este pensamiento económico y educativo de las colonias tiene con el de la España de los mismos días. Fórmulas o planes que los enciclopedistas españoles de entonces daban, para superar la postración de la Península, son adaptados, también, en América; y así la influencia ya perceptible de las ideas cosmopolitas —inglesas o francesas— en el pensamiento criollo de entonces, se ejercita sobre un fondo común de ideología española. La antítesis económica y cultural que podía existir, entonces, entre España y sus colonias no puede de ninguna manera homologarse con el contraste que hoy se advertiría, por ejemplo, entre la industrializada y avanzadísima vida inglesa y su mundo colonial en Asia o las Antillas. Metafóricamente podemos decir que la América apenas multiplicaba en un espacio más vasto y proporcionalmente más desprovisto de hombres, el atraso económico y científico en que cayera España bajo los últimos reyes de la Casa de Austria. Y por eso hay una afinidad evidente entre lo que Feijóo pudo pensar respecto a la reforma de los métodos de Educación y Jovellanos respecto a la reforma económica, y lo que sus seguidores coloniales dijeron en América sobre los mismos temas. La primera estación a donde el criollo acude en demanda del enciclopedismo reformista, es el Madrid de Carlos III. La circunstancia de que entre las potencias mundiales de entonces fuera España la de menor desarrollo capitalista y donde un estilo todavía medioeval de vida había subsistido tan arraigadamente, emparentaba su situación económica y cultural con la de las colonias. Era (como después puede corroborarse al estudiar la Historia española del siglo XIX, tan "suramericana" en tantos aspectos como el del caudillismo militar, el latifundismo agrario y el poder político y económico de la Iglesia), era una crisis general de todo el organismo hispano. Es claro que lo que en la España de Carlos III se sentía como mero anhelo de reforma al trasladarse al ámbito colonial adquiere por los motivos más propios del alma americana (resquemor nativo, resentimiento de castas, ambición de los

grandes propietarios) un encendido tono de insurgencia. Pero así como hay una gran unidad y hasta el mismo lenguaje entre lo que un economista como Belgrano pensaba en Buenos Aires y lo que en los mismos años recomendaba en Chile, Manuel de Salas, todos los pensadores criollos de entonces se reconocen e identifican en el fondo común de la ilustración hispánica.

Tomemos como problema primero —ya que tiene dentro de la ideología española del siglo XVIII una precedencia cronológica— el problema de la Educación. Enciclopedistas americanos como Baquijano, Salas, Espejo, Miguel José Sanz, Francisco José de Caldas, lo han debatido en ese final del siglo XVIII, y sus argumentos proceden en gran parte de la crítica de Feijóo. El intelecto hispano de la época había tenido en materia de Cultura dos aspiraciones fundamentales: incorporar a la vida española el contenido de Ciencia natural y de técnica que ya ofrecía la de los demás pueblos europeos, y sustituir —como en la propaganda literaria del Padre Isla— las enrevesadas y difusas formas de la expresión barroca por otras más claras y populares. En torno de tres o cuatro ideas centrales levantó Feijóo la construcción ya enciclopédica de su *Teatro Crítico*. El se pregunta qué es lo que ha alejado tanto a España del común movimiento de la cultura europea, y le han salido al camino como los fantasmas contra los que dará su batalla, los siguientes “ídola” de la tradición nacional: 1. El abuso de las disputas verbales que convirtieron la llamada ciencia española de la época barroca en un laberinto de palabras sin contenido útil. 2. Los argumentos de autoridad absorbiendo el sano criterio de la razón. 3. El desdén por la experiencia y observación de la Naturaleza. 4. Las vanas credulidades y supersticiones que en España constituían el follaje parásito de la fe religiosa. Por eso, al vano verbalismo opone el tratadista del *Teatro Crítico* el nuevo y más concreto análisis de los hechos; al respeto de las “autoridades”, el libre arbitraje de la razón crítica; al conocimiento puramente verbal y silogístico, las olvidadas ciencias de la Naturaleza; a la superstición, el sentimiento religioso podado de su nimbo milagrero, de su vano terror y disparatadas fábulas. Cuan-

do un letrado de Venezuela como Miguel José Sanz enjuicia hacia 1790 la educación colonial no hace sino llevar a sus últimas consecuencias la crítica educativa iniciada por Feijóo. En su discurso al inaugurar el Colegio de Abogados de Caracas y en su conocido informe sobre *Instrucción Pública* también yergue contra la degenerada Escolástica indiana ese mundo empírico de los hechos y las cosas, exaltado por el fraile español. Hasta una enseñanza, tan tradicionalmente formulista como la de la Jurisprudencia, desea Sanz que se renueve bajo la influencia de los recientes métodos naturalísticos y el historicismo de aquellos días. Quisiera que los abogados de la colonial Caracas para "penetrar y concebir el complicado e intrincado Derecho de Gentes distinguieran y conocieran los países por Geografía"; supieran "las costumbres de las naciones por la Historia", "meditaran y compararan las revoluciones del mundo"; no ignorasen "los intereses interiores y exteriores de su nación, las producciones, giro y comercio del país y sus relaciones con los otros". Que hay otra Cultura nueva, ya diversa de la de la "Gramática de Nebrija, la Filosofía aristotélica, las Institutas de Justiniano, la Curia Philipica, la Teología de Gonet y la de Larraga" lo repite con insistencia irónica el letrado caraqueño. Y otra idea en que coincide con los enciclopedistas contemporáneos de España y de América: que en ningún mundo como el hispano, por haberse tanto menospreciado, es preciso exaltar el trabajo manual, el respeto de "las artes mecánicas y útiles". No con otro propósito el chileno Manuel de Salas que ha hecho en 1778 un viaje de estudio a España; ha sido introducido, quizás, a la tertulia de Olavide, punto de encuentro de todos los indianos estudiosos en su visita a la península; ha leído como todos sus contemporáneos el famoso libro de Campomanes sobre *Educación Popular* (1775) y de paso por Buenos Aires ha intimado con Manuel Belgrano, su colega en lecturas y planes reformistas, funda en Chile varios años después de su regreso, aquellos cursos de Dibujo, Matemáticas y Química de donde habrá de salir en 1797 la Academia de San Luis, acaso el primer colegio de orientación moderna en la América del Sur. (Poco antes Manuel de

Salas ha estudiado el inglés, lo que lo pone en contacto ya no sólo con los libros franceses que trajera de España, sino con el nuevo pensamiento de educación técnica de que estaba impregnada la reciente ideología norteamericana. Curiosamente Manuel de Salas recuerda a Franklin en la doble y armoniosa capacidad de pensar y de hacer).

Como para unificar el pensamiento indiano en aquellos días, de una a otra provincia colonial viajan y se comunican a través de visitas, cartas o "Gacetas", los más preocupados ingenios. El círculo reformista que un Manuel de Salas anima en Santiago ha recibido el estímulo de un José Miguel de Lastarria, compañero de Baquíjano en los claustros limeños, entusiasta maestro y economista que coincidiendo con Salas escribe en 1795 su *Representación para proteger y ensanchar la Agricultura en Chile* y después viajará por Argentina y las misiones paraguayas para preparar su documentado y extenso trabajo sobre las "colonias orientales del Río Paraguay y de la Plata". Ha coincidido, pues, en el enciclopedismo chileno, una doble influencia inmediata del círculo limeño de Baquíjano cuyo intérprete en Santiago fué José Miguel de Lastarria, y del movimiento reformista argentino de que Salas se ha impuesto en su viaje a Buenos Aires y en la noble amistad de ideas que tiene con Belgrano. Del mismo modo, una Universidad como la de Chuquisaca en el Alto Perú habrá de repartir por el Sur del Continente aquellos estudiantes de espíritu revolucionario como Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo, Casimiro Olañeta o Vicente Pazos Kanki. En un tan deleitoso libro como el de Gabriel René Moreno *Ultimos días coloniales en el Alto Perú*, Chuquisaca aparece como una Salamanca india cuya quietud de tierra adentro es turbada por estos gárrulos estudiantes de fines del siglo XVIII que en largos viajes en mula que duran treinta y más días vienen de remotas provincias del Río de la Plata, Chile o Paraguay. Será este contacto imponderable de país a país, de letrado a letrado, lo que ha de dar a la revolución de Independencia su unidad de lenguaje y aquel patriotismo "americano", tan insistente, en todos los documentos de la época. ¿No ha pensado en la mediterránea Quito—des-

pués ser el amigo y confidente de Nariño en Bogotá— lanzar el Dr. Francisco Javier Eugenio Espejo, un primer movimiento continental de insurgencia? Pensaba él con la ilusión intelectualista de aquellos días—sin la destreza conspirativa de un Miranda— que el gran problema consistía en poner de acuerdo a todos los espíritus ilustrados que entonces se pudieran reunir en las principales ciudades criollas. Y como buen hombre de letras, la reivindicación que más preocupaba a Espejo era la reivindicación cultural. Desde las páginas del *Nuevo Luciano o despertador de los ingenios* (1779) en que se burla del decadente escolasticismo de las aulas quiteñas y de la hinchada expresión barroca de los frailes, hasta las *Primicias de la cultura de Quito* (1791) en que se atreve a decir más agresivamente, que la educación colonial “era una educación de esclavos”, su móvil revolucionario fué principalmente educativo. Y de que el hombre, por más humilde que sea su condición se redime por medio de las “luces”, ¿no era un ejemplo el propio Espejo, indio “albarrazado” de negro, nutrido en su infancia con la Sopa boba del hospital, pero que por el estudio —según él— había creado su nobleza?

DEL mismo modo que en los contemporáneos pensadores españoles —Campomanes, Jovellanos— la crítica educativa de nuestros enciclopedistas criollos se identifica con la de la Economía. Hay, también, una curiosa afinidad entre el problema económico de España y el de sus posesiones ultramarinas que explica por qué estudios de Jovellanos como su informe sobre *El libre ejercicio de las artes* (1785) y *Sobre la ley agraria* encontraron tan atentos lectores en las colonias. Ya observamos, además, la influencia que la obra de Campomanes *Educación popular*, tuvo en personalidades como las de Salas y Belgrano. El atraso industrial y la pobreza española se debía según Jovellanos a causas muy semejantes a las que ya empezaban a observar en sus provincias, los enciclopedistas de América: 1). La propiedad agrícola considerada casi como un privilegio nobiliario que sacrificaba a esta concep-

ción todavía feudal del poder económico, el bienestar de las masas labriegas y la auténtica riqueza del país. Abundaban como en las colonias, las tierras improductivas. 2). El sistema de baldíos y ejidos comunales donde los vecinos mandan a pastar sus ganados sin preocuparse de obtener mayor rendimiento. 3). El exceso de la propiedad amortizada (mayorazgos y bienes eclesiásticos) que impide la división de tierras y la libre circulación económica. "Las leyes españolas —anotaba el autor de *La ley agraria*— facilitan la acumulación de la riqueza territorial en la misma clase de personas y cuerpos. La mayor parte de la propiedad de Castilla ha pertenecido a Iglesias y monasterios cuyas dotaciones moderadas en su origen, llegaron a ser inmensas". 4). Este régimen de monopolio —como el de la Mesta en Castilla— y el acaparamiento de las propiedades en manos ociosas que las descuidan o apenas las trabajan rutinariamente, produjo el pauperismo español y el éxodo del labriego sin tierra ni tarea que hacer, a la aventura y mendicidad de las ciudades. 5). A ello se agrega como causa complementaria de estancamiento, la ignorancia del trabajador agrícola que mantiene los más viejos y toscos métodos de cultivo usados en Europa. El cuadro de Jovellanos coincide en sus rasgos fundamentales con el que hace sobre el *Estado de la Agricultura, Industria y Comercio del Reino de Chile* Manuel de Salas y con el de Belgrano, *Medios generales de fomentar la Agricultura, animar la industria y proteger el comercio de un país agricultor*, escritos ambos en 1796. Tanto Belgrano como Salas insisten en el tremendo desnivel de la vida económica colonial (pocos propietarios, excesivo y contradictorio sistema de tributación, monopolio comercial, riqueza amortizada, rutina y pobreza de las grandes masas indígenas y mestizas) de que también hablaría Humboldt en el admirable paralelo que traza en su *Ensayo sobre la Nueva España* entre las condiciones sociales de aquel Virreinato y el enorme y, entonces, semi-bárbaro, imperio ruso. Con los boyardos eslavos comparará Humboldt los grandes propietarios agrícolas de México. Y el esplendor y refinamiento de las altas clases mexica-

nas, se contrasta, como en Rusia, con el estilo de vida casi prehistórico de la multitud rural.

¿Qué remedio ofrecer a esa situación? Tanto los enciclopedistas españoles como los hispano-americanos de fines del siglo XVIII bebieron como en la Biblia de los nuevos tiempos en el famoso libro de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, entusiasta partida de bautismo de la Economía liberal. Es con el *Contrato social* de Rousseau una de las obras que acaban de fijar la época. Conocida ya por hombres como Cabarrús y Campomanes, la obra inglesa se populariza enormemente en España merced a la traducción que de su resumen francés escrita por el Marqués de Condorcet, publica en Madrid en 1792, Carlos Martínez de Irujo. La libertad comercial, reivindicación instintiva del criollo ansioso, se presenta ahora envuelta en el nimbo de una verdad científica. Con libertad comercial y enseñanza de "artes y oficios útiles" ¿no estarían resueltos todos los problemas económicos de América? El eco inmediato de esa ideología lo encontramos en documentos públicos como la *Representación de los labradores de Buenos Aires* escrita acaso bajo la inspiración de Belgrano y presentada al Virrey en 1793. Es acaso el primer papel oficial en que la conciencia económica del criollo se expresa con mayor seguridad y mayor énfasis. Antecede este memorial en casi veinte años a la otra *Representación de los hacendados del Río de la Plata* que ha de escribir Mariano Moreno en 1810, cuando el espíritu criollo ya alcance su madurez revolucionaria. Decían los entusiastas "labradores" de 1793: "Es notorio a todos que los frutos que produce el cultivo de la tierra son las verdaderas riquezas de un país y que en esto consiste la subsistencia, el aumento del poder de los pueblos y del soberano. El deseo de ganancia es el estímulo más vivo para animar los hombres al trabajo, para fomentar la industria y conseguir las empresas más arduas. Este deseo que es el que procura la abundancia no debe amortiguarse con restricciones, sino aliviarse con libertades que sean compatibles con la justicia y la pública utilidad". Si hay algo de codicia capitalista en esta *Representación de los labradores*, si se hace del "deseo de ganancia" una nueva fe social, si expresa

muy bien el anhelo del propietario criollo de conseguir nuevos mercados y producir y ganar más, ya Belgrano y Salas estaban dándole a esa consigna de "la libertad económica" un sentido más democrático. Explicaba Salas que en Chile "la falta de libertad comercial limitaba la producción y cortaba el vuelo a la industria privando de trabajo a sus pobladores" y decía Belgrano que "cuanto más se acerca un Estado a la libertad absoluta en el comercio universal exterior e interior, tanto más se acerca a su eterna prosperidad: si tienen trabas, sus pasos a la prosperidad son tardos y lentos".

Hay que cambiar para mejorar, piensa, pues, el criollo en esos días finales del siglo XVIII. Se derrumban los viejos valores que hasta entonces mantuvieron el edificio histórico del mundo ultramarino español y se buscan con ansia las formas y sistemas que habrán de sustituirlos. En Buenos Aires como en México, Santa Fé de Bogotá, Quito o Caracas la actitud espiritual es la misma, y resulta superfluo y aburrido describir en un cuadro de conjunto cómo de uno a otro sitio del continente se repiten las mismas utopías y palabras. Como una exaltada invitación al cambio había escrito casi líricamente Francisco Javier Eugenio Espejo en el primer número de las *Primicias de la Cultura de Quito*; "Estamos en el ángulo más remoto y oscuro de la tierra, a donde apenas llegan unos pocos rayos de refracción desprendidos de la inmensa luz que baña a regiones privilegiadas; nos faltan libros, instrumentos, medios y maestros que nos indiquen los elementos de las facultades y nos enseñen el método de aprenderlas".

OTROS caminos conducen de la crítica social cada vez más realista, a la ya franca conciencia de libertad política. Nada puede ser más instructivo para encontrar registrado, como en un diagrama de temperatura, el vaivén del pensamiento autonomista antes de 1800, que leer los tomos XIV y XV del Archivo de Francisco de Miranda en que el gran conspirador que ha sido curiosamente gran archivero de los más extraños papeles, ha recogido noticias, apuntes, cartas y memoriales de lo que oyó, pensó, vió y leyó entre 1770 y

1796. Se abre el volumen xv con un impreso de 1770 en que el aventurero francés Marques D'Aurebade quiere interesar a Inglaterra en el proyecto de establecer una República en México. Para satisfacer a Pitt y a sus amigos de Londres cuyo apoyo necesita para sus planes revolucionarios, Miranda lleva a las entrevistas del "Foreign Office" extensos papeles en que se hace el cómputo aproximado de la población que tienen las colonias españolas; de la que podrían albergar, de las fuerzas militares con que España resguarda su Imperio ultramarino y de los recursos económicos con que cuentan. Señala patéticamente la inquietud revolucionaria que allá se ha manifestado en movimientos como el de Tupac-Amaru y el de los comuneros del Socorro (1781). Presenta una carta en que ricos y acreditadísimos señores de la ciudad de Caracas como don Juan Vicente Bolívar, don Martín Tobar y el señor Marqués de Mijares piensan en su paisano como en el caudillo futuro de una revolución (1783). Dice en un memorándum a Pitt que "España les saca los ojos del entendimiento a los americanos para tenerlos más sujetos" (1790). Y por último su compañero de peripecias conspirativas el ex-jesuita Juan Bautista Vizcardo y Guzmán, se vale de una oportunidad simbólica como el tercer centenario del Descubrimiento de América para escribir su explosiva *Carta de los españoles americanos*. Ningún escrito como el de este fraile exaltado se difundió más como arma de propaganda. Se traduce al francés y se imprime en Filadelfia; ha de merecer los honores de una versión inglesa en la respetable *Gaceta de Edimburgo*; lo distribuirá Miranda en multitud de ejemplares, cuando su primera y desgraciada expedición a Tierra Firme en 1806, y perseguirán el papel, curas, inquisidores y oficiales reales como la más peligrosa presa corsaria. Se le puede llamar, históricamente, la primera proclama de la "Revolución" y sintetiza de modo perfecto todo lo que entonces podía constituir la dialéctica del hombre criollo en su lucha contra la monarquía española: sueño de libertad política y económica; reivindicación e idealización del indio despojado y legítimo señor del suelo; teoría de la soberanía popular y nueva mística de la nación. Lo que en sus frases violentas y lapidarias

dice Vizcardo y Guzmán será glosado después en los primeros grandes documentos de la guerra emancipadora como los hábiles escritos de propaganda del fraile chileno Camilo Henríquez o el *Memorial de agravios* del heroico colombiano Camilo Torres. Miranda que con sus sedicentes delegados americanos, Pozo y Sucre y Salas ha firmado un pacto de independencia y ha introducido a los huéspedes criollos que le visitan en sus cambiantes residencias de París o Londres en las primeras logias: "Sociedad de Caballeros Racionales", "Gran reunión americana" o "Logia Lautaro" creadas bajo su inspiración, tiene entonces en Vizcardo y Guzmán uno como Ministro de Propaganda. Nadie expresó el encono criollo con más ardoroso lenguaje. La coyuntura de rememorar trescientos años después, el Descubrimiento de América "suceso el más memorable en los anales del género humano" le anima a hacer el proceso rápido del régimen español en las colonias. "La Metrópoli —dice— nos separa del mundo y nos secuestra de todo trato con el resto del linaje humano, y a esta usurpación de nuestra libertad personal añade otra no menos vejatoria y dañina o sea la de nuestra propiedad. A contar desde la fecha en que los hombres se unieron en sociedad por razones de mutuo beneficio, nosotros somos los únicos en el mundo a quienes el gobierno obliga a pagar más caramente la satisfacción de sus necesidades y a vender a más bajo precio los productos de su trabajo, y para que esta violencia surta todos sus efectos se nos ha cerrado como a una ciudad sitiada". Después de detenerse en la crítica del sistema monopolista a que está sometida la Economía de las colonias, aplica a la revolución criolla una teoría de la Libertad en que parecen conciliarse Rousseau y los teólogos de la época escolástica: "La conservación de los derechos naturales, y, sobre todo, la de la libertad de las personas y seguido de los bienes, es incuestionablemente la piedra fundamental de toda sociedad humana, bajo cualquier forma política en que ésta sea organizada". "Estamos obligados —agrega— a reivindicar los derechos naturales que debemos a nuestro Criador; derechos preciosos que no tenemos facultad para enajenar y de los cuales no puede privárenos sin incurrir por ello en un crimen. ¿Puede el hombre acaso renunciar

a su razón? Pues su libertad personal no le pertenece menos especialmente”.

En esos años —1792, 1800— en que se escribe y circula la carta de Vizcardo y Guzmán, las ideas en América comienzan a convertirse en hechos. Un día de 1794 el próspero letrado y propietario bogotano Antonio de Nariño que cuando no recorre a caballo sus hermosas haciendas de la sabana de Bogotá, se encierra a leer en su biblioteca de seis mil volúmenes —acaso la Biblioteca privada más grande que existía en el Virreinato— o a discutir con sus jóvenes tertulianos lo que dicen los autores prohibidos, obtiene por obsequio de un amigo la *Histoire de l'Assemblée Constituante* de Salart de Monjoie en que se cuentan los primeros pasos de la Revolución francesa antes del terror jacobino. Era uno de los placeres de Nariño imprimir en pequeña imprenta de mano y ofrecer a sus amigos, los más atrayentes pensamientos que le depararon los libros. Un retrato de Franklin y grandes lemas de Voltaire, Rousseau y Montesquieu decoraban su sala de trabajo. Y he aquí como en el prolijo libro de Salart de Monjoie encuentra el joven bogotano los 17 artículos que constituyen la *Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano*. Entusiasmado con ellos los traduce al español y varias noches —en el silencio conventual de Bogotá— trabaja la clandestina prensa editándolos en centenares de hojas volantes. Sin nombre de traductor ni impresor, los papeles se expiden hasta las más lejanas ciudades del Virreinato: Popayán y Quito, Cartagena y Caracas. (Ya su amigo y corresponsal quiteño Francisco Javier Eugenio Espejo pena en una cárcel de la ciudad ecuatoriana el delito de haber participado en una conjura, más literaria que real, contra el gobierno español). Descubierto el autor de la subversiva traducción, se le encarcela, se le confiscan sus bienes y se le conduce prisionero a España. Se inicia la trayectoria heroica de una de las vidas humanas más nobles y probadas por la ajena violencia, que haya producido América. “Los diez y siete artículos de los Derechos del Hombre me costaron más años de cárceles y persecuciones” dirá ya envejecido y enfermo, poco antes de morir, el gran precursor colombiano. Pero de que había apuntado en el blanco, de

que ya eran las palabras que todos esperaban, lo indica la inmensa resonancia que tuvo el documento. De los Andes del Ecuador a la cordillera Caribe se ocupan los intendentes y justiciamayores en recoger los ejemplares que circulan. En viaje de Caracas a Bogotá, varios años después, el Canónigo José Cortés de Madariaga que ha sido corresponsal de Miranda y arde ya de fuego revolucionario, se detiene en la ciudad de Mérida y lee una Pastoral del Obispo pegada en un muro de la Iglesia Catedral, excomulgando a los feligreses que lean los *Derechos del hombre*. Y el cura insurgente que será tribuno y guía popular en la insurrección caraqueña de 1810 (con que se inicia la Independencia venezolana), rasga en aquel momento con sus manos encolerizadas, el reaccionario decreto eclesiástico.

El contagio de la Revolución francesa también venía a los criollos en aquella década 1790-1800, por la vía de España. Un grupo de maestros españoles empapados de Rousseau y de ciega esperanza en el poder de las ideologías, fraguaron en la Península la llamada conspiración de San Blas (primer sueño de crear una República democrática hispana). Descubiertos y hechos cautivos estos "afrancesados" —Juan Bautista Picornell, Manuel Cortes de Campomanes y Sebastián Andrés— se les fija como presidio las bóvedas de La Guaira en las lejanas costas del Caribe. Era precisamente ese puerto de La Guaira, tan visitado de naves vizcaínas que exportaban el precioso cacao de Caracas, y vecino de las Antillas inglesas, francesas y holandesas, focos muy activos de contrabando comercial e ideológico, uno de los lugares de América más contaminados por el naciente espíritu de agitación. Provincia en aquellos días excepcionalmente próspera, los hacendados y magnates de Venezuela, los llamados "Marqueses del cacao y del tabaco" habían hablado en sus tertulias de la necesidad de liberarse de la tutela restrictiva del Estado español. Su deseo de ser más fuertes y manejarse solos, apenas se disminuía por el temor aristocrático a las "castas" (pardos y mestizos) a quienes fascinaba el nuevo ideal revolucionario de "Egalité". Un audaz mulato de Coro, Chirino, que había completado su educación política en las Antillas y fuera testigo de las revueltas de Haití, piensa en aquellos días

fraguar en Venezuela una gran subversión de las "castas" no sólo contra el Gobierno español sino contra los privilegios irritantes de la aristocracia criolla. Y los prisioneros políticos españoles en La Guaira, que bajo la tolerancia de un alcaide benévolo reciben numerosas visitas y logran obtener papeles y libros, estimulan una nueva conspiración ya venezolana: la que tendría como principales agentes a Manuel Gual y José María España. Gual es en 1797 un hombre casi cincuentón, compañero de infancia de Francisco de Miranda, ávido lector de papeles, ex Capitán de milicias inconforme, con su retiro burocrático y ansioso de mayor destino y mayor gloria. Dn. José María España, modesto corregidor del pueblo de Macuto, se parece curiosamente al alcalde Pedro Crespo, de Calderón. Hay en él una fe y una mística de la justicia, ciegamente españolas. Cuando la conspiración es descubierta el 13 de Julio de 1797, y los españoles Picornell y Campomanes huyen a Trinidad y desde aquel refugio Gual escribe a Miranda tratando de precipitar sus planes, el corregidor de Macuto que no pudo ponerse a salvo, entregará después de dura prisión, su cabeza al verdugo, con perfecto estoicismo clásico. Pero a pesar del castigo cruel del Capitán General de Venezuela Guevan y Vasconcelos, seguirán llegando a las costas venezolanas por aquellos años los papeles de propaganda revolucionaria y las cartas del infatigable Conspirador Francisco de Miranda.

Simbólicamente en el último año del siglo XVIII, el 19 de Enero de 1799, el adolescente Simón Bolívar que ya ha tenido los tres y más extraordinarios maestros que entonces podía ofrecer Venezuela: el Licenciado Sanz, crítico de la Educación colonial; el joven Andrés Bello que antes de los veinte años era el más consumado latinista y el más fino intérprete de letras clásicas y modernas en la Capitanía General y el extrañísimo Simón Rodríguez, rousseauiano práctico y enemigo radical de toda tiranía (llámese familia, Iglesia o Estado), emprende en el navío San Ildefonso, su primer viaje de estudio a Europa. La ortografía en que el futuro Libertador escribe sus cartas es aún deficiente, pero todo lo compensa con la audacia y la energía de lo que ya hace y dice. De paso por México (porque el

navío San Ildefonso elegía las escalas más largas y daba tiempo a los pasajeros que descendían en Veracruz para subir a la capital virreinal), el adolescente Simón Bolívar en una tertulia aristocrática se ve envuelto en la más fogosa disputa, al defender la reciente insurrección de sus compatriotas Gual y España. Y la tumultuosa Europa que iba a contemplar con sus tronos destruidos, reyes prófugos y generales de veinticinco años; con el romanticismo que ya despuntaba, antes que en la Literatura, en la hazaña personal, habrá de servirle como estudio y entrenamiento de su próxima empresa revolucionaria. La Colonia termina, y se avista ya en esa última tarde del siglo XVIII, la perspectiva agitada y confusa de la revolución. El orden colonial de las castas y los estamentos habrá de romperse para que surjan las personalidades de los primeros caudillos y conductores. Nadie sabe todavía quiénes serán; ni cómo un joven de la aristocracia de Caracas podrá convertirse en jefe de llaneros semi-nómades; ni cómo un modesto oficial de la más oscura provincia del Virreinato del Plata llevará sus gauchos hasta el Perú; ni cómo un cura de aldea mexicana que siembra morera y en las noches traduce páginas del francés, será el primer jefe de la Independencia de México; ni cómo un desdeñado hijo natural que aun no puede firmarse Bernardo O'Higgins, y ha sido iniciado por Miranda en las primeras sociedades secretas de c. piración, animará —contra los prejuicios aristocráticos y el resquemor de las "buenas familias"— la revolución chilena.

Una conciencia de destino común hispano-americano (que después hemos perdido) es característica del clima espiritual de aquellos días. Miranda llama "compatriotas" a sus corresponsales y amigos desde México hasta Buenos Aires. Así como un chileno —Madariaga— va a revolucionar en Caracas, un guatemalteco —Irisarri— será uno de los más agudos panfletistas de la Independencia en Santiago de Chile. Para la idea y la obligación que viene, entonces no se conocen fronteras.

LOS ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO*

I

TEMA de profunda atracción es el del origen y poblamiento de América. Convergen hacia él tantos problemas e intereses que es motivo de constante preocupación para el mundo científico. El geólogo y el paleontólogo; el bio-geógrafo y el antropólogo, el etnólogo, lingüista e historiador, y tantos otros hombres de ciencia, han aportado conocimientos a este tema, que considero poco probable que exista otro aspecto de los estudios antropológicos en donde las fuerzas de la investigación se hayan reunido en forma tan variada e importante. El libro de Rivet es una elocuente manifestación de la manera en que se usan y combinan todas estas ciencias como auxiliares de la antropología.

No se trata de un libro más acerca del origen del hombre en América. Le espera al lector la grata sorpresa de una obra en la que el autor vierte lo mejor de sus conocimientos científicos; su experiencia de americanista y, además, toda la inquietud que provoca el tema mismo. Anticiparé al lector algunos antecedentes acerca del autor, cuyas ideas han motivado una candente controversia científica en torno de las posibles conexiones entre América Precolombina y el resto del Mundo.

Paul Rivet ha llegado a la Antropología americanista a través de la medicina y la geografía; de sus experiencias de joven técnico en Sur América y de la herencia cultural de las generaciones francesas del XIX que moldearon su vida. Pocos antropólogos como Rivet han tenido oportunidad de relacionarse con el mundo intelectual americanista de Europa y América; pocos han logrado la popularidad que alcanzó en París, en Francia y fuera de ella, y muy pocos han sabido atraer y arrastrar con sus palabras y pensamientos la voluntad y el cariño de las gentes. Estas cualidades que enaltecen la vida de Rivet, explican el interés general por sus ideas y por todo lo que escribe.

* PAUL RIVET: *Los Orígenes del Hombre Americano*. Ediciones Cuadernos Americanos, 5. México, 1943.

La edición española consta de una introducción histórica, ocho capítulos, conclusiones y cuarenta y una láminas ilustrativas. Ya en ocasiones anteriores antropólogos ilustres se han ocupado de defender o rebatir las ideas de Paul Rivet acerca del origen y poblamiento de América. Don Pablo Martínez del Río en *Los Orígenes Americanos* (2a. ed. 1943) las ha analizado cuidadosamente. Por lo tanto, no es el propósito del autor de esta bibliografía superar la brillante exposición de Martínez del Río, sino presentar al lector de habla española una breve reseña del contenido del libro.

¿Qué representa la obra para el lector ávido de conocimientos? ¿Qué espera encontrar en ella? ¿En qué forma reacciona el mundo antropológico a las ideas expresadas por Rivet? Es probable que al terminar esta reseña no haya logrado dar respuesta satisfactoria a éstas y otras preguntas que surgen de la lectura del libro.

La obra es un conjunto documental de pruebas científicas en apoyo de las teorías de Rivet. Su introducción histórica es breve, quizá demasiado breve, pero concisa y clara. Inicia la acumulación de pruebas con la geología, en un capítulo en el que no podría faltar una visión panorámica amena de las ideas sobre la Atlántida, tratada con una maestría que no logró alcanzar Imbelloni en todo un volumen (*Las Atlántidas*), y un resumen de la teoría de Wegener sobre la coalescencia de los continentes.

A propósito de cronología geológica Rivet habla de dos mil millones de años, quinientos, cincuenta, etc., con una tranquilidad que perturba un poco al lector que más tarde habrá de acostumbrarse a unos míseros ciento veinticinco mil años para el cuaternario. Bien es cierto que lo consuela con la recomendación de que "debemos acostumbrar nuestro espíritu para evaluar estas duraciones".

En el capítulo II aparece claramente expuesta la situación de la fauna prehistórica del Nuevo Mundo. No se puede dudar por más tiempo de su supervivencia hasta épocas muy recientes. Hay suficientes datos que hacen suponer la coexistencia del hombre con algunos de los animales prehistóricos. Romer en su famosa tabla clasificatoria nos da los nombres de algunos. Contiene, además, un resumen de la antigüedad del hombre en América del Norte y del Sur, refiriéndose a las ideas de Hrdlicka y Ameghino.

Hasta aquí Rivet recorre el camino común con los demás antropólogos, es decir: que el continente es de muy reciente poblamiento; que su poblador no es originario de América y debe, en consecuencia,

haber usado vías de acceso semejantes a las que existen hoy día, y haber traído alguna clase de cultura. Ya veremos cómo desde el capítulo III abandona a sus colegas para seguir una ruta distinta.

Antes de seguir adelante deseo llamar la atención del lector a una opinión muy juiciosa de Rivet (p. 50), y aquí no se está dirigiendo al lector sino al hombre de ciencia, con amonestaciones que encierran gran verdad y experiencia: "Para hacer obra eficaz, conviene ponerse en guardia contra la tendencia que ciertos prehistoriadores tienen de clasificar los utensilios únicamente por su factura, es decir por la tipología. Hay aquí un error fundamental contra el que nunca reaccionaremos demasiado... Tenemos tantas pruebas de la supervivencia de las técnicas cuaternarias entre las poblaciones modernas y aún contemporáneas, que no podemos menos de negar a los procedimientos de fabricación el valor de datar un objeto. Sólo las condiciones geológicas y paleontológicas del hallazgo permiten atribuirle una antigüedad verídica... Los conocimientos que poseemos acerca de la evolución de las industrias cuaternarias en Europa, en Asia, en Africa, demuestran que esta evolución se realizó en todas partes de parecida manera, pasando por idénticos estadios. Es seguro que no pudo ocurrir de otro modo en América".

Desde el capítulo III hasta el final del libro, dejando un poco aparte los IV y VII, el primero de ellos dedicado al problema esquimal, el segundo a los Normandos en América, Rivet hace uso de diversas disciplinas (antropología física, etnografía y lingüística) como bases para probar sus teorías.

Fundamentalmente Rivet ha defendido las siguientes ideas, medula de su tesis: que existe en América un estrato humano dolicocefalo (cabeza alargada), representado por hallazgos tales como los de Lagoa Santa, Baja California, "Colorado, Nuevo México, Arizona, Colombia, Ecuador, Perú y Brasil"; que este estrato humano no tiene antecedentes mongoloides; que tiene afinidades morfológicas con australianos y melanesios; que la diversidad tipológica humana en la población aborígen sólo se explica por estas aportaciones genéticas; y las semejanzas o identidades culturales y lingüísticas representan relaciones con estos pueblos oceánicos.

Para poder singularizar las ideas de Rivet señalaré primero las contrarias aceptadas hoy día por la generalidad de los antropólogos. La Escuela de Hrdlicka, recientemente fallecido, sostiene un origen asiático único, no muy antiguo, de grupos culturalmente heterogéneos pero pertenecientes a un tipo físico mongoloide que puede aún

encontrarse en Siberia, en el Norte de China y también en el Occidente, etc. Sostiene esta tesis basándose en los estudios de las grandes colecciones osteológicas de aborígenes americanos; del problema esquimal; de las investigaciones siberianas y de su cuidadoso análisis de los hallazgos continentales atribuidos al hombre prehistórico en América.

Para que el lector se dé cuenta de los problemas con que se enfrenta la antropología física para hacer la correcta interpretación de los fenómenos americanos, copio una frase de T. D. Stewart (1940) en la que hace notar un hecho curioso, que ocurre en Norte América, y que puede dar motivo a variadas interpretaciones: "Tomando en cuenta la extensa superficie del Continente, las diferencias craneológicas entre los grupos de Norte América no son grandes". En contraste, hay que hacer notar que la estatura es muy variable. Cualquiera interpretación basada en hechos aislados, como estos dos que se mencionan, puede conducir a falsas conclusiones.

Otra Escuela reconoce la existencia de diversos tipos, aunque admite una mayor homogeneidad entre los grupos actuales. Dixon (1923) y más tarde Hooton (1937) han señalado la existencia de tipos muy variados en la antigua población americana y, además, ciertas afinidades, como la "negroide", "australoides", "alpinoide", etc. Weidenreich (1939), que ha hecho un estudio muy cuidadoso de los restos humanos más antiguos de Asia Oriental, nos explica esta variabilidad tipológica en la forma siguiente: "El hecho de que existan tribus de Amerindios en las que predominan tipos especiales y otras que muestran un tipo más mezclado probablemente se deba al efecto dominante, por una parte y eliminatorio, por otra, que ocurrió antes o después de su llegada al Nuevo Mundo". Hooton (1930) hace una descripción más realista de esta situación explicando el origen del hombre en América: "si el hombre llegó al Nuevo Mundo en épocas paleolíticas, debe haber entrado en grupos tan pequeños que no dejó huellas de su cultura, . . . es probable que inmediatamente después de la última recesión glaciaria hayan entrado al Nuevo Mundo, procedentes de Asia, por el Estrecho de Behring, algunos grupos de dolicocefalos en los que existía la mezcla de tres ramas: una muy estrechamente asociada. . . al stock llamado "mediterráneo"; . . . otra que pudiera identificarse con un tipo arcaico que existe (aunque mezclado) entre los Australianos, Vedas y Ainu; y por último, y casi con toda certeza, un elemento "negroide" (no negro).

Existe un hecho singular común a los dos puntos de vista opuestos que acaban de ser mencionados. En ambos se hace caso omiso de la cultura general como factor instrumental importante para confirmar los datos somatológicos, geológicos y arqueológicos en que se basan. Esto se debe en parte a que han sido creados y sostenidos por antropólogos físicos y arqueólogos, y en parte a que los etnólogos, lingüistas e historiadores sólo han hecho tímidos intentos para sumar sus ideas a dichas teorías. Todo el mundo está de acuerdo en que Hrdlicka lo hace muy mal cuando habla de la cultura. Además, son los antropólogos físicos con sus diversas objeciones los que han impedido el ajuste entre las cronologías geológica y arqueológica.

En resumen puede decirse que ambos puntos de vista no reconocen el origen mongoloide ni la entrada al continente, desde Asia, por el Estrecho de Behring. Reconocen un tipo dolicocefalo (cabeza alargada); una de las teorías defiende una sola fuente genética mongoloide uniforme; la otra, diversidad de tipos en la población migratoria, cuando menos en la que llegó primero a América.

¿Qué diferencias fundamentales existen entre las ideas expuestas por Rivet y éstas dos últimas? Para hacerlas resaltar comenzaremos por señalar las semejanzas.

Se reconoce la existencia de un tipo dolicocefalo (cabeza alargada) no-mongoloide. Si se desechan los hallazgos de restos humanos de antigüedad dudosa que Hrdlicka, con justa razón, y después de años de paciente estudio ha demostrado que no corresponden a una gran antigüedad y no representan tipos primitivos de hombre, sólo queda hacer notar la postura de un hallazgo importante, el cráneo de Punin, pero éste cabe muy bien dentro del tipo dolicocefalo no-mongoloide. Sir Arthur Keith nos ha sorprendido gratamente reconociendo y dando validez a las conclusiones de Sullivan y Hellman (1925), quienes creen que son muy marcadas y numerosas las semejanzas entre los cráneos femeninos australianos y el de Punin, Ecuador, para suponer que éste haya sido el resultado de una simple coincidencia.

Ya hemos visto cómo Hrdlicka ha defendido la uniformidad del tipo amerindio y ha tratado de comprobar sus fuertes afinidades mongoloides. Contra esta tesis se unen las ideas de Dixon, Hooton y el mismo Rivet, quienes señalan una variabilidad tipológica no reconocida ni aceptada por Hrdlicka.

Sin embargo, hay que señalar la verdadera posición de Rivet en esta última parte. La opinión general de los antropólogos que no están de acuerdo con Hrdlicka, reconocen que las características "aus-

traloide", "melanesoide", etc. aparecen de muy antiguo en los grupos que más tarde llegaron a América por el Estrecho de Behring. Este estrato representado por los hallazgos de Pecos, Coahuila, Texas, Baja California, probablemente arcaico del Valle de México, Punin, Ecuador, Lagoa Santa, etc. antecedió a las migraciones de tipo mongoloide. Rivet, en cambio, contempla verdaderas migraciones australoides y melanesoides, con intercambio cultural y comercial, acumulando a favor de su teoría datos comparativos de etnografía y lingüística, disciplinas que hasta ahora no han sido usadas por los antropólogos que sostienen ideas distintas. Martínez del Río (1943) ha sometido estas pruebas a un estudio minucioso y sereno.

Respecto a los australianos el mismo Rivet (p. 122) reconoce que "la influencia australiana en América se muestra mucho más precisa en el extremo Sur del Continente. Parece difuminarse progresivamente de Sur a Norte, y, en ninguna parte, acusa huellas muy profundas". Refiriéndose a los melanesianos (p. 143), en cambio, afirma que "la etnografía, al mostrar que la civilización melanésica es la que ha actuado principalmente sobre América, se halla en completo acuerdo con los datos que nos ha proporcionado el estudio antropológico de la raza de Lagoa Santa". Para concluir, señalaré la más importante afirmación de Rivet (p. 158): "En resumen, creemos que, actualmente, hay que contentarse con clasificar los tres grandes movimientos migratorios, que han contribuido al poblamiento del Nuevo Mundo, en el siguiente orden cronológico: migración asiática, migración australiana, migración melanésica".

Esta afirmación es insostenible cronológicamente. La antigüedad de los cráneos de Pecos (Hooton), la del de Punin, Ecuador (Sullivan y Hellman), para sólo mencionar dos, que presentan características no-mongoloides; la aparición posterior y gradual del tipo mongoloide en el mismo Pecos y en otros lugares de América y su sobreabundancia en épocas posteriores, nos obligan a reconocer una cronología opuesta, es decir, primero una invasión de tipos no-mongoloides y más tarde una de tipos mongoloides, o la otra postura, invasiones simultáneas o contemporáneas de los dos tipos fundamentales de que estamos hablando aquí. Ciertamente es que, y hay que reconocerlo aunque en nada modifica su antigüedad, existen hoy día grupos representativos del tipo dolicocefalo, entre ellos algunas tribus amazónicas, los Yahgans de Tierra del Fuego y quizá los Lacandones de México.

Antes de seguir adelante deseo señalar al lector una afirmación de Rivet (pp. 94-97) en la que hace uso de la tipología sanguínea para reforzar sus argumentos antropológicos: "El estudio de los grupos sanguíneos no aporta tampoco un argumento en favor del origen asiático de los Indios americanos. . . Estos se caracterizan, en conjunto, por una fuerte proporción del grupo O". Los cálculos de Wyman y Boyd, en apoyo de los estudios de Matson, Rahm, Golden, y Schrader, han invalidado la vieja teoría del predominio del tipo O entre los grupos amerindios antes de la llegada de los europeos. A.S. Weiner (1943), quien tan brillantemente ha difundido los más recientes conocimientos sobre "Grupos Sanguíneos" (3a. ed., 1943), no puso al día el capítulo referente a este aspecto tan útil para la antropología física, y da la falsa impresión de que sigue sosteniendo la vieja teoría ya abandonada.

Volviendo a las comprobaciones de Rivet, deseo mencionar, que útiles como son los estudios de los grupos sanguíneos, mientras siga cambiando su panorama tan rápidamente como hasta ahora ha sucedido, especialmente cuando se hagan estudios detallados del factor Rh y los nuevos subgrupos que se han descubierto recientemente, difícil es usar pruebas de esta naturaleza y apoyarse en ellas para hacer afirmaciones como las que nos hace Rivet.

Sus afirmaciones etnográficas y lingüísticas, que desgraciadamente no puedo analizar con erudición científica, son sorprendentes más bien por el contraste que marcan con los métodos empleados por los sostenedores de las teorías opuestas. Las semejanzas de que se vale Rivet para defender la idea de las migraciones australianas y melanésicas podrán ser discutibles, y hasta invalidadas con gran facilidad, pero hay que reconocer que son muy sugestivas; que algunas merecen un estudio más serio antes de ser aceptadas o rechazadas; que otras señalan verdaderos problemas que el americanista ha ignorado o descuidado hasta ahora, por ejemplo, el estudio del origen y distribución de las enfermedades epidémicas en América antes de la llegada de los europeos, de la cual sólo se han ocupado con seriedad Williams, Imbelloni, y Stewart; la geografía botánica, a la cual Vavilov a contribuido con trabajos importantes, pero que no han resuelto algunos problemas, a pesar de ser muy sugestiva su división en cinco centros de difusión.

Hasta ahora se ha combatido la tesis de Rivet principalmente con argumentos geológicos, somatológicos y arqueológicos. Sin desconocer el valor de este método hay que manifestar que no siempre se ha man-

tenido en un plano de serenidad científica. Habrá que ajustar las diferencias de opinión que existen en las disciplinas ya mencionadas antes de arrojar el enorme peso conjunto que éstas representan para demoler cualquier teoría algo distinta de las demás. También será necesario salirse de su reducido círculo y abarcar, como lo hace Rivet, otras disciplinas: la etnología y lingüística comparadas; la arqueología prehistórica comparada del Viejo Mundo, etc.

En última instancia, cualquiera que sea la verdadera historia de América precolombina, el hombre que llegó a su vasto territorio trajo algún tipo de cultura, cuyas huellas deben existir en algunos lugares del continente; estos rastros más los estudios comparativos de grupos humanos y de culturas de Asia y otras partes del mundo, serán los que decidan el problema en favor o en contra de las actuales teorías.

Quienes siguen con interés los problemas de la historia de América deben ver en las ideas de Rivet un fuerte estímulo para intensificar las investigaciones comparadas fuera del Continente Americano.

Para concluir, deseo mencionar dos defectos de la obra, el primero debido al autor, el otro al traductor. Brillante como ha sido siempre Rivet en sus trabajos científicos, sencillo y lógico como lo hemos conocido en público, ha pecado de exceso de tecnicismo en esta ocasión, quizá debido al entusiasmo con que defiende sus ideas. Los razonamientos científicos lo obligaron a olvidarse un poco del lector inteligente, pero poco familiarizado con la literatura antropológica. Sus afirmaciones, a veces rotundas, no concuerdan con el espíritu que prevalece en la obra antropológica de Rivet.

La traducción tiene un sabor bastante literal. No encontramos los términos técnicos corrientes en antropología. En cambio, anotamos algunos que no nos parecen muy adecuados: *puzzle*, una *quincena* de puntas, las *graveras* de Trenton, *garantías* geológicas, *floja* densidad, *anchura-largura*, *burlete* supra-orbitario, mapa de *repartición*, la frente bien desarrollada y sin *fugas*, sólo por citar algunos.

Daniel F. RUBIN DE LA BORBOLLA.

II

DIFÍCILMENTE podría encontrarse una obra de tanto interés científico y de tanta importancia para América como el libro intitulado *LOS ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO*, del señor Paul Rivet, antropólogo francés universalmente conocido.

Un equivocado sentimiento patriótico ha despertado en los investigadores de los distintos países de América, la pretensión de reivindicar para su patria, el principio de la población en el Continente Americano, y lo que es más, han llegado hasta reclamar para su país el origen mismo de la Humanidad.

Así, algunos autores cubanos sostienen que fué en la Isla Mayor del Caribe donde estuvo el Paraíso Terrenal y nos hablan de un "homo-cubanus"; otros, como Florentino Ameghino, reclaman para las pampas argentinas el privilegio de ser la cuna de la Humanidad, por haberse desarrollado en ese lugar el Prothomo hijo del Diprothomo, a su vez nieto del Triprothomo y bisnieto del Tetraprothomo que "... se vió obligado a levantarse sobre sus miembros posteriores para explorar el horizonte en las planicies de la pampa desprovistas de vegetación arborescente".

De esta manera, se ha invertido el problema y se nos coloca en la necesidad de averiguar cómo pudo salir el hombre del Continente Americano, para poblar todo el mundo, en vez de fundar teorías que nos expliquen cómo llegaron los primeros.

Junto con estos investigadores, que podríamos llamar nacionalistas, encontramos otros francamente escépticos e iconoclastas del tipo Hrdlicka que no han tenido otra preocupación que destruir todas las leyendas y ridiculizar todos los hallazgos, reduciendo a nada las pruebas encontradas, para concluir que el hombre americano es apenas de ayer.

En esta situación, era necesario, puede decirse indispensable, que un historiador científicamente preparado y, hasta donde sea posible, sin apasionamiento, se ocupara del problema y fijara las ideas.

Casi podría afirmarse que era conveniente fuese un científico francés disciplinado y metódico el que interviniera en la cuestión para reducir a sus justas dimensiones las teorías fantásticas y para contrarrestar escepticismos tan perjudiciales como las primeras.

Esta fué la tarea que se impuso Paul Rivet, y en nuestro concepto ha obtenido un éxito definitivo. Su libro contribuirá poderosamente

samente a precisar las ideas, ahora tan contradictorias y confusas, sobre el origen del hombre en el Continente Americano.

Por sus características, el libro que comentamos puede y debe considerarse como un compendio de divulgación; contiene, sin embargo, todos los elementos de una obra eminentemente científica.

Como verdadero hombre de ciencia, Paul Rivet nos indica, en el capítulo primero de la obra, el método a que debe sujetarse la exposición del problema y el estudio de los escasos datos con que se cuenta para resolverlo. Nos dice que ante todo, hay que situar la historia del hombre dentro de la historia general de nuestro planeta, si no queremos incurrir en errores monstruosos, como sería, por ejemplo, tratar de explicar los movimientos de población, fundándose en sucesos geológicos muy anteriores a la aparición del hombre mismo.

Nos habla el señor Rivet de los antiguos Continentes, como el Laurentia, al Norte del Planeta; el Angara, también al Norte, y el Gondwana en la Zona Ecuatorial, para llegar a concluir que no pueden servir de base para explicar el origen del hombre americano, ya que esos Continentes desaparecieron muchos años antes de que el hombre hiciera su aparición en la tierra. Afirma que, al aparecer en ellos el hombre, los continentes americanos tenían sensiblemente la misma configuración que en la actualidad; por lo tanto, la historia de su población no tiene relación con los enlaces terrestres que existieron en épocas anteriores.

A continuación, estudia la teoría formulada por Wegener, que podría denominarse de la "separación de los Continentes", y que se basa en la hipótesis de dividir nuestro Planeta en tres zonas de densidad decreciente, yendo del centro a la periferia.

Esta teoría permite explicar el notable paralelismo que existe en las costas de los continentes separados en la actualidad por los océanos, de tal manera, que "... si se acercan imaginariamente sus orillas se percibe que encajan sus contornos con bastante exactitud".

El señor Rivet acompaña las explicaciones con magníficas ilustraciones que hacen perfectamente inteligibles los problemas y sus fundamentos.

El Capítulo segundo, se refiere a la antigüedad del hombre en América, afirmando el señor Rivet que no está establecida la existencia de un paralelismo estrecho entre la sucesión y la desaparición de los animales fósiles en ambos lados del Atlántico y admite que ciertas especies sobrevivieron en América mucho tiempo después de haber desaparecido en Europa, como en el caso del mastodonte.

Cierto es, que algunos investigadores opinan que las especies animales desaparecidas, vivieron hasta épocas menos remotas en América que las del Viejo Continente, pero otros, entre los que puede citarse al señor Alejandro Wetmore, Director del Museo Nacional de los Estados Unidos, piensan lo contrario.

El señor Rivet examina, en nuestro concepto en forma magistral, la mayor parte de los descubrimientos importantes realizados en América del Norte y del Sur, en relación con los primeros pobladores, siguiendo al efecto, procedimientos lógicos y científicos que le permiten emanciparse casi completamente de las tendencias nacionalistas y negativas, que han perturbado a los investigadores de estos asuntos.

En los siguientes Capítulos, se estudian las posibilidades de la población de América por los pueblos del Asia, por los Australianos, los Melanesios, los Normandos y las relaciones comerciales que pudieran existir entre Polinesia y América.

En nuestro concepto, las conclusiones a que llega pueden considerarse como acertadas, con excepción de las que se refieren a los Australianos y sobre todo a la ruta de migración que supone para este caso.

Invoca el señor Rivet pruebas antropológicas, lingüísticas y etnográficas que nos parecen poco convincentes, aunque muy inteligentemente elaboradas. La vía seguida por los Australianos para llegar a la América, cruza materialmente sobre el Polo Sur. Se ve en la necesidad de suponer períodos glaciares e interglaciares semejantes a los del hemisferio Norte, y llega a decir que no es imposible que después del último máximo de extensión, se produjera un período de regresión glacial, correspondiente al óptimo postglacial, como en Europa y en América del Norte.

Situado en el terreno de las suposiciones, para poder sostener esta teoría, llega a imaginar que esta regresión podría haber dejado "una faja libre de hielo" en la costa Antártica, permitiendo así establecimientos humanos.

Contra todas estas suposiciones, creemos que no debe olvidarse que los Australianos fueron y han sido pésimos navegantes. Es más natural suponer migraciones hacia lugares de mejor clima, de más amplios recursos y no hacia desiertos y estepas heladas, aun admitiendo la "faja libre de hielos".

Algunas afirmaciones hechas por el señor Rivet en el transcurso de su obra, no tendrían mayor importancia si la publicación se hubiera

hecho en otro país. Habiéndose dado a conocer en el nuestro es indispensable aclarar y precisar.

El señor Rivet afirma en las páginas ochenta y tres y ochenta y cuatro que los indios de América no conocían antes de la conquista, ni la rueda ni el torno de alfarería. Nada más inexacto en nuestro concepto, ni más en desacuerdo con los resultados de las últimas investigaciones realizadas en nuestro país.

El señor M. W. Stirling, Jefe del Bureau of American Ethnology del Smithsonian Institution de Washington, localizó en Tres Zapotes, varios juguetes de barro que representaban animales con ejes y ruedas. Existe uno de estos juguetes en el Museo Nacional de los Estados Unidos y otros en el nuestro de Arqueología.

Fotografía de uno de los encontrados en Tres Zapotes, región de los Tuxtlas, Veracruz, se reproduce a continuación por ser indiscutiblemente una prueba concluyente de que sí conocieron los pobladores precolombinos el uso de la rueda.

Desde antes sabíamos que no era lógicamente posible suponer que los indios ignorasen la rueda, puesto que habían sido capaces de estudiar con precisión aspectos de mecánica celeste. Sin embargo, los descubrimientos del señor Stirling en Tres Zapotes, nos quitan cualquier duda sobre el particular.

Por lo que se refiere al torno de alfarero, debe aclararse que si por torno se entiende el procedimiento de fabricar objetos de barro haciendo girar rápidamente la masa de barro, para que la vasija u objeto que se fabrica pueda obtener una forma circular perfecta, todos los que nos ocupamos de estos asuntos sabemos que muchas vasijas y otros utensilios de la última época azteca y aun anterior, fueron fabricados siguiendo este procedimiento.

Existen muchos ejemplares de esos objetos en el Museo Nacional y en colecciones particulares.

Pero hay más, el señor Hugo Moedano en su estudio preliminar de la cerámica de Tzin-Tzun-Tzan, nos habla de un par de objetos de obsidiana que posiblemente fueron hechos en torno. Los aztecas, los mixtecas y otras muchas culturas precolombinas, con toda seguridad conocieron y usaron el principio del torno, para desgastar y pulir.

El señor Rivet afirma, que el uso del cobre y el bronce se descubrió antes de la conquista en la altiplanicie Boliviana y Peruana, así como que en Colombia se hicieron cosas maravillosas de oro, que llaman poderosamente la atención.



Juguete sobre ruedas, cerámica, encontrado en Tres Zapotes, Ver.



Pendiente de oro con la cabeza de Ueueoteotl el viejo dios del fuego.
Cultura mixteca. Coixtlahuaca, Oax.

En relación con este asunto, no debió pasar por alto, en un libro publicado en México; que el cobre lo usaron la mayor parte de los pobladores de lo que más tarde fué Nueva España, especialmente los tarascos, aztecas, huastecos y las culturas de Veracruz, Puebla y Oaxaca.

Es muy frecuente encontrar cascabeles de este metal y hachas que tienen la particularidad de ser de cobre templado, como la encontrada por el señor licenciado Caso en la tumba número siete de Monte-Albán y la que se encontró en el Cerro de Cuta, inmediato al pueblo de Zapotitlán, Salinas, Puebla.

En Oaxaca son muy abundantes las hachas en forma de "T", que durante mucho tiempo fueron consideradas como moneda, lo que permite suponer su abundancia.

Por lo que se refiere a objetos de oro, no debe olvidarse los que supieron hacer los mixtecas, entre los cuales figuran discos de oro y plata perfectamente unidos sin soldadura, cosa que no puede hacerse en nuestros días.

Las aclaraciones y precisiones que me he permitido hacer no disminuyen, ni en lo más mínimo el mérito de la obra del señor Paul Rivet; su libro, lo repito, era una necesidad para la historia de los primeros pobladores de América. El método seguido por el autor de *LOS ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO*, lleva el sello inconfundible del verdadero hombre de ciencia. La importancia de los asuntos estudiados, la forma, a la vez elegante y asequible, con que son presentados los problemas, la lógica y la precisión con que son resueltos, denotan la perfecta preparación del señor Rivet y la extensión de sus conocimientos como antropólogo. Por tales conceptos, el señor Paul Rivet merece nuestras calurosas felicitaciones y deseamos ardientemente la más amplia divulgación a *LOS ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO*.

José L. COSSIO.

Dimensión Imaginaria

UN SIGNO . . . ¡QUIERO UN SIGNO!

Por LEON-FELIPE

Aquel [el gusano] que antes reptaba con grandes esfuerzos, sin poder franquear el círculo de la serpiente, se ha convertido en un ser alado, en una figura celestial, pues que [transformado en mariposa] se mueve ahora libremente en el cielo.

JUAN LARREA. "Rendición de Espíritu",
Tomo I, p. 188.

I

NO ME CONTEIS MAS CUENTOS

YA se han *contado* todos.
Todos se han dicho y se han escrito.
Y todos se han ovillado y archivado.

Los ha contado el viejo patriarca,
los han cantado el coro y la nodriza,
los ha dicho un idiota, lleno de estrépito y de furia,
se han grabado en la ventana y en la rueda
y se han guardado en cajas fuertes las matrices.

Hay réplicas exactas de todas las tragedias,
discos fonográficos de todas las salmodias,
y placas fotográficas de todos los naufragios.
Ninguno se ha perdido. Estad tranquilos.
Se sabe que el poema es una crónica,
que la crónica es un mito,

la Historia una serpiente que se muerde la fábula
y el poeta el cronista del Rey y el Arzobispo:
el narrador de cuentos.

Todos se han registrado.
Y todos están vivos todavía. Ahí pasa el pregonero:
“¡Cuentos! . . . ¡Cuentos! . . . ¡Cuentos! . . .”
Es aquel viejo vendedor de sombras y de risas
que ahora pregona cuentos.

Pero yo no quiero cuentos . . .
No me contéis más cuentos.

II

SÉ TODOS LOS CUENTOS

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto:
que la cuna del hombre la mecen con cuentos,
que los gritos de angustia del hombre los ahogan con
cuentos.
Que el llanto del hombre lo taponan en cuentos
que los huesos del hombre los entierran con cuentos . . .
y que el miedo del hombre . . .
ha inventado todos los cuentos.
Yo sé muy pocas cosas, es verdad.
Pero me han dormido con todos los cuentos . . .
y sé todos los cuentos.



Dib. de Moreno Villa.

Dédalo fabricando sus alas.



GIOTTO DI BONDONE: La resurrección de Lázaro.

III

EL DULCE CUENTO DE LA ROSQUILLA

CONTAR es enumerar y referir.

Tú cuentas: uno, dos, tres . . .

El cuenta: un cuento, dos cuentos, tres cuentos . . .

Cuentas . . . cuentos . . . ¡Todos sabéis contar!

Pero al final de cuentas sólo *contáis* un cuento:

el dulce cuento de la rosquilla nada más.

Porque la serpiente se chupa el caramelo de la cola,

y se lo chupa el Hijo Pródigo,

y el último caballero del Graal;

y el miedo y el feto y la impotencia;

y la voluta desmayada del capital barroco y aplastado de
la Catedral;

y el periplo puritano de los peregrinos del *Mayflower*,

y la gran estola cuaresmal;

y el vendaje diamantino de la momia,

y el del sudario primero de Lázaro primero y provisio-
nal);

y la cinta dorada de la gorra,

y la hebilla de la espuela,

y el cíngulo de nieve y de sal

de la mujer de Lot, y el rosario,

y el balduque del legajo revolucionario y constitucional;

y la cincha anillada de onzas y de balas

que ornamenta y sostiene el heroico vientre satisfecho del
General;

y la mesa redonda del Rotario,

y el círculo de fuego que en la noche describe la tea
encendida del gran mago del clan

y del gran cíclope del Ku-Klux-Klan;

y la ciega mula democrática,

y el toro fugitivo y fogueado que volverá a dormir en el
corral;
y la verja de lanzas del palacio,
y la antigua muralla de la China,
y la nueva ciudadela del Kremlin,
y el anillo almenado y almendrado del futuro murallón
pragmático, norteamericano y continental.. .
Y la escalera se lo chupa también:
(Los que bajaron subirán
y los que subieron volverán a bajar).

IV

TRAMPAS

TRAMPAS de redes y de lazos
son los cuentos
con los que se ovillan a la tierra
y con los que me cercan en el tiempo;
o un estanque . . .
o un espejo
donde yo me repito
y me reflejo.

Romped,
romped todos los cuentos
que no quiero verme
en el tiempo
ni en la tierra
ni en el agua sujeto.

V

CONTADME UN SUEÑO

AHORA estoy de regreso, he llegado hace poco,
 soy nuevo en la ciudad . . . Y esto quiero decir:
 Me durmieron con un cuento . . .
 y me he despertado con un sueño.
 Contad,
 contadme un sueño alegre, narradores de cuentos,
 que un sueño no es un lazo
 ni un espejo;
 contadme un sueño alegre
 sin anillos,
 sin redes,
 sin trampas . . . y sin miedo.

VI

OID:

SOÑÉ . . . ¡Sueño!
 No soy un cuento.
 Vengo de más lejos . . .
 ¡Soy y vengo del sueño!
 Y digo que soñar es querer, querer, querer, querer . . .
 querer escaparse del espejo,
 querer desenredarse del ovillo,
 querer descoyuntarse de la dulce rosquilla de los cuentos,
 querer desenvolverse . . . prolongarse . . .
 Soñar es decir 4 veces,
 44 veces
 4,444 veces, por ejemplo:

Yo no quiero,
yo no quiero,
yo no quiero,
yo no quiero,
verme en el tiempo
ni en la tierra
ni en el agua sujeto;
quiero verme en el viento,
quiero verme en el viento,
quiero verme en el viento,
quiero verme en el viento.

“Quiere el hilo,
sueña el hilo
en la aspadera,
sueña el hilo
que saldrá
algún día . . .
¡un buen día!
hecho manto
del telar”.

Lo que pasó bajo la curva de los cielos
se prolonga bajo los huesos de mi cráneo.
(¡Hay algo nuevo bajo el sol!)
Lo que soñé en la tierra y en el vientre fecundado de mi
madre
lo sigo aquí ahora sobre la piedra oscura de mi almohada.
¡Fuí semilla que *quiso* ser espiga
y soy espiga que *sueña en ser pan ázimo!*

VII

EL GUSANO

SOY gusano que sueña . . . ¡que quiere!

Y dijo el narrador de cuentos: —Contaré el cuento del gusano.

—Pero yo no quiero cuentos. He dicho que no quiero cuentos. . . ¡quiero. . . ¡un signo!

—Y ¿si el gusano fuese un signo?

—Eso . . . yo lo diré, que hoy me sé la lección:

Narradores de cuentos, el gusano
no se chupa el caramelo de la cola. No es un cuento.

Es un sueño que camina.

Repta.

Y deja sobre la hierba oscura

una secreción viscosa . . . y fosforescente;

un hilo glutinoso . . . y lumínico . . .

¡lumínico! *La baba es una estela.* Anotad esto bien.

Cavad aquí para marcar una señal,

clavad aquí una estaca, aquí, aquí;

que aquí sobre esta tierra . . . sobre la Tierra,

sobre este gran ovillo devanado con baba,

sobre la estela verde que segregó el gusano,

sobre el sudor oscuro que vertieron sus glándulas,

sobre su llanto ciego de semilla y de feto,

sobre los restos de su capullo y su sarcófago,

sobre la ganga adámica de su morada mística,

sobre el cascarón roto de su bóveda abierta

y sobre los escombros de su Iglesia podrida

levantaremos un día nuestra casa,

nuestra ciudad

y nuestro vuelo.

¡Dios nos guíal

Porque el gusano no es un cuento, narradores de cuentos,
es un signo . . . un sueño . . .

un sueño alegre que empezamos a descifrar.

VIII

QUIERO . . . SUEÑO

No me contéis más cuentos
que vengo de muy lejos
y sé todos los cuentos.
No me contéis más cuentos.
Contad
y recontadme este sueño.
Romped,
rompedme los espejos,
deshacedme los estanques,
los lazos,
los anillos,
los cercos,
las redes,
las trampas
y todos los caminos paralelos.
Que no quiero,
que no quiero,
que no quiero,
que no quiero que me arrullen con cuentos;
que no quiero,
que no quiero,
que no quiero que me sellen la boca y los ojos con cuentos;

que no quiero,
que no quiero,
que no quiero,
que no quiero que me entierren con cuentos;
que no quiero,
que no quiero,
que no quiero,
que no quiero verme clavado en el tiempo,
que no quiero verme en el agua,
que no quiero verme en la tierra tampoco,
que no quiero verme a su ovillo como un hilo de baba
sujeto. . .

Quiero verme en el viento,
quiero verme en el viento,
quiero verme en el viento,
quiero verme en el viento,
Quiero, ¡quiero! . . . sueño . . . ¡sueño! . . .
¡Sueño verme volando en el viento!

LO QUE NO ESPERA LA ESPERANZA

A JORGE CUESTA *

Por Luis CARDOZA Y ARAGON

HICE estos círculos, más o menos concéntricos, en torno al meollo, para evitar efusiones y aproximarme al misterio por cerrado razonamiento: quise plantear un destino como un teorema, y dejarlo exacto y sin solución sobre vuestra mano, vivo, presente, insoportable como un ascua.

Tengo una imagen del poeta que acaso se antoje "maldita", pero no la abandonaré por el temor a que se la juzgue como tal. Nada más lejos de esta imagen que aquella del abandonado y perdido en ensueños, sin acción y dirigido fervor.

La pasión del poeta se diferencia de todas las demás por su sentido determinante de eternidad. Nada le ocupa tanto como ser inmortal. Y por esa sed, acaso insensata y risible, indudablemente diabólica, son gobernados los actos de su vida, aun aquellos que parecen intrascendentes.

No vive sino para el tiempo y contra el tiempo, y de tal modo y tan profundamente, que parece estar fuera del tiempo y fuera de sí. Esta ausencia, este recogimiento,

* Jorge Cuesta, de la generación llamada en México de "Contemporáneos", es considerado como la inteligencia crítica más aguda y transcendente de ese discutido "grupo sin grupo". Su obra verdadera, la más densa podríamos decir, desapareció con el poeta: su vida misma. Era el único en quien alentaba un sentido demoníaco, un sentimiento trágico y profundo, cuya simbólica dimensión la encontramos de nuevo en los episodios esquilianos de su existencia, cortada por su propia mano—en el surco abierto de Abelardo y Edipo (Byron y Silva)—el 13 de agosto de 1942. Luis Cardoza y Aragón, líricamente, nos da el primer ensayo sobre este aspecto capital de Jorge Cuesta, cuya obra escrita, inédita en su mayor parte, es sólo conocida de reducido público.

esta sed y esta hambre de presencia, le crean una atmósfera particular que se desplaza con él, que le rodea en cualquier parte, que le aísla de los no poseídos y le hace reconocerse entre sus semejantes.

No son las obras simplemente, los frutos del espíritu y las entrañas, los que prueban la capacidad de su vocación. Por encima del mejor poema, del más claro arrebatado, del más limpio edificio de la pasión, se halla su vida misma, la dirección que llevan sus pasos, el sentido que da a su tránsito.

Nada le preocupan las diarias preocupaciones; nada le interesan el triunfo, la gloria. Ni presente ni futura. Y creo que nadie ha sido poeta por amor a la gloria, sino por necesidad ineludible de plenitud, de perfección que nos dé eternidad ante nosotros mismos y para nosotros mismos. Y desde ahora mismo.

No es que en él no vivan las pasiones de todos, sino que éstas ya se hallan dependientes de su anormalidad, que no es otra cosa sino heroísmo.

Es un hombre este monstruo, es un monstruo este hombre, con sus necesidades materiales más o menos presentes y olvidadas, más o menos conscientes y automáticas. Y es también un héroe viviendo dentro de su tiempo propio, dentro de lo inajenable, dentro de lo que en él es sólo de él y, además, intransferible.

Le vemos rumiarse su obra, llevarla como un cáncer. Tal vez nació bajo signo nefasto accidentalmente ocupado en aquello que no tiene valor absoluto en su destino.

El arte se ofrece sólo como medio de este absoluto; no como fin. Y no puede satisfacerle; no puede llenarle de soberbia; no puede colmarle, ni calmarle, ni saciarle nunca.

Algo escapa, y eso que escapa aun en las obras más valiosas nos da, asimismo, su medida. No podemos saber todo de él por lo que nos deja, por las huellas vivas de su espíritu, sino también por lo que leemos más allá de los márgenes. ¡Flor estéril del demonio! No es en su satisfacción, sino en su ansiedad y zozobra no cumplidas donde mejor le encontramos. Y ¡cuántas veces lo que percibi-

mos de esa ansiedad y esa zozobra es sólo la parte visible de un monumento apenas sospechado!

Hemos llegado al punto en que las realizaciones felices son siempre fallidas y forman sólo una huella, más o menos exacta, de su autenticidad, de su trágico juego. Sólo son partes del drama, mas no el drama mismo: aun las más perfectas no son sino esquemas del demonio, que debemos tomar como debilidades.

Está como el corredor en la pista; no corre contra adversario alguno, sino contra el cronómetro que empuña. Está frente al tiempo, metido dentro del límite de los años misteriosos que le ha dado quién sabe quién para vivir.

Y no sé yo de ocupación mejor del tiempo que vivirlo con tan trágica necesidad, con tan amarga y recóndita voluntad de ser.

Vida que no es vida, sino agonía, lucha inacabable con la muerte. ¿Qué sentido tienen ambiciones tan mínimas como la satisfacción de vanidades que puede ofrecer el mundo?

No me detendré, pues, ante tal oropel y lo aparto de mí como a una alimaña hoy que recuerdo a un poeta muerto por su propia mano.

Jamás he pensado en la miserable felicidad que se ofrece al poeta aquí en la tierra. Jamás la ha esperado.

¡Y ni siquiera la ha deseado alguna vez!

No sé cómo explicarme, pero el dolor de la gloria, que hasta ella se muestra informe, dolorosa y fría, nada posee en común, nada absolutamente, con la fuerza infinita y eterna del poeta que espera lo mismo que eternamente no espera ni la propia esperanza.

Y frente a tal enajenación, a tal pureza en medio de la dicha que buscan los demás, surge la monstruosidad. Es desmesurado, extraño al medio, al tiempo de los relojes, a los que viven junto a él con sus cotidianas satisfacciones, sus penas generales y su despreciable felicidad.

Escribir es una cobardía para salvarse la vida.

El ansia se escapa por la palabra que con su potencia mágica sostiene al poeta y le engaña al mismo tiempo sin engañarle. Hay en esta cobardía un heroísmo tal que sólo pueden ser dignos de ella los poetas.

Llegamos a una posición de fe y hastío en que la creación misma no puede ser nunca salvación.

¿Qué poema enfrentar al silencio de Rimbaud?

COMPRENDO al poeta como un hombre que nunca puede estar satisfecho con su alma y cambia y pule su diamantina condición con una exactitud que alcanza siempre la desconocida rosa de la mística.

Ningún ser más especializado, más consagrado, más práctico y más votivo. No es sino entrega y conquista y constante riesgo supremo. No es ya ni vocación, sino consubstancial manera de ser. Primero, la manera de ser; luego se verá cómo.

Fuera de su activa realidad misteriosa, la vida pierde su razón y su posibilidad misma de vida como existencia.

Esta condición heroica se alimenta con la propia vida. El suicidio es su atmósfera natural, su medio exacto.

Monstruoso es el ángel y el arcángel.

Monstruoso es el demonio.

Y monstruoso es dios.

La llama vive como toda llama: de destruirse. La vida arde en la poesía y la poesía en la vida. Nadie escribe sino aquello que vive. Sino aquello que se es. Lo ilegítimo —bastardías y adulterios—, se manifiesta en las obras y en los actos.

No es la moral la que acude a este punto del discurso. Seguimos en el ámbito del heroísmo y cuando no estemos en él, algo hay podrido en nuestro propósito.

Sólo en desacuerdo con usos, costumbres y convenciones, podemos apreciar esta suerte de ser. Su reino no es de este mundo.

Y su infierno acaso no comience aquí. Acaso no termine después de la muerte.

Prometeo, ladrón celestial, condenado a martirio sin término.

Y habríamos de enfrentarnos con la justicia divina. Pero no sabemos quién es el juez, ni qué pecado, qué crimen hemos cometido.

¡La justicia divina! Ya en este punto únicamente nos resta creer en dios o no creer en dios, la misma cosa; la locura y el suicidio; o vivir en agonía hasta que la muerte nos revele qué es lo que espera nuestra esperanza y toda esperanza. Qué es lo que espera la esperanza misma.

De esta fermentación, de este dolor, como lamento o hemorragia, surge la obra. Mas no es el dolor mismo.

No siempre es acabado el fruto. No siempre posee caracteres cumplidos. Por encima de la perfección se destaca el paisaje de la angustia, reino del arte.

Bien sé que hay frutos preciosos de alegría, de entusiasmo y optimismo. Frutos de fuerza y de salud. Pero detrás de la cruz está el diablo, aunque frente al diablo esté la cruz.

La levadura que engendra no diré que es infernal o celeste. Las palabras apenas nos ayudan para entendernos. Y estas voces sólo dicen una misma idea, por opuestos que parezcan; sólo expresan una misma categoría cuando la serpiente se muerde la cola.

Estas fuerzas que sacan al hombre de su dimensión y le hacen estallar alimentado por ignoto designio, por necesidades que en los demás carecen de potestad tan imperial, le llevan a su posible límite.

Y las acciones o la manera de la vida en el discurrir cotidiano nos parece que faltan de heroísmo en aquel pobre profesor de inglés o en el frailecito en su celda de Toledo. Lo que de ellos conocemos solamente constituye el sollozo de júbilo por haber nacido con tal fatalidad.

Porque acaso es más fatalidad que heroísmo. No se puede renunciar a la condición y cuando en apariencia se renuncia a ella, de hecho se ha llegado a un medio más perfecto para cumplir su misterio.

La lucha por la vida tórnase a veces en una serie de aventuras y peripecias vulgares: tiene la importancia de una vestidura.

La vida desnuda, pírrica y adámica, es el destino, la espera. Lo demás, agregado sin raíz.

Nada que no sea la poesía merece significación.

Y el carácter descomunal, el sentido tremendo de la existencia, se mantiene y crece hasta percibirse en toda su anormalidad.

Si hemos dicho anormalidad es en relación con la moral de las familias, de la sociedad, de la patria.

Surge una nueva orientación de los valores que le otorga su transparente firmeza. Sin una mística es imposible apreciar el absoluto acento que el artista confiera a su tránsito.

En el poeta hay una moral de clase, como en el místico.

Su moral se la da su heroísmo; su heroísmo se lo da su moral.

La vida con su vida tiene la relación animal de un alimento.

Una mística en que se busca la perdición, el aniquilamiento, la inmortalidad. En que no se busca nada. Absolutamente nada.

¿Por qué se habría de buscar algo?

Los caminos suelen ser diferentes, pero todos nos llevan a esa Roma, que de seguro no existe y que por no existir es la que abrasa, la única inmortalmente indispensable.

Platón, reconociéndose a sí mismo, sabía que no podía vivir en su República. Puesto que lograba crear una República, él ya no estaba de acuerdo consigo ni con su creación. Su poesía, insatisfecha siempre, cobró su carácter absoluto y necesitó algo más allá de lo imaginado.

Lo imaginado no puede satisfacer: desde el momento que llegamos a ello con la fantasía, podemos ir más allá. Si satisficiera imaginaríamos la muerte y sus dominios. Dejaríamos de morir.

Lo único que puede satisfacernos es ese más allá. Y para explicarlo aún no hay palabras, ni nunca las habrá.

La autoexpulsión de Platón no se debió a que fuese perfecta la República y sufriera menoscabo con su presencia. Se expulsó de la República no para salvarla, sino para salvarse.

Los católicos han imaginado una República a donde llegan las almas de los bienaventurados. Pero el poeta, aunque fuese cristiano, no soportaría nunca la República. Además, es bien claro, un poeta jamás puede ser cristiano.

El ángel rebelde, el demonio, es el único poeta cristiano que ha existido.

Todos los santos, como los poetas, están naturalmente en el infierno.

He hablado con ellos y son ellos quienes afirman que allí mismo se mueren y siguen esperando.

Y de la insurrección en los infiernos nacen los ángeles.

Rebeldes no por buenos o por malos, que tales palabras no son dueñas de acepción alguna, sino porque su pureza no era de los cielos ni de los infiernos, sino de otra parte. ¡De otra parte!

Un demonio es un ángel consciente de su angelicalidad ¡en otra parte!

Las vidas trabajadas a fondo por el misterio, por la sabiduría, quiero decir por la muerte, no se queman en grandes llamaradas.

Los fuegos más abrasadores se desnudan. Viven no del aire del mundo, sino del aire del misterio y de la muerte.

Después del breve incendio de la paja, locuaz y casi fría en su pompa, quedan sólo pavesas y cenizas.

El fuego más intenso carece de esa arrogancia y es perdurable y hondo. Su fruto es un diamante.

Fuego sin llama, sin humo. Erecto, inamovible como una columna. No se le ve; no es ostentoso y teatral; tampoco una llama al viento. La vida de este mundo le alimenta sin desviarle en lo más mínimo del propio afán que le consume. El mismo fuego siempre. En Lenin o Francisco de Asís: rebelarse contra la muerte.

No vivir sino para la muerte es lo que le da su normalidad al hombre. O le aproxima a ella: la muerte es lo normal. La vida, sólo un accidente.

Aquél que no vive sino para la muerte es que se está quemando en su raíz, en su verdadera y absoluta esencia.

Como seres puros en su esencia, como seres aún no degenerados por la vida, los ermitaños no partieron a los yermos por el incendio de los sentidos, sino por el ascua

blanca, mate y recóndita del misterio. El cuervo les lleva sus propias entrañas: las de Prometeo.

Ya ni la soledad es compañía apetecible.

La soledad siempre es un espejo, como toda compañía.

A través de un mito o de otro, en el Tibet o en Teotihuacán, en Atenas o Jerusalem, tenemos este límite de huesos y de sangre, con su raíz hincada en la tierra, con su copa perdida entre las nubes.

Y nos hemos encontrado con la acción: concretar la zozobra, para no engendrar peste. Acción en el único sentido que es acción: rompiendo el espejo, perdiendo toda compañía, intentando quedarnos solos, absolutamente solos.

Y acaso hemos llegado a través del espejo, sin movernos, a una dimensión imaginaria, más allá del mito y del precario límite de huesos y de sangre, tierra y nubes: hemos encontrado el mundo real.

EL poeta es el hombre normal por excelencia.

En él, el espacio en que viven los demás hombres, en que viven los anormales, es como una hernia.

¿Qué otra cosa perseguimos sino el amor? ¿Qué otra cosa buscamos sino nuestra infelicidad?

A este trágico sentido práctico se le llama religiosidad en el Reino de la Hernia.

Distingamos la angustia de una fe y su explotación y capitalización al transformarla en iglesia.

El valor de lo que digo consiste en que sólo yo puedo decirlo. Y sólo yo puedo creerlo.

Toda iglesia es una forma organizada de una prostitución.

Del destino de Cristo explotado y capitalizado ¿qué otra cosa podía hacerse?

Toda iglesia vive dentro de la Hernia transformando el problema radical, lo único que realmente es un problema, en una pirotécnica solución aparente como el barniz de las uñas.

No hay manera alguna de vivir por delegación, "por poder" con la "fe" tradicional, con la "religión de nues-

tros abuelos". Pretender tal comodidad es la máxima prueba de invalidez y de pereza de los degenerados habitantes del Reino de la Hernia.

El normal no acepta este legado, esta gregaria digestión espiritual; lejos de toda iglesia y noción de especie, alienta en el centro mismo de su persona intransferible.

No puede haber comunión sino con lo incomunicable.

La antropofagia y el suicidio son las únicas formas de comunión.

Se vive en los dolores y ellos en uno. Y vive uno por ellos. Si nos los quitan dejamos de ser quien somos.

El suicidio es la más pura forma de la ofrenda.

Nadie se mata por dejar de sufrir.

Cuando perdidos en la razón que nos da el amor; cuando nos hemos descubierto en su locura y todo se cierra contra nosotros como si nuestra pasión fuese una ofensa; cuando nuestro sueño en una criatura terrenal lo encarnamos, habemos de morir.

Sólo muertos por nuestra propia mano merecemos perdón.

¿Perdón de quién? ¿Por qué?

El poeta es un insensato: actúa ignorando, por actos de fe.

Veamos en el espejo de la soledad. Veamos a fondo y ella responderá: ¡hemos sido agraviados hasta por la Inocencia!

No merecemos nada. Todo lo poseemos porque nada esperamos. El sacrificio voluntario no busca recompensa: es un acto puro.

Las manos no pueden asir sino lo que no existe. Un montón de entrañas como niebla. Un sueño en los brazos. Y cuando ello es todo lo que la desesperación alcanza a ceñir para dejar más sed después, ya sabíamos que estábamos condenados. ¿Y si aun eso nos está prohibido?

A veces nuestro destino no es el acostumbrado. ¡Destinos como costumbres! "La religión de nuestros abuelos". Acontece que deseamos asir un sueño que lleva doblemente nuestra sangre: la de nuestros padres, la de nuestra angustia. Y todo se pone contra nosotros, a sangre y sueño. El mundo nada importa: sabemos que un amor si es amor no

tiene mancha. Sin embargo, cuando la pasión no alcanza ni su propio jirón de niebla que la fatalidad hizo fraterna, hay que abrir de otro modo las puertas a la sangre.

¡Qué crueldad sin penumbra la de una sangre que no desemboca!

Bulle dentro, arremete hasta que no podemos contenerla y rompe sus bridas y salta más allá, hasta el otro lado, donde acaso descubra el mismo cauce ya vencido por la muerte.

Acaso hemos venido al mundo por suicidio en la nada. Acaso algunos nacemos y morimos cuando se nos da la gana, por nuestra propia mano. ¿Quién sabe qué sueño nos infligió la vida? ¿Quién sabe cuántas veces nos hemos suicidado aquí y allá?

¿Quién puede juzgar al suicida? ¿Quién puede juzgar su amor?

Aquí está su sangre atónita sobre la tierra. ¡Ya había soportado su agonía largo tiempo!

Llega la marea a tal punto que ya no basta la invocación ni la triste pregunta sin respuesta. Ya no basta gemir la desesperación, el dolor de la sangre obstinada en su rumbo. La sangre tiene que salir, que dejar de estrellarse dentro de su sueño, águila y paloma al mismo tiempo, ciega y tenaz, hecha de luz misma. Su puro vuelo potente álzase en vilo y ya no toca la tierra.

¿Para qué estos sagrados órganos que encierran perpetuidad entre su blanca savia?

Y renace en la locura, en su heroico clima, un himno que los cobardes consideran blasfemia.

¡Ni amor ni sueño!

La sangre ha de encontrar la luz negada.

Te veo cortarte de un solo tajo las sagradas partes y arrojarlas al rostro de dios.

Te veo recogerlas, inválidas para el sueño como antes, colocarlas en uno de los platillos de la balanza de dios.

Se ha derramado la sangre. Su vuelo agudo serénase por un tiempo que no es sino preparación para la entrega definitiva y total.

La mutilación no basta. Y cuando toda la angustia se concreta en la amada que lleva casi nuestro rostro y

es la misma carne nuestra, la única que poseía una respuesta, la única para nosotros aquí abajo, y nos es negada y prohibida, y seguimos clamando en vano, y el sueño nos despedaza, entonces nuestras divinas partes acaso valgan en la balanza lo que las estrellas de una noche de estío.

¿Por qué sus ojos se perdieron en ella? ¡Ni una luz! El mutilado rompe los muros con su frente abriéndole paso a su vida.

El amor no escoge. Allí está lo nuestro: por ello se vive y por ello se muere. Siempre se está solo y cuando el amor nos llama, no se le puede eludir, ni se le quiere eludir. Los que no llegan a la muerte por el amor, acaso no sepan lo que es amor ni lo que es muerte.

Pasión sin retorno por imposible: un amor que mata es una salvación. Y una salvación es sólo otro amor que nace. La noble sangre sin rumbo del suicida, con su infinita premura de consumirse, quémase en la tierra y da rubor a la manzana y frenesí a la amapola.

Si somos dueños nomás de una salida hacia la plenitud ¿por qué en vez de esperar no la abrimos con nuestra propia mano? Intuimos algo concreto, que a veces llamamos divinidad, y durante nuestro tránsito apenas si gobernamos medios endebles para sospecharla. La muerte abre las puertas a la plenitud, inmóviles ante el amor y el sueño, su imagen espantosa.

Vivimos en el amor esperando; vivimos en el sueño esperando.

Pasamos las horas alimentados por el espejismo o la aproximación; retenidos por el amor y el sueño, que a veces nos hacen olvidarnos de nuestra condición. Mas si ya no basta la muerte provisional su imagen espantosa y enemiga porque nos impide la verdadera ¿quién puede entonces detenernos? ¿qué puede entonces detenernos?.

Nadie se mata por dejar de sufrir.

¡Ni amor, ni sueño!

¡Qué se abran las áureas puertas definitivas!

Los suicidas cantan en la estrella de la mañana.

MINAS GERAES *

Por *Waldo FRANK*

DE TODOS los veinte Estados de Brasil, Minas Geraes es el más agraciado, el más brasileño. "Lo tiene todo". El mapa lo muestra en un lugar simbólico. São Paulo es montaña templada y planicie; Rio de Janeiro, costa volcánica, tropical y oscura; Espírito Santo, un Rio de Janeiro más pequeño; Bahía, es Portugal, Africa, música, manigua y sertao; Goyaz desamparado desierto, y manigua terrible; una punta de Mato Grosso. . . inmensidad de horizonte e intensidad de diamantes. . . y todos estos Estados, rodeándola completamente, forman una matriz que sostiene la joya de Minas Geraes.

La belleza de su gente no es superada por la de ningún Estado ni por la de ningún pueblo del mundo. A Minas vino lo más hermoso de las razas negras: los Jolofos, los Sereres, bellos como los egipcios; los Fulahs y los Ashantis, que son frecuentemente más cultos y letrados que sus amos. Y en sus ciudades coloniales, tales como Ouro Preto, Congonhas do Campo, Sabará, etc., trabajó un mulato (hijo de una esclava), llamado Antonio Francisco Lisboa y conocido con el sobrenombre de *O Aleijadinho* porque era leproso. La labor de sus manos podridas, hace de él según mi juicio, el artista plástico más grande del hemisferio desde las culturas precolombinas de México, América Central y de los Andes.

Las ciudades ubérrimas y de montañas riquísimas donde *O Aleijadinho* construyó sus esculturas y sus iglesias, están todas cerca de Bello Horizonte, la moderna capital del Estado. El avión nos deja aquí al amanecer. (Me acompaña en este viaje como secretario un gran historiador que

* Del libro *Viaje por Suramérica*, Nº 6 de las Ediciones de CUADERNOS AMERICANOS, actualmente en prensa.

trabaja con Aranha en el Itamaraty: se llama Sergio Correia da Costa y ha escrito una biografía sobre Don Pedro II). Les dejo a él y a los reporteros en el hotel y me voy solo al encuentro de la ciudad.

Esta es la primera ciudad completamente moderna de Brasil que yo he visto. Ella debía de instruirme sobre la capacidad funcional del pueblo. Es una buena ciudad, proyectada con originalidad. Las calles convergen no en ángulo recto, sino diagonalmente, con plazas que aparecen guarnecidas con gran regularidad de palmeras y con amplias avenidas alineadas de palmeras también y que enganchan las calles arriba en los barrios. Las casas revelan más fantasía y audacia que buen gusto. Muchas ostentan esa exuberancia tropical en la línea y en el color tan desagradable en la arquitectura. Algunas tienen dignidad y unas cuantas, muy pocas, belleza. Dentro de este escenario moderno pasea la gente dulce y suavemente sin el rigor del norte ni la fluidez de São Paulo.

Visitamos algunas de las viejas ciudades —ciudades de hierro y de oro, donde está la gloria de O *Aleijadinho*— ascendiendo por bellos caminos, rojos de hematites, las antiguas montañas minerales. . . Una calle casi interminable sube y baja en ondulaciones con el valle entre las laderas de las montañas. La gente aquí vuelve a ser lenta, callada, con la fijeza del indio. Vive lejos de la clase media que, como observé al llegar al aeropuerto, se esfuerza por manifestarse de una manera latina. Al entrar en una ciudad, más allá de una iglesia del estilo estéril de don Juan V, nos encontramos con un obispo y su cortejo de prelados y monjes subiendo trabajosamente la colina hacia una fila de edificios de un solo piso. Le saludamos respetuosamente. Es un hombre moreno, cortesano, vigoroso, amable, que anda haciendo su visita pastoral. Vive en dos mundos: el de su diócesis y el de la Iglesia universal. Y los dos mundos, caminan muy juntos; en ellos hay lugar para la miseria y el pecado, y para la alegría y la segura salvación. La mitad de su cortejo es negro; los monjes usan barbas oscuras que inundan la dulzura de sus ojos.

Al otro cabo de la ciudad hay una fábrica de acero con fundiciones e instalaciones; todo ya ubicado realmente

en la manigua. Los hornos no tienen muros por lo cual el aire más frío del exterior se mueve sin cesar y los ojos de los hornos de pudelar se levantan desde el metal incandescente hacia los bosques de palmeras, bambúes y encinas. Qué diferentes las fábricas de Pittsburgh, donde los muros encierran el enorme calor y dejan fuera el frío duro del invierno y las calles áridas y sórdidas.

Entre estos trabajadores hay más negros que en norte. De lo que deduzco que el temperamento indio de Belem es menos telúrico de lo que yo pensaba y más racial. Su ritmo regular es lento, cansado, digno, capaz de repentinas y seguras aceleraciones. Son como los gatos que se mueven lentos y atrapan rápido. Al otro lado del camino de la fábrica, un grupo de hombres está jugando al *soccer*. Me acerco a observar. Juegan lentos, comparados con el rápido y nervioso *foot-ball* del inglés, pero con gran seguridad, llevando la pelota, tejiéndola (como la línea melódica de una samba) hasta el *goal*. Entre semejantes jugadores, reclutaron, sin duda, los *teams* que recientemente hicieron de Brasil el campeón de *soccer* del mundo.

Aquella noche, de vuelta a nuestra casa, entre las montañas de hierro y las estrellas como un chal de oro sobre los oscuros hombros de Brasil, paramos el coche para recoger a una mujer. Era una viejecita pálida y descarnada, de piel oscura; tenía al marido enfermo y había dejado Bello Horizonte al amanecer para coger leña. Hablaba con la cortesía graciosa y con la dignidad de los humildes: era cristiana y de la tierra. Esta es la sensación de mis primeros días en Minas. La tierra gobierna a su gente. La tierra y la ternura de Jesús.

¿Por qué esta diferencia tan grande entre el negro explotado de Brasil y el negro explotado de Estados Unidos? Porque el del norte ha conocido la codicia y la voracidad de sus amos y el del sur la codicia y la voracidad, pero la ternura también.

Hoy por la mañana me voy temprano (como hago de ordinario en todas las ciudades) al mercado. Y mientras observo al negro casi tan callado como el indio; y al burgués más entusiasta, mejor vestido y más pálido, pienso en el arte de *O Aleijadinho*.

O *Alejadinho* fué un hombre obscuro y amarillo, con una cabeza pesada sobre un cuerpo corto y macizo y de rostro delicado. Un hombre lleno de amargura. Hijo bastardo de don Manuel Francisco da Costa Lisboa y de una esclava africana, llamada Isabel. Llevó la doble maldición de su raza y de su nacimiento amargamente. En su juventud aprendió todo lo que los arquitectos y escultores del siglo XVIII colonial de Minas podían enseñarle. El Brasil portugués había llegado a su esplendor original plástico un siglo antes en Bahía, Olinda, Pernambuco, y había decaído. Ahora los artistas copiaban desmañadamente el rococó de Lisboa, la cual a su vez lo había copiado de Francia. El joven mulato despreció las artes corrientes de su tiempo y de sus maestros. Fué un artista arrogante y triunfador.

Dios le amó con un amor singular. Por esto le purificó. A los cuarenta y cinco años le dió una lepra. "Se le pudrieron y se le cayeron los dedos de los pies; no podía andar, tenía que arrastrarse y caminar con las rodillas. También los dedos de las manos se le pudrieron. Y los párpados se le convirtieron en llamas. Perdió los dientes; y su boca vino a ser una mueca espantosa y oscura como un abismo. Tan siniestra y terrible era su apariencia, que los que le veían en la calle huían despavoridos".

Pero fué un artista famoso en todas las ciudades de Minas. Compró un esclavo que se llamaba *Januario*, para que lo ayudase en su labor. *Januario*, aterrorizado ante la presencia de su nuevo amo, intentó suicidarse. O *Alejadinho*, le sacó el cuchillo del pecho, le curó y le enseñó. Le enseñó a ayudarlo y a amarle.

Entonces comienza su gran labor. Se amarraba el cincel a sus dedos podridos y esculpía. Llevaba un sombrero de amplias alas para ocultarse el rostro. Trabajaba todo el día bajo la tienda que él levantaba dentro o fuera de la iglesia; les arrojaba piedras a los que se acercaban a husmear, y al anochecer, defendido por las sombras, se arrastraba hacia su casa buscando la cama donde descansar.

Fué un hombre apasionado, con la doble pasión del genio y de los aires afrodisíacos de Brasil. No tuvo nunca mujer. Dios le amó. Y cruelmente, despiadadamente, le puso a trabajar. Y con el cincel sujeto al podrido muñón



Iglesia de Nosso Senhor do Bom Jesus de Matosinhos, cuya construcción y esculturas son obra de O Aleixadinho. Congonhas do Campo, Minas Geraes. Brasil, 1777.



O ALEIXADINHO: Estatua de Apóstol. Congonhas do Campo,
Minas Geraes, Brasil.

de su mano con una correa, y los ojos encendidos y en carne viva, llevó la revelación de la belleza a la piedra y a la madera en las iglesias hasta la edad de 83 años en que un día sacaron su cuerpo muerto de la tienda para darle sagrada sepultura.

Las esculturas de *O Aleijadinho*, principalmente las de Congonhas y de Ouro Preto, son una rebelión contra el arte frívolo de la metrópoli y contra los maestros frívolos del Estado y de la Iglesia. Desde esta rebeldía, como Dante desde su infierno, levanta su mundo ascensional, su misterio de aceptación. Sus profetas son severos viendo las llamas de los hombres. El grupo de soldados que torturan a Jesús en Os Passos de la Via Crucis es la floración terrena, torpe, de fragancia animal; y Jesús la ternura de la fuerza, la última flor de la tierra que se escapa de la tierra. Las iglesias de San Francisco y del Carmen en Ouro Preto, la de San Francisco en São João d'el Rei, son transfiguraciones de la melodiosa tierra de Portugal en una belleza más terrena y más espiritual. Otra vez, de la fuerza a la ternura; de la fuerza complicada a la ternura sensible. Toda la labor de este hombre trágico, como la de su maestro Jesús, es ternura: la fuerza última, la magia final.

Yo voy a encontrar ahora esta ternura en la carne. En Bello Horizonte. . . Vago solo por la ciudad. Los barrios pobres, las alas altas de la ciudad son casas blancas y claras (sin estufas aún, con brasero) que se cuelgan de la tierra roja. Hay muchachas alegres y elásticas y mujeres dulcemente pasivas. Hasta los negros más pobres son tiernos. La ternura está aquí. Más que en el norte. El elemento indio no es tierno. Ni el del trópico despiadado.

En la calle principal, la gente joven se vuelve a mirarme. Los periódicos han publicado fotografías mías con bastante parecido. (Cosa rara). En los rostros de estas personas, hay un anhelo ávido.

Me siento cansado y hago alto en un café. Me acomodo. Y en seguida entro en conversación con las personas de la mesa inmediata. Son un dentista, un periodista (que han estado dos veces en la cárcel) y un artista. Hablan

abiertamente, a gritos, de la falta de libertad de Brasil. El libro de uno de sus amigos: *Christo, o maior dos Anarchistas*, lo han prohibido. "Los periodistas están podridos..."

"En 1930, todo Brasil creía en Getulio Vargas. En 1937, mostró su gran desprecio por Brasil".

"No tienen ustedes miedo —digo por lo bajo— de que los oigan? El camarero..."

"Está con nosotros" —me responden riendo. El camarero sonrío y vuelve a llenar nuestros vasos.

"Yo no entiendo todavía a este Vargas" —digo— "En 1930, parecía ser un hombre... un hombre instintivo... del pueblo. En 1934 se escuda en una constitución que es casi un socialismo cristiano. Y en 1937 la rompe en favor de una Constitución casi fascista".

"Es un gran político. Desprecia al hombre".

"Ustedes tuvieron un gran político una vez, que amó al hombre", dice el periodista. "Lincoln".

"Suele ocurrir esto una o dos veces en un siglo. Lenin... ", les recuerdo.

Ya somos amigos. Vamos a otro café. Es un sótano, con manteles de cuadros rojos en las mesas. "La música es buena", me dicen, pero yo apenas les escucho ya. Mi vista está fija en una pequeña camarera.

"¡Qué maravilla!" digo.

No es la que nos sirve. Otra muchacha nos trae de beber. Pero la que a mí me gusta parece escucharme al través del salón grande y ruidoso. Se vuelve y me sonrío. Desde luego no me ha oído. Mi mensaje le ha llegado por otros cauces.

Es una muchacha de dieciocho años, con un vestido barato de terracota, una mulata con algo de sangre india que da a su piel un brillo luminoso de miel. Su abundante cabellera es negra, sus facciones fuertes y perfectas, sus labios no demasiado gruesos. Todo su rostro alegre, lleno de vitalidad y de belleza, está fundido en tristeza.

Cuando al fin llego a comer al hotel estoy ganado por la revelación de esta muchacha. Le hablo a Sergei de ella. Después de comer voy con el Doctor Tixeira y un periodista al café de los manteles con cuadros rojos. La mu-

chacha está allí aún muy atareada, al final del salón lleno de humo. Nos siente llegar y sonríe.

Pero ahora ocurre un inopinado acontecimiento. ¿Y dónde puede ocurrir este acontecimiento más que en Brasil? Todo el café parece conocer mi interés y toma parte en él; una parte indulgente y afectiva. La muchacha lo conoce también. Viene y se sienta con nosotros a la mesa. Me dice como se llama. Se llama Ifigenia Silva. Vive con su madre. Se sonríe y me sonrío. No puedo hacer más que —todo el café está esperando— decirle lo hermosa que me parece. He descendido o subido hasta la poesía: me encuentro diciendo en términos precisos todo lo hermosa que yo encuentro su cara; poesía es precisión. Mis amigos me ayudan a salir del paso traduciendo mi precisión española al portugués. Le regocija mi precisión; acepta con dignidad y travesura.

La atención de todo el café es ingenua, familiar, discreta. Cuando se enteran de que Ifigenia y yo somos amigos, todo sigue su curso. Los hombres vuelven a su charla y ninguna mirada nos molesta ya. Ifigenia trabaja hasta las once. A esta hora me promete encontrarme fuera del café. Y con un gran desenfado, como si nada extraño hubiese sucedido, abandona nuestra mesa y se va a sus quehaceres.

Minutos antes de las once, estoy observando cerca de la puerta del café a los hombres y a las mujeres que se apiñan en la avenida. Se mueven en el aire fresco de la noche, son parte de ella, todas sus vidas son parte de ella; y yo parte de ellas y de la noche brasileña también. Un hombre sale del café, mira alrededor y se dirige hacia mí. Recuerdo vagamente que le he visto detrás del mostrador.

“El primo de Ifigenia vino a buscarla” —me dijo. “Su madre está enferma y la muchacha tuvo que irse precipitadamente a casa”.

Mañana al mediodía, estaremos volando hacia Rio otra vez. El día siguiente es el primero de mayo. Vargas regresará de Pozos de Caldas a tiempo para asistir a la gran manifestación de los trabajadores. Yo he sido invitado a su palco en el estadio. ¡No veré más a Ifigenia! Me voy caminando hacia el hotel como parte de la noche todavía,

como parte todavía de la vida ociosa y madura de los hombres y mujeres que se mueven dentro de ella, como sustancia y vibración de ella. Y no es placer ahora lo que siento, sino tristeza. Por la mañana me despierto pensando en Ifigenia. ¿Es todo una mentira, el primo y la madre? ¿Es Ifigenia una ramera vulgar como tantas camareras de café? ¿No se encontró con otro hombre y se fué con él, después que yo la dejé? No lo creo. La alegre belleza de la muchacha podría mentir y engañarme, pero sin mezclar la tristeza de su madre en el juego. Sin embargo, no estoy muy seguro. Y necesito asegurarme.

Me encamino hacia el café y me entero de la dirección de Ifigenia. (El avión sale al mediodía). Tomo un coche y atravieso su calle. Es una calle muy pobre, clara y desnuda. Después de ver la casa donde vive, le digo al chofer que se pare en la esquina de la próxima calle y que vaya a decir a Ifigenia que la espero en el coche para decirla adiós. Tiene que traerla.

Tarda un buen rato, quizá un cuarto de hora. Al fin le veo aparecer con la muchacha. Lleva el mismo vestido de terracota y un envoltorio.

Se sube al coche y me da la mano con el mismo desenfado que la noche anterior, en que prometió venir a mi encuentro. Me explica que el envoltorio son pasteles de su madre recién sacados del horno. Tiene que dejarlos en el café donde trabaja.

“Entonces su madre está ya mejor, si ha podido hacer los pasteles”.

“Los he hecho yo”.

“¿Y por qué los llama usted los pasteles de su madre y no los suyos?”.

Sus ojos no entienden y me responde: “Son los pasteles de mi madre”.

Huelo la frescura húmeda y punzante que sale de la envoltura de periódicos, cuando el coche cruza la mañana punzante también y no diferente de los pasteles. La mano de Ifigenia en la mía es parte de la sinfonía: la mañana, buenas cosas que comer y la pena de una madre.

Nos dirigimos a una villa un poco apartada de la ciudad donde la tierra roja florece frondosamente. Atravesamos

mos la puerta chirriante de una verja y nos abre la puerta de la casa una señora con buenos ojos. Es una mujer desaliñada con un *peignoir* no muy limpio. Cobra dinero por sus habitaciones cuando los hombres van con mujeres. Tiene ojos amables y me inspira confianza.

Los tres nos sentamos a la mesa, donde la señora estaba tomando su retardado desayuno. Los platos sucios están allí todavía. Trae unas tacitas limpias y bebemos un poco de café. Contemplo a Ifigenia. Está con el mismo desenfado de siempre. Su belleza es tan inefablemente triste, que todos mis pensamientos son lágrimas. La tristeza ha sido la madre del encanto de este flanco sutil, de este pecho abrupto, de este rostro... de miel y fuego; su armonía inefable es gozo, travesura juvenil, pero su destino es la tristeza.

Tres razas sufren en su belleza; dos de ellas —la negra y la india— explotadas; y la tercera, la raza dominadora, más terriblemente explotada aún por su voluntad de dominar.

Todo lo que yo siento hacia esta muchacha es ternura, todo lo que yo necesito de ella es ternura, y mi gran necesidad, es una mutua comprensión.

Una puerta se abre hacia la alcoba que está acabada de arreglar para nosotros. Pero yo sé que no me moveré. Me estaré aquí y dejaré que mis ojos reciban y otorguen llamados.

Después, en el silencio (la mujer de los ojos amables nos ha dejado ya), la mirada de Ifigenia se posa en la mía. Se levanta y camina hacia la alcoba.

EL HOMBRE DEL BUHO

PAGINAS AUTOBIOGRAFICAS *

Por *Enrique* GONZALEZ MARTINEZ

MIS PRIMERAS impresiones de la capital me disiparon pensamientos tristes, amortiguaron mis penas de ausencia y me dieron ánimo para la posible lucha. Volvió rápidamente el optimismo a mi corazón y me dediqué a recorrer la ciudad y a visitar a quienes pensaba yo que habían de acogerme con interés y afecto. Salado Alvarez me dió muestras claras de su empeño amistoso, y con su experiencia semejante a la mía, me habló de dificultades que no por grandes eran invencibles y exageró las mil maneras de salir airosamente de la empresa. Mi primera visita fué para Casasús. En cierto modo, lo consideraba responsable de mi viaje y obligado moralmente a resolver cualquier problema que me creara dificultades en mis proyectos, y pienso que su espíritu recto y su simpatía hacia mí le creaban en el ánimo un sentido de responsabilidad. Salado y yo lo encontramos en su despacho del Banco Central, y sin la más pequeña antesala, nos hizo pasar. Me tendió los brazos como si fuera un viejo amigo, elogió mi juventud fuerte y sana y me dijo con la mejor de sus sonrisas:—"Así me lo figuraba yo". Ninguna reticencia sobre la ayuda que podía darme, ningún reproche sobre mi precipitada resolución, ninguna frase evasiva para sacar el cuerpo o retardar sus actividades en mi favor salieron de sus labios. Franqueza, afecto, estimación literaria, deseo de empujarme al triunfo, fué lo que advertí en él. Aquella actitud no habría de cambiar nunca.

* Del libro en preparación que publicará en breve "Cuadernos Americanos".

Era Casasús bajito de cuerpo y muy erguido de pecho, como si quisiera disimular así lo corto de su estatura. Usaba bigote y barba, ya entrecanos, y se afeitaba las mejillas. Su mirada, tras de los lentes de oro, era a la par firme y sonriente, por más que las pinzas de las gafas le fruncieran el ceño. Vestía con pulcritud rayana en amaneramiento, y era, al hablar, un poco enfático, lo cual le hacía aparecer presuntuoso. No había tal: era sencillo, franco y bondadoso. Tipo del *self-made-man*, había logrado una envidiable situación profesional, intelectual y política y había amasado una gran fortuna. Se alojaba con boato en la calle de los Héroe, y llevaba una activa vida social. Con un bufete concurrendísimo, con clases en las escuelas de Jurisprudencia y de Comercio, con una multitud de asuntos administrativos que le hacían mantener un contacto constante con el Presidente y con Limantour, recibía en casa a sus amigos y dedicaba los domingos, en vez de consagrarlos a los placeres frívolos, al estudio y a la traducción de poetas latinos. Su obra original era breve, y su mayor contento consistía en hacer versiones de Catulo, de Horacio, de Ovidio, de Marcial, etc., que publicaba en preciosas y finas ediciones. También traducía a poetas ingleses y americanos, y dió al público una versión de la "Evangalina" de Longfellow.

Al despedirnos, dijo: —"Los espero a almorzar el jueves". Y volviéndose a Victoriano: —"Usted llevará a Enrique". Aquella forma llena de confianza, me conquistó.

Llegué el jueves siguiente, en compañía de Salado a la calle de los Héroe. Presentación cordial a la señora, que ya me esperaba, saludos de los hijos, todavía pequeños, luego, conversación amable y sin etiqueta. Recuerdo entre los comensales a Sara Chavero de Portilla, mujer en un tiempo famosa por su belleza, y su marido; a otra bella dama, la señora de Avila; a Amado Nervo, que me abrazó como si fuésemos antiguos compañeros; al joven pianista Alberto Villaseñor, muerto poco después en plena juventud, quien debía a Casasús un viaje a Europa con pensión generosa. Victoriano y yo completábamos la mesa. Casasús llegó de la calle a la una en punto, y pasamos al comedor. Durante el almuerzo, se me comprometió cariño-

samente a ser constante invitado de los jueves. Acepté con regocijo porque aquella reunión en que los escritores y los artistas teníamos posición de preferencia, me encantó. Ya Victoriano Salado me había informado de aquel ambiente en que los temas literarios se imponían sobre cualesquiera otros, en que se recitaban versos de sobremesa y se tocaba el piano. Cuando pasamos a la sala de fumar, tocó Alberto Villaseñor el andante de una sonata de Beethoven, a ruego de la señora Casasús. Por cierto que tocó admirablemente. Salí con Salado y Nervo, y a poco andar, nos abandonó Victoriano.

Quedamos solos Amado y yo, y decidimos pasear y conversar un rato. Aquel rato fué de dos o tres horas, fecundas en enseñanzas para mí. Amado quiso contarme confidencialmente sus andanzas capitalinas. Veía mi "caso" semejante al suyo, y se propuso limpiarme el alma de infundados optimismos.

Las confesiones de Nervo aquella tarde fueron de las que hacen caer las alas del corazón. Me habló de sus ilusiones jubilosas a su llegada a la capital. Pensaba, como yo, en la acogida cariñosa de los compañeros de letras; soñaba en una camaradería perpetua, en una noble bohemia de artistas; esperaba que las manos protectoras se le tendieran por todas partes; se figuraba que todas las puertas se le abrirían antes de llamar a ellas; creía, con su ingenuidad de provinciano, en la comunión de los poetas como en la comunión de los santos. . . ¡Qué diferente fué su noviciado capitalino! Halló frialdad donde esperaba efusión; donde aguardaba admiración y afecto, encontró envidia y egoísmo; los compañeros eran rivales dispuestos a defender la pitanza que la Secretaría de Instrucción, más bien dicho, don Justo Sierra, prodigaba generosamente a los allegados. Hubo, según me dijo, deliberado propósito de aislarlo, casi de perseguirlo, y así recorrió él, descorazonado y triste, las calles de la gran ciudad inhospitalaria, con su traje negro y raído, con sus barbas crecidas que le daban aspecto de sacristán famélico, con su flacura de asceta y su fardo de ilusiones sobre los hombros. Para conseguir la situación que ya guardaba entonces, para ser uno de los directores de la "Revista Moderna", para tener clases en la Escuela

Preparatoria y alguna canonjía en la Secretaría de Instrucción, para lograr la modesta posición suya, fué necesario emprender una larga y penosa lucha que estuvo a punto de terminar en derrota definitiva. "Todavía ahora —me dijo— soy para mis compañeros un extraño, si no un enemigo. Mentira que gusten de mis versos; mentira que me sientan suyo. Hay entre mis amigos de letras y yo un fingimiento eterno; ellos fingen estimarme y quererme, y yo finjo creer en su estimación y en su cariño. . . ."

No sé qué movió a Nervo a hacerme depositario de tan dolorosa confidencia. La súbita confianza que me demostró con sus palabras, les dieron a mis oídos y en mi mente la fuerza incontrastable de la verdad. Comprendí que el poeta hablaba con un ansia de desahogo y volcaba en mí, a quien juzgaba limpio de la maldad citadina, todo lo que por largo tiempo tuvo que callar. Lo cierto fué que, fuerte de voluntad como soy, me quedé contristado y temeroso. Comparaba mi situación con la de Nervo, y la veía más difícil y complicada. El había llegado soltero, con más obra que yo, con una reputación literaria que sus mismos envidiosos no pudieron destruir. Yo en cambio, sin más obra que un libro casi desconocido y de discutible mérito, llegaba dejando tras de mí toda una vida familiar, con mujer y cuatro hijos pequeños a quienes no debía exponer a la incertidumbre de una aventura que no obedecía a otra cosa que a un ansia no justificada de notoriedad literaria. Mi caso era más grave que el de mi amigo.

Nervo no era ya en 1905 el hombre flaco, de levita negra y de la barba nazarena. Vestía bien, se había afeitado la barba y conservaba el bigote; había engordado y se movía con desparpajo en el ambiente metropolitano. Más tarde me dí cuenta de que nada tenía de torpe para abrirse camino. Era muy simpático e insinuante. Hablaba siempre en tono confidencial con las mujeres, con cierto aire de confesor, y sabía escoger temas que despertaban su interés hasta darles la impresión de que filosofaban. Se prodigaba en las revistas y en los álbumes, y tenía a un tiempo fama de refinado y popular. Su reputación le hacía contrapeso a la de Luis G. Urbina, que era el otro poeta de actualidad. El grupo de la *Revista Moderna*, aparentaba esti-

mar a Nervo, aunque su estimación no fuese sincera; pero a Urbina se le trataba como demasiado apegado a la tradición y era objeto de ataques, ya privados, ya públicos, aunque la *Revista* publicara versos suyos con no poca frecuencia. Mi intimidad con Nervo se redujo a unos cuantos meses de convivencia en México. A mediados del año de 1905, consiguió un puesto diplomático en Europa y dejé de verlo por muchos años, hasta su regreso en 1919, poco antes de su partida a la América del Sur, donde murió. Nuestras relaciones durante aquel largo tiempo se limitaron a unas cuantas cartas y cambio de libros.

En la casa de Casasús encontré a varios escritores que apenas conocía de nombre. Comí varias veces en compañía de don Justo Sierra y disfruté de la gracia de su conversación. Era pomposo y hablaba con voz engolada y fuerte. Al principio, daba la impresión de que era vanidoso; pero esta impresión era falsa. A los pocos momentos de oírlo, era imposible dejar de ser dominado por su gracia y simpatía. Conversador muy ágil y muy variado de temas, demostraba a las claras su cultura amplia, su curiosidad mental, su inteligencia y su ingenio. Dominador de sus especialidades, sabía de todo, y aun en aquello en que sus conocimientos eran superficiales, se movía con soltura y seguridad, sin propasarse a terrenos de pedantería. Alto y grueso, con un rostro socrático y maneras distinguidas, era la adoración de sus amigos, a quienes protegía generosamente, y se conquistaba el respeto de sus propios adversarios. Sus actividades políticas no eran de poca monta ni en aquella hora ni en el pasado; pero él prefería su personalidad literaria y de historiador a las vanidades del hombre público. Desde los primeros días me trató con afecto, elogió mis versos con algo más que cortesía y me pronosticó que habría de llegar a donde yo ambicionaba. Yo tenía deseos vehementes de acercarme íntimamente a tan simpática persona literaria, y lo hubiera logrado a no ser por algo de lo cual ni él ni yo tuvimos la culpa. Este *algo* fué un poeta con quien habría yo de tener años más tarde una de mis más íntimas y más estrechas amistades literarias: Luis G. Urbina.

Gozaba el Viejecito de grandes prerrogativas con don Justo. No sólo era su Secretario particular, sino su amigo y su discípulo. La cultura de Luis, un poco improvisada e incompleta, la debía a don Justo, a sus conversaciones, a las lecturas por aquel maestro recomendadas, a las observaciones cariñosas que fueron puliendo y clarificando el gusto del poeta de *Puestas de Sol*. El talento de Urbina, su sentido lírico y su temperamento literario, no podían salir de las manos de don Justo sino enaltecidos, y como había en el poeta materia prima, que hubiera dado frutos de poesía aun sin el apoyo espiritual de Sierra, la obra de Urbina se realizó armónica y bella. Guardó Urbina por don Justo un respeto y un amor profundos y sinceros; su nombre figuró siempre en la portada de sus libros, y yo lo vi llorar su muerte como se llora la muerte de un padre. Don Justo quería a Luis entrañablemente; lo sentía su hijo espiritual y admiraba sin celos la obra lírica del Viejecito. Alguna vez, poco antes de su último viaje a Europa, del cual no había de volver, don Justo, que llegó a quererme y a estimarme literariamente, no pudo hallar mejor alabanza para mí que asociar mi nombre al de Urbina, en una hora en que se dolió con noble franqueza de ser poeta y carecer del dón expresivo de la palabra.— “¡Si pudiera expresar mi emoción lírica como usted y como Luis Urbina!...” — me dijo con resignada tristeza. Esto pasaba en 1911, y yo había ya publicado mis cuatro primeros libros: el último, *Los Senderos Ocultos*.

Grande influencia la de Urbina con don Justo, la prodigaba en favor de personas que no pudieran perder su carácter de protegidos, que no pudieran olvidar nunca a quién debían el servicio prestado; y como su posición de secretario particular le daba facilidades para cerrar la puerta de la Secretaría de Instrucción al solicitante que le viniera en gana, mantenía a don Justo en cierto aislamiento, que no era quebrantado sino cuando la ruptura del cerco procedía de influencia mayor, política, literaria o social. Así fué como el empeño de Casasús para que se me diera en la Escuela Preparatoria una clase de literatura o de castellano, fracasó. Estaba Urbina interesado, no sé por qué causa, en conseguir para un tenor de quinta categoría un

empleo cualquiera, y como vacara la clase de castellano que yo pretendía, me birló Urbina el puesto para su amigo, y cuando Casasús recordó a don Justo su promesa, ya la vacante no existía, y se dejó la cosa para mejor oportunidad. Debido a las artes de un poeta, triunfó el tenor sobre mí. El pobre buho fué vencido por el ruiseñor.

No podría decir con seguridad absoluta si un segundo fracaso metropolitano tuvo por padrino al Viejecito; me inclino a creer que no, por más que por varios conductos me llegó la noticia de que en ello andaba también Urbina de por medio. Este fué el caso: amigos míos, deseosos seguramente de ayudarme a ser conocido, me propusieron para académico correspondiente de la Mexicana de la Lengua. Yo, sin falsa modestia, me opuse a ello; pero Salado Alvarez, que era ya académico, don Manuel G. Revilla y don Rafael Angel de la Peña, suscribieron la solicitud y me pusieron en los cuernos de la luna. Se exigía entonces la unanimidad de votos para el ingreso, y cuando todos esperaban que no había de haber discusión sobre mi caso, don Justo dijo tranquilamente que era yo demasiado joven para ser académico, y que mi obra, con ser digna de encomio, era muy breve. Y con la bola negra de don Justo, y acaso con la sonrisa mefistofélica del Viejecito, mi candidatura de "inmortal" se fué al traste. Comprendí que don Justo tenía razón; me di cuenta de que había en México muchos escritores (entre ellos Urbina) con obra más hecha y voluminosa, que merecían entrar en la Academia antes que yo; pero un golpe tras otro, me hicieron recordar las palabras de Nervo, y una ola de pesimismo me invadió. Sin embargo, fué don Justo, cuatro años después, el más empeñado en mi ingreso a la Academia, que aconteció en 1909.

Por entonces comencé a frecuentar el trato de Valenzuela. La simpatía de Valenzuela era desbordante. Andaba muy cercano a la cincuentena; pero tenía la agilidad de un mozo de veinte años. Comenzaba a engordar, y conservaba la cabellera rizada y rubia a medias encanecida. Sus modales eran a la vez de bohemio y de gran señor. Lo

había sido por la distinción espiritual y por la fortuna, y él gustaba de asociar su vida borrascosa con su aristocracia nativa. Había prodigado su oro y su cariño entre amigos inteligentes, de los cuales algunos no le pagaron bien; había pasado

arrojando a los vientos el oro de su arcón
y sin volver el rostro de gesto señorial

como le dije en unos versos publicados en "Lirismos".

Era viudo, la muerte de su mujer le inspiró un bello soneto que es de sus poemas mejores. Es difícil asociar en aquel hombre al escritor y al amigo. Era uno de esos ejemplares humanos en que el sentido de humanidad adquiere tono tan alto, que el escritor y el artista quedan empequeñecidos. Sensible y comprensivo ante toda manifestación de arte, admirador fervoroso de la belleza sin que la envidia le ofuscara el sentido crítico, protegió y estimuló cuanto digno de encomio halló a su paso. Su riqueza desapareció tan pronto como había llegado, y cuando lo encontré en México estaba en completa ruina. Vivía de las migajas de su mesa de prócer y de un empleo que don Justo le había dado para que no pasara por ahogos económicos.

No era ya la casa de Valenzuela casa de Mecenas a donde se iba, como en otras épocas, en busca de protección generosa. Los amigos de ocasión, los interesados en sacar ventajas de su opulencia dadivosa, habían desaparecido arrebatados por el viento de su propia ingratitude. Quedaban los que no podían alejarse sin provocar un comentario cruel de la opinión, los más favorecidos, y los leales de verdad, los que habían de estar con él hasta la enfermedad, la pobreza y la muerte. Así y todo, no eran pocos los visitantes de la casa de Tlalpan, y allí, entre los muebles restantes de una opulencia lejana, conocí a muchos escritores cuyas obras me eran familiares en mi apartada provincia. Me trató Valenzuela, desde un principio, con una cordialidad fraternal; me abrió de par en par las puertas de su casa y de su corazón, y de su boca supe muchas cosas que a Nervo se le habían quedado en el tintero. La experiencia dolorosa de Valenzuela era de mayor en-

vergadura que la del autor de "Serenidad". El escritor y el hombre habían pasado por más duras pruebas que las que tuvo que sufrir el poeta tepiqueño. La pobreza después de la opulencia, la ingratitud después de la lisonja, la enfermedad artera que acechaba en la sombra después de una vida de fuerza y de placeres, se asociaban a algo todavía más cruel para un escritor: la asistencia al fracaso de su obra literaria. Porque aquella alma enamorada de la belleza, aquel poeta que consagró su vida a su propia poesía sin envidia de la poesía de los otros, aquel estimulador de vocaciones artísticas comenzaba a darse cuenta de que su obra había quedado por debajo de sus aspiraciones. Ya la crítica empezaba a hincarle el diente, ya se hablaba de él como de un mero aficionado, y lo más triste es que la inteligencia y la sensibilidad de Valenzuela, indiscutibles y de muy alta calidad, no hallaban en sus poemas una defensa decisiva. Un mediocre se hubiera defendido con su vanidad, un espíritu superior como el autor de *Almas y Cármenes*, no podía engañarse respecto a su derrota.

Sentía yo el dolor de aquella alma y me contristaba de haber llegado tarde a su compañía, no por las ventajas que su bienestar material me hubiera producido, sino por disfrutar de aquella amistad que, tardía y todo, ha sido para mí una de las más puras y nobles camaraderías literarias, uno de los más limpios afectos de mi corazón.

Ya la *Revista Moderna* había publicado versos míos antes de mi llegada a México. La invitación de Chucho Valenzuela, franca y entusiástica, me hizo enviar a la revista más asidua colaboración. Domingo a domingo me trasladaba a Tlalpan, donde almorzaba con Valenzuela y sus amigos íntimos, que, como ya dije, no eran pocos, aunque no tantos como en los tiempos de opulencia protectora.

Confieso que de la *Revista* de Valenzuela, lo que menos me atraía era la actitud de secta modernista, que no se trataba siquiera de disimular. Aquel grupo tan inteligente y tan simpático había tomado muy en serio su papel de abanderado de la nueva tendencia literaria, y se volvía cada vez más intransigente con lo que se apartaba del dogma en cuyas aras oficiaba. Yo, en provincia, había sentido

poco interés por la moderna escuela, y llegué a tratar el asunto con cierta hostilidad en cartas privadas y en frases al soslayo en algunos artículos. Ya frente a frente de los corifeos modernistas, experimentaba el desagrado que me han causado siempre los fanatismos, y no me consolaba la tolerancia con que se aceptaban en la revista versos de Othón, de Urbina, de Díaz Mirón y de otros poetas que por mucho que se extremara la sutileza clasificadora, no podrían considerarse dentro de la ortodoxia de la escuela. La intransigencia, que le concitaba enemigos al movimiento flamante, se defendía con la gloriosa figura de su jefe máximo: Rubén Darío. Los versos del gran poeta salvaban los desaciertos de sus secuaces. Yo, por mi parte, admirador de Darío, no simpatizaba de una manera franca con las tendencias del modernismo, aunque me interesaba todo lo que en él había de liberación de forma y de antiacademismo. Por más que busco, no entiendo por qué en algunas críticas sobre mi obra y en algunas antologías, se me coloca entre los modernistas. Es difícil para el poeta joven librarse de las influencias de su tiempo; es casi imposible no interesarse por un movimiento que pretende ser renovador y que responde a ciertos atisbos ocultos de la conciencia artística; y esto me pasó a mí. Es posible que en mis versos de entonces se encuentren relaciones verbales o emocionales con la literatura y la poesía de aquellos años; pero dudo que la crítica severa y ajustada a la realidad, pueda llamarme modernista. Los poetas de aquella promoción lírica, yo entre ellos, sintieron el encanto de la obra de Darío. Algunos hicieron obra marginal cerca del maestro y la imitación o la influencia fueron visibles en la obra primitiva de los alumnos de la escuela; otros no recibimos y aceptamos más herencia que el enriquecimiento de las formas métricas, la resurrección de modas castizas olvidadas, la libertad del ritmo tradicional y martilleante, y el estímulo de la gracia que rebosaba en los poemas del gran nicaragüense. Es mucho; pero lo mismo podría decirse de movimientos posteriores: todos van dejando algo que añadir a la herencia común, a la cadena cuyos eslabones unen el pasado con el presente.

Lo cierto es que, modernista o no, andaba yo muy de bracero con el grupo de la *Revista Moderna*, y no me pesaba. Pero mis frecuentaciones no se reducían a la tertulia de Tlalpan ni a la oficina del periódico de Valenzuela en México, sino que se iban por otros rumbos y todas me ayudaban a pasar los tragos de acíbar de aquel noviciado que se alargaba y alargaba más de la cuenta. Así fué como conocí la casa de Carlos Pereyra y de María Enriqueta, cuya amistad cultivé durante mi estancia en la capital, amistad que no se rompió nunca y que apenas se vió interrumpida por la ausencia de los dos esposos. María era muy simpática, un estuche de monerías, como se lo dijo Salado Alvarez en el prólogo que escribió para el libro de la poetisa llamado *Rumores de mi Huerto*. Amable, cordial, pianista nada vulgar, pintora y bordadora, era además mujer de muy buen trato. Recibía una vez por semana, creo que los miércoles. Balbino Dávalos iba con frecuencia, y las señoritas Ramos Pedrueza no faltaban nunca a la reunión. Me llevó a ella otro concurrente asiduo: Victoriano. No sé por qué me parecía que a Pereyra no le caían muy en gracia las tertulias caseras. Fué Carlos siempre amante de la sátira, y la clase de reuniones en que se tocaba, cantaba y recitaba de lo lindo, no despertaban sus entusiasmos. A un historiador amigo que los visitaba de vez en cuando y que ponía por lema en sus libros un "VERITATI PROPUGNO" tan campanudo como su persona, lo apodaba siempre "veritati". Era Carlos ocurrente y con frecuencia mordaz. Cierta día que había llevado yo a la reunión de María Enriqueta a mi amigo Sixto Osuna, recién llegado a la capital en busca de acomodo, alguien preguntó si era pariente mío; Carlos se apresuró a contestar:

—No, es su amigo adoptivo.

Sixto, que era quisquilloso, rió con risa de conejo.

A la casa de Salado Alvarez en Tacuba, iba yo con gran frecuencia. Mi amistad íntima con Salado, con su esposa y con la familia de ella —uno de los hermanos de Elisa, médico como yo, había sido mi condiscípulo —creaban para mí en su morada un ambiente tapatío y hogareño. También Sixto Osuna era de los concurrentes habituales. Salado, aunque ya había adquirido cierta posición literaria y

aun política, vivía con decorosa modestia. Su casa era la cordialidad sencilla, y su conversación, un poco de tono literario, agradable e inteligente.

Mes por mes nos reuníamos a comer en las sesiones del "Liceo Altamirano", heredero de aquel otro "Liceo Hidalgo" que presidió el ilustre don Ignacio Altamirano. Creo que Casasús, que era el presidente de la agrupación literaria, le había dado el nombre del maestro, por el cual sentía una gran admiración y afecto entrañable de familia. Su mujer, Catalina, era hija adoptiva de Altamirano y llevaba su apellido. En el salón principal de la casa de don Joaquín, tenía la presidencia un gran retrato al óleo y de cuerpo entero del autor de *Clemencia*.

Las comidas del Liceo eran concurridas y simpáticas. Presidía la mesa un invitado de honor, que era siempre un personaje del foro, un escritor ilustre, un político de fuste o un visitante extranjero de alguna significación. Me tocó ver presidir aquella mesa al orador y jurisconsulto jalisciense don Luis Gutiérrez Otero, a don Pablo Macedo, a su hermano don Miguel, a López Portillo y Rojas, a Laura Méndez de Cuenca, a don Santiago Ballezá, a don Justo Sierra y al mismo don Joaquín, a quien el Liceo le dedicó un banquete cuando fué nombrado embajador en Washington. Comensales fueron también don Pedro Santacilia, don Telesforo García, Urbina, Nervo, Tablada, Balbino Dávalos, Enrique Fernández Granados, Chucho Valenzuela, Alberto María Carreño, Manuel H. San Juan, autor de la novela *El señor Gobernador*, etc., etc.

De aquellos ágapes que reunían a mucho de lo mejor de escritores y artistas, recuerdo pormenores e incidentes que me viene en gana traer ahora a colación.

Tocó presidir un día la mesa a doña Laura Méndez de Cuenca, viuda del ilustre poeta don Agustín. Entrada en años, nada bella y casi olvidada, fué aquel honor que el Liceo Altamirano le tributaba una noble y piadosa cortesía de parte de Casasús. Agradecida y confusa, llegó a nuestro grupo, imaginando quizás que aquel agasajo era una debida reparación. A un ilustre poeta se le había encomendado dirigirle la palabra a la hora de los postres; pero el poeta se disculpó a última hora por causa que no recuerdo. Ca-

sasús me rogó que yo lo sustituyera; pero, mal improvisador como soy y poco enterado de la obra de doña Laura, pensé que Amado Nervo saldría del paso más gallardamente que yo. Aceptó Amado por complacencia a la indicación de Casasús; más, con gran sorpresa mía, me llamó aparte y me dijo que ignoraba absolutamente cuál era la obra y cuáles los méritos de la escritora, y me suplicó que lo ilustrara sobre el particular. La cosa urgía, pues íbamos ya a sentarnos a la mesa, y puse en conocimiento de Amado lo poquísimo que sabía yo sobre la poetisa y maestra. Le hablé de sus versos, de una novela de costumbres mexicanas que doña Laura había publicado con el título de *El Espejo de Amarilis* y de varias crónicas pedagógicas enviadas desde Europa, donde la escritora estuvo pensionada por don Justo Sierra. Con aquella mínima información, se levantó Nervo a la hora del brindis, y con su palabra unciosa y fácil dijo primores de los poemas, de la novela y de las crónicas. Salió tan airoso del trance, dió a sus palabras tal acento de sinceridad y de admiración, que la agasajada se conmovió hasta las lágrimas. Creo que para la señora Méndez de Cuenca, muerta poco tiempo después, fué aquel día el más dichoso de su vida.

En otra de las comidas del Liceo, me tocó presenciar una discusión, que estuvo a punto de rayar en disputa, entre don Pedro Santacilia y don Telesforo García. Se habló de novela española, de Galdós, de Pereda, de Alarcón y de doña Emilia, y sin saber cómo, se entró en el terreno de la política. Don Telesforo tenía bastantes años en el país para sentirse con el derecho de comentar la política mexicana con toda franqueza; don Pedro, que había sido secretario de Juárez, no se mordía la lengua para nada. La discusión aumentó de temperatura. Por largo rato no se oyó sino la voz campanuda y lenta de don Telesforo y la palabra vehemente y apasionada de Santacilia. Deseoso Luis G. Urbina, que se hallaba entre los comensales, de que no alcanzara la controversia tonos inconvenientes, quiso interponer sus buenos oficios de mediador, con aquella suavidad que era tan suya y que siempre fué aplacadora de intemperancias. Montó en cólera don Pedro Santacilia a causa de la intervención de Urbina,

a quien puso como chupa de dómine tratándole de mocosos atrevido que hablaba de cosas que no conocía ni de oídas cuando discutían testigos y actores de aquellas historias. Corrido como se quedó Urbina, fué lo cierto que aquel incidente calmó el ánimo de don Pedro, que era el más exaltado, y cambió el tema de la conversación. El poeta de *Lámparas en Agonía* se desquitó unos minutos después con la lectura de un bello poema que aplaudimos tirios y troyanos.

En el banquete de despedida que el Liceo ofreció a Casasús cuando fué nombrado embajador en Washington, dije yo unos versos dictados por mi gran afecto a aquel ilustre amigo. Don Justo Sierra le ofreció la comida, con una elocuencia emocionada y sincera, cosa que en él era habitual. Al terminar el banquete, José Juan Tablada, que me había oído hablar en mi poema de navegación próspera y de velas henchidas por vientos que empujaran la nave de Virgilio, listo siempre para aprovechar la ocasión de hacer un epigrama, me estrechó la mano y me dijo:

—Muy bellos sus versos (no sé si lo pensaba así); pero ¿no sabe usted que Casasús no va de viaje en ningún velero y sale a Washington por el tren de esta noche?...

PASABA el tiempo y yo no podía conseguir una situación firme que me permitiera radicarme con mi familia en México. Nervo, soltero y con más tiempo que yo en la capital, había logrado una secretaría de legación en el extranjero. No podía yo siquiera solicitarla, pues, no obstante mi afán de viajar por Europa, el sueldo de un secretario diplomático era bien escaso para un hombre de familia y acostumbrado a tirar los pesos por la ventana, como era entonces yo. Con el nombramiento de Casasús para la embajada de Washington, se me iba la mejor carta en mi juego, y el optimismo acabó por desaparecer. No me amedrentaban las dificultades; estaba resuelto a la lucha intensa que el caso demandaba, y aun llegué a saborear de antemano un triunfo obtenido con esfuerzo y fe. Pero la vida no quiso que en aquella ocasión dejara definitivamente la provincia. Un gran dolor fué la causa de mi desaliento

y del abandono de mis proyectos. Este gran dolor, el segundo de la serie que ha herido mi corazón sin matarlo, fué la muerte de mi hijo Jorge. Tenía el niño apenas dieciséis meses. Lo había dejado nueve meses antes robusto y sano, y sano se mantuvo hasta que una infección intestinal acabó con su vida. Vanos fueron los cuidados y las angustias de su madre, en quien el amor tomaba formas supremas; inútiles los desvelos, la ciencia y la abnegación del doctor de la Torre, que hizo cuanto pudo por librar al niño de la muerte. Se fué aquella vida que era la más pequeña y la más pura de nuestras rosas hogareñas, y la muerte del niño alegre y bello como un sol, me sumió en la más profunda desolación. Aquel dolor compartido desde lejos con la mujer amada, que no tuvo en aquella ocasión el consuelo de mezclar sus lágrimas con las mías, acabó con mi resistencia moral, con mi espíritu de lucha. Sentí que no había otro camino que regresar al terruño generoso que me había visto salir en viaje de triunfo, sin que me humillara pensar que iba yo a volver triste y fracasado. En aquella hora solemne, sentí un ansia inmensa y regocijada de tornar a mi vida de antes, a gozar de nuevo, ahora con mayor conciencia del bien perdido, de la paz de antaño, de las amistades sinceras, de los pacientes que me recordaban, y, sobre todo, de mi casa, que parecía llamarme y abrirme los brazos desde la amada tierra sinaloense. La visión de mi mujer, llorosa y resignada, con la noble gravedad que supo dar siempre al dolor, se me clavó en los ojos y en el alma. Era necesario regresar. Y regresé.

EDICIONES
CUADERNOS
AMERICANOS

La colección de libros en castellano que
mejor corresponde a la presente hora,
hora del Nuevo Mundo.



LEON-FELIPE

GANARAS LA LUZ

BIOGRAFIA, POESIA Y DESTINO

GANARAS LA LUZ es, sin duda, la obra suprema de León-Felipe, aquella que sustantiva y dá pleno sentido a su vida y escritos anteriores, la punta de diamante de su mensaje.

Otra vez en una nueva encrucijada de la Historia, vuelve a sonar esa tremenda caracola del justo que se retuerce más que en el cerebro en las entrañas mismas de la especie. Una vez más —consolador espectáculo— nos es dado ver cómo lo humano sale desesperadamente por sus fueros abriendo de par en par las puertas de la indignación, entrando a saco en las antecámaras de lo divino, clamando revolucionariamente por la Luz.

“Jamás en la historia de la poesía moderna se había creado un libro de tanto contenido humano y poético... La obra de León-Felipe ha de tener una resonancia no sólo en los anales de la literatura sino también en los anales del pensamiento. Su calidad y su intención convergen en una realización de maestro”.

E. Abreu Gómez.

1 volumen de 208 páginas más 16 notables fotograbados fuera de texto. México; 5 pesos. Otros países: 1.20 dólares.

ANTONIO CASTRO LEAL

JUAN RUIZ DE ALARCON

SU VIDA Y SU OBRA

"Alarcón, maestro de la cortesía, . . . es la primera voz mexicana que se oye en el mundo y merece la categoría de símbolo inspirador. Un buen libro sobre Alarcón no sólo es un acierto literario. Tiene mucho de servicio público.

Tiene este libro un doble valor, de erudición y de crítica. Recoge y organiza por una parte las nuevas aportaciones documentales sobre la persona y la obra de Alarcón. Por otra parte dá un paso más en la estimación de sus comedias... La erudición alarconiana alcanza aquí su madurez. Hoy por hoy, con los datos que poseemos no se puede ir más allá".

Alfonso Reyes.

1 volumen de 272 páginas más 15 fotograbados fuera de texto. México: 5 pesos. Otros países: 1.20 dólares.



JUAN LARREA

RENDICION DE ESPIRITU

(INTRODUCCION A UN MUNDO NUEVO)

He aquí un libro que no se parece a ningún otro. Partiendo de la más estricta realidad, se escalan en él los niveles sumos de la conciencia, aquellos vértices donde los problemas metafísicos del Ser y del Conocer se reúnen en un solo punto con la proyección de lo histórico y la propia vida individual. A través de sus páginas la historia de Occidente en su doble realidad objetiva y subjetiva se define como un gran sueño creador cuyas claves y figuras acaban por descubrir la identidad de la persona soñante ocasionando su despertar en una dimensión de vida distinta.

"RENDICION DE ESPIRITU es uno de los libros en su conjunto más originales, más interesantes y sugestivos, más bellos y admirables de los publicados en los últimos años. Incluso único en el ser de nuestro tiempo".

José Gaos.

2 volúmenes de 256 y 320 páginas, respectivamente, más 28 fotograbados fuera de texto. México: 10 pesos. Otros países: 2.40 dólares.

PAUL RIVET

Los Orígenes del HOMBRE AMERICANO

TRADUCCION DE JOSE RECASENS

Con la claridad maestra que caracteriza al intelectual francés y acudiendo a los testimonios de la antropología, de la etnografía y de la lingüística, el universalmente conocido antropólogo Prof. Paul Rivet, Director del Museo del Hombre de París, Secretario de la Sociedad de Americanistas de Francia, contesta a cada una de las preguntas que plantea el conocimiento de la población primitiva del Nuevo Mundo, con una precisión y una claridad verdaderamente admirables, disintiendo en algunos importantes aspectos de los resultados demasiado simples a que ha llegado la ciencia norteamericana.

Libro clásico en la más completa significación de la palabra, por más que sus teorías sustenten puntos de vista atrevidamente revolucionarios, ha de ser leído con provecho, comentado con entusiasmo y discutido con pasión por todas las personas cultas de este continente.

1 volumen de 248 páginas más 40 fotograbados fuera de texto. México: 5 pesos. Otros países: 1.20 dólares.



WALDO FRANK

VIAJE POR SURAMERICA

TRADUCCION DE LEON-FELIPE

Como Martí, así es Waldo Frank. Americano de dos vertientes; la del poeta y la del soldado; paladín del verbo y de la acción.

VIAJE POR SURAMERICA es la confirmación de su viejo mensaje de confraternidad, ante el cual ciertos gobiernos latinoamericanos han reaccionado hostilmente y los pueblos con aplauso unánime y amoroso.

VIAJE POR SURAMERICA es además el libro más armonioso de Waldo Frank, después de España Virgen. Faltaban en la obra de este Homero de la Geografía (como le llamó Antonio Machado) unos temas olvidados: el del Brasil, el del Amazonas y el de la Pampa, que hacían incompleta la gran Sinfonía ibero-americana que empieza en España Virgen se agranda en América Hispana y otros libros y acaba aquí ahora en Viaje por Suramérica en una forma dramática que deja abiertas las puertas de la esperanza...

1 volumen de más de 400 páginas. México: 7 pesos. Otros países: 1.60 dólares.

Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz. . .*, por LEÓN-FELIPE. (1º de febrero).
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL. (1º de abril).
- 3.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA. Vol. I. (1º de junio).
- 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA. Vol. II. (1º de agosto).
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET. (1º de octubre).

Volúmenes de 200 a 350 páginas de texto en papel de idéntica calidad al de la revista, ilustrados con fotografados en papel couché.

Precio por cada volumen:

MEXICO	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.20 dólares

APARECERAN A CONTINUACION

- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK.
- 7.—*El hombre del buho*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
Breve historia de la sociedad capitalista, por JESÚS SILVA HERZOG. (1º de diciembre).
Crisis humana, por JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA.
Los nuevos argonautas, por ALFONSO REYES.



REVISTA

SUSCRIPCION ANUAL PARA 1944:

(6 números)

MEXICO	20.00 pesos
OTROS PAISES	5.00 dólares

Precio del ejemplar:

México	4 pesos
Otros países	0.90 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Rodolfo Méndez-Peñate* Defensa de la inteligencia.
Oscar Morineau Aportación de América Latina al mundo de la post-guerra.
- Mariano Ruiz-Funes* Las responsabilidades políticas en España.

Notas, por Jesús Silva Herzog, Pedro Bosch-Gimpera y Luis Córdova.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Juan David García Bacca* Las flores y la flor; la filosofía y las filosofías.
- E. Noulet* Una doctrina de la vida.
- Luis Mendieta y Núñez* Las clases sociales.

Nota, por Federico Pascual del Roncal.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Wigberto Jiménez Moreno* La colonización y evangelización de Guanajuato.
- José López Portillo* La incapacidad del indio.
- Mariano Picón-Salas* Vísperas de Revolución.

Notas, por Daniel F. Rubín de la Borbolla y José L. Cossío.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- León-Felipe* Un signo... ¡quiero un signo!
- Luis Cardoza y Aragón* Lo que no espera la esperanza.
- Waldo Frank* Minas Geraes.
- Enrique González Martínez* El hombre del buho.